
WIDENER
HN PGJA 0



ESTUDIOS LITERARIOS

DE

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

ESTUDIOS LITERARIOS

DE

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS REALES ACADEMIAS

ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.

TOMO II.

MADRID 1868:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA,
Segovia, 23.

DISCURSOS ACADÉMICOS.

I.

DE LA DOMINACION DE LOS ESPAÑOLES

EN ITALIA.

DE LA DOMINACION DE LOS ESPAÑOLES EN ITALIA.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

el dia 20 de Mayo de 1860.

Señores:

I.

Si al ocupar un puesto en este recinto se sienten poseidos de gratitud los que le alcanzan por galardon de sus merecimientos, fácil es comprender la del que sabe, como yo, que todo lo debe á la indulgencia. Porque no abre hoy la Academia, como süele, sus puertas á un hombre encanecido en el manejo de los negocios públicos, que traiga un tesoro más de experiencia á su seno, ó bien á un erudito insigne que pueda acrecentar con el fruto de sus investigaciones laboriosas los ricos conocimientos que ella posee, ó bien á un escritor de probada crítica y estilo, por quien hayan de alcanzar ni luz ni gloria los anales

patrios. En mí las abre sólo á un amigo de la historia, que ha dedicado á su estudio todos los ocios pasados, y anhela por destinar al propio objeto los dias serenos que le conceda el porvenir. Tan corto título ofrezco á la indulgencia de la Academia; y si hubiera de cotejarlo con otros, y singularmente con los que poseyó el claro varon, que en este propio lugar me ha precedido, en verdad que la modestia deberia apagar el discurso en mis lábios.

Mi intento es presentar á la Academia, en cumplimiento de sus Estatutos, algunas observaciones acerca de un período de historia; y he elegido para cumplirlo la dominacion de los españoles en Italia. No desconozco que este tema, sobre ser más vasto que conviene á un discurso, trae en sí dificultades de vária naturaleza en los momentos presentes. Pero ¿no es cierto, en cambio, que los que han hojeado con amor las páginas de la historia nacional, se sienten movidos por el espectáculo de las cosas actuales á recordar los tiempos en que disponian de la suerte de Italia nuestros antepasados? Si lo es, Señores. Por más que busque inútilmente el viajero en las iglesias de Milan el epitafio de Antonio de Leiva, no há mucho despedazado en unas ruinas (1); por más que el templo que fué tienda y cárcel de Francisco I, en los llanos floridos de Pavía, desapareciera meses atrás de la tierra, como si no recordase gloria alguna ni alguna leccion de la Providencia á los hombres (2); por más que Cerdeña nos olvide, y los hijos de Nápoles y Sicilia desdeñen tal vez la hermandad gloriosa que con los nuestros tuvieron sus padres, no hay duda

que los frutos del dominio español se tocan aún en Italia. Y por lo mismo que en ella se están borrando los anteriores límites y se conculcan ahora los antiguos principios, se pierden los derechos heredados y se olvidan los intereses adquiridos: al observar cómo desaparecen las últimas consecuencias materiales de nuestras victorias; al ver surgir nuevas cuestiones universales en aquel suelo, aunque no tan árduas como las que tuvo que ventilar nuestra política en otros siglos; al contemplar, en suma, los hombres y las cosas que allí se agitan al presente, saltan en tropel á la memoria las ricas reminiscencias de nuestros anales, y nos domina, sin querer, el deseo de comparar en silencio aquellos con estos sucesos, las obras de nuestros antepasados con las de los extranjeros que predominan actualmente en Italia, y nuestras cosas y nuestros hombres de entónces con las que excitan y los que excitan hoy dia la pública atencion en el mundo.

Este estado de ánimo ha engendrado en mí la idea de escribir las presentes observaciones, de las cuales deducirá cada cual las consecuencias que estime legítimas. Mas ellas no han de favorecer premeditadamente las aspiraciones de ésta ó de aquella escuela, de una ó de otra parcialidad militante; que yo sé, Señores, que se profana el santuario de la historia levantando en él la voz de las pasiones actuales, y no faltaré en este punto á lo que debo á una corporacion, cuyos privilegios he de custodiar como propios en lo sucesivo.

II.

No toca á Castilla el honor de haber iniciado nuestra intervencion en las cosas de Italia. Reinando don Alfonso el Sábio, fué á Lombardía una huéste castellana en defensa de las pretensiones que allí sustentaba el marqués de Monferrato, su yerno (3); y en tiempo de D. Pedro el Cruel, un arzobispo toledano, al frente de algunos prelados y clérigos españoles, reconquistó á los Papas las legaciones y el patrimonio de San Pedro (4). Pero ni tales hechos ni otros particulares de príncipes y campeones castellanos, bastan seguramente para que pueda disputarse á Aragon la iniciativa en este punto.

Rendida Murcia al Rey Santo, y asegurada luego á la corona de Castilla, tanto por los tratados como por los auxilios generosos del conquistador D. Jaime, dejó Aragon de tener frontera de moros y sitios donde ejercitar el esfuerzo de sus infanzones y la valerosa rapacidad de sus almogábares turbulentos. Ya el propio D. Jaime habia vuelto sus armas á la mar, y conquistado las Baleares para su casa, cuando quiso la suerte que le sucediera en el trono aragonés su hijo D. Pedro, tercero de los de su nombre. Puso éste los ojos con pátrio instinto en el Africa; pero cuando más confiado estaba en ensanchar por ella sus estados, grandes é inpensados acontecimientos le sacaron de allí, llevándole como por la mano á las costas de Italia. Mal juzgados corren, aunque por demás conocidos, aquellos sucesos que en la primavera de 1282

ensangrentaron la Sicilia. Lo cierto es que Cárlos de Anjou, hermano de San Luis, á quien el Papa Urbano IV, francés, habia hecho donacion de aquel reino, que contaba por suyo la Iglesia (no obstante que él tenia príncipes propios), muertos los últimos de éstos, Manfredo y Coradino, y vencedor en guerra, entregó la isla á la rapacidad comun entónces de los barones y soldados que seguian sus banderas; y que ellos abusaron de tal suerte del triunfo, que no pudiendo sufrirlo los sicilianos, se alzaron en armas un dia, y los exterminaron, constituyéndose en república independiente (5). No dejaba de tener D. Pedro derechos que alegar á la corona de Sicilia, por su mujer doña Constanza, hija del vencido Rey Manfredo, ni tal vez le faltaban deseos y esperanzas de hacerlos valer; mas no consta que hubiese conjuracion ni verdaderas *vísperas* en Sicilia, ni ménos que el monarca aragonés estuviese de acuerdo con los naturales para apoderarse de la isla. Sólo despues de cinco meses de república, los sicilianos, fieramente acometidos por Cárlos de Anjou, y en la precision de buscar un señor que los defendiese, aclamaron por tal á D. Pedro. No tardó éste en arribar á la isla con su huéste, en la cual se señalaban como solian por su fealdad y esfuerzo los almogábares; y empeñada la guerra, fué larga y sangrienta, y terminó con el establecimiento de la casa de Aragon en Sicilia.

Vióse, entónces, á D. Pedro excomulgado y combatido á un tiempo por el Papa, por Cárlos de Anjou, por los reyes de Francia y de Navarra, y hasta por su propio hermano el de Mallorca, triunfar de to-

dos ellos, y ganar justamente el dictado de *Grande* que le dieron los historiadores contemporáneos, miéntras el Dante lo señalaba en sus versos por dechado de bravos á Italia. De Roger de Lauria, su general de mar, á quien no podemos olvidar en este punto, seria inútil encarecer las hazañas que andan en lenguas del mundo. Conocida es principalmente la cándida relacion de Ramon de Montaner, testigo y actor en aquellos sucesos; y el noble orgullo dc raza henchirá siempre los corazones españoles al repasar sus toscas páginas. Bernardo Desclot, fray Gauberto Fabricio de Vagad, Corbera, y más tarde Zurita, Moncada y Quintana, han retratado tambien con inmortales colores la expedicion de D. Pedro á Sicilia; y nada ganaria su fama, aunque fuese esta ocasion de dedicar á celebrarla mi pluma.

Lo que importa recordar es que á la muerte de este príncipe quedó ya comenzada la dominacion española en una parte aislada, pero considerable, de Italia; y que desde entónces no abandonaron más aquella region ni nuestras armas ni nuestra política. En vano D. Alonso, sucesor de D. Pedro, quebrantado por el entredicho en que el Papa tenia su reino, y por los clamores de sus súbditos, mal acostumbrados aún á lejanas conquistas, se avino á ejecutar unas paces por las cuales se obligaba á desamparar la Sicilia. De una parte, en cambio de esta isla, dió el Papa á Aragon la investidura de Cerdeña, para cuando se conquistase; de otra, murió D. Alonso ántes de que pudieran ejecutarse aquellos tratos: y aunque su heredero don Jaime quiso cumplirlos, no fué posible que tuviesen

efecto alguno. Protestaron los sicilianos con aquellas graves palabras que escribe Zurita en el libro V de sus *Anales*, guia la más segura que haya de la historia en aquellos tiempos, lo mismo en nuestra nacion que en Italia: «¿Qué nos prestan, decian, tantas vic»torias alcanzadas de nuestros enemigos por mar y »tierra, con grande alabanza de la nacion catalana y »nuestra, si tras todos estos sucesos habíamos de lla»mar á los franceses, gente soberbia y cruel, para po»nerlos en nuestras casas en la posesion primera de »sus abominaciones y torpezas?» (6) Así Zurita: y cierto que no representa en más blandos términos sus quejas el discreto Tomás Fazello en sus *Decadas de Sicilia*. Ni debian ser exajeradas, cuando enternecieron sus embajadores á las Córtes catalanas, y se conmovió al rumor Sicilia entera; y caballero hubo como D. Blasco de Alagon, hermano de armas del muerto Rey D. Pedro, que abandonó el reino, y pasó ocultamente á Sicilia con el fin de pelear por su cuenta con los franceses, y mantener aquella corona, á pesar del mismo D. Jaime, en la casa aragonesa. Alzáronse al fin de nuevo los sicilianos, y alentados por la viuda de Pedro el Grande, doña Constanza, que residia en la isla, proclamaron Rey al infante D. Fadrique, con lo cual siguió la guerra.

Pudo tanto, sin embargo, la lealtad en D. Jaime, que por defender sus pactos, tomó el partido de los franceses: almogábares pelearon entónces con almogábares en los montes de Sicilia, y unos con otros midieron las espadas los viejos caballeros de D. Pedro, miéntras los peces de la mar, á quienes Roger

de Lauria pretendia imponer arrogantemente las armas aragonesas, devoraban, vencidos por él, á muchos de sus antiguos camaradas sicilianos y aragoneses. Pero nada alcanzó á impedir, al cabo, el triunfo de la casa de Aragon en Sicilia, y los fieles almogábares dieron, asegurada la corona en D. Fadrique, remate digno á su gloria, con aquella expedicion de Oriente que hizo tan famoso el nombre de aragoneses y catalanes, y de su *Gran compañía*.

III.

No parece, pues, al considerar las cosas que acabo de bosquejar brevemente, sino que una fuerza oculta é irresistible, encadena el brazo de España á las costas italianas. Todo conspira á alejarnos de ellas: nuestros intereses en Africa, la cólera del Papa, por primera vez desencadenada contra nuestros pueblos, la voluntad de nuestros Reyes; y á pesar de todo, crece allí, Señores, nuestra intervencion cada dia. Porque al fin, el reino de Aragon, no habia extendido aún sus límites más allá del continente, dado que las Baleares y Sicilia, conquistadas por sus armas, y ora ganadas, ora cedidas, ora recobradas de nuevo, eran independientes, aunque regidas por dos ramas de la familia Real aragonesa; pero no acabó el siglo XIII sin que emprendiese Aragon una conquista duradera. Hablo de Cerdeña, que, donada por el Papa al Rey D. Alonso, aunque á la sazon ocupada por los pisanos, ricos mercaderes y marinos belicosos, rivales de los catalanes y genoveses en la mar, y de

los florentinos por tierra, fué conquistada, no sin algunos años de guerra, por el príncipe D. Alonso, heredero del trono de D. Jaime, y cuarto despues, de su nombre. Así, por ceder la Sicilia, que se conservó al cabo en príncipes españoles, adquirimos los derechos que nos dieron la Cerdeña para tantos siglos: y apénas comenzado el décimo quinto, se agregó definitivamente al Aragon Sicilia misma, reinando Don Martin de Aragon, que la heredó de un hijo suyo del propio nombre, muerto en edad temprana, y casado con María, último vástago de la rama de D. Fadrique y de los Reyes particulares de la isla. Con esto, y la recuperacion de Mallorca, quedó de todo punto constituida la gran monarquía aragonesa, señora de las islas del mediterráneo y del mar mismo, que hizo luego á D. Alfonso el V tan poderoso en Italia.

En sus costas se hallaba precisamente este príncipe, cuando de improviso, fué llamado por la Reina Juana II de Nápoles, que llevada de la fama de los aragoneses, le eligió por campeon, declarándole hijo adoptivo. Harto sabido es, que despues de sostener largas guerras, no sin vária fortuna, movidas unas por las veleidades de la Reina, suscitadas otras por la ambicion de D. Alonso, logró éste al cabo asegurarse en Nápoles, donde estableció su córte, enamorado del clima, de la belleza de la mar y de los campos, de las artes que se cultivaban, de las letras que allí florecian. Pues con él, no sólo pasó de las islas al continente de la Italia la dominacion española, sino que subió al último punto el crédito de nuestras armas y de nuestro gobierno en aquella península, libre

hasta entónces de permanente señorío extranjero. «No »trató Alfonso á Nápoles, dice el famoso Pedro Gian»none (7), como país extraño, ni lo reputó por pro»vincia de Aragon, sino que lo tuvo por reino propio »y nacional, llegando hasta erigir en él un tribunal »eminente de apelacion para todos sus estados.» Y á la verdad, las intrigas, las guerras, los propósitos de aquel Rey, fueron sólo italianos en adelante. Príncipe belicoso y letrado á un tiempo, amigo del esplendor y la alegría, que mereció, no obstante, de Maquiavelo el dictado de Prudente: su nombre fué celebrado en aquel siglo, y de seguro, ninguno de los príncipes de su edad, le igualó en virtudes. Tambien él quiso separar para siempre los reinos de Aragon y de Nápoles, dando éste en herencia á un hijo bastardo que tenia, y aquel á su hermano D. Juan de Navarra, padre de D. Fernando el Católico; y fué no ménos vano que el de otros su propósito, porque precisamente estaba ya vecino el tiempo en que la union de las dos penínsulas habia de producir sus providenciales frutos.

IV.

Es el movimiento del género humano semejante al de la tierra en su órbita y en su eje, que no se siente. De todos los hechos cumplidos ó que á nuestra vista se van cumpliendo, forma de tiempo en tiempo la historia síntesis inmensas, que son luego espíritu y ley de épocas señaladas; y ningun pueblo, y mucho ménos indivíduo alguno, acierta á comprenderlas de antemano en su conjunto, ni á determinar sus fórmulas

concretas. Y es que son ellas obras sucesivas del tiempo, fruto de la labor comun del género humano, premio debido, no á una, sino á muchas generaciones de inteligencias individuales. A las veces una síntesis está vecina; parece luego como que hubiera podido tocarse con las manos su fórmula, y nadie la ve entónces sin embargo, y todo lo más que hace el génio es presentirla ó entreverla, sin alcanzar á descifrarla en lo presente, usurpando al porvenir sus secretos y sus destinos. ¿Quién habia de imaginar, por ejemplo, en el siglo XV que el corto espacio de cien años bastaria para deshacer las más de las instituciones que habia labrado lentamente la Edad media, removiendo todo lo pasado en el órden religioso como en el órden político, en la milicia, en las artes, en el derecho y en el estado social? Nadie pensó en ello sin duda.

Pero la revolucion sobrevino al fin, y el género humano, sometido á duras pruebas presentes, sintió al propio tiempo la necesidad de retener todo lo que habia de sustancial en su vida pasada: impulsos contrapuestos que lo han dominado siempre en las grandes crísis de la historia. De aquí la necesidad, en cierto modo providencial, de que detrás de Grecia y Roma, de Carlo-Magno y Gregorio VII, hubiese otro poder que litigase por la tradicion contra la novedad, por lo pasado contra el exclusivismo de lo futuro; impidiendo que, rotos los diques antiguos, la civilizacion desencadenada asolase los campos, que á manera de rio copioso debia fecundizar con sus riegos, y abatiese de una vez los bosques seculares que habian formado su raudal, atrayendo á ella la lluvia

benéfica del cielo. ¿Necesitaré ahora detenerme mucho para declarar en el seno de esta Academia que, en mi concepto, el Pontificado romano encerraba entónces en su constitucion toda la sustancia de la Edad media que concluia, y que, á mi juicio, eran indispensables tambien sus dogmas á los progresos de las edades modernas? No por cierto. Cuando se reconocen leyes generales en la historia, hay que admitir luego algun fin á la peregrinacion del género humano sobre la tierra; y yo soy, Señores, de los que creen aún que á este fin no es posible llegar bien, despojados de la fé y las verdades católicas. Pero no es en esta Academia donde semejante opinion ha de hallar contradictores. Otra ocasion y otro lugar serian menester para que me creyese obligado á demostrar, que si es cierto que la historia se encamina notoria y forzosamente á la realizacion del derecho individual de los humanos en lo por venir, ni es, ni puede ser en sustancia este derecho otra cosa que la capacidad y la independencia exterior necesarias á cada hombre en sí, para profesar y practicar, segun su conciencia libre, los preceptos morales; y que estos preceptos los custodia ya con eternas fórmulas el catolicismo en el arca santa de su inalterable doctrina. Básteme, pues, dejar sentado de qué premisas deduzco yo que era indispensable al progreso humano mantener segura la existencia del Pontificado en el mundo, salvándole de las asechanzas peligrosas que se le tendian á la sombra de los principios fundamentales y fecundos, que habia él mismo en tanta parte inoculado en las ciencias y en las sociedades humanas; y de

la última ola de la barbarie que desde el Ponto-Euxino acababa de levantarse sobre la Europa, no léjos del Cáucaso y de la laguna Meótides, de donde partió la inundacion general del cuarto siglo. Básteme observar á más de esto, reanudando el hilo de mi discurso, que para tanta empresa bien era menester que fuese mano robusta y vencedora la que recogiese en Italia la espada de la Iglesia, mal segura áun en las airadas manos de Julio II; y que tal fué el destino de España.

V.

De una parte todo brindaba á España á cumplirlo, porque hacia tiempo que Italia sabia respetar nuestras armas; el Pontificado conocia tambien por experiencia que era el valor español afortunado en sus tierras; nuestro Gobierno habia sido el más justo que hasta entónces conocieran aquellos pueblos turbulentos, como Cerdeña, Nápoles y Sicilia con su amor y lealtad lo proclamaban de consuno; y por último, siendo obediente á la Iglesia, como lo era al comenzar el siglo XVI, toda la Europa cristiana, los monarcas castellanos merecian por excepcion, no obstante, el dictado de *Católicos*. De otra parte, los italianos estaban á la sazon embriagados en las dulzuras del Renacimiento, y entregados por entero al desarrollo de aquel arte maravilloso de la pintura, que comenzaba á trocar la candorosa simplicidad de expresion de las composiciones cristianas del Giotto, por la imitacion de los grupos de paganos con que ador-

nó ya Ghiberti las puertas del bautisterio de Florencia; á la trasformacion de la arquitectura, que despues de haber levantado los arcos ojivales de Milan y las cúpulas bizantinas de San Márcos, debia seguir en adelante los ejemplos clásicos del Pantheon y del templo de la Fortuna, más ó ménos modificados por el génio de Bramante y de sus discípulos; á la recopilacion, en fin, de las letras clásicas fugitivas del Hellesponto, y bien pronto, multiplicadas por las prensas *aldinas*, miéntras resplandecia, como nunca, el ingénio italiano en las oscuras pero trascendentales páginas que meditaba ya Maquiavelo, en las graves, aunque frias narraciones que ya disponia Guicciardini, en los versos dulcísimos de sus poetas, solos rivales de los del mundo antiguo.

Era, en suma, en Italia época aquella de inteligencia, de placer, de riqueza. El territorio de la península, aunque se hallaba repartido en muchas soberanías, todas eran independientes de yugo extraño, porque sólo en las islas ondeaban, como sabemos, los blasones de España; y ni era de deplorar la decadencia de las repúblicas entónces, al ver flacos en ellas los bandos municipales que las asolaban, ni hacian falta, al parecer, los guerreros, supuesto que con la paz religiosa de largo tiempo asegurada, güelfos y ghibelhinos habian perdido la ocasion constante de sus contiendas. Vióse entónces, que por no criar tiranos las repúblicas, y por no educar rebeldes los príncipes, caia allí en desuso la profesion de las armas; y los últimos de los *Condottieri*, convertidos en señores de vasallos, ajustaron en adelante sus deseos á con-

servar lo adquirido, alejando de sí y de sus súbditos todo próposito belicoso.

Pero en medio de tantas felicidades externas, una cosa padecia, que era el sentimiento moral italiano; y padecia, no sólo en las repúblicas y pequeñas soberanías de la península que iban perdiendo de hora en hora el valor, el patriotismo, las virtudes necesarias para conservar su existencia, sino lo que era más doloroso, en la Sede misma de los Pontífices Romanos. Español era precisamente el Papa que la ocupaba al comenzar el siglo XVI; llevaba el glorioso apellido de nuestros Borjas; merecia ser soberano, por sus grandes pensamientos y su firmeza indomable; pero sacerdote y Papa, no merecia serlo por sus vicios unánimemente reconocidos: hoy, aún se miran sus restos escondidos en pobre caja y en un desvan de la Iglesia de los españoles en Roma, porque tal vez no los juzga dignos de sus bóvedas San Pedro. Y sin embargo, sus sucesores inmediatos, no fueron como Papas mucho mejores que él mismo. Llegó el caso de que todos los príncipes de la cristiandad, protestáran más ó ménos contra sus exacciones, y de que los escritores más piadosos reprendieran públicamente sus vicios, y hubo un punto en que Roma encerró á la par con sus grandes principios los ejemplos de todas las disoluciones humanas: causas no suficientes para arruinar á la Iglesia, pero sobradas para producir por sí solas una catástrofe, una revolucion, una *Reforma*.

Claro está, que en tales condiciones, no podia el Pontificado salvarse por su propia virtud, al llegar la gran crísis del siglo XVI, y era preciso salvarlo:

claro es tambien que no podia Italia en semejantes circunstancias custodiar ya sola la grande institucion en que descansaba el porvenir de la civilizacion humana. Porque no se trataba entónces por cierto de la extension que habia de tener el poder temporal de los Papas; no de buscar en sus estados la constitucion más apropiada á los derechos del Jefe de todos los católicos y á los deberes conjuntos del monarca de algunos de ellos; no negaba aún la costumbre al sacerdote la capacidad para gobernar á los seglares; no echaban de ménos los súbditos en el rey Pontífice los hábitos y las pasiones del hombre destinado á regir hombres con pasiones y hábitos semejantes: ni habia clase media seglar que reclamase una parte del poder público; ni instituciones políticas que no pudiera tomar ó imitar el Pontificado; ni espíritu nacional italiano, si no era en algunos versos oscuros de los poetas de otro tiempo. La cuestion era por lo mismo más grande, más perentoria, de más universal interés entónces que nunca. ¿Ha de existir ó no el Papado, es decir, el catolicismo? ¿Debe ó no conservar el mundo en pié, como centro de autoridad religiosa, la cátedra de San Pedro? Hé aquí el temeroso problema del siglo XVI: hé aquí la especial y señalada cuestion en que fueron llamados á intervenir nuestros padres.

VI.

Por un momento pareció que los descendientes de San Luis iban á tomar sobre sí la empresa, cuando arrastrado por la ambicion constante de sus abuelos

y de sus nietos, Cárlos VIII descendió de los Alpes. Milan, Florencia, Roma y Nápoles, sorprendidas por los caballeros franceses en medio de sus magníficas disoluciones, no pudieron oponer resistencia: Venecia misma tembló, y las esperanzas de Italia se redujeron entónces á la sospecha fundada de que los Reyes Católicos no abandonarian los derechos de su casa, ni sus intereses de príncipes italianos á la temida *furia francesa.* ¡Qué ocasion en verdad para los Reyes Católicos, que desde las torres de la Alhambra buscaban ya por el mundo enemigos dignos de su nacion y de su gloria! El son de los clarines franceses fué la chispa que encendió la hoguera preparada en las dos penínsulas por el tiempo; y en pos de Cárlos VIII llegaron á las riberas de Nápoles, para no separarse de ellas en dos siglos, las galeras de España que transportaban á Gonzalo de Córdoba y sus soldados.

No me detendré á referir las particularidades de aquella ni de otra alguna guerra. Mi objeto se cumple con recordar que Fernando el Católico de auxiliar del Rey de Nápoles, deudo suyo, pero de rama bastarda, y en su concepto de dudoso derecho al reino, se convirtió en aliado de los franceses, para partirlo con ellos primero, y hacerse en él al cabo señor absoluto, gracias á las hábiles campañas del que, por distinguirlo de todos, llamaron en Italia *il gran capitano.* De este modo, á la muerte de aquel Rey, una de las mejores porciones del continente italiano se miraba ya agregada á nuestro imperio; Venecia, la única potencia capaz de resistir en Italia, tras una

hermosa lucha, quedaba por el propio tiempo debilitada y vencida; nuestros soldados, peleando á sueldo de todos los príncipes y de todos los señores italianos, cuando no bajo sus propias banderas, se habian hecho árbitros ya de los negocios de Italia; y á la fama de las riquezas y honores allí adquiridos, los pueblos españoles no sólo olvidaron la repugnancia antigua, sino que se declararon manifiestamente en favor de aquellas expediciones extranjeras. Y fué inútil que los enojos del viejo Rey dieran sucesora en su lecho á la inmortal Reina Católica; porque no tuvo él hijos del nuevo matrimonio, y permaneció constituida como estaba, y como era indispensable que estuviese para lograr sus fines, la monarquía.

No era posible, y harto se ve en sucesos tan varios, contrarestar nuestro destino. Y sin embargo, un fraile insigne pretendió todavía preparar en su niñez á Cárlos V empresas más adecuadas á sus intereses inmediatos; pero ni el ejemplo de Orán, ni los consejos políticos del buen Cisneros, alcanzaron fruto alguno. Léjos de eso, la Providencia, coronando su obra, unió en Cárlos las pretensiones y los intereses de España y del antiguo imperio romano; y coligado desde el primer momento el Papa Leon X con el nuevo Emperador, los españoles, secundados por los soldados pontificios, se apoderaron de Milan, donde esperaron á que definitivamente se agregase la Lombardía á las provincias españolas de Italia, como sucedió despues de la muerte del duque de Sforza, no sin obstinada oposicion de los franceses. Por tal manera el dominio español se hizo incontrastable en

Italia, poseyendo las provincias del Norte, las del Mediodía, y las islas que, á modo de avanzados centinelas, rodean las costas de aquella península. Leon X, Papa ilustre que ha logrado dar nombre á su siglo, murió de alegría al saber la ocupacion de Milan por los españoles, y el sentimiento exajerado que manifestó, cualesquiera que fuesen sus inmediatas causas, pudiera tambien tomarse por el presentimiento seguro de que era aquella una verdadera *buena nueva* para el catolicismo.

Porque acontecia esto ya á tiempo que, caidos Belgrado y Rodas, los ginetes de Soliman exploraban el camino de Viena, y sus naves amenazaban por las dos mares italianas el patrimonio de San Pedro: á tiempo que Lutero, que habia salido años ántes triste y meditabundo de Roma, formulaba sus primeras protestas, é iniciaba el libre exámen que habia de conducirle á una rebelion desencadenada. Poco despues la Germania se levantó á su voz contra Roma, cumpliendo tambien con ello una mision terrible en la historia. «Tal germano,» ha dicho á este propósito un incrédulo notable por la brillantez de su estilo, «que »en el quinto siglo solo quebrantaba fortalezas, habia »de tener por descendiente al que con el nombre de »Lutero desgarrase tambien las tradiciones viejas.»

Y realmente: lo mismo que para depurar la idea cristiana, mal desenvuelta aún en la Roma gentílica, Dios arrojó sobre ella á Alarico y Totila, para lavar las manchas feudales del catolicismo y preparar los grandes tiempos futuros de su doctrina, fué tal vez conveniente que esta pasase por el crisol de la dialéc-

tica sediciosa de Lutero, de Zuinglio y de Calvino, y que sintiese de cerca el fragor de la terrible artillería otomana.

Pero la extraña revolucion política del siglo IV pudo al fin refrenarse con el poder de las ideas cristianas, y la violenta rebelion religiosa del siglo XVI no era posible contenerla de otro modo que con la fuerza: así la Providencia dió á cada una de estas crísis históricas una resolucion diferente; y luego se vió que si un Papa santo habia detenido con sus canas la marcha de Atila sobre Roma para alejar de la ciudad Eterna á los sectarios de Lutero, apénas era bastante Cárlos V.

VII.

Traen por lo comun las grandes causas hombres grandes que las sustenten, y nadie niega hoy este título al nieto de Isabel la Católica. Ya los franceses con noble imparcialidad reconocen que, con más razon que su rival Francisco, merecia el dictado de Rey caballero (9); y es indudable que ningun Emperador, desde Carlo-Magno, habia reunido tan altas prendas, y ningun monarca moderno, hasta el primer Bonaparte, ha influido como él en su tiempo. Pero Cárlos era mas sincero en sus opiniones, y conocia mejor su destino que los otros; y así es que su influjo no se encerró con él en el cláustro, sino que se prolongó en sus sucesores, resumiendo una época entera en la historia, y el espíritu de toda una dinastía en España. Felipe II, que con heredar solo la sagacidad po-

lítica de su padre fué tambien grande, lo propio que los otros dos Felipes austriacos, y el triste segundo Cárlos de aquella rama extinta, con ménos fortuna que el Emperador y ménos medios, tuvieron el mismo propósito que él en su política; y Luis Cabrera de Córdoba lo comprendió bien sin duda, cuando llamaba á la de España en su *Historia* «la corona defensora de la Iglesia.» Para serlo aportaron á las costas de Italia las españolas banderas, y puestas allí delante de la silla apostólica, ahuyentaron realmente del hogar del catolicismo amenazado todos sus enemigos á un tiempo.

Desde este punto de vista hallan fácil explicacion allí los hechos de nuestros Monarcas, y todas las circunstancias de nuestro dominio. La primera obligacion que tal propósito nos impuso, fué detener la nueva marcha de los germanos sobre Roma, y los detuvo el Duque de Alba en las riberas del Albis á la vista de Cárlos V; y sepultar en los abismos el *carro y el caballo y caballero*, con que amenazaba la fortuna *osmánlica* al catolicismo, lo cual ejecutó D. Juan de Austria en aquella ocasion, *la mas alta que vieron los siglos pasados y presentes, ni esperaban ver los venideros, donde se desengañó la cristiandad del error en que estaba de que eran por mar invencibles los turcos* (10). Ni faltaron á su patria en la defensa de esta política providencial las naves y las hazañas del *grande Osuna*, ni cuanto vino á tentar el calvinismo los pasos de los Alpes, dejó de cerrárselos el buen conde de Fuentes, manteniendo aquella lucha y rivalidad con Enrique IV, que escandalizó á los historiadores

extranjeros, y levantando en las avenidas de los valles suizos el fuerte de su nombre, que dió pretexto á tantas oposiciones futuras. A España se debió tambien que la pérdida de Rodas no arrastrase consigo la de aquella comunidad militar de San Juan de Jerusalen, que era la avanzada constante del cristianismo decadente en el Mediterráneo desde el fin de las cruzadas; porque en una roca dependiente de la corona de Sicilia, sin nombre apénas ni importancia alguna hasta entónces, levantó para aquellos últimos paladines el baluarte glorioso de Malta, que, inútil ya, hemos visto desaparecer cuando iba á despuntar este siglo. Y no se contentaron nuestros Reyes con la cesion generosa del territorio, sino que ellos además lo defendieron, y lo conservaron á la Italia y al cristianismo con altas hazañas, presentes sin duda en la memoria de todos. Es de notar, por último, en este punto, que miéntras renunciaba España á recobrar sus límites romanos y godos en las cercanas cumbres del pequeño Atlas, y abandonaba sus intereses permanentes en el Estrecho, buscó incesantemente resguardo á los promontorios de Italia en la costa tambien vecina del Africa, derramando con vária fortuna rios de sangre generosa en las costas de Argel y de Trípoli, y más que en parte alguna en las playas de aquella Cartago, siempre frontera de las bocas del Tíber, y siempre enemiga de Roma.

Pero á esta primera obligacion de nuestra política seguia otra de no menor consecuencia, y más perjudicial á nuestra fama en los tiempos modernos. No hubo medio de respetar la independencia de Italia,

incompatible con la uniformidad, con el silencio, con el reposo que aquella ciudadela del catolicismo en tiempos tan peligrosos necesitaba. Y como hace medio siglo que la independencia es el sueño comun de las imaginaciones italianas, la memoria de lo que España hizo para destruirla, tardará sin duda en borrarse de aquellos naturales, ahora como nunca con tal idea entusiasmados.

Mas juzgando imparcialmente, nadie puede disputar dos cosas á España: la primera, que cuanto hizo fué una consecuencia inevitable de su política, ó más bien de su destino: la segunda, que no mostraron jamás nuestros Reyes en su dominio aquí, ó allá en su influjo, que el sentimiento de la ambicion dirigiese únicamente sus pasos. «Habiéndose recobrado dos veces,» dice á este propósito un historiador político de principios del siglo XVII, inédito, aunque de los más discretos de nuestra literatura, «y con inmenso gas»to de españoles, el ducado de Milan, que los fran»ceses tenian ocupado, ámbas fué en él restituido »Francisco Sforza; y hallándose las casas de Saboya »y Ferrara en igual trabajo, gozaron la misma resti»tucion por entero; y procediendo de magnificencia »no menor, despues de aumentado en feudos impe»riales, el duque de Saboya obtuvo tambien las pla»zas de Vercelli y Asti, los Médicis á Florencia, y »poco despues á Siena, los Farneses á Plasencia y »Parma. Por esta consideracion, entraron los duques »de Mántua en la sucesion del Monferrato, debiendo »al Emperador y á su hijo la recobracion de aquel Es»tado cuando más distaban de esperarla, viéndola en

»poder del Rey Enrique II. De aquí alcanzaron los »genoveses la libertad tan deseada y la seguridad »del señorío de Córcega. De este mismo celo del bien »público, han de conocer los Pontífices la quietud »del dominio temporal y espiritual, y la sustancia de »hacienda de que gozan; que si bien mucho les per»tenezca, es larga la continuada contextura de tur»baciones y necesidades que aquella santa silla ha ido »experimentando, hasta que el poderoso y católico »brazo de los Reyes de España la aseguró en la ma»jestad, manteniéndola exenta de peligros (11).» En este lijero cuadro, trazado por pincel contemporáneo, claramente se vé, que no fué la ambicion el móvil de nuestra política; y si bien se examinan los hechos más censurados de los españoles en Italia, se halla tambien que no hicieron otra cosa por lo comun, sino cumplir inexorablemente con los deberes que su posicion les impuso.

Dos casos recuerdo de esta naturaleza, que por más famosos, pueden servir de ejemplo: el uno, la destruccion de la república florentina: el otro, la actitud del Rey D. Felipe III en las diferencias de los venecianos y el Papa.

Era Florencia rica, orgullosa, inteligente, patria del Dante y de Bocaccio ántes de aparecer en Italia las armas españolas, cuna y hogar luego de Miguel Angel, de Guicciardini, de Machiavelo, de Varchi, y los espíritus más vastos é inquietos que, durante el primer tercio del siglo XVI, habitasen la tierra. Allí fué donde á favor de las novedades que sus instituciones republicanas consentian, proclamó en 1498

Jerónimo Savonarola la resistencia á los *breves* pontificios; y á punto llegó el ardor de sus predicaciones en el púlpito de San Márcos, que cási puede asegurarse que no habria nacido el protestantismo tan léjos de Roma, si el nuevo apóstol hubiera hallado en Italia soldados, cosa indispensable, segun le advirtió Machiavelo, para acreditar sin milagros una nueva doctrina. Murió el monje al fin infelizmente; pero ni él era el único, ni probablemente el último de los novadores, ni era posible que Florencia y Roma vivieran en pacífica vecindad de tal suerte. Los Médicis, familia de Papas, determinaron bien pronto destruir aquellas libertades peligrosas, y, no sin vicisitudes diversas, logró Clemente VII al fin que le rindiesen á Florencia los españoles. Años despues cayó del propio modo Siena, su vecina y su hermana; y desde entónces la Toscana entera, gobernada por unos príncipes que debian al Pontificado su fortuna, fué siempre, como su proximidad á Roma exigia, un fiel satélite de nuestra política y una hija obediente de la Iglesia. Por eso, juzgando con más exactitud que los modernos el caso los florentinos de aquel tiempo, no á los españoles, sino al Papa, acusaban de su desdicha, «maldiciendo su crueldad,» segun escribe Varchi (12), testigo, actor ó historiador á un tiempo.

Más fácil justificacion tiene aún la política de España en las diferencias entre el Senado véneto y el Papa. El año mismo en que el Concilio del Trento cerraba sus largas y trascendentales sesiones, se hacia servita y comenzaba sus estudios canónicos el célebre Fra Paolo Sarpi, que, resentido de Roma y posei-

do del orgullo de su ciencia, estimuló al Senado véneto, no ya á contradecir las pretensiones temporales, sino áun á negar las facultades espirituales de la Sede Apostólica. Dios sabe adónde habrian llegado entónces las cosas, si las galeras del marqués de Santa Cruz en el golfo, y los tércios del gran conde de Fuentes en la frontera lombarda, no hubieran sido más elocuentes para el Senado, que los libros innumerables con que inundaron los romanos teólogos al mundo. Fra Paolo fué formalmente tachado de calvinismo en Roma, y Venecia entera estuvo en entredicho con gran indiferencia por algun tiempo, en tanto que Enrique IV, recien convertido, fundaba ya esperanzas sobre aquellas discordias; en tanto que se ponian ya en tela de juicio dentro de Italia los más graves puntos de disciplina canónica; en tanto que la autoridad misma del Concilio que acababa de tranquilizar al catolicismo, iba siendo lastimada hondamente por la cólera insaciable del servita, que llegó á escribir con este objeto un libro de historia, solo de los protestantes alabado. Tales semillas no seria posible explicar por qué no dieron copiosos frutos, si no se recordase la intervencion armada, aunque conciliadora, de Felipe III, que entónces manifestó públicamente, segun refiere su historiador, el maestro Gil Gonzalez Dávila, «que no le habia dado Dios su »monarquía más que para ponerla á los piés de la »Iglesia, sirviéndola y defendiéndola (13).»

Ni este suceso ni el anterior pueden, pues, servir de argumento para contradecir la tésis general que defiendo. Y es de observar tambien, que cuando des-

pues de Julio II, volvió á sonar el grito de *fuera los extranjeros* por la parte allá de los Alpes, y el hijo del vencedor de San Quintin tomó las armas á pretexto de la sucesion del Monferrato, pretendiendo ya el título de *Libertador de Italia*, que ni comprendia bien á la sazon el pueblo italiano, ni habia de merecer su linaje hasta nuestros dias, tenian por principal fundamento tales propósitos la alianza estrecha que le unia con el mariscal Lesdiguiéres, caudillo insigne de los protestantes franceses; por mánera que con aquella ocasion volvieron á aparecer soldados protestantes en la Península. Nueva confirmacion, si se necesitase, de mi juicio.

No es mi intento seguramente tachar de heréticos ni al profundo, y en mi concepto honrado Savonarola, ni al docto y bullicioso Fra Paolo, porque, como dijo á propósito del primero nuestro Gonzalo de Illescas, «hay que remitir esto al juicio de Dios, que sabe »el secreto de todas las cosas.» Pero que ámbos eran de naturaleza de herejes, y que por ménos principios llegó Lutero á la herejía, eso tampoco es posible negarlo. Ménos pretendo todavía increpar al belicoso Cárlos Manuel porque contase con los protestantes para llevar á cabo su proyecto, aunque generoso, prematuro de hacerse Rey de Italia; pero no es indiferente para mi objeto determinar que era la *Reforma* su primera y necesaria alianza. No seré yo, por último, quien cite con indiferencia ó desden las tristes relaciones que hacen del sitio y rendicion de su patria las crónicas senesas, ni ménos las páginas amargas que consagró el honrado Benito Varchi á la caida

de Florencia. Mi corazon compadece, «á los jóvenes »descontentos y arrepentidos de sus errores, á los »viejos pesarosos de sus locuras y discordias, á los »nobles avergonzados de sus faltas ánte el pueblo, al »pueblo hambriento que ni siquiera conservaba fuer»zas para quejarse de la nobleza;» á todos los que sucumbieron, en fin, con la ciudad sojuzgada (14); y mi pluma no se ocupará, por cierto, en amenguar el aplauso que la posteridad debe siempre á los que al pié de la bandera de su pátria, sin preguntarla por qué, dejan lidiando la vida. En los sucesos que acabo de recordar, no es otro mi propósito, que hacer patente la relacion constante que hubo en Italia entre nuestra conducta y nuestro destino.

Bien presentía esta verdad César Balbo, cuando atribuia á la *Reforma* la servidumbre de su pátria. Pero aquel escritor, insigne sin duda alguna, pagó el censo comun á las preocupaciones presentes cuando se quejaba de que la *Reforma* hubiera dado ocasion á que los Papas se uniesen al Emperador, por ser cosa en su concepto, «tan contraria á las tradiciones, que »sin tal excusa habria sido opuesta á la naturaleza »misma del Pontificado;» y de que «desde entónces, «con raras excepciones, abandonára éste la causa »nacional que habia hecho grandes como Papas y »como Príncipes á muchos de los Papas anteriores.» Porque no es cierto, primero, que los Papas se unieran entónces con los Emperadores, sino con los Reyes de España, que eran los que dominaban é influian eficazmente en Italia, ni lo es tampoco que entre nuestros Reyes y los Papas pudiera establecerse la

antigua oposicion de éstos con los Emperadores germánicos. Por ménos cierto reputo aún que el consagrar las fuerzas de la Santa Sede á la defensa de la independencia italiana, pueda ser ni haya sido nunca motivo de alabanza ó de gloria para los Papas; que bien pudieran no ser italianos de nacion, y siéndolo, permanecer ajenos á tales intereses. Y sobre todo, carece de fundamento, á mi juicio, el aserto de que los Papas abandonáran la causa de la nacion italiana en el siglo XVI, cuando precisamente entónces, y despues del breve imperio de Adriano, fué cuando se hizo el Pontificado italiano: gran revolucion de más y muy diversa importancia que se piensa en los conflictos presentes (15). Lo único cierto es que la casa de Austria, que tenia en Madrid su centro, contó siempre por aliados en Italia á los Papas desde Felipe II en adelante; pero no era para ménos la necesidad que estos tenian de que los ayudase aquella, y la imposibilidad de separar en cuestiones secundarias los intereses confundidos en las grandes controversias de entónces. Y si se examina la historia de la *Congiura contra Venetia*, á que Sarpi, por cierto, no daba crédito alguno; y si se observa atentamente la política del conde de Fuentes, continuada por aquel triunvirato famoso que formaron Villafranca, Bedmar y Osuna, con los armamentos del primero, las intrigas del segundo, las expediciones osadas del último, se hallará tambien, que la peligrosa discordia del Senado y el Papa es el principio de la hostilidad constante, que nos mostró luego la República, y nos obligó á tener preparada la defensa y la ofensa contra ella.

Fuéra de estos sucesos, el más importante que aconteció en el siglo XVII en Italia, fué la guerra de la Valtelina, emprendida por los católicos oprimidos contra los herejes grisones, que, ayudados por los luteranos holandeses con dinero y soldados, amenazaban á la Italia desde los Alpes; y áun esta debe considerarse como prohijada al fin en España, «no por »mera ostentacion de su grandeza, mas para mani»festar su mucha fé,» si ha de creerse á Gonzalo de Céspedes, contemporáneo historiador de Felipe IV.

Y no fué sólo la fuerza ciega de las armas y de los hechos políticos lo que dió en ayuda España á los Pontífices por aquel tiempo. De ella partió tambien la iniciativa, y ella organizó cási todos los medios intelectuales y morales que se emplearon en la resistencia contra la *Reforma*. No se comprende, por lo mismo, cómo el docto Leopoldo Ranke, que reconoce todos los hechos en que mi tésis se funda; que en su *Historia de los Osmanlis* y de la *Monarquía española*, declara sin rebozo (16) que «el dia de la defeccion »general, sólo los españoles permanecieron fieles á »la Religion Católica y á la córte de Roma;» y en otra parte señala, con su sagacidad ordinaria, en las sombrías meditaciones de Felipe II, la constante preocupacion de que él era la columna providencial de la Iglesia; que no tiene reparo en afirmar en la *Historia de los Papas*, que en tiempo de los Carlovingios fué providencial la alianza de los Papas con los francos, por ser éstos los únicos capaces de defenderlos de los sarracenos, los lombardos y los griegos (17), sus enemigos espirituales ó temporales entónces, pueda

considerar, sin embargo, como un suceso comun el establecimiento de España en Italia, explicando por intereses secundarios todos sus hechos. Mayores y más fundamentales peligros corria, sin duda, el Pontificado en el primer tercio del siglo XVI, que cuando Carlo-Magno lo amparó con su espada, porque el dominio temporal, lo mismo en una que en otra época, podia disputársele; pero su influjo moral, su representacion, sus dogmas, jamás habian corrido ni correrán riesgo tan grande como desde la Dieta de Worms á la paz de Westphalia. Y si esto parece indudable, no lo es ménos seguramente que ningun poder de cuantos han defendido en diversos tiempos á los Papas, ha desempeñado su mision con el desinterés, la constancia, la reverencia, la humildad misma que España.

VIII.

¿Será posible que la verdad de estos asertos se oculten á la penetracion de nadie que estudie con un tanto de imparcialidad la materia? No lo creo, ni temo que la vanidad nacional extravíe ahora mi juicio; porque los mismos enemigos de la Iglesia católica, han rendido tributo á esta verdad, al hacernos blanco de todos sus ódios, y al dedicar sus más prolongados y laboriosos esfuerzos á censurar la supersticion, la crueldad, la persistencia, la intolerancia de la política española desde el siglo XVI en adelante. Buena ó mala aquella política, que ahí cabe gran discordia, la proposicion que sustento, era evidente para ellos; y

á decir la verdad entera, tanto esfuerzo de imaginacion costaría concebir la ausencia de Italia de los españoles en el siglo XVI, como la desaparicion del Pontificado hace tres siglos. Pero si es preciso traer á cuento las pruebas morales, despues de fijados los hechos, ellas se amontonan desde luego en la memoria.

Todo el mundo sabe, que el Concilio que pudo llamarse de Mántua, de Vicenza, de Bologna ó de Trento, que fué donde al cabo realizó su obra, si se reunió, fué «á instancia del Emperador y Rey, despues »de muchas y grandes dificultades», segun declaró en la Real cédula de su promulgacion Felipe II; y que, bien se celebrase contra la voluntad declarada de los Papas, como pretende Sarpi, bien sin otro tropiezo que la indiferencia de algunos de ellos, que es lo ménos que se deduce de la relacion de Pallavicini ó de la correspondencia diplomática sostenida por nuestros Reyes respecto del Concilio (18), lo cierto es, que á España corresponde la parte principal en aquella importantísima declaracion de doctrina, el más poderoso esfuerzo moral que hizo el catolicismo en su propia defensa. Los mismos padres, al cerrar sus sesiones, aclamaron en primer término y bendijeron la memoria del Emperador Cárlos V, «como promo»vedor del Concilio.» Consta tambien, que entre las condiciones con que puso en libertad á Clemente VII el Emperador, era una, que se celebraría el Concilio, prueba grande, entre otras, del mayor interés que en su reunion ponia España; y cuando en lo mejor de sus tareas, se suspendieron bruscamente sus sesiones, es conocida por demás la protexta que con-

tra esta resolucion publicaron los doce obispos españoles presentes. Fué España además la que, venciendo á mucha costa merecidas repugnancias, y áun resistencias sangrientas, organizó eficazmente alrededor de la Silla Apostólica, así en las de Italia como en sus propias provincias, aquella terrible institucion del Santo Oficio, odiosa, pero tal vez indispensable, si por entónces habia de conservarse pura en alguna parte la doctrina católica. En España tambien recogió la Roma clásica de Paulo III campeones que ocupasen el lugar de sus humanistas y sus poetas, y fueran capaces de defender su causa contra los hábiles polemistas de la Reforma, tales como Alfonso Salmeron y Diego Lainez, teólogos de aquel Papa y de su sucesor Julio III en Trento; Domingo de Soto, Bartolomé Carranza y Melchor Cano, que fueron allí de parte del Emperador, y otros muchos de no ménos doctrina y nombradía. De España recibió la Santa Sede, para reemplazar la hueste innumerable de sacerdotes profanos que la servian y la desacreditaban á un tiempo, aquel instituto conventual cauto, docto y perseverante que con el nombre de *Compañía de Jesus* ha logrado que todas sus cosas sean objeto de duda, ménos una evidente, y es que fué el baluarte más firme que levantó la Iglesia contra sus adversarios. España, en fin, veló por la pronta eleccion de los Papas, sobre todo en el largo cónclave de 1559, cuando era tan necesaria como difícil; y reformó las reglas de no pocas religiones, estrechándolas, y hasta las costumbres de los seglares, y las formas exteriores del catolicismo romano, sustituyendo en las provincias que

gobernaba las magníficas reminiscencias gentílicas de los altares y del culto italiano, con la sombría y devota litúrgia de los pobres pero venerandos santuarios de las montañas de Aragon y de Asturias.

IX.

Cumplimos, pues, en Italia lealmente lo que parece por tantos indicios, que era allí nuestro destino. Y bien pudo repetir el jesuita Florencia á la cabeza del moribundo Felipe III aquellas palabras que alegraron los últimos instantes del Rey devoto: «Vos, Señor, »socorrísteis la fe amenazada en Alemania con vues»tras armas y tesoros: vos, ya deslizada en Italia, la »detuvísteis, arrimando vuestras armas á la Iglesia.» Aquel Rey, como todos los de su dinastía, hizo bastante para ser llamado por antonomasia el *Católico*.

Y bien puede decirse, al contemplar finalmente estas cosas, que fué hora solemne para la monarquía española aquella en que, saltando de las islas al continente, fijó sus blasones en Italia. En ella, abandonando por más de tres siglos á la media luna las montañas que se divisan desde nuestras montañas, fuimos á cerrarle las bocas pantanosas del Tíber, y áun á disputarle las clásicas islas del remoto archipiélago griego; en ella pospusimos la reconquista de la España transfretana á la posesion de territorios florecientes, pero que no habian de obedecer siempre á nuestro cetro, porque eran para nosotros ingobernables é indefendibles; en ella recogimos el guante que en las llanuras de Italia habian arrojado los paladines france-

ses, y aceptamos aquel duelo de nacion á nacion, que duró siglo y medio con tan vária fortuna: duelo en que herimos hondamente á nuestros adversarios desde Cerinola hasta Honnecourt en cien ocasiones gloriosas, para caer al fin desfallecidos, ántes que no rotos, en los campos sangrientos de Rocroy y de las Dunas. ¿Quién puede decir hoy lo que habrian producido entónces tantos colosales esfuerzos empleados en África, si, vuelta la espalda al Pirineo y las costas de Levante, hubiéramos dedicado todo nuestro ardor, todas nuestras fuerzas, toda nuestra voluntad vírgen y poderosa á trasladar al Atlas nuestra frontera? Pero ¿quién osará tampoco asegurar que los Reyes Católicos faltasen á lo que la Providencia debia esperar de su grandeza y de su fortuna equivocando torpemente su mision sobre la tierra?

¡Ah, Señores! La historia, que juzga y debe juzgar de las acciones individuales; la historia, que reconoce en ellas el libre albedrío y la consiguiente responsabilidad que su posesion impone á los hombres, no niega ni puede negar esas leyes generales en el espacio, y providenciales en el tiempo, que se desenvuelven á su vista, y rigen al género humano en su conducta y en sus destinos. Al modo que los planetas ruedan independientes sobre sus ejes, y giran al propio tiempo en torno del sol, las voluntades humanas, libres en sí mismas, sirven en su conjunto y en su armonía á los fines providenciales que se van realizando por el mundo en los momentos sucesivos de la historia; y los Reyes Católicos, al guiar el pendon de las Navas á Italia, sirvieron al catolicismo, que sin esto

habria corrido incalculables peligros, lo mismo en Trento que en los preliminares de Westphalia, y en Mulhberg que en Norlinghen, ya que fué desamparado por la Francia, combatido por la Inglaterra, la Holanda, la Suecia, y la mejor parte de la Alemania, azotado por el turco insaciable y por mucho tiempo irresistible; y en tanta tribulacion no se vé que tuviera más humano apoyo que España y el Imperio, que gobernaba nuestra dinastía, aunque bien pudiera decirse que el imperio mismo no tuvo en horas críticas otro apoyo que España.

Aquella hora, sí, la hora en que los Reyes Católicos decidieron intervenir en los negocios de Italia, decidió al propio tiempo y de un modo providencial de nuestra fortuna; y así como habian sido infructuosas todas las tentativas anteriores para separarnos de Italia, en vano tambien nos llamó la necesidad algunas veces al África fronteriza más adelante, y en vano la América distrajo con su inmensa poblacion y conquista nuestras fuerzas: señores temporales de Italia, y campeones de su supremacía espiritual y religiosa, eso fuimos, y eso quisimos ser solamente en los dias de nuestra grandeza; á eso encaminamos nuestra política; de empeño tan desigual provino esencialmente nuestra decadencia; con tales pretensiones y tales principios está agonizando á nuestros ojos extraviada y decrépita, pero respetable y honrada aún, la España antigua.

Paréceme, sin embargo, que al recordar ciertos hechos, no faltará quien levante contra esta conclusion sus objeciones. ¿Pues qué, se dirá, la infantería es-

pañola en el *saco* de Roma, el duque de Alba en la brecha de Ostia, los gobernadores de Milan, los vireyes de Nápoles y los mismos Monarcas españoles, áun los mas devotos, no obraron en ocasiones como adversarios de los Pontífices? No puedo negarlo, ni es necesario, por cierto. Porque ¿quién me negará á mí, en cambio, que los Papas defendiesen y quisieran defender al catolicismo? Y sin embargo, en 1526, cuando se veia más empeñado en aquella propia defensa Cárlos V, cuando precisamente acababa de dar contra los luteranos sus más severos edictos, poseido en mal hora Clemente VII de las pasiones de príncipe temporal, formó alianza con los enemigos del Emperador, y dió lugar á que éste, amenazado por una guerra formidable, tuviera que transigir con los protestantes, y á que ellos luego aprovechasen la ocasion para enviar en ayuda del Emperador soldados que se señalaron impíamente, como era natural, en el saco de Roma.

Ranke sospecha tambien que Clemente llegó en una de aquellas ligas promovidas por Francisco I, en que solian figurar, como es sabido, los protestantes y los turcos, hasta á aprobar cierto plan de campaña que, deshaciendo las fuerzas de Cárlos V en Alemania, habia de asegurar en ella necesariamente el triunfo completo del luteranismo, y se funda en no despreciables documentos é indicios. Aunque no se dé valor á esa sospecha, grave siempre por la autoridad de que procede, lo que no tiene duda, porque consta en nuestra historia, y ni el obispo Sandoval se atreve abiertamente á contradecirlo, es que la mala voluntad

del Papa, ántes que las armas enemigas, forzó al fin al Emperador á ajustar aquellos conciertos y tréguas que abandonaron á la herejía mucha parte de las provincias septentrionales de Europa. No eran más favorables para la Iglesia las circunstancias en que el nepotismo vergonzoso de Paülo IV y su increible aversion á los españoles provocaron una liga general contra la casa de Austria, y la guerra de 1557, que tan tristes resultas pudo traer de nuevo á la misma Roma. Si el protestantismo echó semillas duraderas en los Países-Bajos; si llegó á hacerse superior en Alemania á los Emperadores; si no fué desarraigado de Inglaterra, en buena parte al ménos se debe á aquellas disidencias infelices de las cortes de Roma y España.

Y gracias que nunca, ni en los más amargos de estos trances, renegó España de sus principios. Porque cuando el insigne Melchor Cano declaró que era lícita la guerra al Papa, no dejó de advertir al propio tiempo, que en tésis general, «no parecia consejo de »prudentes comenzar en nuestra nacion alborotos »contra nuestro superior (el Papa), por más compues»tos y ordenados que los comenzásemos, y que tam»poco era bien que los que los habian hecho, y á la »sazon los hacian en la Iglesia, se favorecieran con »nuestro ejemplo; porque con los herejes,» en su concepto, «no debiamos de convenir en dichos ni hechos, »ni en las apariencias siquiera.» Y cuando el gran duque de Alba descendió vencedor de las colinas albanas al *Agro romano*, en cumplimiento de las resoluciones del Rey, humildemente escribió al Papa, «qu

»por el acatamiento y reverencia que sabia que tenian »los Reyes de España á la Santa Sede, postreramente »le suplicaba é importunaba, echándose á sus piés, »que como buen pastor se contentara con dejar apar- »te el odio y pensamiento que tenia de ofender á sus »majestades y sus reinos y estados, y fuese servido »de abrazar y recibir con caridad y paterno amor á »la majestad del Rey, su Señor, el cual, siguiendo las »pisadas de su padre, habia siempre ofrecido y de »nuevo ofrecia su propia persona y todas sus fuerzas »en servicio de la Santa Sede.» Las paces se ajustaron bien pronto, y ni España ni el de Alva alcanzaron otro galardon por su triunfo que la licencia que este pidió de besar los piés al Papa con todos los capitanes de su ejército; ocasion, al decir del valeroso caudillo, en que experimentó más temor y confusiones que en ninguna de tantas batallas y riesgos como habia corrido por su persona. Poco despues el grave Antonio de Herrera se propuso demostrar en su *Informacion y relacion de lo que pasó en Milan en las competencias entre las jurisdicciones eclesiástica y seglar desde el año de* 1595 *hasta el de* 1598, que tales disgustos solian ser promovidos por miserables cuestiones de etiqueta, ó bien por injustas pretensiones, como aquella de empeñarse el clero en hacer sementeras de arroz, que por dañosas á la salud tenian limitadas las leyes civiles, ó bien por intrusiones de los tribunales eclesiásticos en los pleitos y causas del fuero ordinario, apresurándose á declarar en la primera página de su libro, con el objeto de prevenir otras interpretaciones, «que de ninguna cosa habia tenido

»mayor cuidado la majestad del Rey don Felipe el »Prudente, en cuyo tiempo sobrevinieron aquellos »disturbios, que de la religion católica y de la honra »de la Santa Sede Apostólica (19).»

Ménos respetuoso que el cronista español, Pedro Giannone, al referir el estado de las cosas eclesiásticas en Nápoles y Sicilia, se queja de que ni Fernando el Católico ni sus sucesores se cuidasen de contener los injustos progresos que en su concepto lograban los eclesiásticos, extendiendo su jurisdiccion y ampliando sus tribunales, y de que no se opusieran á las excesivas adquisiciones que, no tanto las iglesias como los monasterios, hacian de bienes temporales por aquel tiempo. Atribuia el Giannone á flaqueza de nuestros Reyes la paciencia con que sufrian los abusos eclesiásticos, no con más razon que algunos historiadores modernos (20) censuran la humildad del duque de Alva y del Rey Felipe en las paces con Paulo IV, teniéndola por vileza ó cobardía. La verdad es, que si los que pretenden hallar contradicciones olvidan en ello la condicion natural de todas las cosas humanas, al juzgar de esta otra suerte se ignora, ó se aparenta ignorar, lo que constituia á la sazon la política española. Ello es, que hostigada unas veces por las pretensiones de los ministros eclesiásticos, que extraviados por los intereses inmediatos y temporales, y soberbios con sus triunfos, pretendian emplearlos contra los mismos á quien los debian, y apurada otras por las consecuencias exageradas y tal vez inevitables de sus propias doctrinas, España tuvo al fin que resistir en ocasiones, ora con las armas, ora

por medio de los libros de sus regalistas y de las artes de sus diplomáticos; pero bien pronto la fuerza de los principios que sostenia, los ejemplos que necesitaba ofrecer á la cristiandad, sus intereses en Italia, unidos ya indisolublemente á la suerte del Pontificado, la obligaban á ceder y continuar con más ó ménos satisfaccion el propio sistema de conducta. Ni faltaron impaciencias y claros deseos en ocasiones de oponer á las humanas debilidades y errores que tal vez reinaban en la córte romana mayor y más eficaz resistencia; pero al fin la corriente de nuestra política arrollaba tales propósitos, y España, no solo era consecuente, sino que hacia siempre á sus principios el sacrificio penoso de las pasiones, del derecho y de la razon misma.

Otra objecion, no más fundada, pero de más efecto al vulgo, se puede hacer contra los fines que estoy atribuyendo á nuestra política; y es, que el influjo español y la alianza de nuestra córte con la de Roma no se mantenian sólo con armas, libros y protocolos, sino en virtud tambien de dádivas, singulares por el número y la cuantía (21). No niego tampoco este hecho, que está sobrado patente en los documentos contemporáneos. Pero la prueba de la sinceridad con que nuestros monarcas aplicaban tales medios á la consecucion de los fines de su política, está en la consulta que sobre ofertas y dádivas á los cardenales hizo D. Felipe II al padre Acosta y su confesor fray Diego de Yepes, contestada al cabo en 1601, reinando ya D. Felipe III, por una Junta compuesta del conde de Miranda, el cardenal de Sevilla y el padre

confesor fray Gaspar de Córdoba. Fueron de opinion estos varones, teólogos consumados los más, que el Rey «podia ganar las voluntades de los cardenales »para inclinarlos á una buena eleccion de Papa por »medios lícitos y honestos,» entendiendo por tales, «el darles pensiones, honras y otros aprovechamien»tos á deudos suyos, con que no precediese ó intervi»niese pacto ú obligacion, y los cardenales se dejasen »en plena libertad para satisfacer su conciencia (22).» No tengo yo esta opinion por intachable, ni son de mi gusto tales medios para realizar fin alguno: mi conciencia los rechaza, por más que se hallen probados con harta frecuencia en la historia. Pero lo cierto es, Señores, que en la época de que se trata, pensionaba del mismo modo España para predominar más fácilmente en los consejos de Europa á un gran número de ministros, y aun á las mismas queridas de los Reyes franceses, y que no pocos italianos y alemanes pendian con el propio cebo de la voluntad de nuestro Gobierno. Ni pareceria tan extraña cosa á Roma misma, cuando en el cónclave de 1559, el cardenal decano echó en cara al embajador Vargas que por nuestra parte «se habia amenazado de quitar sus rentas á los »cardenales,» que no se prestasen á complacernos, y hubo en el Sacro Colegio quien públicamente justificase la conducta del Rey Felipe, y de resultas de aquella disputa, segun dice una relacion publicada, «se »ganó mucha tierra (23).»

Sea, pues, cualquiera el sentimiento de nuestra propia conciencia, ya que se trata de contradicciones de la antigua política de España, ó de las que se ha-

llan en la conducta de los Papas, y al propio tiempo, de la irregularidad de ciertos medios para influir en las más respetables de las cosas públicas, permítame la Academia que emita la opinion de que los hombres de Estado, que en los siglos XVI y XVII se vieron precisados á combatir á veces las consecuencias de sus mismos principios, y á no reparar en medios para propagarlos y sostenerlos, hallarán fácilmente quien los comprenda, y hasta cierto punto, los excuse en nuestros dias, si se juzga su situacion imparcialmente y se inquieren con sinceridad sus perplejidades y sus amarguras. Porque en ninguna época las flaquezas humanas y los recursos heróicos de las opiniones beligerantes han conducido quizás á más deplorables extremos que en la presente, y en ninguna se ha hecho más de desear á los espíritus rectos el triunfo racional, legítimo y definitivo de la verdad y de la justicia; así como en tiempo alguno mayores contradicciones de conducta han ocultado durante períodos enteros, el propósito real de las encontradas parcialidades científicas ó políticas. Sí, Señores: nos oyen generaciones habituadas á derribar tiranías seculares, para levantar en su lugar nuevos y más terribles tiranos; nos oyen escuelas y partidos y parcialidades de toda especie, que ellas mismas han estorbado en muchas ocasiones el triunfo de sus principios; que ellas propias han dado frecuentemente á los principios contrarios la razon y la victoria; nos oyen hombres de todas las opiniones, lo mismo en el nuevo que en el antiguo mundo, empedernidos en la vieja herejía de que el fin justifica los medios; y sin

embargo, ¿quién dudará por eso del carácter augusto de las luchas que estamos presenciando? ¿quién no vé en este siglo XIX grandes y santas causas y grandes y santos principios, triunfos felicísimos y derrotas miserables para el espíritu y para la especie humana?

No juzguemos, pues, con un criterio distinto del que á nuestra época aplicamos, del que se suele emplear siempre, cuando se juzgan acciones humanas, ni al Pontificado, ni á la política española de hace dos siglos. No hay mayor error que el que se cometeria obrando de otra suerte en la severa ciencia de la historia.

X.

Pocos críticos, es cierto, se libran de incurrir en él de todo punto. Precisamente al examinar, siquiera sea de pasada, cuál fué la condicion de los pueblos de Italia en el ínterin que tal y tan difícil empresa llevaba á cabo nuestra política, no puedo ménos de recordar con pena cuánto han calumniado nuestro dominio ciertos libros italianos en los antiguos y últimos tiempos. A la verdad, no en todo rendian tributo los autores al género de crítica que he censurado; ántes bien, se proponian muchos de ellos zaherir indirectamente la dominacion austriaca que aborrecian, refiriendo y comentando con acritud suma los hechos de los ministros y gobernadores españoles, que podian tener alguna semejanza con otros que ejecutaban sus gobernantes actuales. Este artificio, que no aprovecha á su imparcialidad de escritores, puede excusar, sin embargo, la pasion ordi-

naria de sus juicios. Por ejemplo, un escritor tan popular en España como Manzoni, se ha complacido en describir con sarcástica severidad muchas de las circunstancias que acompañaban al dominio español en Lombardía en aquel hermoso romance de *I Promessi Sposi*, que no tiene rival en la moderna literatura del continente europeo; y César Cantú, con lijereza impropia de su mérito, no ha tenido reparo en añadir en sus notas á aquel libro inmortal, nuevo alimento á las preocupaciones del vulgo.

No fueron, como era natural, más benévolos con España, que son ahora sus descendientes, los políticos y los libelistas italianos del tiempo de nuestra dominacion. A creer á Trajano Boccalini (24), por ejemplo, «era un mónstruo jamás conocido ni oido el »ministro español que gobernaba honradamente,» como gobernó al milanés el conde de Fuentes; y el sólo Gregorio Leti bastaria, si se diera crédito á sus innumerables diatribas, pagadas comunmente por nuestros adversarios, para desacreditar al mayor número de nuestros vireyes y generales de Italia. Pero ya contra estos desahogos del comprimido odio antiguo, y las exajeraciones interesadas de ciertos modernos, se han levantado en Italia misma generosas protestas.

Egidio de Magri, malogrado ingénio, que continuó con fortuna la preciada historia milanesa de Pietro Verri, dice, tratando del establecimiento de los españoles en Italia, estas notables palabras: «Respetadas las formas jurídicas, respetadas las costum»bres administrativas y políticas, la única diferencia

»entre el señorío extranjero y el nacional consistia en »que el duque era sustituido por un gobernador (25).» Y en otro lugar, despues de declarar que no dejaron de hacer tambien algunos beneficios los gobernadores españoles, el mismo autor añade: «Mucho mal se hizo »al propio tiempo; pero exije la justicia que una »parte se atribuya á la índole de las circunstancias »políticas, y otra mayor aún al tiempo necesario para »vencer las preocupaciones, y asimilar los intereses »de los que mandaban y de los que obedecian; cortí»sima parte, en fin, á la maldad. No nos venza el »sentimiento del ódio: la condicion de los otros pue»blos, de la España misma, no era ciertamente mejor »que la nuestra á la sazon: era aquella época de dolo»res, de los cuales nos tocó una porcion, quizás la »menor, y las demás naciones tuvieron necesidad, en »cambio, de pruebas terribles para alcanzar el reposo »civil (26).»

Más explícito aún Giuseppe Manno (27), uno de los escritores de Italia que mejor fama han alcanzado en nuestro siglo, juzga de esta suerte la dominacion española en Cerdeña, que fué donde primero se afirmó, y donde se prolongó por más tiempo. «El Gobierno español,» dice, «fué sabio en sus leyes, »celoso del cumplimiento de sus disposiciones, y »conocedor en grado sumo de los modos de captarse »el amor de sus pueblos. Era generoso en otorgar las »gracias que convenian á sus fines políticos, y dies»tro en negar las que no se ajustaban á ellos, prefi»riendo desvanecer las esperanzas con prontos des»engaños, á entretenerlas con promesas benignas

»para irlas poco á poco satisfaciendo. Que si los fun»cionarios hacian tal vez inútil con su conducta la »sabiduría y autoridad de las leyes, los sardos sabian »de antiguo que, recurriendo al soberano, hallaban »en el trono siempre lealtad y justicia. Claramente se »vió esto en las Córtes, que aunque dijeran osada»mente verdades contrarias á los mayores ministros »de la isla, léjos de producir esto males, proporcionó »siempre prudentes remedios. Si á esto se añade que »la Cerdeña, una ya en lengua, en costumbres y en »leyes con España, ménos se consideraba como uno »de los reinos independientes de la monarquía que »como una de sus naturales provincias, se compren»derá fácilmente, por qué los sardos, con el amor »que profesaban á aquel gobierno, olvidasen los vi»cios que acaso hallaban en la administracion públi»ca.» De la propia suerte, juzga este autor todas las circunstancias de la dominacion española.

No temo que puedan tacharse de parciales estos juicios, que están además confirmados por los hechos. Consta que nuestros Reyes tuvieron el buen acierto de no atentar contra la libertad de las Córtes sardas, las cuales funcionaron siempre, bajo nuestra dominacion, y el de compartir con el Senado de Milan, representacion secular de los intereses y de las necesidades de aquella provincia, su propia soberanía (28). Extendíase la autoridad de este Senado hasta á suspender con el *veto* la ejecucion de las disposiciones soberanas; á confirmarlas, requisito sin el cual no tenian aquellas valor alguno; á limitarlas y restringirlas segun los casos. Era aquella, en suma, una magistra-

tura política, judicial y administrativa, que por sus grandes atribuciones y su estabilidad, limitaba singularmente el poder de los gobernadores, frecuentemente reemplazados, impidiendo toda la exageracion del poder absoluto. Además se componia de milaneses casi en su totalidad el Senado; á tal punto, que en 1666, por ejemplo, no habia entre quince senadores más que tres sólos españoles (29), probados todos ellos en los altos empleos, y de la principal nobleza el mayor número: de donde se deduce que bien puede recaer sobre los naturales una parte, y aun quizá la principal, de la censura que merezca la administracion española en aquel Estado. Ni dejó de reunirse tampoco en tiempo de España el Parlamento de Sicilia negando ó concediendo los subsidios, reprimiendo la autoridad de los vireyes, interviniendo eficazmente tambien en la administracion de aquel reino, donde, si algo se echaba de menos, á juicio de modernos escritores sicilianos, era alguna mayor energía en el poder y más fuerza en la autoridad pública (30), al mismo tiempo que alivio en las contribuciones, que el constante estado de guerra hacia pesar sobre toda la monarquía. Nápoles, por último, donde el Parlamento general no se reunió nunca periódicamente, y los *seggi* ó cuarteles de la nobleza y del pueblo no ofrecieron más que un simulacro de representacion y de libertad en las várias épocas de su historia, conservó bajo nuestro gobierno, las mismas franquicias que ántes tenia, recibiendo ademas leyes sábias y prudentes, á las cuales sólo les faltaba la observancia y la ejecucion, en concepto del rigoroso Pedro Gian-

none (31). Logróse allí al propio tiempo que para siempre cesasen las antiguas luchas entre los barones y los plebeyos, que tantas desdichas trajeron sobre los naturales, haciendo cási indispensable en aquel territorio la dominacion extranjera. Por exceso de gabelas y de tributos se movió sólo el motin que acaudilló el infeliz Masaniello, y los sublevados gritaron: *viva el Rey de España,* hasta que la necesidad de la propia conservacion y las intrigas extranjeras excitaron en ellos otros sentimientos. Lo mismo exactamente aconteció en la rebelion de los sicilianos, que ellos apellidaron conjuracion de los ministros españoles contra la isla (32); no queriendo admitir nunca que fuera lucha declarada contra la corona de España.

Los tributos y la guerra: he aquí por consiguiente, el único y constante motivo de disgusto que tenian los italianos entónces. Y no era éste en nada diverso del que en las Córtes de Castilla se habia manifestado en várias ocasiones; al paso que Cataluña, Aragon, Valencia y las Provincias Vascas se oponian á continuar llevando tan pesadas cargas, ni más ni ménos que Nápoles ó Sicilia, cuando no se pronunciaban como ellas en abierta insurreccion. Nada se hallará en suma, en Italia que no se encuentre asímismo en España por aquel tiempo.

Por eso, ya que compartieron los italianos nuestros trabajos, les dimos en cambio lo que más han echado de ménos en época cercana, que es consideracion y amor de hermanos en todas las cosas públicas. Su milicia alternaba en el puesto de honor con la nuestra «por sus largos y buenos servicios», segun decla-

raron repetidamente nuestros Reyes; sus capitanes mandaban, con tanta frecuencia al ménos como los nuestros, los ejércitos; sus nobles disfrutaban de nuestros hábitos de nobleza, de nuestros títulos, de nuestras preeminencias; sus pueblos no eran menos atendidos en concepto alguno que los de España. No tuvieron siempre reposo, no lograron progresos constantes, porque tales tiempos y tal política no dieron de sí más que guerras feroces y sacrificios sin cuento, lo mismo para España que para Italia; pero suya es como nuestra, y no se la disputamos seguramente, la gloria de todas las empresas de la monarquía española en aquella época.

Es indudable, Señores. Con ellos, como con los españoles, contuvo en Mhulberg Cárlos V, al protestantismo germánico; con unos y otros, reprimió el protestantismo francés Felipe II; y mezclados los bajeles que ámbas naciones tripulaban, lidiaron en la mar con los turcos. Italianos eran los compañeros del Gran Capitan, Próspero y Fabricio Colonna; italianos el marqués de Pescara, el más querido de los capitanes que gobernaron la vieja infantería española, y el del Vasto, que reputó España por uno de sus mejores caballeros; los Dorias fueron nuestros almirantes por más de un siglo; los Gonzagas sentaron plaza de soldados por el mismo tiempo bajo nuestras banderas. Y dado que Filiberto de Saboya, Alejandro Farnesio y Ambrosio de Espínola, bastasen á levantar el nombre italiano al más alto punto en nuestros ejércitos, todavía puede buscar Italia en las historias castellanas otra multitud de nombres gloriosos para ella.

como Chapin Vitelli, Castaldo, Cantelmo, valiente soldado de Flándes; Gabriel y Juan de Cerbellon, sábios y valerosos guerreros, honor de Milan, su pátria; Francisco Serra, Cárlos de Gatta, y aquel buen Caracciolo, marqués de Torrecusa, célebre en Fuenterrabía, en Cataluña, en Portugal, cuyo hijo, que amaba en extremo á los españoles, murió en la desdichada jornada de Monjuich, oyendo por última advertencia de su padre aquellas palabras que Melo admira: «Ea, morir ó vencer: Dios y tu honra.» Tal era el lema comun y heróico de los italianos y de los españoles entónces.

Hoy ya separados los unos de los otros, y para siempre sin duda, por el curso inevitable de la historia, la España hace justicia á los italianos que contribuyeron á su gloria, y la Italia llegará tambien al cabo á respetar la memoria de unos dominadores que la regaron con su sangre por tantos siglos, para volver más pobres á sus hogares que cuando arribaron á sus playas en triunfo. Lo mismo nuestra política que nuestra antigua dinastía, se sepultaron en el sepúlcro que encerró al desventurado Cárlos II, y desde entóncas, no hemos vuelto á ser dominadores en Italia. Por el contrario, si ha habido en ella alguna independencia hasta ahora, se debe á España, que reconquistó para eso á Nápoles y á Sicilia, y arrancó de Parma el dominio extranjero. Cedimos además la Cerdeña á los príncipes de Saboya, para que con su nombre bautizáran el reino libertador de la Italia: de modo, que de las antiguas provincias españolas, sólo Milan ha sufrido por siglo y medio todavía el yugo

que la impuso Antonio de Leiva. Que en cuanto á Venecia, ni la conquistamos, ni la perdimos los españoles, y si padece en el dia, no es ciertamente por efecto de nuestra política en Italia.

XI.

Aquí termina, por lo mismo, naturalmente el cuadro de recuerdos que me habia propuesto trazar en este discurso. Ni una palabra he dicho, como habia ofrecido á la Academia, que se refiera á las cuestiones actuales. Por más que no podamos ser indiferentes en concepto alguno á la suerte de Italia, y á los grandes intereses que se ventilan hoy, como siempre se han ventilado en su suelo, una cosa me parece evidente, y es, que la mision penosa, excepcional, aislada, que la Providencia nos impuso algun dia, está de nuestra parte mucho tiempo há terminada. Libre ya de aquel peso tan grande y tan desproporcionado á las fuerzas de una nacion sola; fuéra de Italia, y apartada un tanto de la complicada trama de los negocios europeos; regenerada por los tiempos, y repuesta en algo de su dolorosa caida, parece sin duda llegado el caso de que consagre España á empresas de su peculiar interés sus nuevas fuerzas.

No se hallará empresa mas digna de España, ni mas útil para su engrandecimiento nunca, que aquella que D. Pedro de Aragon abandonó, cuando los sicilianos le llamaron inopinadamente á su isla, y aquella que los Reyes Católicos dejaron aparte para trasportar al continente de Italia la política española.

Y es consolador, Señores, ver en nuestros dias reanudada espontáneamente nuestra historia, y que, vuelta al fin las espaldas al Pirineo y al mar de Levante, acaba España de iniciar en África esta política, restableciendo allí la antigua gloria de nuestras banderas. ¡Ojalá que la Providencia, á cuyos universales fines hemos acaso servido con tamaños y tan constantes sacrificios en otro tiempo, nos permita seguir ahora adelante, y cumplir tambien con nuestros propios y peculiares destinos!

ILUSTRACIONES Y NOTAS.

(1) Estaba el famoso Antonio de Leiva enterrado en San Dionisio de Milan, templo destruido algunos años hace para labrar nuevas casas. Sobre su sepúlcro, y grabada en una lápida de mármol negro con letras de oro, se leia esta hermosa inscripcion latina, conservada en la *Serie de' gobernatori di Milano*, etc., *Compilata da Francesco Bellati;* Milan, 1776.

ANTONIO LEIVAE HISPANO HEROI ASCULI PRINCIPI OMNIUM SUE AETATIS DUCUM BELLI VEL CONSILIO CAPIENDO SOLERTISS. VEL IN EXEQUENDO EFFICACISS. QUI A CAROLO EJUS NOMINIS V EXERCITUI APUD INSUBRES PRAEFEC. ITALIAE PRINCIPIBUS AC GALLOR. REGE IN CAESAREM CONSPIRANTIBUS VEL IN MAXIMA RERUM ANGUSTIA INGENII ACUMINE HOSTIUM SIBI INCUMBENTIUM SAEPE CONATUS INFREGIT OPPIDA EXPUGNAVIT AC MULTIS VICTORIIS PARTIS DUCIBUSQ. ETIAM CAPTIS MEDIOLAN. PROVINCIAM AB EORUM FAUCIBUS EREPTAM IMPERIO RESTITUIT ET SERVAVIT MAGNISQ. MOX ALIIS REBUS PRO CAESARE GESTIS DEMUM INTOLLERANDIS MISERABILIS MORBI DOLORIBUS OMNIBUS ARTUBUS CONTRACTIS E PERPETUO OCCUPATIS SUMMA CUM LAUDE APUD AQUAS SEXTIAS IN FATA CONCESSIT. OSSA EX TESTAMENTO HUC TRANSLATA SUNT OBIIT XVII. KAL. OCT. MDXXXVI.

(2) Francisco I se aposentó en la iglesia de San Paolo, situada en una pequeña colina, á corta distancia del castillo de Pavía, cuando estableció el sitio de esta ciudad. Forzado el *Barcho* y la casa de recreo de Mirabello, donde se hallaba el dia de la batalla, fué conducido á la misma iglesia de San Paolo, donde el virey de Nápoles estaba ya alojado. En Abril de 1857 el autor de este discurso tuvo ocasion de presenciar la demolicion de aquella iglesia, ejecutada con el sólo objeto de aprovechar los materiales.

(3) Tristani Calchi, *Mediolanensis Historiæ Patriæ*; Mediolani, 1627.—Paulo Giovio, *Vite dei dodici Visconti*.—En estos historiadores se hallan curiosos pormenores acerca de esta expedicion de los castellanos á Italia. La *Crónica* del Rey dice sólo que en las vistas de Búrgos dió éste á su yerno, el de Monferrato, *dos cuentos de maravedís..... y demás muchos caballos y muchas donas.*

(4) La expedicion de D. Gil ha sido minuciosamente descrita por Juan Ginés de Sepúlveda en su bien conocida historia latina del Cardenal, traducida más de una vez al castellano; por Baltasar Porreño en su *Vida y hechos hazañosos;* por Mateo Villani en su *Crónica;* por Platina en sus *Vidas de los Pontífices;* y por otros muchos autores que seria ocioso enumerar ahora.

(5) Miguel Amari ha demostrado modernamente esta verdad, con evidencia, en su obra intitulada: *La Guerra del Vespro Siciliano.*

(6) Zurita, *Anales de Aragon.*—Tomaso Fazello, *Le due deche dell' Historia di Sicilia*; Palermo, 1628.

(7) *Istoria civile del regno di Nápoli*, libro XXVI.

(8) Edgard Quinet.—*Le Génie des Religions.*

(9) Pichot, Amedée.—*Charles-Quint.*

(10) Cervantes en dos distintos lugares del *Ingenioso hidalgo* califica, como es sabido, con estas mismas palabras la famosa jornada naval. Todo el mundo sabe tambien, que las palabras anteriormente subrayadas en el texto, son de Herrera, y las que siguen de Quevedo, en un soneto famoso.

(11) Manuscrito que poseo, gracias á la generosidad de mi amigo el Sr. D. Adolfo Alfredo Camus, intitulado: *Disensiones entre las casas de Saboya y Mántua, en la muerte del duque Francisco Gonzaga, escrita por D. Juan Rosales, de relaciones y papeles*

de diferentes Ministros de ámbas casas, y algunos hallados en poder del licenciado D. Pedro de Herrera, dean de Tudela.—Hay motivos para creer que no es el autor el que se supone.

(12) Varchi, *Storia fiorentina.*

(13) Gil Gonzalez Dávila, *Historia de la vida y hechos de Don Felipe III.*

(14) Varchi, *Storia fiorentina,* libro XI.—Sozzini, *Succeso delle rivoluzioni de Siena.*

Al paso que los españoles, constantemente declaraban por fin de su política la defensa del Catolicismo contra todos los enemigos que tenia, negábanlo los extranjeros católicos, como era natural, siempre que venia á cuento. Solo cuando el defender al Catolicismo por las armas, dejó de ser en la comun opinion del mundo un timbre, ó bien por aquellos que han mirado siempre esta accion como aborrecible, se ha concedido que fuese tal el sentido y objeto de nuestra política, en los dias de nuestro gran poder militar. Inútil sería amontonar citas facilísimas para probar esta tendencia de los extranjeros; mas por lo curiosa, no quiero omitir una.

Publicóse por los tiempos de Felipe III, un papel contra los venecianos, intitulado: *Aviso de Parnaso*, que al momento fué tenido por obra de la pluma satírica de D. Francisco de Quevedo, no ménos enemigo de aquella nacion, que su protector y amigo el Duque de Osuna, que acaso le mandó escribirlo. Contestóle un cierto *Valerio Fúlvio,* saboyano, con un libro no sólo escrito en italiano sino en español, con tan singular elegancia y propiedad, que parece imposible que sea de mano extranjera. Su autor estuvo en Valladolid con la Córte de España, segun dice; y afirma con juramento, que cuando el Rey de España (Felipe II) se determinó á pedir limosna, es decir, á solicitar donativos voluntarios de todo el mundo, para levantar las cargas del Estado, contribuyó él mismo á ello. Las palabras con que lo refiere, son ya chistosas; «yo le dí, dice, diez escudos en oro, Dios me lo perdone, »que á decir verdad, yo no se los dí por caridad cristiana, sino »por vanagloria de haber dado limosna á tan gran princesa, como »era la Monarquía española.» Pues este autor, de quien no se puede dudar que conocia mucho á España, niega, que ni áun la guerra

de ochocientos años para echar á los moros, la hiciesen los españoles por amor á la fé católica. «Lo mismo hiciérades,» dice, no sin gracia, «y hablemos aquí verdades, y no lisonjas: *si el Papa »entrára con su ejército en Castilla ó Aragon*, y se apoderase de »aquellas tierras.» Esto, no debe ciertamente ponerse en duda. Pero conviene advertir, que, lo que á mi juicio puede sostenerse con razon es, que en el siglo XVI, conducidos ó arrastrados por una multitud de circunstancias, y principalmente por la de tener vecinos al Papa los dominios, que de una manera que parece providencial poseíamos en Italia, nos hicimos campeones y paladines de la Sede apostólica, y de los intereses católicos. Aunque la guerra contra los árabes y africanos, no se emprendiese ni siguiese por ser ellos muslimes, sino por ser extranjeros y conquistadores, claro es, que la costumbre de pelear tantos siglos con enemigos del nombre de Cristo, tenia preparados los ánimos en España para pelear contra todos los que eran ó parecian enemigos de su verdadero culto. Claro es tambien, que la comunidad de intereses en Italia, contribuyó á estrechar ó conservar los lazos del Rey de España con el Papa, aunque hubo ocasiones, como es sabido, en que estuvieron bastante contrapuestos. Pero todo esto que explica el hecho, no lo contradice ni lo modifica siquiera.

Lo más cierto es, que no se debió nuestra grandeza al habernos constituido en campeones del Catolicismo: lo que á esto se debió, sin ningun género de duda fué, nuestra rápida y extrema decadencia. Éramos grandes cuando abrazamos aquella causa, puesto que hasta el siglo XVI, rara vez nos habiamos ocupado como nacion en las cosas del Papa: éramos pequeñísimos al fin de aquella gran lucha entre el Catolicismo y la Reforma, que terminó con la paz de Westphalia. Ni quiere esto decir que la España hubiera podido mantener con otra conducta la grandeza que tenia al comenzar el reinado de Felipe II; porque habia seguramente mucho de artificial é insostenible en ella misma. Pero no habríamos decaido en solos cincuenta ó sesenta años, tanto como decaimos sin aquel empeño desproporcionado á nuestras fuerzas; ni habríamos agotado sin él las fuentes de la riqueza y de la prosperidad interior hasta el punto que las agota-

mos. En una palabra: sin la política de los Reyes austriacos y todo, habríamos dejado de ser al cabo de algun tiempo la primera de las naciones de Europa; pero á la política de aquellos Reyes, es á la que se debe que hayamos venido á parar en ser una de las últimas.

(15) Sábese que, á la muerte de Adriano VI, el pueblo de Roma seguia furioso á los cardenales que iban al Cónclave, gritándoles, que no elijiesen Papa extranjero; y anunciándoles, que si lo hacian, tomarian de ellos sangrienta venganza. Lo cierto es, que con efecto, el elejido fué ya italiano, y desde entónces acá, no ha vuelto á ser nombrado Papa ninguno que no lo fuese, cuando poco ántes habian ocupado la Cátedra de San Pedro tantos extranjeros de diversas naciones, y áun dos españoles. Un vivo sentimiento nacional, representado en el conocido programa de «*fuori i barbari*» que intentó ya realizar Julio II, se fué indudablemente desenvolviendo desde aquel tiempo en Roma. Nadie conceptuó allí desde el siglo XVI en adelante á los franceses ó españoles por tan naturales como á los italianos: nadie creyó desde entónces que Roma no fuera de los romanos, ó cuando más de los italianos solos, á quienes consideraban siempre como hijos de una nacion misma. Léjos de oponerse á este sentimiento, que habia de ser tan peligroso á la larga, sería facilísimo probar que constantemente lo estimularon los Papas, y sus delegados y ministros en todas las cuestiones que agitaron á Italia durante los siglos XVI y XVII. El Papa era el primero de los Reyes independientes, tanto como el Jefe de la Iglesia: tenia su política, su ejército; y no pugnaba ya, como en otros tiempos, por poner ó quitar Emperadores ó Reyes, y añadir el dominio temporal al espiritual, sobre todo el mundo, sino por mantener sus derechos particulares de príncipe soberano.

Llegó á ser pues, de esta suerte, el Papa, un príncipe más; un potentado de Italia; el Rey de una nacion extranjera. El Colegio de cardenales se compuso tambien totalmente casi de italianos. Los tribunales de Roma, con excepcion de algunas pocas plazas extranjeras, que aún hoy, fuera de sazon, conservan en la Rota las naciones católicas, asimismo se compusieron por lo general de italianos. Y entónces comenzó á tomar cuerpo en todas las na-

ciones católicas la repugnancia á llevar los pleitos á Roma para que fuesen juzgados allí por italianos; y entónces comenzó tambien á clamarse contra el dinero, que salia de ellas, para Roma, considerándole como destinado á mantener ó enriquecer á verdaderos extranjeros. Todo lazo temporal, visible, se rompió entre Roma y las naciones católicas. Quedó sólo el vínculo espiritual, muy poderoso aún por la sinceridad de las creencias; pero ningun católico del mundo tuvo ya más á Roma por parte de su propia pátria, ni en Roma habrian oido sino con risa y burlas, al que hubiera sostenido que Roma no se pertenecia á sí misma, ni á los cardenales, ni á los Papas personalmente, sino al Catolicismo entero.

Y, sin embargo, tal era la verdad histórica de entónces, como ahora es la verdad política, en esta cuestion inmensa. Una Roma pátria comun de todos los católicos; córte espiritual de muchas naciones, temporalmente independientes; sustentada con los tesoros de estas mismas naciones, puesto que no es posible ya, ni ha sido justo nunca, mantener el esplendor del trono Pontificio, con los solos recursos de sus súbditos romanos; guardada por tropas voluntarias y mixtas de todos los pueblos católicos; sin ejército nacional, sin política propia, con tribunales compuestos de los católicos más eminentes de todas las naciones; un Colegio de cardenales igualmente formado por partes, próximamente proporcionales, con indivíduos de todos los Estados en que hay católicos: Papas, en fin, indistintamente elegidos tambien entre todas las naciones: hé aquí lo que hubiera respondido á las necesidades del siglo XVI, y lo que responderia bien asimismo á las del siglo presente. En el primero de los siglos citados guió á los Cónclaves por contrario camino el instinto nacional de la mayoría de sus indivíduos; y se justificó á los ojos del mayor número semejante error alegando, que serían más independientes los Papas, cuando no hubieran sido nunca súbditos de los soberanos temporales. Pero en primer lugar, con tal de que fueran italianos, no se reparó despues en que los Papas hubieran nacido súbditos de otros Reyes; y en segundo lugar, no mostraban los súbditos, ni podian mostrar dependencia de los Reyes, cuando los colocaba sobre ellos mismos su elevacion al trono Pontificio, de lo cual dió un Carafa contra

Felipe II notorio ejemplo. Y hoy, por otra parte, el temor de depender de los príncipes extranjeros los Papas, sería ya vano: lo que hay que procurar es, que los católicos de todas las naciones del mundo, vean en Roma una verdadera pátria comun, se sientan allí todos con iguales derechos, y rechacen, por lo mismo, el que el Gobierno espiritual esté en manos de una nacion extranjera, que es lo que hace recelar la absorcion de Roma por el Reino itálico. Se vé, pues, que áun dado que no hubiera sido la *italianizacion*, por decirlo así, de Roma en el siglo XVI una desgracia, lo es hoy muy grande.

Y dejando todo lo demás aparte, para concluir, porque se ha hecho ya demasiado larga esta nota: ¿es, ni ha sido nunca la Roma italiana tan rica en hombres de primer órden, como lo ha sido la Iglesia universal constantemente? ¿No hace ahora más falta que nunca, que preponderen la inteligencia y el saber en Roma? Si aquella fuera una sociedad universal y no un círculo municipal como es, ¿no sería dado reunir allí mucha más suma de capacidades y de luces? Los jesuitas reclutados entre todas las naciones, ¿no son al cabo los que más resplandecen en Roma al presente? ¿Por qué los prelados más eminentes de la cristiandad, no habian de componer del propio modo la clase gobernante en Roma? Nada de esto es de dogma ni de disciplina siquiera: son reflexiones inspiradas al autor por el conocimiento de las personas y de los lugares, y en las cuales se fundó para escribir la frase del texto, que con esta nota pretende dejar explicada.

(16) Ranke, *Histoire des Osmanlis et de la Monarchie espagnole, pendant les XVI et XVII siécles.*

(17) Ibidem, *Histoire de la Papauté pendant les seiziéme et dix-septiéme siécles.* Trad. de Haiber.

(18) Son muy importantes las observaciones que hace acerca de este particular Juan Ginés de Sepúlveda. *De rebus gesti Caroli V*, libro XIX.

(19) El parecer del maestro Melchor Cano corre impreso en la primera edicion del *Juicio imparcial.*—La carta del duque de Alva, de que aquí se copian algunas frases, fué publicada por Juan Antonio Summonte en su obra titulada *Dell' historia della citá é regno di Nápoli.*

La *Informacion* de Antonio de Herrera se halla sin fecha ni lugar de impresion. De todos los papeles que mediaron en aquellas diferencias, hizo un tomo el condestable D. Juan de Velasco, y lo imprimió en 1597, sin duda alguna en Milan, donde todavía desempeñaba el cargo de gobernador. Hay en este libro curiosísimos documentos. Dando cuenta el condestable á Felipe II de los *monitorios* publicados contra él por el cardenal Federico Borromeo, en los cuales se le acusaba entre otras cosas de ofender con la intencion, ya que no con las palabras, la libertad eclesiástica, escribia aquel caballero estas frases, no indignas de su raza por cierto: «no »se atreviera ninguno que no estuviera siguro debajo del manto de »San Pedro á quererme disfamar en cosa tal; que como fiel católico »y buen hijodalgo soy obligado á sustentar y defender con mi pro»pria sangre que no fué, es, ni será jamás verdad.» Sobreseyó al fin el arzobispo por algunos dias en sus procedimientos contra el condestable, vendiéndolo, al parecer, al Rey por una gran liberalidad y cortesía, «como si no supiésemos,» dice D. Juan de Velasco (á cuya noticia habia llegado ya la recomendacion que acerca de este punto le habia hecho el cardenal Aldobrandini, sobrino del Papa), «que para los cardenales son cánones inviolables los »ruegos de los sobrinos de Papas vivos, y á lo menos con Federi»co Borromeo más fuerza han tenido que la autoridad de los »Papas muertos.» Llegaron las cosas á punto que Felipe II, despues de aprobar la conducta del condestable que parecia poco dispuesto á retroceder delante de la censura eclesiástica, y llegó á amenazar al Cardenal con vías de hecho, expidió una terrible pragmática ordenando que ninguna persona de cualquier grado, estado ó condicion y preeminencia que fuese, así privilegiada como de otra manera, se atreviese ni presumiese directa ó indirectamente á usurpar, violar, turbar ó en cualquier modo perjudicar su real jurisdiccion, so pena de castigo que se podia extender hasta la muerte natural inclusive, al arbitrio del gobernador y del Senado.

(20) Véase, entre otros, Prescott, *History of the Reing, of Philip, the second.*—Este autor cita vários textos para demostrar que á los ministros del Rey y al propio Emperador en Yuste les pareció vergonzosa la paz.

(21) De una *Memoria* inédita, que poseo, resulta que á principio del siglo XVI, pagaba España muchas pensiones en Roma. Recibíanlas los Colonnas, condestables y duques de Paliano, los duques de Braciano, Sermoneta, Zagarolo, Savelli, Sora, Santo Gemini y Poli, los príncipes de Venafro y Palestrina, los hermanos y sobrinos de los cardenales Sforza, Farnese y otros, con no pocos hombres principales, deudos ó amigos de la alta clerecía romana, como los Frangipani, Ricci, Gaetani y Cafarelli; y por cierto que al duque de Cesarini, que no tenia pension, observa la *Memoria* «*que seria bien prendarle,*» en textuales palabras, y á los Borgheses, hermanos del Papa, recomienda tambien «*que se les busquen encomiendas buenas de hábitos militares.*» Tales donativos alcanzaban á los mismos cardenales. El de Conti cobraba mil ducados de pension, segun la *Memoria* citada. Y en ciertas *Instrucciones* dadas en 1626 al conde Oñate, que tambien poseo manuscritas, se halla que *para recobrar en Roma la autoridad y mano que ántes habia tenido España, habia resuelto el Rey que se señalasen al cardenal Orsini cinco mil ducados de pension sobre las mitras de Málaga y Salerno; y dos mil ducados sobre otras mitras diversas, á cada uno de los cardenales de Torelli, Savelli y Veselio,* sin contar con otras gracias.

(22) Sustancia de lo que contiene una consulta de una Junta que S. M. mandó hacer el año 1601 en materia de Pontificado. MSS. de papeles vários de mi propiedad.

(23) Véase el tomo correspondiente al Concilio de Trento, publicado en la *Coleccion de Cánones y Concilios de la Iglesia española*, por D. Juan Tejada y Ramiro. — Muchos de los documentos que inserta, estaban ya impresos en la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España*; pero hay bastantes nuevos sacados de Simancas.

(24) Boccalini, *Pietra del paragone politico, dove si toccano i goberni delle maggiori Monarchie dell' universo.*

No niega este autor, á pesar de la mala voluntad que nos tenía, que fuera la dominacion de España suave, cuando no en el fondo en la forma. «*Nell' apparenza,*» dice, «*é tutta gentilezza, é tutta si risolve in complimenti..... da niuna altra Prencipessa si ricevono piú dolcí parole e piú amari fatti.*»

Y á propósito de los estragos y crueldades que en todas estas guerras de Italia se hacian por los ejércitos que contendieron allí durante el siglo XVI, bueno será recordar tambien este pasaje del Guicciardini, igual ó semejante á otros ciento de su obra: «*Nelle quali cose* (habla del destrozo hecho en las tierras venecianas por la famosa *Liga de Cambray*, formada contra los venecianos), *non appariva minore l' impieta de soldati del Papa, e de gli altri Italiani; anzi tanto maggiore quanto era piú damabile a loro, che a Barbari* (así han solido llamar los italianos á los extranjeros, á imitacion de los antiguos romanos), *incrudelire contra la magnificenza, é ornamenti della Patria commune.*

(25) *Storia di Milano del conte Pietro Verri.—Continuata fino ai nostri giorni da Egidio di Magri.*

(26) Burigozo y Grumello en sus *Crónicas;* Martin Verri en su *Relazione delle cose sucese in Pavia,* y todos los escritores contemporáneos dan bastantes datos para conocer que eran los españoles los más simpáticos á los lombardos de todos los extranjeros que en el siglo XVI invadieron su territorio. El Abate Gio: Battista Pacichelli, en sus *Memorias* dice que eran *las maneras* de los españoles en Italia «in qualche modo confacevoli al suo genio.» En cambio Tullio Dandolo asegura en los *Ricordi inediti di Gerolamo Morone,* que «contro á soldati di Carlo VIII, di Luigi XII, »di Francesco I si alzarono da un capo all'altro della Penisola »maledizioni unanimi; e la detestazione del nome francese diventó »passione ed istinto d'ogni euore italiano.»

(27) Giuseppe Mano, *Storia di Sardegna,* tom. II.

(28) Este hecho se halla consignado en todos los escritores que han tratado de las cosas de Milan por aquel tiempo.

(29) Gualdo Priorato, *Relatione de la cittá é stato di Milano.*

(30) Nicolo Palmieri, *Saggio storico é politico, sulla Constituzione del regno di Sicilia.*

(31) *Istoria civile del regno de Napoli.*—Véase tambien el libro de Francisco Palermo titulado *Narrazione é documenti sulla storia del regno di Napoli, dall' anno* 1522 *al* 1667.

(32) *Della conjura de' Ministri del Re di Spagna, contra la fedeliss, ed esemplare citta di Messina, Congiura dei ministri spagnoli;* así intitularon los sicilianos una obra publicada por ellos en

Francia haciendo relacion de aquellos disturbios; y era curiosísima manera de dar nombre á su propia insurreccion contra los españoles.

Para no alargar más estas notas, se omiten otras muchas referencias de las citas que se hacen en el texto, y que, ó por de poca importancia ó por sobrado conocidas, no necesitan mencion tan especial.

II.

DE LAS INVASIONES

DE LOS

MOROS AFRICANOS EN ESPAÑA.

DE LAS INVASIONES DE LOS MOROS AFRICANOS EN ESPAÑA.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

el dia 25 de Enero de 1863,

CONTESTANDO AL DE RECEPCION DE D. EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

SEÑORES:

I.

El estudio de los hechos de los musulmanes en el suelo español, tiene tan verdadera importancia, que de él depende que permanezca en la adolescencia ó llegue á la edad de la madurez nuestra historia. No hay sólo en España aquella oscuridad y complicacion que donde quiera presenta el estudio de la Edad media con sus contínuas mudanzas territoriales y dinásticas, sus instituciones irregulares y frecuentemente inexplicables, sus leyes crueles ó confusas ó antinó-

micas, sus jigantescos y solitarios monumentos de piedra, y sus obras literarias imperfectas siempre, exíguas por lo comun, sepultadas las más todavía en inexplorados archivos. Fuerza es contar además, y tanto en España como en Italia misma, con los gérmenes arraigados y fecundos que dejó en el seno de esta sociedad la gran ruina de Roma: frios é inertes primero, vivos y poderosos más tarde hasta predominar de nuevo en las letras y en las leyes pátrias mucho ántes que tuviesen fin los que ahora apellidamos siglos de hierro. Y como si esto no fuese harto, tenemos todavía de especial y único en la Península española aquel implacable antagonismo de ocho siglos, entre las más activas y absolutas creencias que hayan solicitado y encendido las almas en el mundo moderno, entre las más diversas y áun opuestas gentes que se hayan encontrado y medido jamás en la grande escena de la historia.

Ni siquiera al estudiar los dos grandes bandos militantes, y alternativamente vencedores ó vencidos, muzárabes y mudejares, moros ó cristianos, cabe comprender ámbos elementos históricos en sendos círculos de naciones homogéneas. Que si esto puede hacerse con el bando español ó cristiano, no obstante la pluralidad de circunscripciones territoriales y la variedad de dinastías, de constituciones, y hasta de lenguaje, que ofrecieron un dia los estados diferentes de la Península, bien demuestra el discurso que acaba de oir la Academia, que ni siquiera se debe intentar otro tanto con los musulmanes. Por lo mismo hay que vencer una dificultad más, sobre las ordinarias

de tal período, y las singulares que presenta la conquista sarracénica, distinguiendo en esta dos elementos distintos de historia, y examinando por separado cada uno de ellos, para completar el estudio de la Edad media en España.

Ahora, pues, que la Academia presta tanta y tan merecida atencion á las cosas de aquel tiempo, no podia proponerse el nuevo académico, al cumplir con la obligacion de nuestros Estatutos, dilucidar mejor tema que el que ha elegido sobre las dominaciones africanas. Tema era este, por otra parte, muy á propósito para el Sr. Lafuente Alcántara, que cuenta entre sus títulos literarios la feliz interpretacion, que todos conocemos, de los poemas é inscripciones entrelazados en la ornamentacion fantástica de los muros interiores de la Alhambra; y que trae á esta Academia apellidos harto estimados en ella, por ser los de un escritor que enriqueció no há muchos años la biblioteca de historias de ciudades, que poseemos, con la de aquella insigne que dió asilo á los últimos herederos de las haces triunfantes en Guadalete: jóven insigne y malogrado, cuyo recuerdo avivan en este dia las frases tan debidas como elocuentes, que le ha consagrado el nuevo académico. A mí en cambio, sólo puede animarme á escribir tambien algunas páginas acerca de esta materia la viva satisfaccion que experimento ahora, y que debe ser desdichado el que en tales circunstancias no sienta, al abrir estas puertas á un compañero de mis primeros años, que compartió un dia conmigo el entusiasmo y el desaliento de las áulas, y que hoy, con más títulos que yo, llega á to-

mar asiento al lado del que no há mucho debí yo mismo á la indulgencia de la Academia.

Por dicha, cuando no la competencia en ellas, la aficion al ménos á las cosas de los moros, bien puede ser en uno y otro semejante, porque ámbos hemos nacido en el suelo que por más tiempo hollaron los conquistadores muslimes; allí donde todo da testimonio todavía de su fortuna y de sus desdichas, ya las atalayas y castillos roqueros, ya los enriscados lugarejos de la sierra, ahora los nombres de los despoblados, ahora los templos y palacios insignes de las ciudades que conservó ilesas, á pesar de sus iras, la secular reconquista.

II.

Un gran retardo en esta, fué inevitable y dolorosa consecuencia de las dominaciones africanas; y si es singularmente interesante, Señores, la contemplacion de aquellas inesperadas y espantosas luchas, no lo es ménos la de los largos aplazamientos del triunfo, que desde que se recogieron á las rocas de Covadonga y del monte Pano, aguardaban impacientes cada dia los hijos de los godos vencidos: triunfo que tanto dilataron con su venida los africanos. Plaga en verdad, como dice á este propósito fray Prudencio Sandoval (1), «que por los pecados de nuestros padres en»viaba el Señor sobre la triste España, cuando parecia »que comenzaba á levantar la cabeza de la ruina y des»ventura pasada,» fuéron los primeros de ellos, que se decian Almoravides. Llegados á tiempo que Alon-

so VI legitimaba su título de Emperador con gloriosas hazañas, conquistando unas ciudades, y haciendo tributarias otras, despoblando y devastando las tierras enemigas, y poblando los conquistados y solitarios llanos de Extremadura y Castilla, pronto segaron las espigas que un largo y feliz reinado habia hecho granar en España, y las esperanzas que corrian ya por ella de remediar del todo en breve la rota de D. Rodrigo.

Unánimes afirman los historiadores árabes, que aquellas hordas y su caudillo vinieron á ruegos de los reyezuelos moros oprimidos, y de los doctores ó sacerdotes del Islam, que veian ya á punto de morir su ley en nuestro suelo (2); y es esto lo que parece verosímil sin duda. Pero si por ventura fué solicitada en un principio la venida de los africanos por el propio Alonso VI, de concierto con su suegro el Rey moro de Sevilla, como dió á entender su contemporáneo, aunque no del todo seguro historiador D. Pelayo, Obispo de Oviedo, y afirman resueltamente el Arzobispo D. Rodrigo y D. Lúcas de Tuy, insignes historiadores de tiempos cercanos (3), la pena de su culpa la sufrió ya en vida el imprudente monarca.

Los africanos, de quien al parecer se esperaba que debilitasen el imperio muslímico, acrecentando en él las guerras civiles, se unieron fácilmente por el contrario con sus correligionarios de aquende el Estrecho, queriendo éstos, segun decian, guardar ántes camellos de Almoravides, que no puercos de castellanos: frase que hallo por cierto en el Arzobispo D. Ro-

drigo, y aplica sólo al Rey de Sevilla una relacion musulmana, de donde la tomó quizás el historiador castellano. Juntos, pues, bajo una sola bandera los moros de España con los que vinieron de África, y al mando todos ellos de Yúsuf-Ben-Texufin, príncipe de los Almoravides, derrotaron á los Condes D. García y D. Rodrigo, que se presentaron los primeros á defender la frontera; y revolviendo luego sobre el mismo Rey Alfonso, que sin desaliento ni demora habia reunido otro ejército en el cual se contaban muchos extranjeros, lo vencieron tambien en la batalla de Badajoz, segun la llaman los Anales complutenses y compostelanos (4).

Peleó allí D. Alfonso con valor, digno de su pasada fortuna: rompió las primeras haces que eran las de los andaluces, al decir de los árabes; puso en grande estrecho el campamento africano, y ya tenia por segura la victoria, cuando un mensajero vino á advertirle que de improviso habia sido atacado y tomado por otros moros su campo. A recobrarlo acudió en persona al instante el valeroso Monarca; y, si no lo logró, detuvo lo que quedaba de dia, con los pocos que ya le acompañaban, el triunfo total de los musulmanes, hasta que herido de un bote de lanza, sediento por la sangre perdida, sin agua para apagar la sed, y al fin desvanecido, lo retiraron de la lid los suyos, no sin que esfuerzos tan grandes pusieran respeto en los contrarios, de modo que se volvieron á sus tiendas al punto, sin perturbar, segun parece, aquella dolorosísima fuga. Atribuye el cronicon de los godos ó lusitanos, por donde consta al por menor esta jorna-

da, la pérdida del campo primero, y luego de la batalla, á un terror súbito que inopinadamente se apoderó de toda la hueste cristiana, por manera, que huian desaforadamente los más, sin que nadie corrierra tras ellos: terror causado sin duda por la primera vista de los espantosos y desconocidos enemigos, que aparecieron con aquella ocasion delante de los españoles (5).

Mas como si esta afliccion no fuese bastante para D. Alfonso, aconteció no mucho despues, que su hijo único D. Sancho, fruto de aquel amor romancesco que en la hija del Rey poeta de Sevilla, inspiró la sola fama de sus hazañas, fuese muerto, cuando solo contaba de doce á trece años de edad todavía, con la principal nobleza castellana, en los tristes campos de Uclés, donde de nuevo triunfaron los Almoravides. Fuéron en tanto Real de los bárbaros por algun tiempo las pintorescas alturas de San Servando, sobre Toledo; y cuando el viejo Monarca castellano, cuya alma robusta no llegaron á doblar tantos reveses, cedió la vida al tiempo, hubo de temblar en su último lecho, por la suerte del cetro que la Divina Providencia habia confiado á sus manos.

III.

No abandonó esta por cierto á Castilla en los calamitosos tiempos de Doña Urraca. Su esposo el Batallador, con felices incursiones, llegó á amenazar un dia desde la ribera española las vecinas cordilleras de Africa; y la rápida caida del imperio de los Almora-

vides, permitió al buen Emperador y Rey Alonso VII restablecer el brillo de las armas castellanas, por tal manera, que cuando acabadas de avasallar las provincias moras de España, vinieron sobre las de los cristianos, hallaron ya en guarda de ellas los Almohades, no al dócil y malogrado D. Sancho, ni á los turbulentos magnates, que en la minoridad de su hija destrozaron la Monarquía, sino á éste hecho hombre, y anunciando ya que su dictado de Alonso VIII sería de los más gloriosos de nuestra historia.

Y sin embargo, no le dió con fácil mano sus dones la fortuna. Los Almohades, con fútiles pretextos en verdad, caballerescamente desafiados por el jóven Monarca español, si hubiéramos de dar crédito en este punto al autor del libro arábigo denominado el *Cartas* (6), que inserta literalmente el reto, desembarcaron en Andalucía; y entrando por las gargantas de Sierra Morena en Castilla, rompieron otra vez á los castellanos cerca de Alarcos, y de nuevo amenazaron á Toledo. Mantúvose, pues, hasta entónces la superioridad de las armas de Africa sobre las españolas, á pesar del heróico valor de que dió Alonso VIII no menor muestra en Alarcos, que ofreciera en Badajoz su antecesor Alonso VI.

Menester era un grandísimo esfuerzo: y el Rey de Castilla, ajustadas tréguas por lo pronto con el africano, y sosegadas las reyertas interiores, no se descuidó un punto en preparar los medios de hacerlo, contando no sólo con los recursos de su reino y con los de los demás Monarcas de la Península, sino con los del Cristianismo entero, justamente alarmado de

las oleadas de bárbaros que, de vez en cuando, venian á azotar las costas españolas. Las armas, no bastantes ya, pidieron auxilio á la fé, y lo hallaron en ella muy grande. Un Arzobispo, historiador, político y valeroso en los combates, D. Rodrigo de Toledo, cuyo elogio resonó elocuentemente en la Academia no há mucho, pasó á Roma, y obtuvo del Papa Indulgencias, y la publicacion de la cruzada: otros prelados españoles y algunos extranjeros imitaron su ejemplo; y con ayuda de todos, se formó aquel grande ejército de cristianos nacionales y extranjeros, que con mengua de la innumerable hueste de Almohades, guarecida en Sierra-Morena, sitió y rindió el castillo de Calatrava.

Inútil seria referir cómo desde allí se tornaron los extranjeros; y cómo el Rey y el Arzobispo con otros Reyes y Prelados se adelantaron, no obstante, sin miedo hasta la estrecha garganta que forma entre montañas cási inaccesibles aquel pequeño rio que murmura en lo hondo de los barrancos, por entre los cuales se viene de Andalucía á Castilla, no sin bañar los mismos estribos del paso de la Losa donde se hicieron fuertes los Almohades. Baste recordar, que ocultando hábilmente su arriesgado movimiento á los infieles, y guiados de un pastor cristiano que por allí andaba, los españoles rodearon por desfiladeros, donde sólo era posible ir de uno en uno, los altos riscos que forman la márgen derecha del Almudiel, y fuéron á sentar sus reales en los abiertos campos ó navas donde hoy se asientan el lugarejo y la antigua, aunque ya reedificada ermita de Santa Elena, en la cual se con-

serva todavía, antiguo cuadro, probablemente copiado de otro más viejo, donde está al vivo representada la batalla (7). Notorias las más de estas circunstancias por la hermosa relacion latina que contiene el libro 8.° de la historia *De rebus Hispaniae* de D. Rodrigo, y que por él mismo se supone traducida, no sin particular elegancia en romance, así como por la curiosa carta de D. Alfonso al Pontífice, que copió en Roma el Embajador Garcilaso, y publicó Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (8); forzosamente derivadas á mi juicio las otras de los datos que ambos documentos ofrecen, comparados con los lugares de que se trata, podrian dar ocasion acaso á disputas agenas hoy de mi propósito. Lo cierto es que cuando en el siglo XVI cruzaba el insigne Andrea Navagero aquellos parajes solitarios, por el antiguo y difícil camino que sustituyó con el presente Cárlos III, halló las laderas cubiertas de cruces todavía: piadosa memoria, segun la tradicion que le contaron, de los valientes cristianos que perecieron allí, y que sólo por ser pocos, pudieron ser señalados, en una grande y sangrienta batalla, que no parece ser otra que ésta que llamaron de Úbeda las crónicas, tal vez por caer aquella ciudad á la parte hácia donde fuéron arrollados los moros; y que es conocida tambien de los nombres de la sierra y el llano donde comenzó ó tuvo fin, por la del Muradal, y de las Navas de Tolosa (9).

Las esperanzas que hizo concebir aquel triunfo fuéron tales, que la *Crónica general*, adoptando una frase que cási igual se halla en historiadores árabes, dijo ya, en los dias de Alonso X, que de resultas de él

«fuéron los moros tan quebrantados, que nunca ja»más alzaron cabeza en España (10).» Pero ni el augusto compilador de aquella obra, ni los vencedores de las Navas contaron ciertamente con los Beni-merines, que habian de hacer indispensable una batalla igual, y otro Rey y Arzobispo por lo ménos tan grandes.

IV.

Fué el Rey éste D. Alonso XI: y el Arzobispo otro de Toledo D. Gil Alvarez de Albornoz. Sólo en el campo de batalla hubo gran diferencia, porque ya no disputaba el Islam á Castilla los pasos de Sierra-Morena, sino los puertos y calas del Estrecho, por donde desde los tiempos de Taric-ben-Zeyyad habian hecho los infieles sus entradas en la Península. En esta ocasion se combatió á orillas de un arroyo ó rio salado que corre á media legua de Tarifa; y tal fué la semejanza de la batalla con la de las Navas, que al leer la Crónica de D. Alonso XI, parece como que se lee en pasajes enteros ni más ni ménos que la historia *De rebus Hispaniae* del Arzobispo toledano. Aquí como allí eran innumerables las huestes de los bárbaros: aquí como allí corrieron peligro personal los Monarcas castellanos durante la indecision de la batalla; aquí como allí, al querer meterse el Rey á vencer ó morir por los moros, lo detuvo el Arzobispo toledano, diciéndole, poco más ó ménos, como su antecesor á Alonso VI: «Señor, señor, estad quedo, et no pongades en aventura á Castiella et Leon: ca los moros

son vencidos, et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor» (11).

Pudo, pues, con razon el discreto autor de la Crónica de este Rey comparar y cotejar ámbos hechos de armas teniéndolos por semejantes; y si por ventura no asiente la posteridad al fallo que él pronunció, prefiriendo con mucho la gloria de Tarifa á la de Úbeda, tampoco habrá ó hubo entónces quien tuviera esta por menor, ni en España ni en la Europa cristiana, segun se ve por la expresiva mencion que hace del suceso, como de los más señalados del mundo, el ilustre florentino Juan de Villani, que comenzó á escribir cuando estaba reciente aún su memoria (12).

Y en cuanto á los dos principales personajes que figuraron en una y otra ocasion, difícil seria á la crítica fallar de plano sobre la preferencia debida al mérito de cualquiera de los dos prelados, ó de cualquiera de los dos Reyes: siendo de una parte incomparable con otro D. Alonso VIII en el esfuerzo varonil con que alcanzó sus triunfos, y en la constancia heróica con que sobrellevó sus adversidades, sin desentender por eso los deberes de Rey justo y celoso del bienestar de sus súbditos; y habiendo de reputarse por superior D. Alonso XI, como legislador y político, á todos los monarcas castellanos, sin que por eso desmereciesen tampoco en él las prendas de constante y valeroso guerrero: contándose por otra parte D. Rodrigo de Toledo por el primero de los historiadores españoles en la Edad media, y sin rival en el mundo en aquel siglo; y alzándose, como se alza, la gran figura de

D. Gil Alvarez de Albornoz en el siguiente, no ya sobre las de todos los políticos y guerreros españoles, sino sobre las de todos los guerreros y políticos que en Italia, Alemania ó Francia dirigian á la sazon los negocios del mundo cristiano.

Digno es por cierto este D. Gil de mayor fama que la que alcanza todavía. Fué útil amigo y servidor incansable de D. Alonso el XI, y víctima humilde y fiel de las iras de su hijo D. Pedro: predicador que admiró en los púlpitos de Florencia á los compatriotas, y discípulos, de los primeros de los poetas, los primeros de los artistas y los primeros de los doctores del Renacimiento: político á quien no desconcertaron ni las temidas astucias de los célebres Viscontis milaneses, ni las revueltas populares que suscitó en Roma con su clásica facundia el infeliz Colá de Rienzi: guerrero, en fin, nunca vencido, que ni esquivó el combate singular cuando lo retaron los paladines, ni retrocedió ante las organizadas hordas germánicas, que comenzaban ya á introducirse en Italia, ni necesitó para recobrar los Estados temporales del Papa, perdidos cinco siglos há, contra grandes ejércitos enemigos, otra guia que su fé, ni más ayuda que su mente y su corazon, igualmente poderosos é invencibles (13). ¡Qué prelados y qué Reyes aquellos! pero tambien ¡qué adversarios y qué peligros!

Por fortuna estos pueden medirse fácilmente, deduciendo de lo que ha costado á franceses y españoles vencer con todos los recursos de la cultura á los africanos modernos en las últimas guerras, lo que se-

ria ahuyentar á sus antepasados de suelo propio tambien, como venia á serlo ya España, con armas iguales y con iguales recursos en la Edad media. Muy exactamente podemos hacernos cargo tambien del carácter, costumbres y género de vida de aquella gente, porque en realidad ella no ha desaparecido del mundo aún, y tiene recogido su estudio la geografía desde el punto mismo en que lo abandonó la historia.

V.

La especie de inmovilidad que llega á producir en sus adeptos el mahometismo, aprovecha singularmente á la investigacion en este punto. Entre el Nilo y el Océano, desde el (14) *Tell* marroquí y el argelino hasta el Belad-es-Sudan ó país de los negros y la Senegambia, están aún los límites del Sahara ó gran llano, que es lo que quiere decir, de África harto más inexplorado que desierto. A la verdad, si su inmensa extension es comparada con el número de gentes que lo puebla, tal denominacion de desierto no deja de ser bien merecida; pero es indudable que más allá de las fronteras de las antiguas Regencias, y de las del Imperio marroquí, entre el litoral septentrional que se conoce desde los primeros dias de la historia, y el litoral meridional, explorado tambien y frecuentado por los europeos de algunos siglos á esta parte, existen y han existido siempre grandes agrupamientos de hombres, habitando sitios frondosos y frescos, y á la manera de las manchas del leopardo salpicados, segun la expresion árabe, en los arenales estériles.

De estas gentes, bastantes siempre para formar innumerables ejércitos, se compusieron los de los Almoravides, Almohades y Beni-merines. Originarios de un mismo tronco, la raza de ellos habitó algun dia, por lo que dice Ebn-Jaldun, el más insigne de los historiadores africanos (15), todo el espacio de tierra comprendido entre la Mauritania ó Maghreb-al- Acsh y Alejandría, y desde el Mar romano ó Mediterráneo, hasta el país de los Negros; y árduo seria por cierto hallar entónces entre unas y otras familias sensibles diferencias. Pero el tiempo, nunca ocioso de todo punto, por una parte, y por otra la invasion y predicacion de los árabes, que es el más importante de los acontecimientos históricos en Africa, seguidos de la emigracion constante de tríbus de aquella raza, que ha atraido siempre hácia estas partes la facilidad de pasar el istmo de Suez, y la semejanza de país y de vida, acabaron por producir mudanzas, que dieron lugar á que comenzaran á señalarse en la gente originaria innumerables tríbus y grupos de tríbus, con alguna aunque corta variedad en los hábitos y sentimientos.

De estas tribus, tres son las que, sacadas del laberinto genealógico de los árabes, merecen á mi juicio especial mencion, así por su propia importancia, como por la que alcanzan en la historia de España, á saber: la de los Sanhajas ó Sanhachas, la de los Zanagas, Zenatas ó Zenetes, y la de los Masmudas. Extendiéronse por el desierto los primeros desde los confines de la Abissinia y del Sudan hasta los estribos meridionales del Atlas, mucha parte de los montes y va-

lles del Maghrev-al-Acsa y el territorio que separa esta region de la Ifrikia ó regencias de Túnez y Trípoli, y comarcas de Bugia y Constantina. Los segundos poblaron cási solos la cordillera del Atlas, y derramaron sus aduares por las dos vertientes de la sierra hácia el Maghreb y el Sahara. Diéronse los terceros por su parte á recorrer sin cesar y sin morada fija la region de los dátiles, desde las cercanías de Trípoli hasta Ghadamés, en el desierto, y desde este lugar hasta el Sus-al-Acsa ó provincias meridionales de Marruecos, siguiendo paralelamente hasta su fin la línea formada por la caida oriental de las cimas del Atlas.

Un nombre general, el de Bereberes, impropio, segun el citado Ebn-Jaldun, da á conocer en la historia á estas gentes que se distinguen tambien por otros diversos de los que arriba quedan señalados, como el de Amazirgas ó nobles que llevan los que habitan las provincias marroquíes, el de tuariks ó tuaregs, de Tuat, region vasta situada en el desierto al Sudoeste de Marruecos, y el de Chambas, con que conocen hoy los franceses á los más próximos habitantes del Shara argelino. En mi opinion, Almoravides, Sanhachas, Tuariks, de una parte; de otra, Almohades, Masmudas, Amacirgas; de otra en fin, Beni-merines, Zenetes y Chambas, forman tres grupos de nombres que tienen un mismo sentido histórico en España, y representan otras tantas revoluciones político-religiosas en África, al propio tiempo que son apellidos distintos con que han solido y suelen distinguirse ciertas variedades de la raza bereber, cuyos

indivíduos conservan por lo demás indelebles las principales cualidades con que nuestros padres los conocieron hace siglos.

Ahora, como entónces, los hay que labran sus hazas en las vecindades del *Tell* argelino y en las vertientes orientales del *Tell* marroquí; los hay pastores de macilentos pero numerosos rebaños, que conducen trabajosamente cada dia á los pozos abiertos en los cáuces de sus rios sin agua (16); los hay, por último, que cruzan contínuamente las inmensas soledades en busca de caravanas que saquear, ó de rebaños enemigos en que hacer presa. Son estos postreros los Tuariks, gente la más desconocida del mundo antiguo: blancos los más en el desierto central, de que son señores; negros no pocos en las vecindades de la oscura línea de séres humanos que comienza hácia las fuentes del Senegal y del Niger, no léjos de la hasta hace poco fabulosa Tombuctú, y va á morir en los tormentosos brazos de mar, por entre los cuales se adelanta el Cabo de Nueva Esperanza al Océano. Tales están, como el doctísimo Ebn-Jaldun y el discreto autor del *Cartas* los conocieron: en el propio espacio se hallan que con el nombre de Sanhacha les marcó Omar-Ebn-Alwardi de Alepo, en su rudo Mapa-mundi del siglo XIV de nuestra Era (17).

Estaba allí aguardando esta gente, desde los principios del género humano, la ocasion de intervenir en la historia, cuando hallaron el lema religioso, y el gran caudillo Yúsuf-Ebn-Texufin, que los condujo hasta los campos españoles, para dar principio en ellos á las dominaciones africanas, no sin poner ántes

espanto en Badajoz ó Zalaca en los guerreros del Cristianismo. Y lo puso con razon durante los primeros años aquella estraña hueste, salida de las costas de un mar nunca visto aún por bajeles ni navegantes, si hemos de creer á los más de los geógrafos y al mayor de los poetas peninsulares (18), y de orillas de rios cuyo orígen nadie ha alcanzado á saber todavía; que arrastraba además consigo en aliados escuadrones, la antigua y horrible nacion de los etiopes, terror de los egipcios y asombro de los romanos, presentándolos como privilegiados guerreros y áun señores en esta Europa, que despues de diez y nueve siglos de Cristianismo, no acaba de resignarse á dejar de tenerlos por esclavos.

VI.

Jamás por menores principios comenzó acontecimiento más grande.

Habia, y tal vez haya todavía, á la desembocadura del Senegal ó Sanag y Sanhacha en el Océano, cierto islote, ó bien situado en la misma mar, como el autor del *Cartas* supone, ó bien en el lecho del rio, como da á entender Ebn-Jaldun y prefiere su intérprete, ó acaso entre el mar y el rio, en el Delta, donde tambien podia tener lugar el hecho que consta de que frecuentemente las mareas lo dejasen en seco (19). Allí fué donde, como es sabido, se recogieron los siete primeros discípulos de Abdallá, que eran Sanhachas Lamtunenses, ó de la tríbu de Lamtuna, y tomaron el nombre de Almoravides, *moravitin* ó santos: allí

se congregó el primer millar de creyentes en la pureza del dogma y la reforma de costumbres que ellos predicaban: de allí y de las inmediaciones, salió al fin á derramar á viva fuerza su doctrina por África un ejército compuesto de hombres montados en sus camellos, *meharies*, armados de largas lanzas, y cubiertos los rostros con el *litsam* ó velo, ni más ni ménos que ahora los Tuariks sus descendientes (20).

Ni desmintieron al predicar religion estas gentes sus costumbres de entónces y de ahora, porque es fama que fué la primera de sus hazañas, robar los rebaños de Sechelmesa. Divididos luego en dos grandes trozos, ó para extenderse más fácilmente, ó para contentar mejor dos ambiciones distintas: el uno á las órdenes de Abú-Becr marchó sobre el Sudan, haciendo allí á placer conversiones y estragos: el otro mandado por Yúsuf-Ebn-Texufin, primo de aquel, y hombre realmente extraordinario, rompió por las fronteras de Almaghreb, fundó la ciudad de Marruecos, dando con ella nombre al futuro imperio, y llegando de trinnfo en triunfo al Estrecho de Gibraltar, sintió allí, como todos los guerreros que han visitado cualquiera de las dos riberas, el deseo de dominar en ámbas á un tiempo.

Nada puede añadirse al cuadro elocuente que un moderno historiador extranjero (21) ha sabido trazar, del estado en que á la sazon se hallaba España muslímica. Perdida la fé, y con ella la moral pública, que no tenia por entónces otra guarda en ninguna parte del mundo, rota la confianza de unos en otros, y decaido el valor antiguo de los musulmanes españoles,

sus letras, que era lo único en que andaban florecientes, sólo servian ya para eternizar, por medio del arte de la poesía, sus afrentas, sus lamentos y sus desdichas. A creer á sus historiadores, ya Alonso VI, ántes aún que el Rey Batallador, habia amenazado desde la isla de Tarifa, las costas africanas; y ó el hijo del desierto ó el de Castilla, habian de ser necesariamente en breve plazo lo que ellos llamaban Reyes de *odoweteni* ó de ámbas orillas. Lo fué Yúsuf-Ebn-Texufin, por desgracia; y si sus descendientes no pudieron en el corto tiempo que les duró la dominacion acabar su obra, subyugando del todo á los cristianos de España, tampoco éstos, cuando pasadas las turbulencias y minorías, tuvieron el propio territorio en paz, y grandes príncipes ocupando los tronos, lograron recobrar de una vez todo lo que ántes habian perdido.

Porque al imperio de los Almoravides en África sucedió bien pronto el de los *Almohades* ó unitarios. Su fundador, Ebn-Tumert, era el segundo que pretendia, entre los ignorantes africanos, que se le tuviese por Mehdi, ú hombre iluminado de Dios, y destinado, como enseñaban ciertos sectarios, á remediar un dia todos los males del islamismo. Desde Oriente, donde estudió sin duda en las academias de Bagdad y Alejandría, vino á Trípoli, y luego á Marruecos, predicando las doctrinas de la secta *axarita* que abrazó, acerca de los atributos de la divinidad, la predestinacion y la forma de interpretar el Corán. Vigilado desde luego como sospechoso, por el vencedor de Uclés, Aly el Almoravide, se refugió en el Atlas, y sublevó

á los Bereberes que lo habitaban, contra la dominacion de sus hermanos del Senegal, que, á la verdad, comenzaban ya á ver entónces todas las tríbus maghrebinas con ceño. Siguiéronle, pues, fácilmente las tríbus masmudas, que habitaban las dos vertientes del Atlas, desde las fuentes del Guadalabid, tributario del Omm-rebiá, hasta la costa occidental del Océano. Tinmelel, ciudad y altísima montaña del Atlas, siempre cubierta de nieve, de donde viene su nombre, que significa blanca, fué el principal foco del levantamiento. Uniéronse á él, como suele acontecer en tales casos, los descontentos de todas partes; pero especialmente fueron auxiliados los masmudas, por los Zenetes, que vivian al Oriente del Atlas, en el Shara vecino, y por tríbus enteras del litoral Mediterráneo, como la poderosa de los Kumias, que abandonó por seguir á Ebn-Tumert los fértiles campos de Archgul ó Rachgun, y otros más cercanos aún á Tremecen que cultivaba. De esta suerte los Almohades procedian del Oriente y del Norte de África, así como sus enemigos los Almoravides, habian venido del Sur de aquel continente; y de unos á otros habia la diferencia que hoy mismo se advierte en el Shara, entre los hombres de las tríbus vecinas del *Tell* argelino, que llevan descubierto el rostro, y procuran ocultar los de sus mujeres, aunque no con total éxito á lo que parece (22), y los de las tríbus que caen hácia el Sudan, notables por el velo que cubre sus cabezas, y algun tanto tambien por la mayor libertad de sus mujeres. Lo demás, era todo en unos y otros ó comun, ó semejante.

Y cuando Abdelmúmen, natural de un lugarejo situado en la marina de Oran, y discípulo querido de Ebn-Tumert, sucedió á su maestro en el gobierno de los Almohades, emprendiendo decididamente la guerra sobre África; y más tarde, cuando su nieto Yúsuf-Aben-Yacub, el vencedor de Alárcos, la trajo sobre España, los Bereberes de las diferentes tríbus, fácilmente reconciliados, habian ya vuelto á formar un tal conjunto, que debia de ser árdua, si no imposible empeño, distinguir las huestes de Almohades de las de sus antecesores los Almoravides.

No supieron, pues, distinguirlos á unos de otros los cronistas castellanos; pero supieron ya sus guerreros vencer á los Almohades, que mandaba Mohammad-Annasir en las Navas, donde formaban tan increible muchedumbre, y fué ésta de tal modo segada por las cuchillas españolas, que las faldas orientales del Atlas y la frontera de Levante del Magreb-al-Acsa, region de la cual procedian principalmente los Almohades, como va dicho, quedaron de resultas, segun refiere el autor del *Cartas*, totalmente despobladas.

Ya por entónces, sin embargo, las tríbus Zenetes que habitaban el territorio situado entre los rios Zá y Muluya solian guiar sus rebaños á los pastos del *Tell*, durante el verano, como acostumbran á hacerlo todavía, trayendo consigo dátiles y perfumes para cambiarlos por granos del Magreb-al-Acsa, y hacer así sus provisiones de invierno. Un año, dice el *Cartas*, encontraron los de la más noble de estas tríbus llamada de Benimerin, desiertas las praderas, y abandonados los aduares y los pueblos, por tal manera,

que no tuvieron dificultad alguna los bienhadados pastores, para aposentarse en ellos. Estimuladas por esta rara facilidad de adquirir haciendas acudieron luego, unas tras otras, las demás tribus Zenetes de aquella region, las cuales llegaron con sus camellos y tiendas, y tranquilamente se fuéron posesionando del país vacío. Llegó un dia al fin, no cesando ellos de extenderse por la tierra adelante hácia Occidente, en que tropezaron con los Almohades que opusieron alguna, si bien breve y flaca resistencia, y de esta suerte Abdelhac, que fué el primero que acaudilló á los Zenetes, y los hijos de este, en especial Abu-Yúsuf-Yacub, el mayor hombre de ellos, ocuparon fácilmente el trono de Marruecos, que aunque más de nombre que de hecho se dilataba todavía por España.

Volvieron pues, á reputarse los africanos por señores en nuestro suelo, y especialmente del territorio comprendido entre el Estrecho y las márgenes del Guadalquivir, por más que no pudiera decirse nunca como de sus antecesores que nos colidasen aquí un imperio. Pero el de mayor ambicion de estos caudillos ó príncipes Beni-merines, llamado Abúl-Hacem, que pretendió una vez más la conquista de España, fué aquel precisamente que venció Alonso XI en el Salado, y de tal manera, que ni él ni sus sucesores pensaron ya en disputar de nuevo á los españoles, cristianos ó moros, la dominacion de la Península. Ni más han vuelto á parecer desde entónces los hijos blancos y negros del desierto, delante de los escuadrones castellanos, que ó bien como tibios auxiliares en las lides granadinas; ó bien como gente extraña

y escogida en las vecindades de Ceuta, cuando guiaron allí sus revueltas y heterogéneas hordas el sanguinario Ismael, y el bárbaro Muley-el-Yezid, durante el pasado siglo; ó bien por último en la guerra pasada, pocos é impotentes ya, y siempre al fin, aunque valerosos fugitivos.

VII.

Puede, pues, decirse, señores, que los tres ejércitos más bien que no imperios de África, se ven en nuestra historia como esas montañas, ó más bien rocas separadas al acaso de las grandes cordilleras, durante las últimas revoluciones del globo, y solitarias alguna vez en las vegas, por donde rios caudalosos llevan á morir silenciosamente sus aguas. Detenida la corriente de uno de estos rios con la interposicion de la montaña, tal vez ruge y se estrella inútilmente por algun tiempo; pero al fin se abre paso en la ladera, y aunque no sin largo y penoso rodeo, vuelve á entrar en la llanura, corriendo mansamente como solia, y haciendo esperar de nuevo que llegará en breve plazo al Océano.

De esta suerte el Tajo azota los peñascosos cimientos de Toledo, y no alcanzando á arrollarla con su corriente, la circunda cási del todo, hasta hallar por bajo de sus torres nueva y fácil entrada en la vega. De esta propia manera la reconquista, que caminaba serena y triunfante por las provincias meridionales de España, tropezó primero con los Almoravides, con los Almohades luego, y al fin con los

Beni-merines, que opusieron obstáculos, por de pronto insuperables, á su curso, hasta que el valor y la constancia la abrieron al cabo otros cáuces por donde llegar á su término, no sin un rodeo de tres siglos.

Tales, tan numerosos y temibles adversarios, y tales y tan grandes peligros, si retardaron la conquista no pudieron impedir, sin embargo, que los que sólo fueron algun dia reyes del Pirineo, ó de las montañas de Astúrias llegaran á serlo al fin, no ya de la Península entera, sino además de otros innumerables países vecinos y lejanos. Y al calor de aquella inmensa hoguera, que consumió la heterogénea monarquía de los godos, fué como se fundió primero, y tomó luego su duro temple la nacionalidad española.

Ha logrado, en no remoto tiempo, la penuria de la Hacienda, ántes que el rigor de las armas, destruir nuestros tercios y nuestros bajeles: han podido nuestra tierra exigente, y nuestro cielo avaro, de acuerdo con falsas máximas de administracion y gobierno, dejarnos bien atrás en el camino de adelantos contínuos que recorre la Europa hace dos siglos: se han disipado por consecuencia los más de nuestros descubrimientos y conquistas, y ha padecido un eclipse del que apénas comienza á salir todavía el astro de nuestra grandeza y nuestra fortuna. Pero hubo siempre en nuestros padres, y aún despojada de la vana jactancia que la desluce en ocasiones, realmente hay tambien en nosotros, una cualidad que basta para que, cualesquiera que sean las desdichas, jamás lleguemos á merecer el desprecio del mundo, y es el

amor inquebrantable de la pátria que adquirió la gente española en la árdua y laboriosa reconquista, y principalmente en los terribles choques con los africanos, que brevemente he recordado en este discurso.

ILUSTRACIONES Y NOTAS.

(1) *Chronica del ínclito Emperador de España D. Alonso VII*, por F. Prudencio de Sandoval, pág. 2, Madrid, año de 1600.

(2) Dozy, *Histoire des Mulsulmans d'Espagne jusqu' a la conquete de l'Andalousie par les Almoravides*, tomo IV, pág. 198 y siguientes. Esta obra, escrita con gran preparacion, y con mucha conciencia, resume perfectamente el espíritu de los historiadores árabes de los tiempos que precedieron inmediatamente al imperio de los Almoravides.

(3) «Post haec cum tantis prosperitatibus ad tantam elationem pervenit (Adephonsus VI. Rex), ut extraneas gentes quae Almoravites vocabantur, ex Africa in Hispaniam per Regem Abenabeth inmissit, cum quibus praelia multa fecit, et multas contumelias, dum vixit, acepit ab eis.»—Pelagii Oventensi Episcopi, *Chronicon Regum Legionensium*, § 12, pág. 488 del tomo XIV de la *España Sagrada*.

«Et de concilio soceri Avenabet vocavit (Aldefonsus) al Africa Almoravides, qui in gente Arabum tenebant tunc temporis principatum, ut eorum auxilio uteretur contra Arabes cismarinos. Sed in contrarium res evenit.»—Ruderici Toletani, *De rebus Hispaniae*, lib. VI, cap. XXX, pág. 143, ed. de *Padres Toledanos*.

«Cum igitur Rex Adefonsus regnaret securus, com tantis prosperitatibus acaepit filiam Regis Benabeth, ut praemissum est quasi pro uxore, et genuit ex ea Sanciam. Deinde habito consilio

cum Benabeth evocavit ad Hispaniae partes, barbaras transmarinas gentes, quae Almoravides sive Almophades vocantur. Putaverat enim Rex Adefonsus, quod praedictae gentes pugnarent cum caeteris sarracenis, et mutuo gladio barbari delerentur.»—Lucae Tudensi, *Chronicon Mundi*, pág. 101, tomo IV de la *Hispania illustrata*.

(4) «In Era MCXXIV. Die sexta feria, scil. X. Kal. Novembris, die Sanctorum Servandi et Germani fuit illa arrancada in Badalozio, id est, *Sacralias*, et fuit ruptus Rex Domnus Aldefonsus.»—*Annales Complutenses*, pág. 314 del tomo XXIII de la *España Sagrada*.

«Era MCXXIV. Fuit illa de *Badajoz*.»—*Annales Compostellani*, pág. 322 del mismo tomo, en el cual están publicados dichos *Annales*, así como en las *Antigüedades de España*, de Berganza, parte segunda, apéndice, seccion segunda, págs. 562 y 565, Madrid, 1721.

(5) «Aera 1125. Rex Donnus Alfonsus magnum praelium habuit cum Rege Sarracenorum Yucef Bennamarin Transmarino ad faciem Civitatis Badajoz, in loco qui dicitur Sagalias (*Sacralias* alli scribunt), ubi unanimiter convenerunt cum Rege nostro Cristiani á partibus Alpes, multique Francorum in adjutorium ei affuerunt, sed Diabolo adversante, *timor magnus invasit plurimos nostrorum, et fugerunt et eis multa millia, nullo eos persecuente.*»—*Chronicon Lusitanum*, pág. 418 del tomo XIV de la *España Sagrada*.

(6) Véase el *Cartas* traducido al latin por Cárlos Juan de Tornberg con este título: *Annales Regum Mauritaniæ ab Aliben-Abdallah-ibu Abi Zer'Fésano, vel ut alii malunt, Abu Mohamedd Salih ibn abd el Alim Granatensi*. Al portugués por José de Santo Antonio Moura, con el título de *Historias do Soberanos Mohametanos das primeiras quatro Dynastías e de parte da quinta, que reinarao na Mauritania, escripta en árabe por Abú Mohammed assaleh filho de Abdel-halim, natural de Granada*. Y últimamente al francés por Mr. A. Reaumier. París, 1859, con el título de *Histoire des Souverains du Maghreb (Espagne et Maroc) et Annales de la ville de Fés*. Véanse en esta edicion las páginas 309 y siguientes.

(7) «Volviendo el Eminentísimo Señor Arzobispo de Toledo, D. Francisco Lorenzana, de la ciudad de Orán el año 1786, con motivo de la visita que hizo á sus feligreses de aquella ciudad (la única que desde el tiempo de su conquistador el Cardenal Cisneros se habia hecho por el legítimo Pastor), al pasar por Santa Elena entró en la citada ermita, y habiendo reparado en un cuadro muy maltratado que habia en ella, observó que representaba la gran victoria de las Navas de Tolosa, muy cercanas á este sitio.»

«Dispuso su Eminencia que le llevasen el cuadro á Toledo, con el fin de mandarlo componer y forrar el lienzo, como efectivamente se hizo. Yo ví dicha pintura en su mal estado, y fuera de esto me pareció muy buena y como del estilo de Blas de Pedro. La representacion era, en el primer término las figuras del Rey D. Alfonso, y del Arzobispo D. Rodrigo, puestas de rodillas, como adorando una cruz roja que se aparece en el aire: el Rey vestido y el Arzobispo con roquete.»

«Por entre las dos expresadas figuras se descubre el campo de batalla, y el canónigo D. Domingo Pascual á caballo, y con la Cruz Arzobispal en la mano, penetrando por el ejército enemigo: los Reyes de Aragon y Navarra con sus insignias, las de las Ordenes Militares con vários Caballeros: los moros fugitivos: diferentes muertos por el suelo y otras particularidades.»

«Esta pintura, á la cual ya podemos darle doscientos años de antigüedad, probablemente se copiaria de otra igualmente antigua, ó tal vez más, hecha algo despues de la batalla, y con la poca pericia de aquel tiempo Ya ve V. que en tal caso equivaldria el tal cuadro á un documento histórico de la mayor estimacion. Fundo mi parecer en que, siendo un profesor de mérito el que lo hizo, y en el mejor tiempo de las Artes, sin duda lo hubiera inventado con más travesura; pero se conoce que estuvo sujeto á lo que le pondrian delante, cuya correspondencia de figuras de un lado con las del otro es muy propia de las composiciones del tiempo gótico.»—Ponz, *Viaje de España*, carta segunda, tomo XVI, páginas 87 y 88.

El cuadro existe todavía, aunque deteriorado. Da verosimilitud á la sospecha de Ponz el caso semejante que ofrece el lienzo

antiguo de la batalla de la Higueruela que se halló en una torre de Segovia, y de donde se copió la pintura del Escorial, segun refiere Juan de Herrera en el *Sumario y Breve declaracion de los diseños y estampas de la fábrica de San Lorenzo el Real del Escorial.*—Madrid, 1589.

(8) Ximena en su *Catálogo de los Obispos y Annales de Jaen,* hablando de la Cruz y demás memorias del Arzobispo D. Rodrigo en esta batalla que se conservaban todavía, dice que: «juntamente con esta Cruz dejó el Arzobispo D. Rodrigo escrito el »suceso de este triunfo en lengua castellana en un libro de per»gamino, que desde aquel tiempo guardan original los cofrades de »la Cofradía desta Santa Cruz en la villa de Vilches;» añadiendo copia de esta relacion, que es exactamente igual á la que hace el mismo Arzobispo en su obra de *Rebus Hispaniæ.*

Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucia* (lib. primero, capítulo L), asegura que: «Escrivio el Rey D. Alonso al sumo »Pontífice (que en aquel tiempo era Inocencio tercero de este »nombre) el suceso de esta batalla. Cuya carta original vió en »Roma Garci Lasso de la Vega siendo Embajador por los Reyes »Católicos, y trujo la copia della á España, que traduzida en cas»tellano dezia assí.»—Y pone la carta citada á continuacion.

(9) El Navagero en su *Viaggio in Ispagna* (cap. LXVI) refiere de este modo la piadosa memoria, que se conservaba en su tiempo en aquel paraje, de los cristianos muertos en una batalla que no puede ser otra que la célebre de las Navas. «Pasato *Li»nares*, si hanno da pasar le montagne che partono *l'Andaluzia* »dalla *Castiglia*, le quali si passano per un passo che ora chiama»mano il *Porto del Muladar* ....
».................Pasando il porto, trovammo per tutto il monte »gran número di Croci poste sopra i corpi di molti Cristiani, che »furono ivi morti da *Mori* in una giornata chevi fu fatta: ma alla »fine i *Mori* restarono distrutti.»

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana ó española,* dice que segun el P. Guadix *Nava* en arábigo significa tierra llana. Lo cierto es que los lugares de este nombre están situados entre sierras, ó al pié de sierra. El paso de la sierra, que no pudieron forzar al principio los cristianos, se llama en las Crónicas

de la Losa, de donde debe derivarse Navas ó llanos de la Losa, y de Tolosa, por corrupcion del vocablo.

(10) *Crónica general de España,* edicion de Zamora, 1541, cuarta parte, fólio 375.

(11) *Crónica de D. Alonso el Onceno*, edic. Sancha, cap. 254, pág. 447.

(12) Juan de Villani, *Crónica*, lib 7.°, cap. 11. Firenza, 1845.

(13) Mateo de Villani, *Crónica*, lib. 7.°, caps. 100 y 103. Este autor conoció personalmente al legado, y oyó sus elocuentes sermones.

(14) *Tell*, plural *Tolul* es palabra árabe, que significa colina, y se encuentra frecuentemente en los antiguos poemas de los árabes orientales. En el Africa septentrional se usa para expresar las altas llanuras que hay al N. del Desierto y todo el territorio situado entre ellas y el mar. Esta palabra se aplica á veces de una manera especial á la region últimamente indicada, estableciendo de esta suerte tres grandes diviones: el *Tell*, las Llanuras, y el Desierto (Slane, en su trad. de *Ebn Jaldun*, tomo I, índice geográfico, pág. 109-110).

(15) Ebn-Jaldun, en su *Historia de los Berberiscos*, dedica un largo capítulo á la investigacion del orígen de esta raza, que habita, dice, desde tiempos remotísimos las comarcas del Magreb. Los más ricos, segun él, se dedican á la vida nómada, y recorren el territorio con sus ganados, siempre armados, para acometer y robar á los viajeros, abandonando rara vez el *Tell* para entrar en las vastas llanuras del Desierto. Los de la clase pobre se sustentan con el cultivo de los campos, y la cria de algunos animales, en sus casas de piedra y barro. Su traje es de lana, y por lo extraño de su idioma, se les ha dado el nombre de Bereberes. (Traduccion Slane, tomo I, pág. 167-168).

(16) Juan Leon, llamado el Africano, moro nacido en Granada, de donde emigró á Berbería despues de la conquista por los Reyes Católicos, se entregó al estudio de las letras árabes en la ciudad de Fez, en la cual compuso vários libros de historia y uno de gramática. Siendo luego apresado por algunas fustas de corsarios, y llevado á Roma en calidad de presente al Papa, mandóle bautizar, llamándole Juan Leon, y le colmó de agasajos, ha-

ciéndole publicar y traducir en italiano, idioma que aprendió con tal objeto, un libro que tenia compuesto con el título de *Descripcion de Africa*, á cuyo final estampa estas palabras:

«Questo é in soma quanto di bello e memorabile ho veduto io Giovan Lioni in tutta l'Africa, la qual stette da me circondata di parte in parte, e qualle cose che mi parsero, degne di memoria, si come io le vidi, cossi con diligenza de giorno in giorno le andai scrivendo; e quelle che non vidde, me ne feci dar vera e piena informatione da persone degne di fede, che l'avevano vedute; et dapoi con mia conmoditá questa mia fatica messi insiéme, e ecine un corpo trovandomi in Roma, L'anno de Christo MDXXVI alli X di Marzo.»

En la parte sexta del citado libro escribe, hablando del *Diserto di Libia, et prima di Zanhaga:*

«Poscia che abbiamo detto di Numidia, seconda parte di Africa, hora vi raccontaremo d'i diserti di Libia, i quali sono divisi in cinque parti, come nel principio dell'opera s'é detto, e per incominciar dal diserto de Zanhaga, é questo diserto secco e arido, e ha principio dal mar Oceano cioé da Ponente, e se estende verso Levante, infino dove sono le saline di Tegaza, e nella parte di tramontana termina nei confini de Numidia, cioé con la provincia di Sus, di Haccha, di Dara, e estendesi verso mezzogiorno fino alle terre di negri: cioé fino al regno di Gualata e di Tombutto...

Il secondo diserto inconmincia dai confini di Tegaza dalla parte de Ponente, e s'estende verso Levante fino ai confini di Hair, diserto dove habita Targa popolo, e di verso tramontana col diserto de Segelmesse, di Tebelbeth, et di Benigorai, e di verso mezzogiorno confina con Ghir, diserto che risponde verso il regno di Guber...

Il terzo diserto incomincia dai confini di Hair, dal lato di Ponente, e s'estende fino al diserto di Ighidi verso Levante, e di verso tramontana confina con i diserti di Tuaith, di Tegorarin, di Mezab, da mezzogiorno, con i diserti vecini al regno di Agadez...

Il quarto diserto incomincia dal confino del sopra detto Ighidi, e s'estende fino i confini dove habita Berdoa popolo: e di

verso tramontana confina col diserto di Techort, di Guarghela, e di Gademis, et da mezzogiorno verso i diserti che vanno á Caro regno, nelle terre di nigri..

Il quinto diserto inconmincia da Ponente da confini del sopradetto diserti, e s'estende verso Levante fino al diserto di Angela, da tramontana confina con i diserti di Fezzen, et di Barca, e s'estende verso mezzogiorno fino ai confini dal diserto di Borno.»

Mármol (segunda parte de la *Descripcion general de Africa*, tomo III, pág. 15) escribe:

«La Libia que Ptolomeo llamó interior, los africanos y alárabes llamaron Zahara, es la tercera parte de Africa. Tiene á la parte de Poniente el mar Océano occidental, á Levante confina con Egipto, á Tramontana está la Numidia, y al Mediodia la tierra de los negros y el rio Niger.»

(17) Este mapa-mundi acompaña á la obra cosmográfica del escritor árabe Omar-Ebn-Alwardi, de Alepo, que floreció en la segunda mitad del siglo XIV de J. C. Es un manuscrito de la biblioteca del Escorial, en caractéres orientales. Debemos una copia de él á nuestro buen amigo el Sr. D. Francisco Javier Simonet.

(18) Camoens, *Os Lusiadas*.

Assi fomos abrindo aquelles mares,
Que geracao alguna nao abrio,
As novas ilhas vendo, e os novos mares.
(Canto V, estrofa IV.)

Así, en efecto, pueden considerarse estos mares, no obstante la relacion de Herodoto, lib. IV, cap. XLII, citada por mi amigo el Sr. D. Manuel Oliver Hurtado, en el discurso sobre los *Periplos ibéricos*, leido en su recepcion en la Academia.

(19) Ebn-Jaldun, *Histoire des Berbéres*, trad. Slane, tomo II, pág. 68. *Cartas*, trad. Beaumier, pág. 170.

(20) El *Cartas* (trad. Beaumier, pág. 192), inserta unos versos compuestos en honor de Yúsuf-ben-Taxufin, cuyo sentido es el siguiente: «Era aquel un Rey que poseia la más alta nobleza de los Sanhadjas descendientes de Hamyr, y cuando se poseen, á la manera que éste, todas las virtudes, se llega á ser humilde, modesto, *y se lleva cubierta la faz.*» Aludiendo con tales frases al uso del *litsam*, ó velo con el que los Lamtunas, fraccion de los

Sanhadjas el Mulethetemynes, se cubrian el rostro, como lo hacen aún en nuestros dias los Tuariks, legítimos descendientes tambien de los Sanhadjas.

Estos pueblos son los mismos que nos pinta Leon el Africano, como habitadores del desierto, describiéndolos tal y en el propio estado en que hoy se encuentran, segun puede verse por el extracto que á continuacion va, sacado de su *Descripcion de África*, que ántes queda citada:

«I bianchi dell'Africa sono divisi in cinque popoli; *Sanhagia*, *Masmuda*, *Zeneta*, *Havara* et *Gumera*. Masmudas habitano nel monte Atlante, cioé nella parte occidentale, incominciando da Heho infino al fiume di Servi..................................

....

I tre popoli detti dimorano nella campagna di Temesna, cioé Zeneta, Havara, Zanhagia..

....

I cinque sopradetti popoli, cioé Zenaga, Guenziga, Terga, Lemta e Berdeva, tutti sono da i Latini chiamati Numidi, e vivono a un istesso modo, il che é senza regola é ragione alcuna: l'habito loro é un pannicello streto di lana grossa, il quale cuopre la minima parte della loro persona, e alcun usa di portare in capo, o rivoltovi intorno, un drappo di tela negra, quasi alla foggia di didolípono. I maggiori et principali per esser segnalati da gli altri portano indosso una gran camicia con le maniche largue, e fatta di tela azurra e di bambigio, le quale vien loro recata da mercantanti, che vengono dalla terra negra: non cavalcano altri animali che camelli, sopra certe selle, che si pongono nello spatio, che é fra la gobba e il collo de detti camelli: e bella cosa é a veder questi tali quando cavalcano, perció che alcuna volta mettono le gambe una sopra l'altra, et ambedue poscia sopra il collo del camello: altre volte pongono i piedi in certi stafili senza staffe, e in luogo di sproni adoperano un ferro, il quale é attacato in un pezzo di legno lungo un bracio, ma con questo ferro oltra parte non pungono, che le spalle del camello.»

En 1556, se publicó en Lion una version francesa de esta notabilísima obra, en la que se intercalaron en el texto curiosísimos grabados en madera, representando á los hijos del desierto con-

forme á la pintura que de ellos se hace por Leon el Africano.

Juntamente con la obra anterior fueron impresas várias descripciones y relaciones de viajes, entre las que se encuentra la *Navegacion del italiano Alouis de Cademoste*, en la cual se describe, y tambien se representa en estampa, la figura de estos salvajes á los que se da el nombre de Azanaghas, haciéndose allí tambien referencia á la costumbre ántes indicada, de llevar un lienzo revuelto á la cabeza, dejando caer parte de él sobre la cara, de modo que se cubriese la boca y lo inferior del rostro, al modo de sus antiguos ascendientes, que descubrian sólo los ojos.

Mármol en su *Descripcion de África* (tomo III), casi no hizo más que traducir lo dicho por Leon el Africano.

(21) Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, libro IV, chap. I-XII.

(22) Véase una relacion francesa de Mr. Félix Mornand, titulada *La vie arabe*. Paris, 1856.—Véase además la obra del general Daumas, titulada *Le Grand Désert*.—Contiene tambien muchos detalles curiosos sobre el actual estado del Africa Septentrional la obra de Mr. Leon Godard, titulada *Description et Histoire du Maroc*. Paris, 1860.

III.

DE LA LIBERTAD EN LAS ARTES.

DE LA LIBERTAD EN LAS ARTES.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

el dia 3 de Noviembre de 1867.

SEÑORES:

I.

Ocioso parece decir, dándolo tanto á entender la solemne ocasion en que estoy, cuál sea el sentimiento de que me hallo poseido en este punto. Premio sólo, en lo pasado, de tareas asíduas, cuando no de sazonados frutos, no se niega ya tampoco la posesion de estos escaños á aquel amor sincero, si no siempre correspondido, que, en medio de la turbacion de los tiempos, guardan algunos al arte de bien decir, que tanto ennoblece al hombre. De éstos soy yo, Señores, sin duda alguna; y si el deseo de emplear con acierto la hermosa habla heredada, que en mí despertára un maestro insigne (1), á quien han de echar de ménos

por no corto espacio las letras, bastase á merecer tal recompensa, no sería por ventura de los ménos dignos de alcanzarla.

Mas ni tal amor ó deseo estéril, ni las conocidas ocupaciones que han llenado hasta aquí mis años, me brindan con excusas que traigan hoy la confianza á mi ánimo; porque este asiento lo ha ocupado por mi mal ántes quien puso mano en los mayores asuntos de su época, sin que ellos le estorbasen para llegar aquí con indisputados merecimientos. Soldado y poeta, historiador y hombre de Estado; herido tal dia en un campo de batalla, y otro puesto á la cabeza del gobierno; ora proscripto bajo la monarquía absoluta, y ora de populares alteraciones amenazado, con todo eso acertó á escribir el Duque de Rivas obras quizá inmortales. No con todos, Señores, habian de mostrarse tan generosas la naturaleza y la fortuna. Avaras, por el contrario, la una como la otra conmigo, por fuerza he de reclamar hoy más que ordinaria indulgencia, ya que olvidar no deba este Cuerpo ilustre, ni áun por breve plazo, á quien sucedo; que sería el mejor camino para que llegase sin miedo desde el principio al término de mi empresa.

Pero no cabe en mí tampoco semejante pretension en este dia, supuesto que al tratar de la libertad en las artes, y más señaladamente en el de la palabra, que es lo que intento, he de traer yo mismo á la memoria la época en que el autor del *Moro Expósito* ganó su fama. Diéronse al tiempo mismo que las de este claro varon á la estampa otras muchas obras de no desigual mérito, cuyos autores me están al presente

escuchando. ¿Y no basta con lo dicho, Señores, para que aquellos que fueron hermanos en gloria del Duque de Rivas algo adviertan que, á manera de impensado rayo de sol hiere sus ojos, no á tan vivos resplandores de largo plazo habituados? ¿No es cierto que las disputas y los cantos poéticos de entónces suenan ya como eco lejano en los oidos del alma, y á todos por igual inundan la mente en imágenes embellecidas con las tintas agradables, que presta siempre el recuerdo á las cosas que pasaron? Pues si los que abrimos el entendimiento á la reflexion, y á la belleza la fantasía, en el propio punto en que la *Escuela romántica*, fruto y flor de la revolucion incruenta de que hago memoria imperaba, tan hondas sensaciones al pensar en aquellas cosas experimentamos, ¡cuánto no lo serán al tiempo mismo las de los que pusieron en prosa ó verso á la sazon la primera sávia de la naturaleza, y el prístino entusiasmo del alma! Con todo eso, Señores, ya el tiempo que digo pertenece á la historia: como claramente á cada cual nos lo dice, comparado con lo que hubo, la tibieza de lo que queda; y áun lo pregonan con más profunda elocuencia todavía las dolorosas ausencias que harto á su pesar notan, no bien pasean con los ojos estos escaños, cuantos han tenido alguna familiaridad en los treinta años últimos con las letras pátrias.

Ausente está el espíritu de entónces: ausentes con él, por ley fatal de la vida, bastantes de los que en obras insignes lo recogieron, diéronle forma, lo representaron y popularizaron: ausente está, con ma-

yor evidencia todavía, de la sociedad, que rindiera por algun espacio á su imperio. Quiere esto decir, sin duda, que como pasada cosa que es, ha sonado ya para el *Romanticismo* la hora de la historia y de la crítica, que á cuanto nace y vive llega en el tiempo. No extrañeis, pues, que al tratar hoy un asunto por íntimo lazo unido con el orígen y los hechos de aquella Escuela, la juzgue de paso en mi discurso.

Juzgar digo, Señores, ántes del uso llevado que no de la exactitud del concepto: que en pleitos de artes ó letras, árdua empresa es la de dar fallos, no siendo corta fortuna el que no aspire á santa en ellos la *cosa juzgada*. Bien que sea comun ya la pretension, que ni al vulgo espanta, de sentenciar de plano sobre el mérito de los géneros y de las obras, de mí sé decir, Señores, que no he de dar un paso más en el dia de hoy sin que me embarace de contínuo la duda del acierto. No temais por tanto al ménos, que ya que libres sean, dé tambien por infalibles mis juicios.

Porque no soy yo, si los hay, de los que opinan que agrade sin excepcion lo hermoso, ó descontente lo que no es tal á todos los hombres, ni que este dón precioso con fácil mano lo otorgue el cielo, por más que en tributo se le ofrezca á las veces constante cultivo y estudio (2). Abrigue otra confianza, en buen hora, aquel que por dicha ignore que ha habido crítico insigne á quien le ha parecido ver la cabeza de un sátiro con el pelo de un jabalí, ó la acabada apariencia acaso de un mastin horrible, no ménos que en el rostro inspirado del *Moisès* de Miguel An-

gel (3). Pero ¿qué mucho, si las paredes de este templo del saber, donde ahora estamos, oyeron salir un dia de la boca de un hombre de inmensa doctrina y de altas calidades como escritor en prosa y verso, por las cuales á dicha era en aquella propia ocasion laureado, la dura sentencia de que no hizo sino burlarse Calderon de la nacion española, al componer para ella y para el mundo la coleccion de comedias en que se cuenta *La vida es sueño?* (4). No quiero sólo, Señores, con citar estos casos, negar fuerza de definitivos á los fallos individuales que recaen sobre los géneros ó las obras concretas del arte: quiero tambien dejar sentado un hecho, que puede bien servir de primera piedra en mi obra.

Porque ¿quién ignora, Señores, que si desconformidad y contradiccion promueve la material contemplacion de las cosas bellas, no menor discordia hasta ahora reina entre cuantos se han propuesto definir ó describir en abstracto lo que de todos debe ser tenido por bello? De esta causa en realidad procede, no ya sólo la licencia, por lo comun perniciosa, de las opiniones personales, sino la formacion de verdaderos partidos, sectas, ó escuelas, en la República de las letras y artes. Por eso ha habido en ella revoluciones, cual la que dije há un instante, ó se han visto tambien en ella tiranías como la que sucumbió, no sin estrépito, entónces. Y no otro orígen reconoce, en suma, el que registre tantos códigos *del buen gusto* la historia, y tantos, tambien en esto, y tan desacordes legisladores.

Preciso será, pues, examinar las distintas teorías

de la belleza, para deducir de su evidente insuficiencia y contradiccion el principio de la *libertad en las artes.*

II.

Pasaré por alto las ideas simbólicas de Tébas, Nínive y Persépolis, hijas de cultos y sacerdocios despóticos, para llegar ántes al que primero dió razon de lo bello en la libre Grecia.

Trasportóse allí Platon desde este mundo visible al invisible, en busca de los tipos ideales y eternos de las cosas contingentes y reales. Imaginó ver entónces que las almas, desnudas de cuerpo todavía, indistintamente eran atraidas á lo alto por cierto invencible deseo de conocer al espíritu perenne, invariable, perfecto que allí estaba, y en quien supo distinguir, aunque gentil, muchos de los verdaderos atributos de Dios: creyó ver ademas que de cada alma escueta y pura tiraban el mal y el bien, y que ella á la par los regía, no de otro modo que pudiera gobernar cada auriga en los carros griegos dos caballos fogosos, de los cuales fuese uno dócil y otro rebelde: juzgó, por fin, que durante la disputada y laboriosa ascension, que iban así haciendo las almas, habia algunas que, refrenado el mal, continuaban, á impulso ya del bien conducidas, hasta palpar las esencias mismas de las cosas; otras que, no acertando á contener el mal á la larga, podian no más subir, y alcanzaban á llegar sólo hasta mitad ó tercio de camino; otras, ménos dichosas aún, que, apénas levan-

tadas del suelo, de nuevo en él caian, por el mal sobrepuesto al bien arrastradas. Fácil era concebir de esta suerte por qué desigual manera poseyesen en sí los hombres los eternos tipos de la verdad, del amor y de la belleza, segun que el alma de cada cual, ántes de encarnarse en su cuerpo, habia sabido remontarse ménos ó más de la tierra al cielo, y divisar más copiosa ó exígua parte de las divinas esencias (5). Partiendo de esta vision hipotética, claramente además se comprendia el que los hombres distinguieran la belleza ideal de la real, comparando su recuerdo anterior á toda mortal miseria, con lo que les comunicase por los sentidos esta tierra imperfecta y pasajera. Y si al mero contemplador se le prestaba, en tal manera, una regla cierta de crítica, no hay que decir cómo el artista hallaria por su parte auxilios en la memoria para la reproduccion de los tipos ideales del arte, si como al parecer Apéles ó Fídias, él tambien habia tenido la fortuna de recibir, en el punto de ser engendrado, algun alma de las que más alto habian acertado á subir en su vuelo, y visto más de cerca, por tanto, los tipos familiares á Dios.

Pero aquella incomparable desigualdad de condicion con que al mundo venian ya los hombres en la espléndida hipótesis platónica, como por la mano tenía que traerlos á pensar cada uno á su modo de la belleza, segun sus respectivos recuerdos de otra vida, por más que todos á la par examinasen los objetos terrestres luégo con órganos y sentidos idénticos. La libertad de la inspiracion de los leves, fugitivos y

santos séres, á quien Platon llamó poetas, para celebrar en sus versos las cosas perfectas, simples, tranquilas y santas, no debia de ser en tal hipótesis impedida con leyes externas; y no lo fué con efecto. Sólo la imitacion de las cosas terrenas era lo que vedaba Platon, por lo mismo que buscaba la belleza tan alto. En la pintura, en la escultura la juzgaba ya frívola, cuando no dañosa tarea; mas por lo que toca á las fábulas, que en las epopeyas y tragedias reproducen al vivo las acciones humanas, duramente las condenaba diciendo que, cuando tanto costaba dar con la verdad eterna, no habia para qué fingir vulgares mentiras de un lado, y de otro que la intemperancia, el amor impuro, y cuantas pasiones cobardemente arrastran al hombre, no podian ser bellas en sí porque no eran buenas.

Y de esta suerte el filósofo, que habia declarado que no consiste virtualmente lo bello en la proporcion del todo con sus partes, ni en la utilidad que puedan traer los objetos formados, ni en el placer que producen éstos en el ánimo, con solo hacer una cosa misma de la verdad eterna, de la bondad absoluta y de la belleza, encerrando á esta última en la propia esfera de las otras (6), tuvo ya que excluir mucha parte de sus legítimas representacioues artísticas, y hasta que echar de la república á los poetas, sin otra excepcion que los líricos que celebraban héroes ó dioses (7). Tan peligroso era, Señores, poner fuera de sí mismo límite alguno á lo bello: tan funesto pareció desde el principio establecer preceptos, no ya positivos, sino áun negativos, para el arte, bien que

se basasen ellos no ménos que en lo perpétuamente verdadero, y en lo bueno, perfecto y eterno.

III.

La doctrina de Platon, con todo eso, no impedia el paso á lo ideal en las artes. Más bien pecaba, por el contrario, en rodearlo de atributos inútiles y en hacer exclusivo su imperio: inclinaciones que no ha perdido despues bastantemente su escuela. Plotino, por ejemplo, (8), caudillo de la que se llamó neo-platónica, muchos siglos más tarde, por tal y tan alta manera entendia la belleza, que ni comprenderla pensaba que podia el hombre sin purificarse ántes hasta el punto de hacerse él propio bello, y de poseer suma parte de lo divino en sí mismo. De una Santa española es esta frase profunda: «Piense el alma como si Dios sólo y ella estuviesen en el mundo.» Pues no de otra suerte, Señores, queria Plotino que se recogiese en sí el hombre, imaginándose ya separado del cuerpo, y que en tal situacion, ó pusiese oido atento á los sones armoniosos de la música para comprender en el espíritu á solas lo bello, ó con ojos interiores contemplase en su alma la hermosura moral que á cada indivíduo se le aparece, como diciéndole: «huyamos á nuestra pátria celeste.»

Lo mismo que este elocuente maestro de Alejandría, cuyas sentencias fueron por el propio San Agustin ponderadas, acompañaron á Platon luego en su menosprecio á las cosas imperfectas, y en su exclusivo amor á lo ideal eterno y perfecto, pocos ó muchos,

cuantos, recibiendo aquella doctrina casi olvidada, de los maestros fugitivos de Constantinopla, hicieron profesion de ella en el Renacimiento. No cumple á mi propósito hablar aquí largamente ó de Lorenzo el Magnífico ó de Castiglione; pero ¿cómo pasar en silencio tambien la hermosa expresion poética que halló el platonismo renaciente en las *Rimas* de Miguel Angel? Aquel artista egregio rara vez supo rendir la indomada cerviz de su talento á la templada armonía de lo ideal en la ejecucion de sus obras; pero nadie ha renegado como él de la inspiracion terrenal en las artes, con estos magníficos versos:

Dal mortale al divin non vanno gli occhi
Che sono infermi, e non ascendon dove
Ascender senza grazia e pensier vano.

Ninguno ha dicho tampoco más arrogantemente de la propia inspiracion de su alma:

Nascendo mi fu data la bellezza.

Pero, aunque en lo esencial consecuentes, no poco han ido modificando las asperezas de la doctrina platónica los que de medio siglo á esta parte, ó poco más, de nuevo han estudiado en ella y con ardor insólito la belleza.

Ha llegado por este camino alguno á establecer con mayor claridad que Platon mismo, que lo bello no es material ni subjetivo, sino absoluto é independiente de la naturaleza y del hombre, con rara sagacidad analizando las sensaciones sucesivas, y el órden de los conceptos que produce la contemplacion de lo bello. Ha habido tambien algun discípulo católico que aten-

diese á concertar con la remota vision platónica la verdera intervencion del Dios revelado en el génesis de cada obra de arte, sustentando en primer término que lo bello se realiza por la union individual ó particular de los tipos que observa el hombre en la tierra, con otros fantásticos, de la sola imaginacion formados; y en segundo, que ésta no es, en su especial acto, sino agente secundario de la causa primordial ó Hacedor sumo, tan único dispensador de lo bello, que, á creer al autor que digo, no produjeron cosas que lo fuesen los pueblos gentiles, sino en la medida con que en sí guardaba cada uno los vestigios de la revelacion primitiva (9). No más que las de Platon en tanto, bastaban las definiciones de este filósofo creyente para distinguir en la práctica lo que es de lo que no es bello; y por lo que toca á aquel otro racionalista de quien hice mencion primero, ya que copiando en no poca parte al maestro antiguo, y siguiendo la corriente de su Escuela, explicase con elocuencia todo cuanto bello no es, ni osó acometer siquiera la definicion de lo que lo sea (10).

Poco hace, ha dicho alguno, que cuando Cousin detuvo el paso al tropezar con este problema oscurísimo, nada imperiosamente reclamaba su resolucion todavía (11): extraño aserto, no sé si en algo fundado. Mas sé y con clara evidencia, en cambio, que no ménos inútilmente que de Platon á Cousin, hemos luego esperado desde que habló este último hasta ahora de la Estética platónica positivas contestaciones á estas preguntas concretas: ¿Por qué tal objeto ó tal obra es hermosa? ¿En qué la esencia consiste de eso

que se admira y ama por bello en las artes? Y léjos de avecinarnos hoy en dia á la satisfaccion de esta curiosidad generosa, lo cierto es que áun habiéndolo por hábil manera intentado tras de Cousin, Jouffroy ó Gioberti, y con procurarlo en doctos libros cada dia los más esforzados de la Escuela (12), luégo á lo mejor ellos propios confiesan, que ni han definido hasta el presente lo bello, ni cuentan ya acaso con definirlo jamás (13).

Necesario es, por tanto, que nos contentemos aún con meras descripciones de lo que no es, ó no se tiene hoy por bello; pero algo, y de importancia no leve, ha concedido con todo á la libertad de la inspiracion esta Escuela en los últimos tiempos. Menos osada ya que el genio inmenso que la fundara, retrocede delante del ideal despótico y exclusivo que, juntos en uno, ofrecen lo bello, lo verdadero y lo bueno. Y la independencia ó la individualidad, por decirlo así, de lo bello reconocidas no tienen que temer más del platonismo la absoluta proscripcion de otras veces muchos de los géneros preferidos por los artistas y por los vates.

IV.

Nada más injusto, Señores, que condenar por frustrados, en todo ó en parte, intentos que sólo han de ser abandonados enteramente, si alguna vez por desdicha prescinde el hombre de cuanto es superior á los sentidos en las várias esferas de la vida. Tales especulaciones lo han estimulado á recorrer vastos espacios de ciencia, y han abierto regiones nuevas con

horizontes extensos al estro en la poesía, y al vago pero fecundo entusiasmo que promueve y vivifica las artes. Por más que las ideas de Platon no bastasen á formar tales obras como las de su nacion y de su siglo, ninguna otra doctrina ha alcanzado á comprender lo mejor de ellas, ni á explicarlas como la suya, despues de creadas. Hermano es, á no dudarlo, de la filosofía de Platon aquel puro ideal de la Grecia antigua, reina aún de la palabra y del mármol, de cuyo trono si han andado hasta aquí cerca otras naciones, ha sido al modo que se avecinaban en diversa edad á los mayores príncipes otros, aunque grandes, subordinados.

Parece, al observar lo ideal en Fídias, como que, fijos los ojos del artista en los propios tipos eternos que pensó ver el filósolo en el cielo, nunca los inclinase á la tierra bastante para ver las deformidades mortales. ¿No lo sabeis todos, Señores? Jamás los ligeros centáuros del friso ático hallaron piedras que hiriesen sus cascos inmortales en los campos áridos de la Grecia real: jamás dejó, por eso mismo, de correr plateada y no turbia el agua á la hora en que escribieron los poetas olímpicos en los cauces polvorosos del Pactolo ó del Cefiso. Y en tanto la lengua de aquella gente, ámplia, serena, armoniosa, en verdad semejante al Mediterráneo, que baña la Península, las islas, todas las tierras helénicas, no sabia describirlo á éste tampoco sino levemente onduloso, y tocando por lo comun en las rocas, sin otra que la violencia indispensable para quebrarse en alegres espumas. Tan solamente los mónstruos ó el rayo

de Jove parecen así espantosos en el mar de la *Odisea:* tan solamente el persa fugitivo de Esquilo pudo llamarle á voz en grito aborrecible, al referir al coro de sus conciudadanos el estrago sin par de Salamina. Las Furias mismas no eran al fin odiosas en las tragedias griegas, ni cuando las mantuvo ocultas Sófocles, ni cuando ántes las sacó á la escena Esquilo.

Una belleza, pues, como la sentia Platon, si de la natural no siempre distinta, muy superior en su semejanza misma á ella, resplandecia por tal manera en las obras ideales del arte griego. Pudiera compararse, no sin exactitud, á mi juicio, el efecto de lo ideal sobre lo real en este caso, al que suele producir la luz del cielo verdaderamente sereno de la Grecia en aquellos mármoles pentélicos, ó heridos por el cincel ateniense, ó levantados en sillares hasta los tímpanos del Parthenon, que conservan su sitio todavía. A todas horas los viajeros dicen que hace aquel cielo más bellas de lo que son en sí, con serlo tanto, sus puras, tranquilas y armónicas líneas; ya inundándolas con los rayos del sol, á punto que no pierda la vista los huecos, que lo son sólo cuando con los planos se les compara, ni los planos que aparecen tales, si se les coteja con los huecos; ya prestándolas en los crepúsculos tintas suaves de rosa, que dan á las figuras inmóviles color de humana vida; ya velando no más que á medias la hermosura de los objetos diversos, como para hacerla más apetecible, durante unas noches que rasgan siempre vivísimas estrellas, cuando casi del todo no descorre sus sombras el libre resplandor de la luna.

¡Ah! Nunca en igual concordia han vuelto á vivir filosofía y arte, como la de Platon y el de Fídias: nunca en general tampoco se han acercado tanto como en la Grecia antigua la naturaleza y el espíritu, lo bello real y lo bello ideal, el fondo poético y su forma propia, en todos los géneros y estilos á un tiempo. La arcana simpatía que produjo aquel dichoso consorcio parece como que se comunicase á las materias mismas en que más noblemente realiza lo bello el arte, que son la palabra y la piedra: tanto grado el parecido alcanzando, que á la legua se conocen por gemelas sus respectivas ficciones. Platon comprendió bien que en esto obraban los efectos de una ley suma y única: lo que no conoció fué su texto expreso ó sus positivas reglas. Y ya que no atentase en todo á la libertad de los demás hombres, formando muchas de ellas arbitrarias con que regir á las artes, lástima grande fué el que tambien tomase por suyos, cual suele osar la soberbia humana, algunos de los atributos de Dios, condenando en nombre de lo santo ó lo cierto tanta parte de lo bello; y usurpando así su poder al tiempo, que es, aunque innominado á las veces, el mayor de los pensadores de la historia.

V.

Más inconvenientes produjo luego que esta intolerante unidad platónica, la composicion de positivas leyes, y la redaccion de un verdadero código para las letras y artes. Al cabo, como lo infinito de

por sí es libre, nunca su contemplacion entusiasta y asídua podia ahogar de todo punto la inspiracion en el hombre. Pero desde que, vuelta la espalda al cielo, se buscó lo bello por medio de la terrestre experiencia, comenzaron á señalarse ya metas próximas y visibles á las carreras del estro: hubo ya para el arte, no sólo regiones vedadas por entero, sino barreras que constantemente lo detuviesen por las regiones que al parecer le quedaban libres; y pronto nacieron las convenciones, y no muy tarde la tiranía.

Para Aristóteles grave, exacto, sagaz autor de la primera *Poètica*, léjos de ser la de imitar las cosas reales tarea frívola, como Platon habia dicho, precisamente era *la imitacion de la naturaleza* el principio fundamental del arte en la epopeya, en la tragedia, en la comedia, en la poesía dithyrámbica, y áun en la mayor parte de la que se acomodaba en su tiempo á las flautas y cítaras; en la pintura, en la escultura, en la música, en la danza misma (14). Imitar á los mejores, á los peores, ó á los semejantes, con verosimilitud era como es sabido, en concepto de Aristóteles, cuanto se habian propuesto hasta allí los hombres, y cuanto debian de pretender en lo venidero; bastándoles por fin y estímulo en sus trabajos, el natural contento con que desde niños vemos todos las imágenes perfectas de las cosas reales (15). Y con tales opiniones, ¿cómo no habia de gustar el gran filósofo de Stagira de aquellas mentiras de las fábulas, por Platon tan mal vistas, en las cuales se representaba lo más noble de la accion en el mundo con las vicisitudes y pasiones de la vida humana?

No era, no, por lo mismo, Aristóteles, quien podia reprender, como su maestro en Homero, el que harto avaro pintase á Aquíles para negar el cuerpo de Héctor á su padre, miéntras no le pagase por él algun precio; ó el que lo representase arrastrando al héroe vencido por el suelo en que se alzaba la pira de Patroclo. Léjos de eso, el autor de la *Poética* queria que la representacion de las tragedias moviese á lástima y miedo, para que se purgase el ánimo, como no sin oscuridad decia, de semejantes afectos (16). Bien que se inclinase á la postre á que siempre se describieran los hombres algo mejores de lo que son, y á que no se sacasen á plaza crímenes inútiles, estas propias reglas confirman que en los casos ordinarios tenía por buena la contemplacion de lo malo y de lo aborrecible, y que no daba por exclusivos personajes al arte los justos, los esforzados y los sabios. Todo lo verosímil y grande, por el contrario, con tal que estuviese ordenado de suerte que, teniendo principio, medio y fin, se representase en una accion sola, entera, y por tal artificio tejida, que con quitar ó mudar de sitio cualquiera de las partes, luego se desbaratase el todo, era propio de la tragedia, segun el filósofo de que trato; y en la tragedia, segun él mismo, estaba lo más exquisito que pueda ser por el arte realizado. Lo verdadero y lo bueno aparecen aquí, pues, distintos de lo bello; y lo que sin salir de la naturaleza distinguia á la poesía de la historia en tal sistema, era sólo el que ésta se atenia á lo particular, y aquella á lo universal principalmente, ó sea á los caractéres fundamentales y constantes de los séres representados.

Abrió así Aristóteles, sin duda, á la poesía grandes regiones, por Platon vedadas: ¿por qué desdicha cierta, harto más que de su antecesor con todo eso, procedió de él la tiranía en que por plazos muy largos gimieron las artes de allí adelante? Tal vez lo principal del daño estuvo en el solo intento de reducir á positivas leyes la comprension y la ejecucion de las cosas bellas: tal vez derivóse el mal, como por irresistible pendiente, del principio mismo de *la imitacion de la naturaleza*, en que cimentó Aristóteles su doctrina. A esto, Señores, por mi parte me inclino; más no por eso dejaré de reconocer sinceramente, que ha habido sobra de superficiales interpretaciones, y exageracion sistemática en la aplicacion del principio. Tanto en lo uno como en lo otro, de todas suertes halla demostracion poderosa el aserto, ya con ocasion distinta asentado, de que es siempre, ó imposible ó funesto el poner puertas y muros á la belleza; bien sea con el fin de guardarla, bien sea con el mal propósito de excluirla por falsa ó por peligrosa de las artes.

VI.

Largamente, desde Aristóteles hasta nuestros dias, ha podido ser de nuevo esta importante verdad experimentada. No creyó Boileau sino ser buen lógico, de seguro, cuando dispuso que la solitaria accion aristotélica se cumpliese tambien en un lugar y en un dia; y aunque el clásico Esquilo diera tiempo á su Agamenon en la Escena para que volviese á Argos desde

Troya vencida, testigos ha de haber aquí de lo mucho que se ha disputado despues menor licencia. Traida por otra parte, esta norma *de la imitacion natural* á las artes del dibujo, intentóse medirlo todo con ella en vano; que puesto que ya no fuese aplicable al Apolo de Roma ó á la Vénus de Florencia, ni siquiera á las Caryátides que por fuera adornaban los templos, delante de los cuales se inventára, todavía ménos habia de dar razon alguna de las Concepciones de Murillo, suspensas entre ángeles y nubes, ó del Cristo transfigurado de Rafael Sancio.

Y si el aristotelismo, ó mejor el pseudo-clasicismo, á que con más ó ménos fundamento dió aquel sistema orígen, se hubiese contentado con regular y ennoblecer las amargas sátiras dialogadas, que la antigüedad llamó comedias, ó con distribuir oportunamente las realidades casi palpables de los modernos lienzos flamencos; si hubiera sustentado sólo que la representacion en perfectas imágenes de los objetos reales es tambien placer, sobre ingénito, legítimo, y en buena medida digno de ser satisfecho por el arte; si hubiera siempre empleado el poder incontestable de la observacion, de la experiencia, del estudio externo que solia hacer de las cosas, en perfeccionar los medios y prácticas con que mejor se domeña, se reparte, y se dispone la materia para que sirva á los fines libres de las artes, distintos beneficios con certidumbre se deberian á esos conocidos códigos *del gusto*, que, entre otros menores, llevan los nombres claros de Horacio ó de Vida, de Boileau ó de Martinez de la Rosa. Pero nadie ignora que de la legislacion minuciosa que poco

á poco llegó á formarse y promulgarse, nada ménos que lo ideal faltaba, es decir, lo mejor y lo sumo de las bellas obras.

No dependió de aquella legislacion por cierto el que dejára de barrearse el camino á otras épocas y pueblos, para impedirles que formasen un ideal propio, al modo del que espontáneamente habia surgido en la imaginacion de los griegos. Ni fué dicha escasa por eso el que encubriesen las tinieblas espesas de la Edad media la marcha lenta del ideal cristiano por entre las nuevas artes y letras.

Nació así al cabo, que no tan fácilmente lo habria logrado de otra suerte, de los cándidos pero heterogéneos edificios románicos, desde el principio ingénua y sana, la grande arquitectura gótica; ya misteriosa y oscura en las regiones donde, sobrando la luz, cual suele en España, se representa la idea de lo sobrenatural mejor en el recogimiento melancólico de las tinieblas; ya abierta y risueña en aquellas otras de contínuo nubladas, donde nada como la luz de los rasgados muros podia dar á entender á los fieles todo el precio de la eterna claridad en la otra vida. Pero cuando el clasicismo artificial de nuevo tomó la palabra, notorio es, Señores, que de todo en todo condenó por bárbaras tales empresas, ó hallólas cuando más en lo delicado de las labores alguna disculpa, por boca de los que, como el discreto Ponz, quizá pecaban de indulgentes en la Escuela. Los frescos inocentes del Giotto, las tablas místicas de los Van-Eyn. lo mismo que las devotas esculturas anteriores á Ghiberti, no fueron para el aristotelismo restaurado sino

groseros ensayos del arte; y los tiernos *fabliaux* franceses, como los hermosos *romances* viejos de Castilla, no merecieron atencion de él sino en cuanto traian á exámen los orígenes de las modernas lenguas. Por ideal bastábales á tales críticos con el que para sí se creára la Grecia, que ellos reputaban ya por uno de tantos objetos imitables como ofrecia la Tierra; y ni siquiera prefiriendo las cosas que *deben ser* á las que son, como el insigne Aristóteles enseñara, levantaban lo natural hácia lo ideal algun tanto, sino que al ideal que sin buscarlo se les venía á las manos, malamente lo conducian atado por el suelo.

Si los sectarios de Platon, en suma, al modo de los gigantes mitológicos, habian pretendido escalar el cielo, contentábanse los de su discípulo glorioso con remover continuamente la empobrecida capa vegetal de los cultivados campos clásicos; queriendo además que les comunicasen ellos sólos el secreto de los matices y del aroma de sus flores.

VII.

No fué, á pesar de todo, enteramente estéril esta exclusiva y menguada tendencia de la crítica en el arte: ni ¿cuándo hubo labor del espíritu cuyos frutos á la larga holgasen sobre la tierra? Atentos á la contemplacion de la belleza ya realizada, ó por la naturaleza ó por el hombre, llegaron á rendir los aristotélicos verdadero culto á la forma con que se ofrecen á los sentidos las cosas, ya facilitando, ya conteniendo la percepcion íntima, ya completando, ya dismi-

nuyendo el deleite que lo bello que llega inmaculado, suele luégo producir en el alma. Oportunas habian sido, en verdad, en este punto las lecciones del propio maestro acerca de la proporcion, de la grandeza, del órden, del modo de comenzar, seguir y poner término á las obras literarias; más ¿qué se echaria de ménos en este particular por ventura, que no previese al cabo Horacio en la epístola discretísima, que lleva el bien conocido nombre de *Arte poètica*?

Bien dijo de sí aquel artista, por lo que toca al conocimiento de la materia que empleaba, ó al artificio de la ejecucion incomparable, que, á imitacion de las abejas de Calabria, sacaba él de los tomillos de Tívoli con penosa labor sus versos, porque no ménos dulces fuesen luego que la miel misma (17). Nádie mejor, ciertamente, que aquel respetuoso y fino amante de la palabra humana, sabia el por qué y el cómo habia de colocarse cada frase en su propio lugar y no en otro, ó cuánta sea la dignidad de las voces que el uso hace nobles, y la vileza de las que él, con razon ó sin ella, tiene infamadas. Harto su pasion por la forma se comprende con oirle decir cuánto más le placen los triviales ó vulgares asuntos, bien compuestos y con primor expresados, que no los altos ó grandes con algo de desaliño, ó bajo estilo. Pero nada indica tanto cuán distante estuviese el preceptista y poeta latino de prestar á las ideas puras la reverencia que Platon ó sus discípulos, como el ver que pone á cargo de Sócrates y los autores de filosofía moral, el suministrar cosas que decir á la poesía (18), reservándose para sí solo, en su oficio de

vate, el decirlas mejor que nadie, y en versos que, con eso no más, contaba por de mayor duracion que el bronce, y capaces de fama superior á la que trataban de perpetuar las egipcias pirámides (19). Dejaba, en resúmen, de buen grado Horacio que volasen las águilas por la cumbre arrogante del monte Albano, miéntras él prendia á su placer mariposas espléndida en las verdes pendientes por donde salta el Aniene, ó en las hondas y breves riberas de los lagos latinos.

Tal el carácter del poeta; tal el del crítico. ¿A qué inquirir, Señores, tras esto, el principio capital de su doctrina? No podia ser otro de modo alguno, sino aquel que acertó á comprender nuestro insigne Cascales en sólo una frase, diciendo que poesía «era imitar con palabras (20).» Ni era otro que aquel tampoco el profesado, ántes de Cascales, por Márcos Jerónimo Vida: el cual hubo de seguirlo tan paso á paso, que llegó á dar en su *Poètica* por reglas, cuantos artificios y precauciones enseñar suele el trato para hacerse buen lugar en los antiguos y en los modernos salones (21). Ni tiraba á más Boileau cuando dió por única norma le *bon sens* á las imaginaciones acaloradas por el estro poético, y claramente definió la poesía por un género de concierto entre el buen sentido y la rima (22). Pretendíase por los aristotélicos que el deleite de ver bien imitadas las cosas, era el único móvil que inclinaba al hombre á la poesía trágica; y no tuvo, por lo mismo, Boileau, que formar juicio propio para decir que sólo se proponia el arte divertir á aquellos de quien arran-

caban lágrimas copiosas el parricidio de Oréstes ó el espectáculo sangriento de Edipo (23). Todo el clasicismo del que la Francia llama *gran siglo*, no sin razon ha sido ya por alguno cifrado en la frase de Voltaire, de que el gusto venia á ser en la poesía lo que era en los tocados cenicientos de las damas de su época. Tal *gusto*, en verdad, y lo que es perpétuamente la *etiqueta* en las relaciones sociales, pueden sólo dar idea exacta de las menudas y penosas exigencias de aquel sistema de crítica.

Lástima da ya de ver á un Boileau, el más formidable acaso de sus campeones, por muchos dias inquieto, á causa de haber en sus versos nombrado la blanca pluma que ondeaba en el sombrero de Luis XIV, cuando iba á rendir en Flandes las mal guardadas fortalezas de España. Lástima de oir disculpas por este atrevimiento inocente, con mayor motivo debe darles, á los que recuerden que sin algun recelo habia él dicho en tanto, en la propia obra, que el suceso de la toma de Namur regocijaba á cuantos árboles lo sabian: cual si tambien les interesase á los árboles, porque el paganismo hubiese convertido á las hermanas de Faeton en algunos de ellos, el que más pronto ó más tarde viniese al suelo el poder de nuestros antepasados. Y si tal se tiranizaban ó extraviaban los maestros mismos, ¿cómo no habian de oprimir ó desorientar por más extremo todavía á los que, menores en fama ó fortuna, por fuerza los veneraban como príncipes ú oráculos? Admírenos ántes, tras esto, la moderacion de Luzan que la intolerancia de Montiano con las *comedias famosas*. Y sobre todo, Señores,

ya que á este punto hemos llegado, reconozcamos sin titubear, y admiremos la independiente y segura vitalidad de la belleza, que, á pesar de tales hombres y errores tales, ni áun entónces desamparó el arte.

Porque no bien descuidado el concepto en el Lacio, se refugió en la forma; donde ya no tenia ideas, inspiraba frases, muchas veces en Góngora mismo y sus secuaces afortunadas; y cuando la Francia ménos la reconocia, perfeccionó más su lengua. Esto sin contar con que Corneille, Racine y Moliére, no por las reglas, sino áun con ellas, formaron una grande Escuela dramática; ni con que ántes que predominase por completo en las letras esta pretensa crítica clásica, la espontánea inspiracion de los poetas habia tomado vuelo altísimo en Inglaterra y España, y hallado á la belleza por regiones hasta entónces inexploradas, con aquellos miles de tragedias ó comedias insignes, en que Shakspeare, Lope, Calderon y otros tales pusieron sus nombres. Nunca la historia del mundo ofrecerá mayores pruebas, que las que entre la época del *Renacimiento* y la del *Romanticismo* ha presentado, para declarar por imposible la empresa de ahogar del todo y para siempre la libertad en el arte. Se estorba, se detiene, se hace el paso de la inspiracion más lento; pero ni ella ni nada al fin se paraliza ó se extingue en la vida, de cuanto cumple á los destinos de nuestra especie. La llama que Prometeo robó al Cielo, esté él encadenado ó libre, arde siempre en la Tierra.

VIII.

Fuerza es reconocer, tras esto, que el principio aristotélico se interpretó mejor que por los autores de nuevas *Poèticas*, por los críticos de las demás artes. Clarísimo era el deudo que entre unos y otros habia, no obstante. Así nuestro Pacheco dijo, con idénticas palabras que Cascales, que el arte pictórico estaba reducido á «imitar con líneas y colores» (24); y no con otro dictámen que Boileau más tarde señaló Francisco Milizia, como fin de las llamadas *bellas artes*, la utilidad placentera y fácil (25). Lo singular es que Milizia quisiese hacer de lo justo y de lo hermoso una cosa misma, tal como Platon habia intentado; y áun es más singular todavía que, desconfiando de la recíproca simpatía, ó de lo indisoluble del matrimonio de la belleza y lo bueno en las artes, confiriese á las leyes civiles el peligroso encargo de obligar á los artistas á que no ejecutasen más obras que aquellas que fuesen buenas y bellas en un propio punto: no en verdad distinto propósito del que cási todos los teólogos y algun ingeniosísimo crítico habian abrigado respecto de las comedias, con frecuencia mejores que morales, de nuestro teatro antiguo.

Más platonismo que en Milizia todavía hubo en Mengs, hasta el punto de mezclarlo en toda su doctrina crítica, como no sin razon advirtió Azara. Ya para el pintor aleman consistia la belleza en perfeccionar segun la idea la materia, de ésta haciendo el

cuerpo, de aquella el alma; y en vez de juzgar por secuaz de la naturaleza al arte, pensaba que al contrario debia el arte vencer siempre á la naturaleza, porque era libre él cuanto ella esclava, ó sea invariable y concreta. Ni se distinguia ménos de Milizia, con preferir lo que producia satisfaccion al ánimo, ó sea la expresion estética de las cosas, á lo necesario y útil. Tocante á la imitacion, no la desdeñaba Mengs por su parte; mas teníala por mucho ménos estimable que la realizacion de tipos inexistentes, por la inteligencia formados, con lo más esquisito de la naturaleza. A esto era á lo que solian llamar ideal los críticos clásicos; á esto, en verdad, sonaba la frase de Aristóteles de que las cosas habian de representarse, no como son, sino como deben ser; con esto explicaban á su modo los artistas las prodigiosas reliquias de la estatuaria griega; y Mengs se adelantó á definir este ideal diciendo, que era aquel estado de las cosas, en que ya no acertaba á hallarles el hombre imperfeccion alguna (26).

Pero tal definicion no era bastante á apagar la sed de doctrina de los que sabian ver, y sabian ejecutar cosas bellas con sus propias manos. Llenos de esperanza volvieron todos los ojos por eso á Winkelmann, más docto que ninguno de sus contemporáneos en la lengua de Platon y Aristóteles; más que otro alguno familiarizado tambien en las ruinas y en los Museos de Roma, donde habitó por largo plazo, con las esculturas, los vasos, las joyas paganas, y con las pinturas incomparables por la munificencia de tantos Pontífices allí reunidas. En especial las estátuas supo

así sentirlas y juzgarlas Winkelmann con el gusto propio que pudiera tener cualquiera de los griegos que asistieron á las primeras exposiciones de las obras de Fídias. Ni era menor que el de Platon, por otra parte, el entusiasmo que la belleza ideal le causára, al paso que la conocia de más cerca. Quizás dependió de esto último en algo el que no se entregase el crítico aleman por entero al puro espiritualismo del filósofo griego; mas no deja de ser profunda, no obstante, la huella de éste en sus peculiares juicios.

Por de contado que Winkelmann reconocia en la belleza uno de los mayores arcanos del universo, tan visible en sus efectos como recóndito en sus causas; y que ántes de Cousin supo y dijo cuanto más fácil cosa fuese, que lo que ella es, definir ó describir lo que no es ella. Parecíale, con todo, que algo la daba á entender el figurársela como agua pura y sin sabor ni olor, en el propio manantial recogida: imágen que recuerda la definicion negativa de Mengs, y que, no sin exactitud, representa el sentimiento inefable del alma cuando se leen ciertas odas de Horacio, ó se miran los fáciles torsos de mármol de las ninfas griegas. Alguna vez se inclinó Winkelmann al platonismo, imaginando que lo que apetecemos en la belleza del ideal de piedra es la posesion del prototipo del primer hombre concebido en la inteligencia divina. Otra vez se dejó ya llevar de aquella doctrina, hasta decir que más ó ménos alcanza á levantarse la belleza humana, cuanto más ó ménos semejante la idea el artista á la que en el Sér supremo reside. Solo que todo ello, aunque inexistente en la Tierra, Winkelmann queria ha-

llarlo, sin embargo, en lo que llamaba la *bella naturaleza*: que era la eleccion de lo mejor de Mengs, lo que debe ser de Aristóteles, la norma asimismo que á la poesía señalaban los retóricos como Batteux por entónces (27).

No tan estéril, sin duda, esta fórmula cual la de la estricta imitacion de la naturaleza, tampoco dejó de pesar infelizmente á las veces sobre las artes. Falseóse la verdadera representacion de las cosas por el vano empeño de hallar á toda costa lo que es ideal en lo real, para constituir la *bella naturaleza*. De seguro contribuyó no poco esta nueva ley de lo bello al carácter convencional, forzado, incoloro de la literatura y las artes en el último tercio del pasado siglo. Y es que no ménos se pretendia que volar sin alas, al remontarse á lo ideal sobre las reglas. No es por eso lo que llama la atencion solamente la afectacion ó la violencia: sorprende con mayor motivo aún la pobreza del fruto, comparado con lo jigantesco del esfuerzo que lo produce, en todos los estilos, en todos los géneros, en todas las artes á un tiempo. Mas como con nueva aficion se estudió en tanto la naturaleza, para convertir la real en bella, debió de perfeccionarse la forma externa entónces, y se perfeccionó con efecto. No habria rehusado tal vez por eso alguno de los leones de Canova Perícles: los versos de Monti no son indignos de la *Iliada*: al estilo de D. Leandro Moratin no le habria puesto reparos Horacio mismo. Notábase bien, sin embargo, que mucho, entre tantos aciertos, faltaba; que la depuracion de la forma por sí sola estaba léjos de constituir un

arte en general, ni tan propio, ni tan fecundo, ni tan grande, como aquel que por dechado se tomaba habia sido. Echábase allí de ménos, en suma, la libertad que habian disputado Platon y Aristóteles al arte; y aunque se tardase en buscarla, como era natural se la buscó, y obtuvo al cabo.

IX.

Hay, Señores, un pedazo de tierra en Europa, de donde han salido, ó buenas ó malas, que no en todas he de fijarme, las mayores novedades que haya experimentado el género humano desde Augusto hasta ahora. El Rhin, que en tanta parte con sus afluentes lo visita y lo riega, presenció las secretas alianzas y el alzamiento armado de los primeros germanos que con Arminio vencieron á Roma: andando el tiempo, conoció tambien á Lutero; y en una vieja ciudad, de la que luégo ha retirado sus aguas, ofreció teatro solemne á las primitivas disputas del audaz heresiarca con los príncipes y los doctores católicos. Llegada la cuestion á serlo entre ejércitos y naciones, sostúvose ésta principalmente, en sus orillas, por medio de la pólvora y la imprenta, temprano allí experimentadas; que bien corto trecho, por cierto, separa á Friburgo de Maguncia, donde nacieron Schwarz y Guttenberg.

Pocos hasta este siglo han sabido en Európa, no obstante, la lengua que sus gentes hablan, de donde, no sin razon, el crítico La Harpe dedujo un dia que no debia de haberse empleado hasla allí en obras que

mereciesen aprenderla (28). Pero lo cierto es, Señores, que de cien años acá el influjo de la filosofía, de las letras, y áun de las artes de aquella nacion en Europa, ha sido inmenso. Aleman habia sido Winkelmann: aleman fué Lessing, que osadamente rompió de una vez todos los grillos de la tiranía crítica. En un cementerio á orillas del Rhin yace en modesto sepulcro Augusto Guillermo Schlegel, nacido justamente hace un siglo, que tradujo casi á la par á su lengua, y osó levantar de una vez sobre pedestales encumbrados, los bustos por allí desconocidos de Shakspeare y Calderon, como si dijéramos el Alarico y el Atila de la crítica de Batteux, La Harpe y los llamados clásicos. Las aguas del Rhin escondieron tambien la roca preciosa de los *Nibelungen* en la ruda epopeya germánica: al propio Guillermo Schlegel deudora principalmente de la luz que esclarece, desde su tiempo, los lóbregos antros en que la engendró la Edad media. La misma ciudad de Worms, donde solemnemente proclamó su doctrina Lutero, habia ya dado lugar á esta accion de los *Nibelungen*; y la resurreccion de tal poema, y la popularizacion de los dramas anticlásicos, no era ménos que otra verdadera heregía, por los propios sitios predicada.

A la verdad, ni Corneille ni Moliére habian tenido horror sobrado á los asuntos de la escena española; y Voltaire, á quien hizo precursor involuntario su suerte de más de una revolucion contraria, no ménos que á su carácter á sus opiniones, habia puesto por su parte al gran dramático inglés en moda, mucho ántes que dedicase á darlo á conocer su talento el

crítico aleman de que hablo ahora. Pero ni impidió lo primero las burlas de Boileau á nuestro teatro, ni tardó Voltaire en arrepentirse de haber abierto paso en Francia á aquel bárbaro ingenio de Inglaterra, que, como por alabanza dijo alguno, tenía á ménos *el ser hombre de gusto* (29). Siguió, pues, una tempestad de diatribas á la breve aurora de favor que gozaron entre los clásicos los irregulares pero profundos poetas del decimoséptimo siglo; y ni siquiera lograron cortar éstos con el favor de Alfieri, cuyo génio parecia complacerse, no obstante, en desafiar el rigor de las leyes morales, políticas, ó literarias. Triunfó en su ánimo la escuela trágica francesa, como triunfó en España todo aquel sistema entero de la honrada resistencia de García de la Huerta. Nada parecia, pues, que habia más de turbar la quietud de la crítica al tiempo que, con un paralelo entre la *Fedra* de Racine y la de Eurípides, Guillermo Schlegel abrió al fin los ojos á los clásicos, revelándoles de repente el cisma y la revolucion que amenazaba.

Que no hay que olvidar, Señores, que quien tal hacia era un grande humanista, ilustrador de la *Geografía* de Homero y autor de un copioso *Índice* de Virgilio; lo propio que su hermano Federico, más vehemente que él todavía, y ántes ya idólatra que no admirador de Calderon y de la dramática cristiana, por su lado habia traducido á Platon y discurrido largamente sobre romanos y griegos. No ignorancia, no gusto exclusivo, no espíritu de moda podia ser, pues, lo que promoviese empresa tan alta. Más bien parecia comenzar á experimentarse, por el contrario, cierto

anhelo de juntar en uno todas las grandes tradiciones literarias, y cuanto hubiese hasta allí labrado en artes ó letras la mente humana.

No ya con otro propósito, acaso, la mística Beatriz de la *Divina Commedia* habia un dia ordenado á Virgilio, el más hermoso de los poetas gentiles, que tomase por la mano al mayor de los poetas católicos, y lo guiase por en medio de la doliente ciudad, que sin cesar puebla la caida del primer hombre, hasta la dichosa region en que suena el *venite, benedicti*, del Evangelio, y donde arde la luz de la teología con resplandores eternos. No otro intento debió de ser el de Rafael por ventura al colocar en su Parnaso, entre Apolo, las Musas y los vates antiguos, ideados con griego espíritu, á los poetas de la Italia cristiana, con igual verdad que los otros representados. Ni otra cosa en este siglo ha pretendido de seguro Goethe, el mayor quizás de los poetas incrédulos, pero en quien la soberbia de las ciencias nuevas no alcanzó á apagar el amor de la musa antigua. Este es aquel que, en presencia de las estátuas de Roma, llegó á exclamar, como Winkelmann y como Benvenuto Cellini en su tiempo, que no habia cosa tan digna de ocupar á la mente como la forma del hombre; y que, añadiendo á la doctrina el ejemplo, modelaba en arcilla los trozos ideales del arte antiguo, ó cuidadosamente en el papel los delineaba, ántes de poner mano en sus tragedias y poesías ligeras, ó de escribir algunas de las escenas del *Fausto*. Por eso en el conjunto de esta última obra, cual en otra ninguna se representa á las claras, la imágen del poderoso eclec-

ticismo con que la nueva aspiracion habia de formar luego su propia escuela.

Ni tardó en verse invadida la República literaria de personajes, ó apénas conocidos nunca en ella, ó de ella relegados á la region del olvido. Porque tal eclecticismo y concentracion sólo por la libertad podia prosperar en las artes; y á la voz de libertad, repetida de gente en gente, la Alemania acudió con las leyendas religiosas, ó caballerescas, de sus antiguos castillos, con las bárbaras tradiciones de las hordas innumerables que desde el Cáucaso y la Escandinavia la habian cruzado, en busca del Occidente y del Mediodía; con sus memorias heréticas tambien, y sus luteranos ódios: la Italia, de su parte, mal contenta de la sensibilidad artificiosa de Metastasio, y áun del magisterio severo del Parini, de improviso apareció con *Il Conte di Carmagnola* y la *Ildegonda:* la Inglaterra por fin, resucitó la Edad media toda entera en los cuadros históricos del *Quentin Durward* ó del *Ivanhoe.* Y en esta tierra de España, en tanto, donde en los dias de Juan de Mariana, de ordinario aún se sabian las cosas por los romances viejos, que, como él dice, «se solian cantar á la vihuela, de sonada apacible y agradable;» y donde á mediados del siglo último no habia, con todo, ningun hombre de letras que supiese de ellos, tambien renació y ardió de pronto el debido amor á aquellas reliquias venerandas de la ingénita y característica inspiracion nacional.

No há mucho que de aquí falta, Señores, el sábio y modesto varon que no sin pena disputó y ganó al cabo la palma de esta restauracion generosa á los

estraños. No há mucho que de aquí tambien falta aquel otro que el primero tanto estimuló tal empresa: poeta grande no ménos que claro y purísimo crítico, que supo aunar con el amor á la musa caballeresca y cristiana el más acendrado gusto, y tanto culto á la forma cual los mejores clásicos. Liberal tambien en esto, aunque sin pretenderlo quizá como en otras materias, son las opiniones del gran Quintana, signo inequívoco de la latente transformacion que iba comenzando á verificarse en la crítica, ántes de que estallase violenta la pasada revolucion literaria. Al grande eclecticismo que digo tendia, á no dudarlo, aquel patriarca de la poesía, formado por Melendez y el abate Estala, tan partidario de los principios de composicion de Vida, que, como éste preceptuó, trabajaba en prosa los asuntos que ponia luego en magníficos versos: lo cual no le empeció para legitimar á la *poesía popular* por una parte, ni para defender por otra, con la moderacion poderosa de su estilo, de los clásicos furores de Hermosilla la dulce memoria de Cienfuegos, precursor incorrecto y melancólico de la poesía *romántica*.

Pero ¿qué más, si áun el doctísimo Lista, criado en los principios severos de la sevillana academia de *Buenas Letras*, y consumado maestro en la doctrina clásica, no sólo puso por las nubes nuestro teatro antiguo, tan asendereado poco ántes sino que, léjos de renegar de su discípulo Espronceda, halló para el *Estudiante de Salamanca* y para los versos por demás libres de aquel malogrado ingenio á una *Orgía*, aprobacion y hasta alabanzas? ¿A qué amontonar

aquí fáciles citas para dar por demostrada una cosa evidente? Hubo momento en que les faltó poco á estos que sin escarnecerla, como madre que al fin era, rasgaban atrevidos no obstante la túnica de la musa clásica, para renovar en su seno, con la libre atmósfera del universo, los fecundos principios de la vida, sino tomar cual yo por letra en su empresa: *la libertad en las artes.*

X.

En el ínterin que tal sucedia por las regiones de la crítica, terribles y extraordinarios hechos políticos habian interrumpido de un golpe la serena labor del tiempo, en todo cuanto espacio cultiva la inteligencia humana. Instintos que parecian ya estinguidos en el hombre; pasiones ó feroces ó insensatas; hábitos de licencia, de cólera, de desórden, de negligencia, de novedades, reemplazaron por todas partes las tranquilas costumbres antiguas, y todo esto, como en un espejo, se reflejó luégo en lo impreso. El *Comentario histórico* de La Harpe, acerca de la lengua revolucionaria, muestra de sobra que el régimen del terror no perdonó al gusto siquiera.

Bien que los sucesos militares y políticos de aquella época algo ó mucho esparciesen tambien de tal espíritu funesto por todo el mundo, donde él naturalmente se conservó con más brío fué en la nacion misma donde halló cuna. Habia ella, á la verdad, prestado cortísima atencion por mucho tiempo á la nueva direccion de la crítica y las letras en Europa. Harto

tuvo que hacer con seguir al primero de los Buonaparte en su carrera sanguinosa, para que moviese á la par contiendas á la literatura soñolienta del Imperio. Pero éste vencido, la especial actividad del espíritu frances forzosamente buscó otro empleo. Hallóse ya, sin pensarlo, con dos autores insignes, Chateaubriand y Madame de Stael, que, apartados de la corriente dominante en su pátria, habian disfrutado vagar bastante para enriquecerse á solas con cuanto á la sazon pensaba ó queria el siglo. Y ¡ojalá, Señores, que hubieran sido *Corinne* ó *Renè* las únicas obras que diesen pauta en Francia á la Escuela *romántica!* Desatóse en aquella nacion, léjos de eso, con furor semejante al de su revolucion política, la literaria; y pronto, cual de allí suelen, llegó este contagio á España.

Y ¿fué entónces, acaso, porque en los *Romances históricos* del Duque de Rivas adoptase la nueva poesía lo caballeresco como ideal, cosa de que un D. Nicolas Moratin dió ya ejemplo; ó porque en las comedias españolas de otros ingénios que callo se renovasen los finos amores de las de Moreto y Rojas; ó porque todos los líricos, sin excepcion, cantasen sólo al Dios verdadero, dejando aparte los gentiles, y prefiriesen á las majadas y oteros de los pastores, y áun á sus arrollos y selvas, las góticas bóvedas ó los cubos medio arruinados de las fortalezas que custodiaron un dia las llanuras castellanas y los valles moriscos, por lo que hasta los más prudentes de los clásicos españoles se encendieron al cabo en cólera contra los innovadores? No por cierto.

Precisamente la poesía romántica parecia como nacida para la ocasion en que vino. Vacíos ya en España Mont-Aragon y Poblet, Benevívere y Leire, y millares de otros antiquísimos santuarios, mudos compendios de historia cristiana; abandonadas á la libre disposicion de los hombres, ora las torres esbeltas con que se abrigaban solares como el que poseyó Don Pedro Enriquez en Fuentes de Valdeopero, ora las casas fuertes y castillos roqueros que en Frigiliana ó Lanjaron dieron amparo á la gente infeliz de Aben-Humeya, y millares tambien de otros recintos al igual de los dichos famosos; abiertas por ministerio de la ley las dobles rejas de los conventos de monjas, donde sólo habian penetrado hasta allí los osados pensamientos de los hidalgos de capa y espada, nunca habria podido hallar mejor hora para dar al traste con las mitológicas y bucólicas ficciones la nueva poesía, que tan amiga se mostraba de misterios y ruinas, de lo caballeresco y de lo santo. La libertad, demás de esto, que apellidaban los noveles campeones, era á la sazon, como un primer amor, requebrada y querida de los más y los mejores de los españoles. Otro tanto, cuando no más, respecto de todo ello acontecia en Francia. ¿De quién pues, Señores, habian de venir pesados golpes sobre el *Romanticismo* militante, si ya no era de sus propios excesos?

¡Oh! No sin razon, no, lo acusó Lista de que, léjos de sustentar, como pretendia, la libertad de la inspiracion poética, pareciese él tambien tan exclusivo, que bastaba que las obras de arte hubieran sido «ensalzadas en otro tiempo, ó que los nuevos autores no se

sintiesen capaces de hacerlas, ni áun de comprenderlas, para que las creyesen despojadas de mérito». Léjos, asimismo, de aprovecharse el *Romanticismo* que digo de la libertad alcanzada para buscar otros tipos ideales, complacióse frecuentemente, como advirtió el propio Lista, «en afear la realidad misma con las caricaturas de la perversidad y con las horruras morales de la naturaleza humana.» Y á los principios siquiera el que ocupó en Francia el primer lugar entre estos tales *románticos* reconoció que, á la manera que la moral da reglas útiles de conducta, algunas de *proprio motu* y convencimiento debia tambien de tener presentes el arte (30). Pero ántes de mucho saltó ya desenfadadamente Víctor Hugo, que es de quien hablo, por encima de la gramática, de la métrica, de todo cuanto ponia estorbos á la fácil ejecucion de sus obras. La libertad de la fantasía para inspirarse en lo mejor del alma, que es lo ideal; para crear cosas bellas, diferentes de las ya por ajena labor creadas; y para pasear como señora por todos los tiempos y pueblos igualmente, buscando en las comparaciones y contrastes ocasion y estímulo para producir todavía tipos más altos y perfectos, llegó por tal á trocarse en confusion de lo verdadero y de lo falso, lo malo y lo bueno, lo feo y lo bello (31). Por último, Señores, no hay duda que á la misma ignorancia levantó el extravío de la nueva escuela triunfales puertas. La delicadeza, el esmero, la cortesía, los matices vários, los perfumes leves de las voces y frases en las antiguas lenguas, no por escasa porcion trasmitidos á las nuevas, al modelarse en ellas *la bella naturaleza*, ni

eran ya estimados ni conocidos: lo semejante se puso á la par con lo exacto: lo extravagante, como en el *culteranismo* de la España austriaca, se equivocó con lo original: lo irregular, por sólo serlo, con lo ingenioso ó con lo sublime. Y la precipitacion en concluir y ejecutar llegó á ser, no culpa, sino método: la incorreccion, la dureza, no cual otras veces fruto de involuntarios errores, sino consecuencias, en cierta manera lógicas, de un género de sistema.

Parecia, en suma, como si se quisieran quitar á la poesía la pureza, la propiedad, la sintáxis: como si se afease de intento la materia hermosísima que en las lenguas ofrece al arte la palabra humana. No de otra suerte, Señores, que si, léjos de huir, se buscasen las vetas oscuras en los mármoles estatuarios; que si se prefiriese el parduzco y frágil *tufo* que en sus primitivas construcciones usaron los romanos, á las piedras cándidas del Hymeto, con que se engalanan aún sus templos; que si se escogieran tablas podridas ó muros agrietados para fijar locamente en ellas los maravillosos colores de la pintura moderna (32). Fué de más momento todavía el daño que hubo en falsear, al propio tiempo que el de la belleza, todos los demas sentimientos primitivos é indelebles del espíritu humano: la mayor monstruosidad y más inútil llegó así el caso de que hallara, no sólo quien la aplaudiera, sino quien se desviviese en sus obras por imitarla. Tal espectáculo presentó, sin duda alguna, el *Romanticismo* en su tumultuosa práctica, y no fué (sin pasion lo digo) donde más él se extremase en España.

Pero, dado que no poco de ello tambien ofrezca entre nosotros ejemplos, ¿no he de reconocer yo ademas con alegría las frecuentes y gloriosas excepciones que por fortuna contamos? Obras he citado ya aquí de mi ilustre antecesor, que lo son al cierto: muchas semejantes podria citar fácilmente de otros de los claros varones que ya murieron, y no pocas hoy de autores vivos á mi memoria se agolpan en vano, ya que nombrarlas no me sea lícito. Esto cuanto á España; que por lo que á otras naciones hace, ¿quién ha de pensar tampoco que yo confunda, por ejemplo, las primeras *Meditaciones* de Lamartine, dulces, armoniosas, cristianas, hijas, en fin, de algunas de las legítimas y grandes pretensiones de la época, con otros enfermizos abortos de la manera á la sazon predominante? Ni á Byron mismo, extravagante, incrédulo, desordenado, misántropo y soberbio cual era, sería justo mezclarle con la turba de nuevos tiranos, que, entre otras cosas, querian quitarle al arte el amor de aquellas bellezas por nadie mejor que por él celebradas en las islas griegas. Tanto sería ello, sin duda, como hacer uno de Lord Elgin, que despojó al Parthenon, y del propio Byron, que en dísticos elocuentes lo maldijo.

De aquel peregrino afortunado, que visitó «las regiones de la caballería, de la historia, de la fábula;» que así sabía gozar de los encantos de Sevilla como de las delicias austeras de Roma, y con ardor igual recorria las reliquias de Argos ó los campos donde fué Troya, no era de quien podia ciertamente recibir alientos un exclusivismo estéril. Cantor á la

verdad, de sí mismo, todavía celebraba en sí un tipo digno de la poesía: con idealizar en su persona al hombre de su tiempo, habia de seguro para un solo poeta bastante. Pero en el entretanto Byron no tomaba piedras para modelar sus conceptos sino en las canteras que los clásicos de Inglaterra habian abierto: digno admirador del correctísimo Pope, sus frases son elegantes, y armoniosos sus versos; y bien que se dejase llevar alguna vez de los defectos de tantos de sus contemporáneos, ásperamente lo reconocia él mismo, exclamando, que «no valía un solo ardite el nuevo bajel poético en que todos parecian embarcados» (33). No sin acierto le predijo tambien en cierta ocasion al *Romanticismo* el desdichado poeta que todo cuanto hacía, descuidando los materiales y la construccion misma de sus obras, era levantar tapias de frágil arcilla delante de los eternos muros de piedra de los edificios antiguos.

Otra fuera la solidez de las obras nuevas, con efecto, si, como Madama de Stael quiso en un principio, no hubiera tenido más intento el arte *romántico* que ser el verdadero arte cristiano; otra igualmente si, como de él dijo Hegel, hubiera comprendido siempre que, sin dejarse esclavizar por las reglas clásicas, preciso era que él tambien tuviese, para realizar á su modo sus ideas, algunas peculiares y prácticas (34). Y eso que, en verdad, Señores, dado el concepto que del arte tenía Hegel, por fuerza habia de declararlo al fin, como hizo, inútil á la larga en el mundo. Porque lo que Hegel queria era que, al reves que en el arte griego, donde el espíritu que animaba á las repre-

sentaciones plásticas se concertaba en justa y exacta medida con la forma material y sensible, prescindiese en el arte cristiano ó romántico el espíritu de tal acuerdo con lo exterior, concentrándose en sí mismo, y buscando la armonía en su propia y exclusiva esfera. De aquí á declarar por accidental á la forma, no habia más que un paso, y él dado, como lo dió tambien el filósofo, no hay duda que el *Romanticismo*, en bastantes de sus errores, podia ser fácilmente disculpado. Mas ¿qué, á la verdad, importarian ni el fondo ni la forma en el arte, si, cual Hegel supuso, se hallase ya este moribundo, y estuviera para extinguirse en el hombre, en un dia cercano, la divina facultad de producir cosas bellas?

Felizmente, Señores, no era ningun profeta Hegel, ni hay motivo alguno para recelar con fundamento, que un anatema igual al de Sion ó Babilonia, fatalmente amenace á las artes. Muchos años despues de muerto Hegel han concebido y ejecutado en su propia patria grandes composiciones pictóricas Overbeck, Cornelius, Kaulbach: no de otra suerte que despues que Buffon y Chateaubriand mismo dieron por muertos los versos, escribieron los suyos admirables Byron, Lamartine, Espronceda, Leopardi y Castilho. Del arte, por cierto, ha escrito, y con profundo amor todavía, el filósofo elegante y cáustico que tiene Schopenhauer por nombre, para quien Hegel, con todas sus intelectuales grandezas, no es sino una medianía estéril, así como su colosal sistema de metafísica no es otra cosa que un charlatanismo por igual pernicioso y absurdo (35). Mas la propia meta-

física, no ya en éste ó el otro de sus concretos sistemas, sino en general ¿no ha sido condenada cien veces por imposible ó por inútil en el mundo? Pues la metafísica vive aún con todo eso, como vivirá el arte; como pasarán siempre la filosofía y la estética de Hegel por grandes monumentos de inteligencia, aunque lo nieguen uno ó muchos críticos aislados.

No hay que citar otra autoridad en mi abono, ya que el propio Schopenhauer decia con frecuencia: «La verdad puede esperar, porque es inmortal.» De aquí el que poco importe que se oscurezca en el espíritu á las veces; que poco empezca asimismo el que, por largo ó corto plazo, el despotismo material ó dogmático la tengan en prisiones. A la postre la libertad de la mente de seguro la alcanza, y la inunda con toda la claridad del sol de medio dia.

XI.

Por eso, Señores Académicos, ni la multitud de tendencias y escuelas de que ligeramente llevo hecha memoria, fijándome en las principales sólo, y dejando aparte las que, por efímeras, con otras duraderas se confunden al fin, cual suelen entrar los arroyos en los rios grandes; ni la diversidad de los tipos de belleza por los vários pueblos realizados en las sucesivas épocas de la historia; ni las injusticias críticas de unas veces, ni la licencia anárquica de otras, ni ménos la osada imprudencia de las opiniones individuales, han llegado á arrancar nunca de la conciencia del género humano todo entero, la certidumbre de que el hombre

posee y conoce algo más bello, que cuanto la naturaleza, que él nació á dominar, por sí sola crea. Recuerdo anterior á la vida, idea innata, capacidad especial y propia para formar tales tipos, ó superiores ó nuevos, sea ello lo que al cabo la metafísica y la razon quieran; esto que digo, en el entretanto, no ménos es que un hecho evidente.

A la verdad no por lícita sólo, mas por laudable, tengo yo la desconfianza de cada indivíduo en tal materia; que ¿quién ha de declararse posesor por sí mismo, sin usurpacion harto probable, de ese don precioso de comprender la verdadera belleza, bien que todos con certidumbre sepamos que Dios lo tiene otorgado y repartido entre los hombres? Nada más duro conozco para el individual orgullo, á este propósito, que las páginas melancólicas del breve *Tratado de la gloria* que escribió aquel gran poeta Leopardi, sin rival él mismo, tocante á buen gusto, en prosa ó verso, por lo que hace á la Italia moderna. De sí propio allí confiesa que en su juventud no acertaba á descubrir en Virgilio sino medianas calidades de poeta, y que en edad madura no rara vez aún le acontecia el hallarse de suerte, que la lectura de Homero, Ciceron ó Petrarca no le producia placer alguno: tal, que si en ella continuaba, no era sino por la certidumbre que ya tenia de sus méritos. Y considerando á la par Leopardi, el aplauso unánime con que son celebradas de ignorantes y doctos las obras que tienen por clásicas las lenguas, no acertaba á darse razon de ello sino juzgando que la fama misma exalta la imaginacion de todos los lectores, y aun más de los vul-

gares, y los dispone á recibir fácilmente bienes de que por mano desconocida, no sin escrúpulos, se darian por pagados ó satisfechos (36). No es, no, escepticismo amargo lo que hay en tales conceptos solamente: ellos contienen la observacion sagaz de un hecho, digno de explicacion sin duda alguna.

Que si rinde, á mi juicio, tal tributo á la obra de los siglos el hombre, es porque, ya que de su propia conciencia desconfíe, plena y justamente descansa al cabo en la de todos los indivíduos de su especie. Nótase en todos tiempos, que hay gustos que de repente en la superficie de la sociedad se forman, y luégo, por el uso sólo, quedan ó proscriptos ó modificados en corto plazo; y estos que reciben el nombre de *moda*, en su propia veleidad están demostrando no proceder de raiz honda en el hombre. Pero otros gustos hay, que aunque al principio parezcan modas, se prolongan, no obstante, por grandes trozos de un siglo; y esto que aconteció por ejemplo con el extravío del *Romanticismo*, en las artes y en la sociedad misma, ya con evidencia señala, si no un orígen perenne, un accidente real y quizás necesario en la vida humana, digno de estudio siempre por parte de la crítica y de la historia. De más profundos senos todavía parece como que ascienden y brotan los caractéres literarios y artísticos que llegan á predominar por períodos históricos completos, cual en aquellos que se denominan el siglo de Perícles, el de Augusto, el de Leon X, el de Luis XIV; ó en el que, desde ántes que comenzase á reinar Felipe II hasta la muerte de su hijo, suele llamar *siglo de oro* la

cronología de las letras pátrias. Aquí ya los hombres reconocen unánimes la aparicion de generales armonías, de tipos semejantes y subordinados á un ideal comun en las artes, que, en su limitacion y orgullo, han solido tener luégo por exclusivos y únicos. De esto último pecó la escuela romántica, como he dicho, que en su totalidad y universal tendencia, ya que no en su peculiar extravío considerada, desde Hugo Fóscolo hasta Beranger, y desde Schiller hasta Gil de Zárate, tambien representa una faz completa en la historia del arte de la poesía. Háse visto en épocas tales verdaderamente realizada siempre una parte de la belleza suma y absoluta. Todavía, sin embargo, los caractéres predominantes en cada una de ellas suelen hallarse entre sí en contradiccion aparente, por más ó ménos espacios de tiempo, como se sabe que ha acontecido, por ejemplo, entre el arte griego y el gótico.

No sé yo, con todo, si realmente el sentido unánime de los hombres ha negado ó contradicho alguna vez lo bello en los objetos, bien que esto, y mucho más, haya hecho la crítica erudita, dirigida por opuestos partidos ó escuelas. Registrando los cronicones italianos de los más toscos dias de la Edad media, he hallado alguna vez, por el contrario, que los feroces mercenarios que destruian las estátuas paganas, solian reconocer de pasada su hermosura; y no tengo por averiguado tampoco el que fuese porque no las tuvieran por bellas, por lo que arruinaron venecianos y turcos los disputados monumentos de la Grecia. ¿Ni quién, Señores, cualquiera que haya sido

el rigor del clasicismo arquitectónico, durante cierta época en España, ha menospreciado ó desconocido un punto la belleza de sus catedrales insignes, ó entre los caballeros de Ávila, ó entre los mercaderes que trajo á Sevilla la contratacion de las Indias?

Mal que pesára á los sistemas rivales, siempre ha subsistido de por sí lo bello, cual *un no sè què* prodigioso: *quisquis es ille Deus certè*, como le dijo Vida: superior á los arbitrarios errores de la inexperiencia individual, y á la encauzada violencia de las corrientes críticas. Porque eso de singular tiene la facultad de comprender lo bello en los hombres, que nunca en todos á la par desaparece, así como puede bien faltar en cualquier indivíduo aislado, por más que en contrario presuma. Muchos hubo en los siglos medios, sin duda alguna, que saboreasen los versos de la *Eneida*, que acertaban á descifrar: muchos habia tambien, de cierto, hace un siglo, que sin contar con Vitrubio ó Vignola, gustasen de las torres alemanas, que levantan tan alto sus líneas agudas, sin cerrar nunca el paso al azul del cielo. De aquí que haya desconocido la crítica, en vano, la belleza de la Alhambra, concebida entre aguas y flores, y á vivir destinada entre las flores y las aguas; la de la cúpula florentina, que no pudo inventar el paganismo, porque él no buscaba siempre la idea de Dios hácia arriba; la de la poesía de Fray Luis de Leon, que, al revés de la de tantos, por el placer ó la gloria inspirada, nacía de la abnegacion y del ascetismo católico. Era negar algo de esto, idéntico á contradecir la verdad pura: la cual, mejor que en la muchedumbre, reside á las ve-

ces en la conciencia de los indivíduos preferidos por el cielo; pero el género humano, tras de mayor ó menor titubeo, la proclama á la postre con incontestable justicia.

XII.

Ya con lo dicho, Señores, paréceme haber dado á entender bien claro dónde y cómo el criterio de la belleza se hallará siempre, en mi concepto. No, en verdad, en las solitarias meditaciones de los filósofos ó en la experiencia de los preceptistas solamente, ni en ningun siglo, ni en ninguna nacion, ni á la sombra de ningun culto determinado. Ella es, porque es, como Dios, ó cuanto emana de Dios mismo. Hay que buscarla, pues, en el genio de los hombres, que Dios hace doblemente inmortales en la tierra y en el empíreo: hay que buscarla á la par en el mundo y el género humano enteros, que son la obra completa de Dios, y aunque no siempre á primera vista ó sin contradicciones, se la encontrará de cierto. Inútilmente, á la verdad, la fatiga con lamentos el hombre cuando no acude con expontaneidad á sus citas; que ella tiene sólo ciertos dias destinados para eso en el espacio y el tiempo. Lo que hay que hacer, por de contado, es no tenerle cerrada á la hora que ella llegue la puerta con cancela de hierro; no trazarle de antemano para que habite estrechos palacios; contar, en suma, con que el arte, como todo lo que hay de noble en el hombre, no puede bien mostrarse sin ser libre.

Porque ¿á quién aquí ahora no estremece la idea

de que, á haber vivido á tiempo de ser consultados los artífices que levantaron los admirables arcos apuntados de Leon ó Barcelona, no habriamos logrado que se labrasen nunca los plácidos arquitraves de *Poestum,* ni las severas bóvedas de la iglesia escurialense, así como por consejo del arquitecto de los Propyleos, jamás las fachadas de Strasburgo ó Colonia habrian llegado á término, ni interrumpiria las soledades de la húmeda campaña de Roma la cúpula prodigiosa de San Pedro? Pues el género humano en tanto á todo ello, Señores, tenia por igual derecho. ¡Cuál se atreverá á desconocer, si no al presente que el sacrificio á las reglas de uno solo de tales monumentos habria sido un crímen aborrecible! Ni ¡quién deseará tampoco de véras ahora el que, á fin de conservar mejor la tradicion clásica, desaparezcan los versos de Calderon en una sima, ó que reine la inspiracion cristiana sola á costa de que nuevas hogueras, como las pretendidas de Omar, quemen cuanto resta de los papyros paganos!

No: tales frutos de otros siglos, como lo llamado clásico y *romántico* de nuestros dias, deben conservarse á un tiempo: lo clásico y lo romántico sin duda hacian falta, cuando han tomado asiento en la historia: con lo clásico como con lo romántico, mirado uno y otro en sus aciertos, no en sus respectivos extravíos, se han recogido por el arte distintos aspectos de la belleza eterna.

Y ¡cómo he de pensar yo, tras esto, Señores, que haya otro tal legislador, ó preceptista tan atinado como la libertad para el hombre! No es de ella de

quien hay que temer que arranque lo sobrenatural y lo inmortal del alto y necesario lugar que en el hombre y la sociedad están ocupando, ó que aparte á la razon del gobierno y direccion de las cosas temporales, ó que proscriba, en fin, á la imaginacion y sus flores del comercio humano. Ella, por el contrario, pretende conducir íntegros al hombre y sus obras por las sendas de la vida, con lo cual ha de progresar forzosamente siempre, y no ha de retroceder verdaderamente jamás. La tiranía, establecida un dia por los bárbaros, practicada otro por la violencia de los más ó de los ménos, que es en sus efectos idéntica, cuando no ya meramente impuesta ó por la soberbia ó por la ambicion de los indivíduos, es quien de contínuo aspira á mutilar al hombre, á la historia, á la naturaleza. Abriéndose camino, en tanto, por entre todas las violencias á la par, la libertad ha conservado ya mucho, y conservará más cada dia del creciente caudal de los tiempos. De seguro que, á depender de ella sola, no nos faltaria tanto como nos falta en la herencia feliz de las artes. Por dicha áun nos resta bastante con que satisfacer la sed de belleza de los hombres, y con que estimularlos á descubrir otros manantiales frescos y nuevos; pero es menester que no se les oprima más en adelante.

No parecerá raro, sin duda, que con opiniones tales tenga yo, á pesar de cuanto he dicho, al *Romanticismo* por un favorable accidente, con sus extravíos y todo; y en su conjunto como una revolucion, no ménos que justa, oportuna. Lo fué, Señores, aunque sembrára de muchas dolorosas ruinas su camino, y

bien que destruyera á las veces harto que debió de tener por sagrado. Penoso es, á la verdad, recorrer tales estragos y despojos, y triste de ver el ondear de las hiedras que cuelgan de los matacanes ó almenas abiertas, en las guerras pasadas, por los arietes ó los cañones vencedores. Mas, bien mirado, al presente ¿quién ha de insultar á aquellos antiguos cristianos de Roma que, por defender la Sede Santa del bárbaro Vitiges, lanzaron sobre sus godos un dia las estátuas admirables que coronaban el sepulcro de Adriano, ya por necesidad trocado en fortaleza? No hizo más el *Romanticismo* intolerante, á lo que pienso, cuando desdeñó locamente todas las comedias de Moratin ó todas las anacreónticas de Melendez, y no ha de bastar eso solo, por tanto, para condenar cuanto él hizo, sin excepcion alguna.

Por útil lo contaria yo siempre, aunque no hubiera alcanzado á más que á restablecer el olvidado sentido de las cosas de la Edad media; y bien que no hubiese acariciado otro intento que el de renovar el amor de los solitarios paredones, que aquí ó allá señalan á los pasajeros todavía los nidos del antiguo honor y de la desusada caballería. Util, por otra parte, habria sido con sólo reproducir el concierto, tambien dichoso y dulce, de los dogmas cristianos con las artes góticas, que embellecen los trypticos, los relicarios, los claustros; y con descubrir no más que el parentesco secreto de las vírgenes bizantinas con las cantigas del autor de las *Partidas*, ó el de las iluminaciones de los devocionarios manuscritos con las figuras extrañas que suelen poblar las hornacinas viejas en las igle-

sias de Alemania y Francia, de Aragon y Castilla.

De aquella faz antigua, de aquella pasada armonía, de aquella unidad perdida, no se habian hecho cargo á tiempo los contemporáneos, en oracion siempre, ó siempre cargados de hierro: el *Romanticismo* lo hizo todo revivir, y todo lo pasó por nuestros ojos felizmente. ¡Lástima, sin duda, que no hubiera sido consecuente con su principio, profesando igual respeto á todas las obras del arte! ¡Lástima tambien, por cierto, que, hablando tanto de particulares misiones, no llegase á comprender cuán grande en sí era, la que á él le tenia conferida en su conjunto la historia! ¡Lástima, por fin, que, en lugar de sumarse hasta con el pseudo-clasicismo, si tal queria apellidar á su contendiente, prefiriese restarlo á éste del arte; que haciéndose, por lo mismo, el desdeñoso con la forma, tanta parte de su propio caudal, á manera de bienes mostrencos abandonara: porque al cabo ningun autor posee como suyo sino lo que ha dicho como nadie! Pero aquí precisamente estuvo la parte de error que, con ser cosa de hombres, habia de tener el *Romanticismo* por fuerza.

Por lo que á mí toca, en tanto, únicamente el deber inexcusable de hablar hoy pudiera haberme estimulado á decir sobre él, y el arte en general, mis opiniones; y sólo en la persuasion tambien de que aquella Escuela en sus excesos de todo en todo pertenece á la historia, me propuse, como ya dije, juzgarla en este desaliñado discurso. De uno que la amó en la infancia, mal podia temer hoy apasionadas censuras; pero delante del tribunal que me escucha,

inútil, sobre indebida, cualquier lisonja habria sido. Falta que en algo haya acertado; que no seria corta dicha para tamaño asunto.

XIII.

Mas, ya que concluya, Señores, permitidme que no me siente sin soltar un tanto la rienda á esperanzas que hasta este propio punto he refrenado. Fundadas ó no, suelen en verdad ser ellas apacibles al ánimo; y áun hay tiempos en que se complace por singular modo la mente con tener fé, al ménos, en las especulaciones intelectuales.

Aquella celeste armonía que en Grecia realizó por entero el arte, y que por desigual medida han alcanzado á producir otras épocas y pueblos de una manera inconsciente y espontánea, todavía es posible á mis ojos que con pleno conocimiento se alcance en lo por venir. No porque hasta á definir la belleza renuncie ya el propio platonismo en ocasiones, pienso yo que ni aquel triunfo, ni otro alguno, deba de antemano negarse á la razon humana. Quizás, entre lo que se hace por instinto y lo que se ejecuta con reflexion, esté trazado el camino, que ha de recorrer con su espíritu el hombre durante esta peregrinacion laboriosa. No he de negar yo, por lo mismo, la potencia de la mente para hallarles á las artes practicadas su verdadera teoría.

Ménos, si cabe, Señores, me rindo á pensar, con un gran filósofo, que esté terminada en el tiempo la mision de las letras y de las artes. Como se formó

cierto ideal en la Grecia, como otro se crió lentamente en la Edad media, como la época del *Renacimiento* ó de la *Reforma* tuvo tambien su espiritual concierto de creaciones artísticas, podrá asimismo hallar su ideal lo venidero, y formar su concierto propio, en esta especial esfera de la perenne actividad del espíritu.

En cada cual de las épocas que cito, una de las que generalmente llamamos bellas artes ha guiado la inspiracion de las otras, alcanzando la mayor perfeccion en sí misma y subordinando las demás á su peculiar enaltecimiento y gloria. Así al *Theseo,* al *Ilisso* y las *Parcas* los frisos y dóricas columnas del Parthenon servian como de pedestal solamente; y bien demostró esta superioridad el Jove de marfil y oro de la Olimpia, que sólo cabia sentado debajo del techo de su templo, enano si le comparaba con su excelsa grandeza. Pues si observamos, por el contrario, las esculturas de las iglesias góticas, á la legua se comprende que son ellas allí siervas de los altísimos arcos apuntados, lo mismo que las secas figuras que dan paso á la luz por sus ventanas. No de otro modo la pintura domina en el *Renacimiento*; y la música en la época del *Romanticismo* y de la libertad. Tocábale á ella, sin duda, florecer ahora, para acabar de destruir el falso culto de la *imitacion de la naturaleza*; porque, ¿cuáles orejas, como decia ya *Plotino,* han oido nunca las melodías divinas que los músicos saben sacar del retiro del alma? Jamás las aguas ó los vientos del Rhin ensayaron sinfonías semejantes á las de aquel niño prodigioso y aquel sordo sublime, que se llamaron Mo-

zart y Beethoven; ni los ruiseñores de Posílipo dieron motivos á las frases celestes que en el pentágrama estamparon Paisiello ó Bellini. Con ellas lo ideal, lo infinito, pasan de una á otra alma, conducidos á traves de los sentidos terrenos, ó por la voz del hombre, ó por las orquestas y órganos: lenguas sobre humanas de los teatros y templos (37).

Pero hay un arte especialísimo, que es la poesía, el cual no ha tenido lugar ni tiempo señalado por principal hasta aquí, porque lo es él en todos, y siempre en sí resume lo más exquisito de los otros. Ya este antiguo instrumento de los profetas ha intentado un consorcio más feliz que otro ninguno entre el espíritu cristiano y la forma pagana; entre aquel sentimiento real, pero casto y místico, que inspiró las mejores vírgenes de Roma ó Sevilla, y aquel otro purísimo y superior á los apetitos terrenos de la ideal forma humana, que más de una vez representó en las tres Gracias la escultura romana ó griega. Muchos años hace que desposó la poesía en el *Fausto* de Goethe solemnemente á la seductora *Elena* de la *Iliada* con el hijo infeliz del moderno espiritualismo escéptico. Distintas eran en este que en otros casos las tendencias morales é intelectuales: unas pueden ser, sin embargo, en el arte. ¿Por qué no hemos de procurar en el campo neutral que este mantiene, la union dichosa de que hablo, única en que podria al fin vivir con santa paz y ventura, la inextinguible aspiracion á lo bello que reside en la humana fantasía?

No renunciarán fácilmente á tal esperanza deslumbradora los que con imparcialidad observan ahora á

las generaciones que tenemos delante. Ellas saben cuanto supieron todas, y pueden más que ningunas pudieran. ¿Han de dejar de apetecer, Señores, lo que otras de aliento menor no sólo apetecieron, sino alcanzaron? Basta tender los ojos por los palacios de la industria, nuevos agentes de la potencia creadora del hombre, para ver que lo que el siglo pretende no ménos es que encerrar de un golpe en sí propio la actividad entera del género humano. Nada olvida, nada desaprovecha, de nada prescinde de lo pasado, ántes lo perfecciona todo, lo concierta todo, como quien de todo ha de valerse más tarde.

De una parte la poesía, aunque por el momento poco escuchada, tiene que ser quien conserve al cabo entre los hombres, con sus ideales creaciones, la semilla de los caractéres superiores, de que sin ella quizás despojaría al mundo el nivel ascendente de las naturalezas comunes. Sólo tambien la poesía puede contener en sus límites naturales á la gran ley del interés individual, por la cual inevitablemente se rige el maravilloso progreso material de los tiempos actuales. Por ella, pues, han de vivir todavía, mal que pese al humo negro de los talleres y á la matemática complicacion de las nuevas máquinas de guerra, los bellos tipos del héroe clásico y del hidalgo romántico; que no en vano debió de hacer Dios que otras edades engendrasen, y que no ménos triste que inexplicable sería creer que dejasen algun dia para siempre la tierra.

La industria, por otra parte, que al fin ha de ser lo que en las buenas letras es la imprenta para otras

artes, pretende conservar por su lado cuanto llega á fijar en la materia, con el poder de su espíritu, el hombre. Ya el modesto cristal multiplica con tal propósito y distribuye sin cesar por donde quiera los perfiles encantadores de los vasos griegos: ya contienen las porcelanas ó los vidrios coloreados, no los dibujos sólo, sino el color verdadero y la belleza completa de todas las escuelas pictóricas: mosáicos y tapices rivalizan con frescos y lienzos: el bronce, el hierro mismo, propio solo, no há mucho, de la reja ó de la espada, reproducen á porfía los grandes ejemplares de la belleza ideal, que era dado á tan pocos ver en las estátuas de piedra; y otros más preciosos metales repiten además, sin mengua alguna, las pequeñas pero preciosas composiciones, y los alegres tipos que el *Renacimiento* inventára. Los tesoros que guardan Aquisgran y Rheims, como Toledo, mil y mil veces tambien por la industria copiados, fácilmente hacen partícipes en tanto á todos los altares y templos de cuanto dió de sí, para embellecer los objetos del culto, la fé de los primitivos cristianos. Y los sepulcros mismos etruscos ó egipcios, donde yacen las mujeres hermosas de los antiguos tiempos, pródigamente devuelven al mundo ahora, para que otras mujeres hermosas aumenten aún en los dias de feliz y santo amor sus atractivos, las joyas delicadas, graciosas, ricas, que imita á porfía tambien y con generosidad reparte por las altas, medias, y bajas clases, la industria moderna (38).

Parece, ya, como que vemos precipitarse, en suma, todo lo pasado en lo presente, para caminar

en uno á lo venidero, y alcanzar en inaudita y total armonía la plenitud de los tiempos.

A estos doctos cuerpos, Señores, en la universal é inconmensurable distribucion de las labores humanas, tócales una, en apariencia no grande, pero en sí de perspícua importancia. Han de custodiar ellos, como en sacro depósito siempre, la sintáxis, las frases, las voces propias con que se constituye la materia casi divina de la primera de las artes, que es á no dudar la de la palabra (39). Por luengos siglos tuvo así la Providencia guardado en los senos de algunas de las montañas helénicas é itálicas el mármol transparente y sin mancha, que destinó primero á los dioses y á los héroes, y más tarde á los profetas y á los santos. Y el hacer las veces de la Providencia en aquel caso, es no sólo útil, sino honrada obra. Pero todas las materias que el arte emplea, poseen bellezas propias con que acrecentar por dicha todavía la de los tipos ideales que representan, y áun hay sobre unas y otras con tal motivo contiendas. Los mármoles del Pentélico y de Páros, los de Carrara y Lésbos, dentro ya de una materia misma, se disputan así la preferencia para realizar los pensamientos del hombre, bien que sean blanquísimos todos, y todos deliciosamente reflejen alguno de los colores del cielo. Y con igual motivo se disputan tambien la preferencia las várias lenguas.

¡Gloriosa empresa, puede ser, pues, la de la ilustre Academia que me escucha, si, no contenta con guardarla fielmente, tambien aspira á que merezca preferencias del arte, por la perfeccion sucesiva de la ma-

teria, esta rica lengua de Castilla, que nuestros antepasados formaron á tanta costa! Que no porque se eleve la mente á las ideas generales y á la contemplacion abstracta del hombre en el universo, suele un punto enfriarse en los buenos el nativo amor á la pátria. Y en este punto, por lo mismo, ya no sé yo representarme en la fantasía las obras generosas que quedan por hacer á nuestra especie sobre la tierra, sin acariciar, Señores, de consuno, y con más placer que otra alguna en el alma, la esperanza de que la lengua que os está confiada, preste frecuente materia en lo futuro á cuanto bello realice aún el arte de la palabra: contribuyendo cual la que más, de este suerte, á que cumpla aquí abajo el espíritu humano todos los fines providenciales de Dios.

ILUSTRACIONES Y NOTAS.

(1) Aludo á D. Serafin Estébanez Calderon, mi tio, que con el pseudónimo del Solitario, y sin él, deja un nombre á la posteridad, que no sé si han llegado á estimar los contemporáneos en todo su precio.

(2) Giacomo Leopardi, gran crítico y maestro en materia de gusto, tanto como inspirado poeta, pensaba que la generalidad de los lectores se prendaban más *delle bellezze grosse e patenti, che delle delicate e riposte; e per l'ordinario piú dal mediocre che dall' ottimo.*

(3) Francesco Milizia, *Dell' arte di vedere nelle belle arti del disegno;* Venecia, 1823.—Vicencio Gioberti calificaba, no obstante, en su tratado *Del bello,* el de Milizia, de *giudizio diritto é sicuro.*

(4) Tales, tales perjuicios padeciendo
Está, buen Calderon, por vuestro antojo,
La nacion que burlásteis escribiendo.

De D. Juan Pablo Forner es este terceto, el cual dijo tambien en prosa *que la celebridad de Lope fué un golpe para el arte dramático.* Véase en sus obras, tomo I, Madrid, 1843, la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, que premió la Real Academia Española, en junta celebrada á 15 de Octubre de 1782. Forner era, con todo eso, á no dudarlo, uno de los más ilustres mantenedores de la Escuela llamada modernamente *clási-*

ca en España. Mi calificacion es idéntica á la que de él hizo Quintana.

(5) *República*, lib. II.

(6) La mayor parte de esta doctrina está tambien sacada principalmente de la *República*, libros III y X.

(7) Véanse tambien el *Primer Hippias*, ó de lo Bello; el *Banquete*, ó del Amor; *Gorgias*, y *Fedro*, ó sea de la Retórica y de la Belleza; *Ion*, ó sea de la Poesía.

(8) *Les Ennéades de Plotin, chef de l'Ecole neóplatonicienne*, par M. N. Bouillet; París 1857.

(9) Gioberti, *Del Bello*, capítulos I, VI y VIII.

Parece imposible hasta qué punto de extravío pueden llevar todavía á hombres de mérito las pasiones religiosas ó políticas. Un crítico se ha lamentado altamente de que yo llamase filósofo católico á Gioberti á propósito de su sistema de lo bello. ¿Y qué? ¿Cuando en 1841 lo dió por primera vez á luz Gioberti, le habia alguien negado el título de católico? ¿No es indubitable que en todas sus primeras especulaciones lo que él se propuso fué concertar con los dogmas católicos la filosofía? Hasta 1842 no publicó su *Primato civile*: hasta 1847 no dió á luz su *Gesuita moderno*. Ni siquiera, pues, habian nacido todavía las violentas polémicas á que han dado ocasion despues las obras últimamente citadas. No seré yo quien dé ó niegue hoy á Gioberti el título de católico: sobre este particular no me incumbe expresar opinion alguna. Pero el que debiera llamársele filósofo católico en 1841, ¿quién podrá negarlo que no esté de todo punto ciego?

(10) Víctor Cousin, *Cours de philosophie professé á la Faculté des Lettres pendant l'année* 1818. *Sur le fondement des idées absolues du Vrai, du Beau, et du Bien.*

(11) Emile Saisset, *Examen critique de l'esthétique française.—Bibliotéque de philosophie contemporaine.*

(12) Véanse los de Charles Lévésque, *La sience du Beau* y *L'Spiritualisme dans l'art*. Tratándose de autores modernos franceses, merece especial mencion la reciente y discreta obra de Mr. Charles Blanc, intitulada: *Grammaire des Arts du Dessin*, 1867.

(13) Emile Saisset, obra citada. Las palabras de este autor son

las que siguen: «L'antiquité grecque, si féconde en fruits de beauté, »n'est donc point parvenue á saisir et á definir cette mysterieuse »essence. L' esthétique moderne a-t-elle mieux réussi? Oui et non »¿Elle n'a pas reussi á définir une fois pour toutes l'essence du beau; »mais elle a enfantée d'ingénieux et de profonds systemes, le sys»téme de Burke, le systéme de Hutchinson, le systéme de Kant, le »systéme de Shelling, le systéme de Solger, le systeme de Hegel... »L'avenir ne produira pas une explication adéquate et definitive du »beau, mais il produira de nouveaux systémes.» A esto contesta un estimable crítico, que ha refutado enérgica, aunque cortesmente, las doctrinas de mi *Discurso* lo siguiente: «Diciendo »que la belleza es indefinible,» el Sr. Cánovas, (*como Mr. Saisset y otros ciento que podria citar, ni más ni ménos*), «niega la ciencia »que expone los principios y leyes supremas de las artes liberales. »Si hay una teoría verdadera de las artes y si ésta teoría supone el »concepto de la belleza perfectamente definido y explicado, ¿con »qué razon puede decirse que la belleza es indefinible?» Una se ocurrirá desde luego al que lea estas palabras, y el artículo entero de que forman parte, y es esta: que cuando la persona que echaba tal definicion así de ménos en el *Discurso* que criticaba, no intentó siquiera llenar el vacío, no debió hallarla. «Aun puede añadirse,» dice, á la verdad, el ilustrado crítico, comentando á Boileau, «no ser el arte otra cosa que la facultad de expresar una verdad, »encarnándola en alguna materia preexistente.» Pero el arte definido aquí no es el de los artistas sino el de los artesanos: un constructor de figuras geométricas en madera para uso de las escuelas, encarna sin duda en una materia preexistente una verdad tan indubitable y clara como es la de cualquier *cuerpo poliédro,* y no por eso habia dicho nadie hasta ahora que en ello ejecutase una obra de arte.

Para que haya obras de esta clase es menester que se encarnen en la materia preexistente cosas *bellas,* más bien que cosas verdaderas. ¿Y qué es lo *bello,* segun el Sr. O.? Si él, como aparenta, lo sabe no ha tenido por conveniente manifestarlo. «Que lo bello es el esplendor de lo verdadero,» dice con Platon; pero esto no es una definicion, sino una figura retórica de las muchas que usaba el gran maestro griego en su estilo, y que nada explica por sí misma. Lo

único que parece dar á entender con alguna claridad el Sr. O. es que lo bello es inseparable de lo verdadero y de lo bueno; pero me ponen en gran confusion, sin embargo, ciertas palabras que copia de la *Estética* del Sr. Milá, y que prohija y adopta como suyas, segun parece. El Sr. Milá ha dicho: «El móvil inmediato de la »composicion artística es *(entre otras cosas)* el de exponer ó re- »presentar un carácter, una situacion ó una época histórica, *ya por »su significacion ética*, ya por su interés histórico ó nacional, *ya »simplemente por sus ventajas estéticas*; pero siempre ha de ser con- »cebida y llevada á cabo por un espíritu amador del bien. El culti- »vo de la belleza será *legítimo y saludable cuando se subordine* al »cumplimiento de los deberes religiosos y sociales. La belleza es »una flor que se marchita y deshoja sin el jugo nutritivo de »los principios y sentimientos morales.» De estas palabras lo que indudablemente se deduce es: que el Sr. Milá y el señor O., de acuerdo con él, reconocen la existencia de la flor de la belleza estética, aunque no tomen parte en su nutricion los principios y sentimientos morales; que piensan que privada de éstos la flor de la belleza estética se marchita pronto, pero no que no brille con todo su esplendor por poco ó mucho tiempo; que el cultivo de la belleza, cuando al través de ella se busca el bien, es legítimo y saludable, y que cuando lo que al través de ella se busca es el mal, no sólo es ilegítimo su cultivo, sino mal sano; pero no que deje de brotar, no que deje de florecer, no que deje de existir por eso sólo. Luego la belleza es independiente del bien, como yo afirmo; que si á buenos consejos solamente vamos, ¿quién le ha dicho al Sr. O. que no desee yo tambien y aconseje, el que se emplee esta insigne facultad de producir lo bello, que dá Dios á algunos hombres, en hacer amable la virtud y odioso el vicio? Pero tal regla no pertenece á la Estética sino á la Ética; esto se debe exigir á los hombres en todas sus acciones, sin excepcion, áun en aquellas más independientes y espontáneas de su libre albedrío. Y si todo lo verdadero puede ser bello por el arte, ¿cómo se compone el Sr. O. para negar al vicio, al mal, en los cuales nadie duda que haya su verdad tambien, toda participacion en la belleza estética? Diráme tal vez que lo verdadero puede no ser bello, pero que todo lo bello tiene que ser verdadero. ¿En qué

acepcion se usa aquí, para no confundirnos, de esta palabra verdadero? Yo tengo por tan verdadera la obra del hombre por el arte, como la obra misma de la naturaleza. ¿Pero el tener por verdadera una obra de arte quiere decir, como entendian en realidad los *pseudo-clásicos*, que ha de ser cosa tomada precisamente de la naturaleza, precisamente imitada de objetos reales? Lo niego, y para explicar en qué me fundo, paréceme que he dado ya razones bastantes en el texto. El respeto que en general me merece la crítica de buena fé, y el que particularmente me inspiran los talentos del señor O., me mueven á no sacar aquí todo el partido que podria de las singulares contradicciones que se notan en su artículo. Quiero pues, limitarme ya á decir, que se ha tomado el trabajo de combatir en mi *Discurso* no pocas proposiciones que él establece aquí ó allá como ciertas. Sirva esta de ejemplo: «El artista entre los demás »hombres crea á su manera las obras del arte, conforme al ideal »concebido en su mente»: habia yo escrito con otras palabras que la belleza hay que buscarla en el génio de los hombres, y el señor O. no tuvo reparo en calificar esto de error gravísimo, diciendo »que si es evidente que la belleza procede de *Dios, no es razon »decir que debe buscarse* en el genio del hombre.» ¿Qué quiere decirse aquí? ¿La belleza puede idealmente estar en la mente del hombre, como el Sr. O. reconoce, y es error gravísimo el ir allá mismo á buscarla? «El ideal concebido por el génio del artista, es »la ley reguladora de sus producciones,» añade textualmente el Sr. O.; y si yo como él, pensára que un *Discurso* académico, que ha de leerse delante de personas, respecto de las cuales no es lícito demostrar ningun espíritu didáctico, necesitase partir de una proposicion categórica, quizás habria tomado estas palabras suyas por proposicion categórica del mio: tal como la ha formulado él propio, la acepto y recibo hoy con gusto, por resúmen y quinta esencia de mi discurso. Por lo demás, al decir yo que la belleza es como Dios ó á la manera de Dios, y como cuanto emana, ó semejante á cuanto emana de Dios mismo, claro está que no pretendia negar que la belleza suma y absoluta estuviese en la propia belleza de Dios. La belleza que yo hallo solo en el génio de los hombres, señalando un hecho fundamental para sacar de él ciertas consecuencias estéticas, es precisamente aquella que puede reali-

zarse y se realiza en la tierra. Y basta, por lo que toca al crítico neo-católico, á quien hasta aquí me he referido.

No necesito extenderme mucho tampoco para dejar demostrado que la ciencia racional no niega, sino que confirma mi razonamiento en todas sus partes. Para ciertas opiniones filosóficas, por ejemplo, supongo, que será autoridad el Sr. Sanz del Rio, que ha estudiado tan á fondo las modernas escuelas alemanas de filosofía. Pues aquel ex-catedrático de señalado mérito sin duda, ha escrito estas palabras en su obra intitulada *El ideal de la Humanidad*: «La contemplacion de Dios y del mundo de las ideas por la fan- »tasía religiosa dispone el espíritu para sentir en los séres finitos, »en toda la naturaleza *la semejanza divina*, esto es, la *belleza*, y »para reproducirla *libremente*, mediante el arte.» Donde se vé que hace sinóminas á la palabra *belleza*, y á la frase *semejanza divina*, y considera que la reproduccion de la belleza, así concebida por el arte, debe ser libre.

¿No es esto en resúmen lo que yo sostengo, respecto de aquellos puntos cardinales? Que el arte debe ser una reproduccion libre de la belleza; que la belleza es como Dios ó semejante á Dios, y emanada, en cierta manera de Dios mismo, he dicho bien claramente en el texto. ¿Puedo ser tachado por lo mismo con justicia de un eclecticismo ageno á la ciencia, por estas afirmaciones, sin que lo sea conmigo, y con otros muchos, aquel docto catedrático de filosofía?

(14) *Poética*, capítulo primero. Traduccion de D. Alonso Ordoñez, corregida y publicada de nuevo por D. Casimiro Flores; Madrid, 1778.

(15) *Poética*, capítulos II, IV y IX.

(16) *Nueva idea de la tragedia antigua*, ó *Ilustracion última al libro singular de poética de Aristóteles*, por D. Jusepe Antonio Gonzalez de Salas; Madrid, 1778.

(17) *Carminum*, libro IV, oda II.

(18) *Epístola ad Pisones*. No cito, por sobrado conocidos, los versos.

(19) *Carminum*, libro III, oda XXX.

(20) Francisco Cascales, *Tablas poéticas*.

(21) M. Hier. Vidae, *Poeticorum*, L. III. Con lo que digo en

el texto no trato yo ciertamente de disminuir la gloria de Vida, que fué, sin duda, un gran poeta, bien que sea insuficiente su sistema de crítica. La *Poética* de Vida es, á mi juicio, un hermoso poema latino; pero no un buen libro de preceptos. Todos los de estos que él no toma de Aristóteles, y principalmente de Horacio, son, como indico en el texto, un tanto triviales para el arte, aunque sean excelentes consejos de buena educacion literaria y moral. Vida deducia el arte entero de las obras clásicas que conocia, y que supo comprender é imitar como ningun otro poeta neo-latino. Por lo demás, su principio está bien claro en este precepto, que pongo en castellano, ya que le hallo perfectamente interpretado en la apreciable version que ha hecho de aquel *Arte poética* Don Gaspar Bono Serrano:

A la naturaleza imitar debe
El arte cual discípulo sumiso.....

(22) *L'Art poetique*, chant I:

Que toujours le bon sens s'accorde avec la rime.

(23) *L'Art poetique*, chant III.

(24) Francisco Pacheco, *Arte de la pintura*, cap. I; Madrid, 1866.

Mejor que Pacheco aún habia dicho ántes que él nuestro insigne D. Felipe de Guevara en sus *Comentarios de la pintura*: «Si la verdad es algo, la pintura tambien es algo, porque la pintura es imágen de aquello *que es ó puede ser.*» En este sentido plenamente aristotélico entendia este autor que la pintura era «solamente una imitacion.» La *Imitacion* daba tambien por esposa al *Dibujo*, en su alegoría, el ingenioso autor de la *Arcadia Pictórica*, á fines del último siglo.

(25) *Dell'arte di vedere nelle belle arti.*

(26) *Reflessioni sulla bellezza e sul gusto della pittura*, publicate dal cavaliere Giuseppe Nicola d'Azara. La obra de Winkelmann, en la traduccion de Carlo Féa dedicada á aquel ilustre español, se intitula: *Storia delle Arti del Disegno, presso gli Antichi;* Roma, 1783.

(27) Por no alargar más de lo conveniente una obra destinada

á leerse en público, omití en el texto el exámen de algunos de los más famosos preceptistas que, en el pasado siglo, y los primeros años del presente, dieron á luz doctrinas literarias. No pudiendo esclarecerlo todo lo bastante, debí allí callar lo que más generalmente ha sido hasta aquí conocido y comentado.—Dos autores extranjeros son los que más se han estudiado acerca de esto en España, los cuales merecieron ámbos ser traducidos al castellano, como legisladores del *buen gusto*, y dieron lugar entre los brillantes literatos de principios de este siglo, á largas disputas, y hasta á disgustos graves: Batteux el uno, y Hugo Blair el otro. Escribió el primero un tratado, que precede á su *Cours de Belles-Lettres*, con este título «*Les Beaux Arts reduits á un meme principe*;» y este principio único no es otro que el de la imitacion de la naturaleza. «Sur ce principe (dice y paréceme que pocos de los que esto lean necesitarán que lo presente traducido) il faut conclure »que si les Arts son imitateurs de la Nature, ce doit etre une imi»tation sage et eclairée, qui ne la copie pas servilement; mais qui »choisissant les objets et les traits, les presente avec toute la per»fection dont ils sont susceptibles: en un mot, une imitation oú »on voit la Nature, non telle qu'elle est, en elle meme, *mais »telle qu' elle peut etre et qu' on peut la concevoir par l' esprit.*» ¿Qué quiere decir imitar una cosa de manera que lo que resulte sea aquella cosa misma, no como es, sino como podria ser, no como se la alcanza realmente por los sentidos, sino como se puede concebir por el entendimiento que sea? ¿En dónde se hallará el criterio para determinar los límites de esta concepcion del entendimiento? ¿Está en la naturaleza este criterio? No está, segun la opinion del propio Batteux, sino en el espíritu de los hombres; por manera que, sin querer, se dá hoy la razon por los preceptistas de su escuela á mi teoría. Pero esta concesion que se hizo á la evidencia de lo ideal, de lo superior á la naturaleza, que no podia negarse como un hecho en las artes, era una inconsecuencia verdadera para los preceptistas de que trato. La imitacion y la invencion no pueden ménos de ser cosas distintas, y si se las supone obrando á un tiempo mismo, contradictorias. En mucho imitan sin duda los artistas á la naturaleza pero mucho tambien inventan si han de elevarse á lo ideal

y cultivar los grandes géneros de las artes. Decir, pues, como Batteux que la *imitacion* era el principio único de todas las bellas artes, inclusas la música y la danza, y escribir sobre esto un libro entero, tenia que conducirle necesariamente á tiranizar al ingenio humano, encerrándole en estrechas y relativamente mezquinas funciones. La concesion á la belleza ideal, que parecen envolver las palabras textualmente copiadas, no podian impedirle á él mismo que de su fórmula de la imitacion dedujese las más extrañas consecuencias. *Le Musicien*, dice en alguna parte, «*n'est pas plus libre »que le Peintre: il est par-tout et constamment soumis á la com»paraison qu'on fait de lui avec la Nature. S'il peint un orage, »un ruisseau, un zéphir; ses tons sont dans la Nature, il ne »peut les prendre que lá.*» Ya esto es bastante falso por sí sólo; pero ¿y cuándo no se trata de dar vida con la música á ideas y recuerdos puramente materiales? Batteux dice, que la naturaleza tiene sonidos, que responden á todas las ideas y que apenas se les oye cuando se les reconoce al punto. ¿Puede sostenerse siquiera que la naturaleza, ó sea el mundo material distinto del alma del hombre, produzca de por sí sola sonidos, capaces de responder á todas las ideas del alma misma? ¿En dónde está sino en el hombre, no solo la idea que se ha de representar por el arte de la música, sino la facultad, el sentimiento estético necesario, para darle á cada idea su forma propia en sonidos? ¿A qué buscar, pues, en la naturaleza material y no en el alma humana el ideal de la belleza en la música, como en cualquiera otra de las artes? La música de los primeros hombres pudo bien ser pura imitacion de la naturaleza por un momento; pero trasformada inmediata y sucesivamente por la potencia creadora del alma humana ha ido alejándose cada dia mas aquel arte de la ley de la imitacion, hasta ser casi por entero obra del espíritu del hombre, aunque éste la realice ó comunique por medio de los sentidos y órganos, y se valga para expresarla de su propia voz, ó de los instrumentos que él mismo ha inventado. Lo propio que de la música puede decirse de las demás artes: hay géneros á los cuales la imitacion les basta: hay otros más altos en que no basta imitar, sino que es preciso inventar; y en los más sublimes la invencion llega á ser lo principal, y los elementos de la naturaleza que se toman ó imitan, lo subalterno. Esto que yo

aquí llamo lo principal, es precisamente lo ideal; y mi opinion es que, ya que no todos los hombres sin excepcion, hay siempre, pocos ó muchos, algunos de ellos que saben crearlo, y reconocerlo: por lo cual el criterio de la belleza no debe buscarse en los indivídnos, sino en el género humano. Hugo Blair trató de esta doctrina de *la imitation* con más acierto que Batteux, porque le dió menos importancia. Habia estudiado á Hutchinson, y otros de los que ya filosofaban sériamente acerca de esta materia; y para él la cualidad fundamental de lo bello, ó sea la ciencia de la belleza en todos los objetos, solo se habia explicado hasta su tiempo por medio de hipótesis ingeniosas. El principio de la unidad en la variedad, generalmente admitido, ya no le satisfacia. Por lo que hace á la imitacion, decia de ella lo siguiente: «Imitation is another source of pleasure to taste. This gives rise, to what Mr. Addison terms, *the secondary pleasures of imagination;* which form, doubtless a very extensive class. For all imitation affords some pleasure....; even objects wich have neither beauty nor grandeur, nay, some which are terrible or deformed, please us in secundary or represented view.» Lectura 5.ª Sobre Retórica y Bellas Letras. Esta doctrina es ya bastante semejante á la que se sustenta en el texto de mi *Discurso.*

Pero el que los hombres convengan al fin, como en hecho evidente, en que hay cosas de por sí *bellas*, y cosas que no lo son, aunque no se acierte á definir ni se explique satisfactoriamente el concepto de lo bello, nadie lo ha demostrado mejor, por los propios tiempos, que el sábio español D. Estéban de Arteaga, en sus *Investigaciones filosóficas sobre la Belleza ideal*: Madrid 1789. Este tratado que es uno de los primeros y el mejor quizá de los que en su época se escribieron sobre *Estética*, contiene respecto del punto indicado, y de otros estos notabilísimos pensamientos: «Todos hablan,» dice en una parte, «de *belleza* y apénas hay dos que apliquen »á este vocablo una misma idea. ¿Se trata de preferir aquella palabra? No hay imaginacion que no se regocije, oido que no se deleite, corazon que no salte del pecho, ni hombre que no manifieste »en sus movimientos la inclinacion hácia las cosas que con ellas se »significan, como á la vibracion de una cuerda templada, segun las »leyes de la armonía, corresponde en el aire un trémulo y agra-

»dable sonido. ¿Pero se trata de aplicar la misma palabra á éste, á »aquél, ó á otro objeto determinado? Hé aquí la variedad de jui»cios... Quién juzga de ella únicamente por el efecto que produce, »y así entiende por bello lo que deleita: quién *le dá una existencia »real y física separada de todo objeto individual, y cree que sea una »emanacion* de la *sustancia divina:* quién *la entresaca de todo lo »sensible,* y coloca su esencia en la unidad: quién la confunde con »las abstracciones metafísicas, y la pone en la unidad junta con la »variedad, en la regularidad, en la proporcion, y en el órden. »Unos son de opinion que existe realmente en las cosas: otros »pretenden que no tiene más existencia que la que le dá nuestro »modo de concebir: aquél la hace *absoluta* é *independiente*: éste »quiere que sea meramente comparativa, y que consista en la rela»cion de unas cosas con otras.» Por donde se vé que aquel español, tan profundo como el que más de los que han tratado la materia, no sólo reconocía ya estos dos hechos fundamentales: el primero el de la existencia de lo bello, y el segundo el de la variedad de los juicios, que al hallarla delante de sí, y querer explicarla forman ordinariamente los hombres; sino que estaba al corriente tambien de los principales sistemas antiguos y modernos, que habia ya, para concebir y definir la idea de la belleza. Enemigo acérrimo del escolasticismo, y adepto de la filosofía experimental de Locke, no por eso deja de observar Arteaga, los hechos que salen de la esfera de los sentidos, ni de exponerlos sinceramente, aunque puedan hallarse algunas veces en contradiccion con su propia doctrina. Hace depender, por ejemplo, la perfeccion en las artes, de la *imitacion* no servil sino bella de la naturaleza; pero entiende por perfeccion de las artes hacer á éstas capaces de excitar con la evidencia posible la *imágen, idea, ó afecto que cada uno se propone.* Explica en particular el ideal de los griegos diciendo que para formarlo, despues de haber *agotado* en la imitacion lo que hallaron *más cumplido y hermoso en la naturaleza*, debieron remontarse *con su ingenio sobre el mundo material*, dirigiendo el vuelo *hácia otra clase de perfeccion más sublime.* Y asienta, además, terminantemente que la operacion del alma, cuando forma la belleza ideal, es la misma que cuando forma todas las otras abstracciones, es decir, todos sus juicios ó pensamientos; cre-

yendo que el otorgar Dios esta actividad ó facultad al espíritu humano, no es sino natural consecuencia de haberle hecho *libre* é inteligente, por lo cual tiene que darle medios, para que de sí propio se eleve al conocimiento de los objetos espirituales y morales. De mucho de eso precisamente parte el autor de este *Discurso*, para formar su propio razonamiento. Tambien, segun Arteaga, hay que buscar la belleza artística en el ingenio del hombre, al cual, segun él, dotó Dios con altos fines de la facultad preciosa de hallarla y reconocerla: ¿se extenderá, pues, á aquel autor el olor *de panteismo*, que el extravío de un apreciable crítico de la parcialidad comunmente llamada neo-católica en España, ha encontrado en algunas frases de mi Discurso, por exponer idénticas ideas? En todo caso me consolará de este panteismo involuntario el que no parecen muy distantes de igual pecado, sin intencion, los más célebres escritores ascéticos de España. Tratando de Dios, de lo absoluto, de lo sumo, y de sus relaciones con el hombre, basta quererlo para encontrar algo de esta clase de panteismo siempre.

Por su parte, Hermosilla, enseñó más tarde, que las *reglas* de las Retóricas usuales eran nada ménos que *principios eternos* y de eterna verdad; y lo mismo pensaba de los preceptos establecidos para las demás artes. Pero ¿quién habia establecido estas reglas tan semejantes en su definicion á los dogmas católicos? Para Hermosilla ellas eran «decisiones de la *sana razon.*» ¡La sana razon! ¿Se ha inventado jamás ni promulgado una ley de conducta más variable ó más arbitraria que esta en la práctica? Tal hombre, tal nacion, tal siglo, se declaran en posesion exclusiva de la *sana razon*, y atribuyen á otros indivíduos, ó naciones, ó siglos un estado de razon enfermo: ¿quién podrá sacarlos de su error, si por ventura yerran, sino el respeto á la libertad de los demás, y el influjo próximo ó remoto de esta libertad misma sobre sus propios juicios? ¿Quién sino la libertad, de que usaron largamente Ponz y otros clásicos contra el *churriguerismo*, arraigado más que en ninguna otra parte en los retablos y ornamentaciones de las iglesias y palacios, y protegido por lo mismo por las clases más influyentes del país, hubiera podido desacreditarlo, y restaurar el buen gusto greco-romano en los últimos años del pasado siglo? Además de esto, Her-

mosilla, que tan riguroso era con los *defectos* de los autores, declaró luego, que no bastaba evitarlos, observando las reglas, sino que, aparte de las reglas mismas, era preciso tener «la instruc»cion y el talento necesarios *para crear bellezas extraordinarias.*» Reducidas las reglas á este empleo secundario, aunque de importancia real todavía, no sólo las acepta, sino que las defiende con conviccion el autor de este *Discurso*. Lo que él pretende es únicamente que no se estorbe, con las reglas preconcebidas y preexistentes, la creacion futura de *bellezas extraordinarias*. Tampoco está muy distante de la doctrina de este *Discurso* la siguiente afirmacion de Hermosilla: «las bellezas y fealdades en las artes *son* »*absolutas é independientes del juicio que de ellas se forma;* porque en »suma no son otra cosa que su conformidad ó discordancia con *la* »*naturaleza, la cual es independiente de nuestros juicios.*» La belleza real, constante, independiente de nuestros juicios, buenos ó malos, y constituyendo de por sí sola un elemento separado, no es otra que la descrita, ya que no definida en el presente Discurso. Pero ¿dónde hay que buscar los modelos ideales de estas bellezas? Hermosilla cree que los hombres pueden accidentalmente equivocarse; pero que las obras que se acercan á la perfeccion, al cabo agradan siempre, y en todos los países. No es otra, tampoco en suma, la opinion del autor de este *Discurso*. Bastante mejor es esta apelacion al juicio definitivo y unánime del género humano, que yo sostengo, y que así como de pasada reconoció por legítima Hermosilla, que no el juzgar las obras de arte, con arreglo á la ley ó definicion de la belleza, que da aquel propio autor en otra parte, y que se apresura á aplicar inflexiblemente, siempre que viene á cuento. Bello y bueno, dice, «es todo »cuanto ya en las ideas, ya en la manera de ordenarlas, presentarlas y »expresarlas, es conforme á la naturaleza del habla, á la de nuestras »potencias intelectuales, y á la de aquellas cosas de que se trata.» Para que un indivíduo pueda aplicar con equidad y convencimiento esta ley, es preciso, pues, que conozca antes la *naturaleza del habla, la naturaleza de nuestras potencias intelectuales, la naturaleza de cada una de las cosas de que se trata*; que es demasiado conocer ciertamente para la insuficiente inteligencia humana. No habiéndose aplicado nunca á mi juicio esta ley para establecer el mérito insigne de Virgilio ó del Dante, hay que creer que al género huma-

no le basta para decidir tales pleitos con el espontáneo y comun ejercicio de su conciencia; y que los ojos interiores ven lo bello realizado, como ven lo justo ó lo bueno, no más fácil de sujetar á definicion ciertamente que lo bello.

(28) La Harpe, *Cours de littérature*, XVIII *siécle. Les passions du jeune Werther.*

(29) Véase acerca de esto á Villemain, *Cours de littérature française;* 1840.

(30) Víctor Hugo; *Odes et Ballades;* prefacio de 1824.

(31) *Ensayos literarios y críticos. Artículos acerca del estado actual de la literatura europea.*

(32) Como en todo esto no se censura el rigor de los preceptos, sino en cuanto coarten ó supriman la libertad de la inspiracion artística, claro está que ni los de la Gramática, ni los de la Métrica, ni los de la Retórica y Poética en general, ni los especiales de ningun arte, son aquí sistemáticamente rechazados. El autor de este *Discurso* cree que en artes como en otras cosas, puede ir la reglamentacion, ó pueden llegar los cuidados de las leyes para evitar los extravíos de los indivíduos, hasta donde al indivíduo no se le prive de la libertad necesaria para el desarrollo de su espíritu, y el cumplimiento de sus altos fines. Por más que se afecten ignorar los límites que separan lo lícito de lo ilícito en esta materia, nada hay más cierto que ellos, ni que más vaya esclareciendo de dia en dia la conciencia humana. Es regla, por ejemplo, el respeto de la Gramática; porque ¿cómo ha de ser incompatible con ninguna sintáxis la libre inspiracion de un poeta? Debe respetarse la pureza de una lengua; porque ¿qué necesidad hay de inventar palabras nuevas, si existen ya en la lengua nacional, de usar impropiamente algunas voces, cuando las hay propias, ni de adoptar giros extranjeros cuando bastan los nacionales? Si se aspira á representar con claridad las ideas bellas, ¿no aparecerán más claras siempre, cuando se expresen con arreglo á las formas gramaticales en que está convenido cada pueblo, no por medio de una generacion sola, sino con el sufragio y participacion de muchas generaciones?

Quien pueda ó sepa darse á entender y representar sus propias ideas y sentimientos, como el del desinterés, por ejemplo, en la

hermosa diccion del autor de la *Moderna gerigonza*; ¿por qué ha de decirlo de esta otra manera?

«No el díscolo interés soplando estéril,
Impida de tu pecho al golfo umbrío
Que en claridad lumbrosa se desnuble.

¿Por qué ha de ver y oir precisamente á la rueda de la fortuna *resaltar vacilante en rechinido y agudo retiñir?*

De intento cito estos ejemplos inventados por Moratin para no tener que censurar á ningun autor determinado. La verdad es que así como la libertad civil no es opuesta al buen órden, ni á la cortesía, en las sociedades cultas como Inglaterra, así la libertad en las artes no es incompatible con ninguno de los respetos debidos á la raza, á la generacion, á la lengua en suma, que los autores escriben ó hablan.

«Hiciéronse poetas», dice Moratin, de ciertos literatos á quien censuraba, «hiciéronse poetas y alteraron la sintáxis y propiedad de »su lengua, creyéndola pobre, porque ni la conocian ni la quisieron »aprender: sustituyeron á la frase y giro poético que la es peculiar »locuciones peregrinas é inadmisibles: quitaron á las palabras su »acepcion legítima, y las dieron la que tienen en otros idiomas: in»ventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces estravagantes »que nada significaban, formando un lenguaje oscuro y bárbaro, »compuesto de arcaismos, de galicismos y de neologismo ridículo. »Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta »celeridad.—Por ellos dijo Capmany:—Estos bastardos españoles »confunden la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sen»tenciando que no hay tal ó tal voz, porque no la hallan. ¿Y cómo »la han de hallar si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dónde la »han de buscar si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer »si los desprecian? Y no teniendo hecho caudal de su inagotable »tesoro, ¿cómo han de tener á mano las voces de que necesitan?— »A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer. »Falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, »apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas ó »absurdas, desatinada eleccion de adjetivos, confusion de estilos, y »constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que »es pueril, sublime lo jigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmá-

»tico. A esto añadieron una afectacion intolerable de ternura, de »filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantes»co, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibi»lidad que de doctrina.» Si en esto censurase Moratin, como hicieron Tineo, y Hermosilla, á un hombre tan verdaderamente poeta en el fondo como Cienfuegos, habria en la aplicacion de su sistema de crítica notoria injusticia. Pero tomadas en general las consideraciones anteriores no pueden ser más exactas ni más justas: una ley puede ser buena y aplicarse mal por los individuos, ó al contrario.

Hay, en los citados arriba, preceptos que pueden obedecerse sin peligro siempre. Hay allí tambien señalados delitos ó faltas, que habria evitado siempre Calderon, si hubiera querido, sin dejar de concebir por eso la accion inmortal de *La vida es sueño.* Pero no hay ya hoy quien pretenda siquiera, que debiera haberse sacrificado el natural desarrollo de esta accion, ó el de la del *Condenado por desconfiado*, á aquella regla célebre de Boileau:

Qu' en un lieu, qu'en un jour, un seul fait accompli,
tienne jusqu' á la fin le théatre rempli.

Temo parecer trivial insistiendo en cosas que ya no son objeto de discusion en ninguna parte; pero me obligan á ello algunas de las observaciones que acerca del presente *Discurso* se han hecho.

(33) Véase en la coleccion de sus obras, entre otras cosas, su carta *On the life and writings of Pope*, y tambien el juicio de Villemain sobre este poeta, en sus *Études de littérature ancienne et étrangére;* 1846.

(34) Ch. Bénard, *Cours d'Esthetique*, par W. F. Hegel; tomo V.

(35) Foucher de Careil, *Hegel et Schopenhauer*.

Es el juicio de Schopenhauer sobre Hegel, y la indudable decadencia en que se hallan las doctrinas de este en Alemania, uno de tantos indicios y señales como demuestran la anarquía filosófica de la época. Un materialismo grosero, aunque derivado inmediatamente del estudio predominante de las ciencias físicas, se extiende rápidamente ahora por aquella moderna pátria de la filosofía, miéntras que en Francia se ostenta lozano el *positivismo,* que conduce con más cultas formas á consecuencias idénticas.

Hábiles intérpretes de Hegel, sábios y áun elocuentes discípulos de Krause, pretenden con no mucha fortuna restaurar el influjo de la metafísica alemana; y los discípulos del difunto Mr. de Cousin luchan en la vecina nacion todavía por salvar del naufragio algunas reliquias del agonizante espiritualismo francés. Pero hay hácia la metafísica bastante indiferencia, por lo menos, en la generacion presente; y mayor confusion quizá que nunca entre los pocos que cultivan con viva fé aún la filosofía. Tal es en este punto la situacion evidente de las cosas. Declararse hoy filósofo, y, sobre todo filósofo original, ofrece por lo mismo dificultades más grandes que en otros tiempos, áun contando con la vocacion y las fuerzas indispensables. Al autor del presente *Discurso*, además de lo mucho que en otros conceptos pueda faltarle, le han faltado tambien para esto, como para otras cosas, las ocasiones. Dedicado al cultivo de las letras y al estudio del derecho en sus primeros años, entregado despues por entero á la administracion, á la política, á la vida parlamentaria, no era fácil que pudiera haberse constituido en filósofo original, aunque su vocacion y sus fuerzas se lo hubieran realmente consentido. Las exigencias de la vida práctica no le han impedido nunca, con todo eso, estimar, respetar, y áun seguir con la vista muchos de los esfuerzos que dentro ó fuera de España se han hecho en los últimos años, para abrir nuevos caminos, ó facilitar los antiguos al espíritu filosófico, que tan propio es de la naturaleza humana, y tanto ennoblece su sér y sus acciones. De esta atencion constante y de esta estimacion y respeto ha deducido para sí una sola consecuencia concreta; que es vivo y sincerísimo amor á la libertad de la inteligencia humana. Y del amor á la libertad intelectual, es de donde se deriva precisamente su inclinacion al órden en lo político, porque sólo el órden cuando es verdadero, es decir, cuando es legal, general, y constante, puede abrir palenques libres á las luchas fructuosas de los distintos, y con frecuencia opuestos, pensamientos humanos. Mas si anhela la libertad, y con la libertad el contraste y la lucha, es de otra parte, porque así como el estudio que le ha sido dado hacer de muchos sistemas y escuelas diversas no ha producido en su espíritu un convencimiento perfecto, ni por falta de tal convencimiento, una preferencia exclusiva, así de él ha sacado la persuasion íntima de que el

»tiempo aunque innominado á las veces, es el mayor de los pensa»dores de la historia», como dice en el texto de su Discurso. El género humano, en el tiempo, que es lo que en ménos palabras quiere decir y dice claramente aquella frase, con lo que por medio de todos sus indivíduos escribe en piedras y libros, ó encarna en instituciones y monumentos, ó revela en los hechos y revoluciones históricas, piensa al cabo más y mejor que ningun filósofo particular é indivíduo aislado. Podrá ser esto trivial de puro evidente en teoría, pero no hay cosa por cierto que más se niegue en la práctica cada dia. Lo que aquí aplico yo al arte es igualmente aplicable á todas las esferas en que se ejercita el espíritu humano, y de aquella verdad trivial, y evidente, se deduce por necesidad mi fórmula de la libertad en las artes.

No podria dejar yo de defender la libertad del pensamiento en las diversas esferas, cuando de él es de quien espero toda la perfeccion que sea posible alcanzar en este mundo finito; que puesto que espero tanto en él, lo necesito y lo quiero libre. Libre, por una parte, de la tiranía de las inteligencias poderosas y excepcionales, que si por de pronto hacen adelantar grandes pasos á la cultura humana, suelen luego retrasarla y crearle obstáculos, por mayor espacio de tiempo todavía, á causa del fanatismo de los bandos ó partidos que sus discípulos forman, con el fin vano de perpetuar ó hacer exclusivas y definitivas sus opiniones. Libre tambien, por otra parte, de sí propio, es decir, de sus propios excesos y extravíos pasajeros; porque no es tal el género humano en su conjunto, sino cuando lo son todos sus indivíduos, y no oprime ó guia á ninguno de ellos, por fuerza, la mayoría de los otros. Ni por género humano entiendo yo aquí ningun sér ó entidad distinta de los indivíduos, sino la suma de los resultados ó frutos que produce el libre pensar, y obrar, de todos. Puede darse y se ha dado que un indivíduo sólo alcance mayor parte de las verdades eternas, que todos sus contemporáneos: cuando se dice que un hombre se adelantó á su siglo, se da á entender por eso sólo que un indivíduo vió y supo más que todo el género humano, en el breve período que recorre una vida de hombre. Pero ningun indivíduo ha visto él sólo más que todos los que le precedieron, y todos los que despues han vivido; ni es esto posible tampoco, sobre todo respecto de los hom-

bres posteriores, que disfrutan ya de todo el saber y experiencia de sus antepasados. Por eso no he dicho en el texto que el género humano sea mayor pensador que ningun indivíduo; puesto que como queda dicho, todo él puede ser inferior en ciertos períodos de tiempo á un solo indivíduo. Lo que he dicho es que el tiempo, es á saber, lo que se piensa en el tiempo; los hombres con el tiempo; el género humano, en fin, en el tiempo, es el mayor de los pensadores de la historia. Eslo, tomando á veces el nombre de un indivíduo, que no hace más que resumir y encerrar en sus obras los pensamientos de su época; y lo es, con más frecuencia todavía, innominadamente, porque el fruto de la labor comun de los hombres suele aparecer á un tiempo en muchos lugares distintos, y por medio de innumerables voces, como un hecho espontáneo, como una aspiracion ó deseo unánime, sin que ningun particular llegue á tiempo de atribuírselo á sí sólo, y darle por tanto su nombre. Con esto que he dicho, paréceme que queda explicado bastantemente el eclecticismo de que se me ha censurado. No soy adepto de ninguna escuela filosófica, aunque tengo alguna idea de todas, lo cual nada tiene ciertamente de extraño en los tiempos que corren. No por eso he pretendido tampoco formar una filosofía, concertando sistemas diferentes, por lo cual no puede con razon decirse que propenda yo ni al sincretismo, ni al ecleticismo siquiera.

Ni soy secuaz de Hegel, ni admito, pues, las censuras acerbas de Schopenhauer, ni me atrevo hoy siquiera á exponer como propio ningun sistema.

Lo único que defiendo por principio general, es la libertad; porque con la libertad se formará la filosofía del porvenir, que yo estoy tan léjos de poder, ni de querer formar por mi parte. Y he defendido en particular la libertad de las artes, despues de demostrar con la historia de ellas, suficientemente, que les es indispensable. Porque ¿cómo se han formado las leyes para las artes? En esto hay bastante conformidad de pareceres: deduciéndolas de las obras pasadas, universalmente reconocidas por bellas. Luego hay un hecho anterior á los preceptos y leyes, que es la creacion espontánea de ciertas bellezas estéticas, por un número determinado de hombres, los que caben en un período de historia, y una nacion artística, por ejemplo, en la Grecia del tiempo de

Fidias. ¿Y es cierto ó es falso el que en aquel solo período de tiempo, y por solo aquellos hombres se hayan creado belleza artísticas y estéticas? Falso, contestarán ciertamente los críticos que prefieren el arte cristiano al pagano, como alguno de los que han examinado mi *Discurso*: falso, responderán asimismo los que convencidos del progreso constante, é infinito, de la especie humana no pueden reconocer que se agotara en Homero y Sófocles, ó en Fidias y Apeles la facultad creadora del hombre, en esta materia de artes. Luego si eso es falso será lo cierto que en otros períodos de tiempo, diferentes de los que dieron de sí los primeros modelos, y por otras personas distintas de las que los ejecutaron, se podrán ejecutar y realizar otros, no sólo nuevos, sino en cierta contradiccion con los anteriores, como lo está sin duda la belleza de las vírgenes de Murillo con la de los simulacros de Vénus en el arte pagano. Y si tales obras, no sólo diversas sino hasta contradictorias en su espíritu y forma, pueden ser igualmente hermosas, claro está, que de ellas podrán con razon deducirse nuevos preceptos y leyes, como se han deducido real y positivamente ¿Quién tiene autoridad sobre la tierra para excluir ninguna de estas manifestaciones várias de la belleza? ¿Quién para formar leyes inflexibles, que impidan ó condenen *á priori*, productos tan espontáneos del arte, como lo fueron la *Iliada* ó la *Divina comedia?*

Nadie sino el género humano, considerado en la sucesion de los tiempos, y en el proceso de su vida entera. Pues para que el género humano pueda ir formando estas leyes sin omitir ninguna, preciso es que guarde su *libertad en las artes*. Si se publican leyes sean de aquellas compatibles con la libertad, como las hay que lo son, y las hay que no lo son en todas las esferas de la vida. No se formen en todo caso leyes inflexibles ni perpétuas, sino leyes modificables y accidentales. No se formen leyes que impidan legislar de nuevo, si hace falta, ni encadenen á los que nacen para legisladores, ó merecen autoridad de tales, sino leyes que obedezcan los muchos que sólo vienen al mundo para obedecer, seguir, ó ser gobernados y regidos por los de más prendas. ¡Desdichado del contemporáneo de Apeles que no tomara reglas de aquel maestro para ejecutar sus propias obras! ¡Pobres de nosotros, que no del insigne Rafael, si este artista singular se hubiera contentado con co-

piar los purísimos contornos, sin expresion ni perspectiva, de las figuras que conservan del arte de Apeles los frescos antiguos! Legislar sobre lo legislable, y no legislar sobre lo ilegislable, sobre lo inalienable, sobre lo que es indispensable á cada indivíduo, y por la suma de todos los indivíduos á la entera especie humana, para cumplir sus fines, podrá ser y es con efecto un problema de resolucion difícil en casos concretos; pero ciegos han de ser los que no vean que no es otro el problema general de la época. Por mi parte, no me he propuesto en lo más de este *Discurso* otra cosa que confrontar la práctica ó los hechos del arte, por decirlo así, con las principales leyes que se han ido fijando sucesivamente al arte mismo, para que la necesidad de la libertad se fuese demostrando de sí propia.

Sólo como un dato necesario para el desenvolvimiento de los hechos, he establecido que el concepto de lo bello no estaba definido todavía, de tal manera que pudiera ser reconocido, lo que es tal, por todos los hombres, sin excepcion alguna. Y esto es tan cierto que nadie podrá intentar desmentirlo siquiera. No dos, como algun crítico me ha opuesto, sino diez ó más definiciones de la belleza habria yo podido copiar en mi *Discurso* fácilmente, á venir á cuento. Pero ni era ni podia ser tal mi propósito. Mi fé en la inteligencia humana es tal, que he dicho terminantemente en mi *Discurso* que ella podrá quizás establecer en lo futuro la verdadera teoría de las obras de arte, que espontáneamente entre tanto, irán creando los hombres; que ella acertará acaso algun dia con la definicion universal de lo bello, es decir, con una que responda á todos los hechos artísticos, y satisfaga en ellos todas las dudas racionales del hombre. Pero, en el ínterin, de la discordia en este punto fundamental de la ciencia, nace por fuerza gran discordia en el arte mismo: es decir, entre los conjuntos de reglas que unos ú otros aplican, á la ejecucion de las obras artísticas; y, si cabe, más desatada discordia todavía entre los puntos de vista críticos con que se estimulan, ó se impiden, se aplauden ó se persiguen las nuevas producciones artísticas, y hasta las de los tiempos pasados que, por cualquier circunstancia, se ponen de nuevo en tela de juicio. Esto es lo que merece llamarse *anarquía*, no lo que yo propongo ó defiendo, que es la libertad. Si tal anar-

quía tiene algun remedio, no puede ser precisamente otro que la libertad; y, si no, que se diga cuál. No es materia esta siquiera en que pueda intentarse ahogar la anarquía, con la presion, temporalmente saludable, de los ejércitos permanentes. Podrán otras anarquías no remediarse al principio por la libertad; pero la anarquía en las artes, desde luego tiene que remediarse por ella únicamente, ó no remediarse de modo alguno.

(36) Giacomo Leopardi, *Il Parini ovvero della gloria.*

(37) Lamennais *De l'Art du Beau*, que forma parte de «*l'Esquisse d'une philosophie*,» trata del arte de la música especialmente, de un modo, que deja poco que desear bajo el punto de vista de la Estética. Dice de aquel entre otras cosas: «Nécessairement semblable en cela á tous les autres arts, qui ne sont comme elle que des fragments de l'Art complet, esentiellement un, parce qu'il correspond á l'unité divine, et á l'unité de l'oeuvre divin, la musique a pour terme le Beau infini, et dés lors, ce qu' elle tend á reproduire ce ne sont point les chose telles qu' elles sont, mais leur type eternel, le modéle ideal, qu' elles recoouvrent, en quelque maniére..... Ainsi la musique *n'imite point*, elle crée, elle concourt á réaliser le monde immatériel, oú l'esprit se dilate sans fin. Par elle donc aussi l'homme exprime ses conceptions, progresives comme lui, de Dieu et de l'univers; il s'exprime lui méme dans ses rapports avec la Cause supréme, etc. Los elementos esenciales del arte músico y de los demás, estaban, pues, para Lamennais como para mí, segun dejo expuesto en una nota, dentro del alma humana; ó como en otro lugar añade el propio autor, «en el instinto profundo de la humanidad, que es su génio.»

(38) Mi opinion acerca de la importancia de las artes, en todos los tiempos, está resumida en los siguientes párrafos de un *Discurso* que leí años hace en la *Academia* de Bellas Artes de Cádiz, siendo Gobernador civil de aquella provincia.

«Los triunfos militares no son de modo alguno testimonio de primogenitura intelectual en los pueblos. Roma fué vencida por sus bárbaros mercenarios en el siglo IV: Machiavelo y Miguel Angel asistieron impotentes al avasallamiento de la Italia en los albores de la edad moderna; y Roma y el pueblo donde Miguel Angel y Machiavelo florecieron, eran más inteligentes que sus

vencedores sin duda. Tampoco las ventajas del comercio y la industria, son indicios ciertos de primacía moral: la historia no guarda otra cosa de Tiro y de Cartago, sino una idea incierta de sus prosperidades, y alguna más segura relacion de sus desdichas: no ha quedado depositada en el mundo ninguna de sus ideas, de sus instituciones ó de las obras de su espíritu; y hoy apenas se sabe con certeza el lugar donde están enterrados sus esqueletos de piedra. Las ciencias mismas estudiadas en sus importantes pero áridas abstracciones, no ofrecen títulos incontestables de superioridad moral á los pueblos; que nadie habria reconocido títulos tales en la patria de Bacon ó en la de Erasmo, cuando llenaban el mundo con su fama los mudos apóstoles de la montaña de la *Transfiguracion*, y la mirada del Moisés de Buonarroti infundia esfuerzo en los más tibios, durante aquella gran lid que no terminó la mosquetería española en Mhulberg, ni la ciencia escolástica en Trento, cuyo fin presenciará tal vez en lo futuro la cúpula de San Pedro, ensueño gigantesco del *Renacimiento*, realidad maravillosa del arte cristiano, que por ser única en el universo, parece tambien destinada á cobijar el único pensamiento religioso del género humano, cuando llegue la reconstitucion moral de las sociedades cultas, debajo de un solo dogma de fé.

Necesaria es la guerra en ocasiones, aquella por ejemplo en que esta gloriosa Cádiz, conservó para España el tesoro incomparable de la independencia; utilísimos son el comercio y la industria, sin los cuales no hay civilizacion ni verdadera Sociedad humana; dignas de inmenso amor las ciencias que pueden decirse madres de todo lo grande y lo bello que resplandece en las obras del hombre. Pero permitidme, señores, que formule ya mi opinion claramente: las artes son la verdadera piedra de toque para conocer la inteligencia de una civilizacion cualquiera; en ellas más que en parte alguna, se halla la representacion viva y perceptible del espíritu humano; segun ellas ha de juzgarse, y así juzga con efecto en sus más altas apreciaciones la historia, del sentimiento moral de una época, de una raza, de una nacion, de un pueblo. Y en eso, señores, en eso fundo precisamente mi propósito de felicitaros por el espectáculo que aquí ofreceis en este momento; espectáculo de estímulo, de amor á las artes: al cual veo asocia-

dos felizmente la hermosura, el talento y la actividad, representada en la riqueza, tres personalidades distintas en que puede descomponerse la gran personalidad humana.

Una observacion para concluir. Aunque no he tenido la fortuna de nacer en estos lugares, y ahora los he visto por vez primera, no por eso me sorprende encontrar vivo en ellos el sacro amor de las artes. A las extremidades de la Europa, y en la templada zona que habitamos, quiso Dios que surgiesen del abismo la Grecia, la Italia y la España, naciones harto semejantes en sus virtudes y en sus defectos; agitadas por un individualismo poderoso que si en los tiempos heróicos ha producido muchos héroes, luego en las épocas de organizacion y de gobierno ha sido y es ocasionado á discordias; pero grandes siempre, señores, naciones grandes y respetadas por su espíritu, por su inteligencia así en la próspera como en la adversa fortuna. Estas naciones han empuñado sucesivamente el cetro de las artes, y todavía esperan rivales en vano los contornos incomparables de los Dioscuros de Monte-Cavallo, los frescos de las Loggias Vaticanas, y las místicas creaciones de aquel Murillo celeste, que por todas las ciudades de nuestra hermosa Bética, en los templos de Sevilla, como en los salones de esta Corporacion ilustre, ofrecen inagotable materia de veneracion y entusiasmo. No podría, pues, por española desdeñar la antigua Gades, favorita de Hércules, el mirto glorioso con que ciñen á sus enamorados las artes: no podría desdeñarlo tampoco sin ser indigna de su belleza, esta ciudad, que, como Vénus, parece hija de la espuma del mar.»

(39) Al definir aquí, á mi manera, esto que puede llamarse mision de la Academia Española, viénenseme sin querer á la memoria las censuras de que, por parte de algunos, ha sido objeto la forma de este *Discurso*. Ha habido quien halle en él afectacion de arcaismo, cuando no contiene una sola palabra que no sea de uso corriente. Ha habido quien le acuse de abusar del hipérbaton, siendo así que no tiene más que el que buena y fácilmente admite el castellano, y han usado todos nuestros hablistas, sin contradiccion alguna. Ha habido quien le atribuya frecuentes trasposiciones, y seria sencillísimo probar que, en el lenguaje comun, suelen emplearse tantas por lo ménos. Nada de esto es, pues, exacto. Po-

sible es que lo sea más la observacion de que contiene frecuentes faltas gramaticales; pero digo en conciencia que con las censuras por delante, no me he juzgado en el caso de hacer la correccion más mínima. Debe ser mi ignorancia en este punto incurable, cuando no ceso en ella, ni siquiera despues de haberme advertido uno por uno tantos errores. No me quejo, sin embargo, de deliberada injusticia en semejantes censuras. Lo que hay en esto es un ataque á la libertad literaria, que precisamente me propuse defender en mi *Discurso*. Creo yo, y creen muchos de los más respetables escritores que conozco, que el uso de palabras desusadas, cuando hay otras usuales que con exactitud las reemplazan, debe evitarse, y que en este concepto pudiera llegar hasta á ser reprensible la afectacion *de arcaismo*. Pero es al propio tiempo mi opinion, y la de otros, que no hay porqué abandonar nunca la construccion ó sintáxis castellana, tal como se ha empleado por los autores de mayor mérito en nuestra lengua. El uso comun puede dar leyes para las voces, no para la construccion: jamás se ha acomodado la sintáxis á las exigencias de la conversacion, en tiempo, ni en país alguno. Son los escritores los que forman la sintáxis y los que crean las formas de construccion más propias de cada uno de los estilos literarios. Y reducida la cuestion á los escritores solos, ¿por qué los indivíduos de la Academia Española, ni otros ningunos, han de tomar por únicos modelos de construccion castellana á los escritores que publican periódicos, ó traducen novelas en el dia? ¿Por qué no se han de permitir en el estilo irónicó y burlesco el tomar algunas construcciones de Cervantes ó Quevedo; en el estilo histórico algunas de Mendoza ó Mariana; en el estilo sentencioso, grave, didáctico algunas del P. Marquez, ó del insigne F. Luis de Granada? Además que cada género tiene su estilo y lenguaje peculiares; y, así como en el periodismo, ó los tratados de física y matemáticas, puede ser ridículo emplear primores de lenguaje, y dar forma artística al estilo, así en los asuntos elevados no solamente es natural, sino hasta necesario, el que se saquen las frases del sonido, y enlace vulgar. Sería cuento de no acabar el exponer ahora todas las razones que justifican mi doctrina, porque doctrina es, no error involuntario. Pero una cosa quiero consignar aquí, ya que de esto trato, y es que si á alguna

época pudiera dársele por lícito transformar la sintáxis nacional, que no se lo concedo yo á ninguna, no debería ser á una de manifiesta postracion literaria, como la presente. Ni se oponga á esto lo del progreso constante: porque si este le hay siempre en el género humano todo entero, y considerando en su conjunto ó total la cultura de los hombres, no suele hallarse en cualquiera nacion ó materia aislada. ¿No es inferior hoy la escultura en Grecia á lo que fué en tiempo de Fidias? La pintura en Italia, ¿está hoy á la altura en que la dejó Rafael? Pues la lengua castellana ¿quién osará negarlo tampoco? es hoy usada con muchísimo ménos saber y acierto que á principios del siglo XVII. Esta edad nuestra es inferior, literariamente considerada, no sólo á aquella, sino á la que alcanzó á gozar Cárlos IV, despues del reinado restaurador de su padre. Hoy ménos que nunca, hay derecho, por lo mismo, para coartar la libertad de los escritores, imponiéndoles las construcciones del vulgo, ó las *frases hechas*, que empobrecen los idiomas, y pueden llegar á hacer de ellos una especie de instrumentos mecánicos. La pretension de que se construyan las frases escritas, como las destinadas á la comunicacion oral; la de que no se use un lenguaje más elevado y escogido que el ordinario en los asuntos altos y sublimes; la de que se abandonen, por los modelos contemporáneos, los del *siglo de oro* de nuestra literatura; la de que no se vuelvan á formar, en fin, frases con las palabras castellanas, contentándonos con emplear á todas horas y en todas ocasiones las corrientes, ú otras por el estilo, no son sólo contrarias, en consecuencia, á la opinion de muchos académicos, como se supone, sino que lo son y deben serlo á la de cuantos hayan cultivado de verdad las letras. Con todas las doctrinas literarias cabe escribir mal; y el que yo defienda esta, no quiere decir que ande por eso libre de faltas graves mi lenguaje ó estilo. Pero las faltas serán otras sin duda, que las que se me han atribuido por algunos, con ocasion del *Discurso* leido ante la Real Academia Española.

II.

MEMORIAS DE ITALIA.

I.

DE LO QUE ES UN VIAJE A ITALIA.

Á PROPÓSITO DEL ENSAYO DESCRIPTIVO, ARTÍSTICO Y POLÍTICO DE AQUELLA PENÍNSULA, POR D. J. F. PACHECO.

De ningun país de la tierra se ha escrito y hablado tanto como de Italia; y ningun otro ofrece, sin embargo, tanto atractivo al viajero todavía. La belleza de los campos, las ruinas de todos los siglos, las memorias de todos los grandes pueblos, las maravillosas obras de arte, que por donde quiera se ofrecen á los ojos del viajero en Italia, pueden dar materia á muchos libros, áun despues de haber inspirado tantos ya, en cada uno de los países cultos.

Tal es el privilegio de las cosas bellas: que no suelen bastar para exponer todos los primores que, por ejemplo, encierran un valle, un cuadro, una ciudad, una estátua, cientos de páginas de erudicion, de razonamiento, de entusiasmo. Así la *Iliada* solitaria, cual una roca levantada sobre el revuelto Océano de la historia, ve estrellarse á sus piés imitaciones más ó ménos afortunadas, comentarios más ó ménos há-

biles, doctos análisis, brillantes y universales encomios. Así observa Italia cómo desembarcan en sus playas floridas, ó atraviesan sus nevadas cumbres, alpinas y apeninas, enjambres de extranjeros de diversos climas y lenguas; ora el antiguo scita, que busca entre sus escombros las despedazadas reliquias de los dioses que derribaron de los pórticos Gensérico y Totila; ora el picto indócil y el terrible germano, que humedecieron un dia con su sangre la arena triunfal del anfiteatro Flávio; ya el galo que vá á guarnecer el Capitolio, donde no pudo llegar desde el cenagoso Allia la espada vencedora de Brenno; ya el español peregrino, que á cada paso recuerda en su viaje la gloria de los antepasados, y la humillacion de su país al presente: miéntras ella, la hermosa de las naciones, la querida de todos los pueblos, permanece siempre intacta, siempre nueva, siempre rica en emociones y maravillas, cuanto la Venus del politeismo griego, cuanto Ganimedes arrebatado por el águila divina á las regiones en que la belleza es inmortal.

¿Qué extranjero eminente ha dejado de visitar en estos últimos años á Italia? Ninguno, cualesquiera que hayan sido las inclinaciones espéciales de cada cual de ellos. ¿Y quién de ellos ha visitado la Italia sin dedicar algunas páginas á su memoria? No es fácil recordar el nombre, si lo ha habido, de ninguno: tan rara debe ser la excepcion en esta regla.

Allí, en Italia, experimentó lord Byron las más violentas de sus pasiones, y escribió sus más hermosos versos: el Arno aún refleja en sus aguas, al pasar por las calles de Pisa, un palacio de mármol blanco, don-

de el poeta sostuvo batallas y asaltos contra el vulgo irritado de sus extravagantes fantasías; y en las mal alumbradas riberas del gran canal de Venecia, durante las oscuras noches de invierno, brilla á las veces todavía, como un ascua de oro, el palacio ojival que abrigó en sus salones al romántico viajero, y á la hermosa y exigente veneciana, que hizo en aquellos lugares tan dulces ó tan amargos sus dias. Allí tambien, en Italia, descifró Byron el dolor sublime del galo herido del Capitolio, que tantos siglos no habian comprendido: creíasele un gladiador miserable, que sentia tal vez en el último trance no morir á gusto de sus señores, y no era sino un guerrero vencido, de aquellos que dejó sin hogar el brazo inteligente de César, que al despedirse de la vida, se despedia asimismo de su pátria difunta. Las dulces marinas de Nápoles, en la punta florida de Castellamare, ó en la herradura de Baia, cargada de ruinas jigantescas, enjendraron en el vago espíritu de Lamartine aquellas meditaciones sublimes, y aquellas fábulas tiernas, que han entretenido apaciblemente los ócios de las últimas generaciones. Y bien merece decirse que en los propios sitios recogió Bulwer las flores que Nydia, la niña ciega, vendia por las calles de la alegre Pompeya, pocas horas antes que la ceniza de un volcan desconocido cegase los muros, los teatros, los templos, el anfiteatro, el puerto, y el mar mismo que bañaba con sus olas la ciudad desdichada. Bien merece recordarse que no léjos de allí triunfó, y amó, y murió Corina: aquella hija infeliz del espíritu de la más grande de las mujeres modernas, madama de Stäel: casi olvida-

da ya hoy; pero admirada, con frenesí treinta ó más años hace, cuando se pensaba aún que las flaquezas ordinarias del alma, mejor que con las exajeraciones de los sentimientos reales, podian disculparse, ó ennoblecerse, ó velarse, derramando sobre ellas los perfumes vaporosos de la poesía.

No hay que olvidar tampoco que Goëte estudió en Nápoles las piedras y plantas, ó dibujó estátuas griegas en las galerías extensas del Vaticano; y que el mundo ideal de mármol del Capitolio, de Belvedere, y de la fuente de Monte-Cavallo, grabó más profundamente acaso en su ánimo, que ninguna filosofía, el culto de la forma, de la naturaleza, del Dios-hombre. Ni es, en fin, ménos digno de memoria el que Chateaubriand, aturdido, superficial, cuando pasó los Alpes por vez primera, doblase tambien su frente ante los prodigios de inteligencia que Roma ofrecia á sus ojos; teniendo tiempo para pensar y complacerse en ellos, áun despues de decirle el Papa que tenia abierto sobre su mesa el *Genio del Cristianismo*, que debió de ser la más grande de las satisfacciones para aquella ilustre, pero presuntuosa naturaleza. A la par con éste y otros ingenios excepcionales, Jules Janin, Edgard Quinet, Jorge Sand, nombres populares en Francia, aunque no de tan grande altura, y muchos otros de las demás naciones cultas, se han nutrido sucesivamente en la contemplacion de las cosas de Italia: todos han depositado una flor sobre aquel inmenso cementerio de pueblos, de ideas, de esperanzas, de dioses y de héroes, á un tiempo florido y solemne, como los cementerios del dia.

Sólo la España ha escaseado sus visitas á la tierra gloriosa que estuvieron ya á punto de conquistar para otros sus guerreros, en Cannas, bajo el más grande de los generales antiguos; que sujetaron á su autoridad ó á su influjo predominante, muchos siglos mas tarde, Pedro de Aragon y sus almogábares; Alfonso V, el Rey más letrado y militar de la Edad media; Gonzalo de Córdoba, el primero de los capitanes del Renacimiento, padre y maestro de los del mundo moderno; y Antonio de Leiva, encarnacion primitiva del espíritu moderno: soldado éste de fortuna que se eleva sobre los príncipes y los señores por la superioridad de su espada, hombre del pueblo que recibe á Cárlos V en las filas de una compañía de infantes, como más tarde la clase media, á que pertenecia, ha llegado á imponer á los monarcas sus opiniones y sus leyes. Ni tantos y tales recuerdos, ni el amor de las antigüedades clásicas y de las artes, que por sí sólo estimula á las demás naciones del mundo, han bastado para promover, á favor de Italia, la curiosidad que Francia, Inglaterra, Bélgica misma, excitan en los ánimos de los españoles. A las veces las emigraciones numerosas que en 1815 comenzaron á desolar nuestra pátria, han lanzado á las costas italianas centenares de compatriotas nuestros; pero devorados los unos por las pasiones políticas, incapaces los otros de apreciar bellezas que, para serlo, exigen algun estudio y preparacion literaria, poco han escrito que haya merecido en España, ó fuera de ella, los honores de la lectura.

Hay una relacion del «viaje de un español á Levante,» impresa en Nueva-York en 1833, que no deja

de contener oportunas observaciones acerca del estado político y administrativo de Italia por aquel tiempo; pero donde se hallan casi olvidadas las bellas artes: y otra de un antiguo y discreto periodista, tambien somera, y sin ningunas pretensiones de obra crítica. Esto y algun artículo aislado, ó tal cual alusion en obras de diversa naturaleza, á la residencia de los autores en Italia, es cuanto se ha impreso en nuestra lengua acerca de aquel país verdaderamente privilegiado. Ponz, que conocia perfectamente á Italia, no quiso aplicar á describirla el alto juicio que mostró en sus viajes artísticos por España, y parte de Francia é Inglaterra. Del viaje de D. Leandro Moratin á Italia, que tanto influyó en su estilo y gusto poético, no tenemos sino vagas noticias todavía. Y otro español insigne que pudo escribir de Italia con sumo acierto, no lo hizo: hablo de Azara, cuya memoria es cara en Roma aún, por su coleccion de las obras de Mengs; por la proteccion que otorgó á las de Winkelmann, en la clásica traduccion del arqueólogo Fea; por la amistad que le unió con estos hombres ilustres, lo mismo que con Alfieri, con Buonaparte, general de la república triunfante, y con todos los personajes ilustres de su tiempo. Estaba, pues, hasta aquí guardado para el Sr. Pacheco, poeta, orador, artista de corazon, tanto ó más que jurisconsulto y hombre público, romper esta senda no trillada, dando á luz en España un libro, y un buen libro, acerca de Italia.

Comienza su relacion este autor desde las faldas septentrionales de los Alpes, en la alegre y fértil Pro-

venza, donde disputa su gloria á Tiro, y usurpa el dominio del Mediterráneo á todas las ciudades marítimas de sus costas, la grande, incolora, próspera y codiciosa Marsella. Desde allí se encamina por las marinas á buscar el paso que abrió la naturaleza, desde la Península italiana al continente, entre las faldas de los Alpes y el mar; y en Niza, (1) saluda por primera vez la tierra italiana. No es allí, sin embargo, donde comienza á gozarse su belleza: Chateaubriand no la experimentó en el alma hasta que el viento empezó á agitar sobre su cabeza los álamos del Pó. El señor Pacheco, por otra via, por la celebrada via que corre paralela al mar, besando sus olas, y sobre precipicios inaccesibles, lo cual hace de este viaje uno de los más vários en emociones del mundo, fué á parar á Génova; y allí se halló ya con la verdadera Italia. No en verdad con la Italia clásica, artística, monumental, sino con la Italia de los siglos medios, con el municipio robusto, con la república gloriosa, con el antiguo puerto de los cruzados, y uno de los emporios antiguos del comercio oriental. Magnífico espectáculo es contemplar, desde la mar, fuera de la barra del puerto, el ancho recinto de montañas fortificadas en que guareció por tantos años la pátria de Colon su independencia. La pendiente que traen los montes, hasta hundir sus estribos en las ondas azules del Mediterráneo, está cubierta de jardines frondosos y salpicada aquí y allí de palacios

(1) Preciso es tener presente que este artículo se escribió hace diez años; por cierto, y sea dicho al paso, con erratas y omisiones numerosas.

de mármol; entre el mar y los montes se dibuja la estrecha y larga faja de la ciudad, coronada por las torres numerosas de sus templos; alegres lugarcillos extienden por la ribera sus millares de casitas blancas que, fabricadas siempre á la lengua del agua, parecen bandadas de palomas, que están apagando la sed. El señor Pacheco que ha contemplado aquel espectáculo, como el autor de estos renglones, lo describe ligera pero magistralmente; y dedica algunas palabras bien merecidas á la historia de la ciudad, á su estado presente, á sus edificios más grandiosos que bellos, y al ferro-carril admirable, que, atravesando las ásperas cordilleras del Genovesado, pone en comunicacion el gran puerto de Cerdeña con la linda capital de aquel reino.

La sola calificacion de linda, basta para calificar á Turin: no es una ciudad monumental, no es una ciudad artística, no es una ciudad italiana, rica en tradiciones municipales é históricas. Es la nueva capital de un nuevo reino: una esperanza, más que un recuerdo glorioso. Si algo hay que allí merezca recuerdo es la dinastía: antigua y valerosa raza, que hace tres siglos pensaba ya en la libertad de la Italia y en fundar sobre ella un imperio potente; nacida en las vertientes de los Alpes, y ya casi señora del Tesino, y de buena parte del Pó; leal y heróica, que sabe aún en nuestros dias morir como Cárlos Alberto por servir á la pátria, vivir como Victor Manuel para fundar la libertad. De política, pues, y con razon, habla el señor Pacheco al llegar á Turin: breve y con acierto como podia esperarse de su experiencia de hombre de Estado. Las páginas que

dedica al Rey, al conde de Cavour, ese ilustre político, que está enseñando á crear el gobierno representativo de un golpe en la más absoluta monarquía; al desenvolvimiento uniforme, geométrico, y por seguro maravilloso de la córte de Cerdeña; á las razonables esperanzas de la Italia, están escritas con juicio profundo, con grave estilo, con sumo conocimiento de la situacion de Italia y del mundo. Ellas terminan el libro primero de la obra, dejando en el lector vivo anhelo de comenzar el siguiente.

Trata éste de Liorna, Pisa y Florencia. No hay cosa más diversa que los sentimientos que excitan en el ánimo la primera de estas ciudades y las otras dos, gracias al camino de hierro, separadas hoy de ella por breves momentos. Pocos dias hace que el autor de este artículo experimentó una diversidad semejante de impresiones yendo de Madrid, por el ramal de ferro-carril recien concluido, á la vecina Toledo. Pueblos apartados por la historia, por las costumbres, por las opiniones, por el carácter de los lugares, de los edificios, de los habitantes, se reunen ahora á vivir en comun, por medio de las barras de hierro que atraviesan sus campos; y parece como que se espantan de verse juntos. Así acontecerá siempre al ir á Toledo, desde la villa afortunada donde se retiró con su trono Felipe II: así acontece al ir á Pisa, más que á Florencia todavía, cuando se deja por ella la bulliciosa, juvenil, y comerciante Liorna. Preciso es decir que en estos contrastes la desventaja para el vulgo está siempre en las ciudades antiguas, ménos relucientes, ménos anchas, ménos dotadas tal vez de comodidades. Para

el literato y el artista, para el señor Pacheco, por ejemplo, la cosa es de todo punto diversa; y él, que ligeramente habia pasado por Liorna, se detiene, juzga y discute en Pisa, estimulado por la ciencia, por la admiracion, por la razon misma, que se reposa tranquila y majestuosamente en los monumentos, cuando ellos son legítimos hijos del arte. ¡Ah! Los que hemos estado en Pisa podemos reclamar con justo título el privilegio de comprender todo lo que dice, todo lo que indica, todo lo que calla el señor Pacheco en su libro acerca de aquella ciudad moribunda. ¿Qué es de la antigua rival de Barcelona y de los reyes aragoneses? Cumplida está ó poco ménos la maldicion terrible de Ugolino:

¡Ahi Pisa, vituperio delle genti
Del bel paese la' dove'l sí suona;
Poiché i vicini a te punir son lenti;
Muovansi la Capraia e la Gorgona,
E faccian siepe ad Arno in su la foce;
Si ch' egli anneghi in te ogni persona!

Solitarios los muelles soberbios del Arno, y desiertas sus *Cascine*, alamedas soberbias donde pastan camellos desde que, de vuelta del Asia, los trajeron los cruzados, crece el césped en sus calles, y en la misma plaza de los monumentos, donde se levantan á un tiempo el *Duomo* y el *Battisterio*, la torre inclinada, donde estudió la gravedad Galileo, y el *Campo santo* que encierra en sus galerías ojivales, más vastas y más puras, pero ménos ricas que las españolas de *San Juan de los Reyes*, los grandes frescos de los pintores amigos ó contemporáneos del Dante, y

cuantas reliquias clásicas se han hallado en aquella parte de la antigua Etruria. Dice bien el Sr. Pacheco, que están en aquel lugar mal colocadas las reliquias paganas. Hace bien cuando coloca la catedral como el *Battisterio* de Pisa entre los primeros monumentos de Italia. Si estos renglones estuviesen destinados á ser algo mas que un artículo, sería ocasion de exponer sus juicios, de confirmarlos, de contradecirlos tal vez en alguna parte; más no es lugar ni hora de tanto. Leed, si quereis tener la idea clara que puede dar un libro de tales monumentos, el que ha publicado el Sr. Pacheco, que es modelo de exactitud y de gusto en todas sus descripciones; pero si deseais más, si teneis proporcion de satisfacer vuestro deseo, id á verlos: se engrandecerá vuestro espíritu, y se establecerán en él nociones de belleza desconocidas: el viaje de Italia es el primero de los viajes, y en Italia ocupa por su mérito la solitaria y silenciosa Pisa un puesto muy alto.

Pero cuando una vez se ha penetrado en el corazon de la Italia, y el alma ha comenzado á gozar de sus delicias, sucédense rápidamente las sorpresas, las ocasiones, los objetos de entusiasmo. Despues de Pisa está Florencia; como más allá, el viajero que prefiere cruzar los montes á seguir la orilla del mar, encontrará á la romántica Siena, á Orvieto con su preciosa catedral gótica, á Viterbo; y luego en medio del llano, á Roma, la metrópoli del mundo pagano. No hay un punto de reposo para el espíritu: se siente siempre ó se piensa segun el caso: se vive de todos modos, más que en parte alguna en Italia. La des-

cripcion de Florencia del Sr. Pacheco nada deja que desear, si no es algun mayor número de páginas para que fuese más minuciosa y completa. Y no se contenta con describir, sino que, exaltada la clara inteligencia del viajero á la vista de los templos, de los palacios, de los lienzos, de las estátuas que llenan las calles, las plazas, los salones, el recinto entero de Florencia, se lanza espontáneamente á juzgar, á apreciar, y de allí á establecer la teoría de las artes, discutiendo, y resolviendo los más difíciles problemas que ellas han dejado en su historia. «¿Cúal fué el orígen de la arquitectura bizantina? ¿Cúal el de la gótica? ¿Qué significa el *Renacimiento*? ¿Puede decirse que la gran revolucion, con este nombre bautizada, fuera de todo punto ventajosa para las artes?» Hé aquí algunas de las cuestiones que plantea el Sr. Pacheco en su libro. Sagaz, entendido, leal discutidor de cosas discutibles y discutidas de contínuo, el viajero español merece leerse, merece estudiarse, merece en fin que sus observaciones se tengan en cuenta en cualquier controversia de este linaje.

No todos estarán conformes con sus opiniones: ¿lo está por ventura con todas ellas el autor de este artículo? Pero nadie podrá dejar de reconocer, si la malevolencia no le ciega, que la obra del Sr. Pacheco contiene exactas y profundas observaciones, y que él merece un lugar, de los primeros, entre los que han discurrido en España hasta aquí de bellas artes. Conoce el autor en toda su extension los problemas, los plantea con claridad suma, los discute con lealtad, los resuelve con acierto casi siempre, con error

tal vez alguna, como sucede, y no puede ménos de suceder en materias, tan íntimamente relacionadas con la metafísica y con la crítica histórica. El autor de este artículo cree, por ejemplo, que la arquitectura bizantina no es exclusivamente una degeneracion de la greco-romana, como el Sr. Pacheco afirma en su libro: cree en lugar de eso, que es una mezcla de aquel género de arquitectura, con la manera oriental que el autor del libro de *Italia* reconoce en el género llamado gótico hasta ahora. Mezcla, si no comenzada, autorizada y extendida cuando hubo que edificar sobre la antigua Bizancio la ciudad de Constantinopla, por salir al encuentro de los bárbaros enemigos del imperio. Y lo cree porque ha hallado en las torres bizantinas de las iglesias de Roma el agiméz gracioso y de cierto oriental de la Alhambra; porque en los cláustros de San Juan de Letran y de San Pablo en Roma, ha visitado las mismas galerías de pequeñas columnas de mármol, ora pareadas, ora solas, con la propia variedad de capiteles, con la misma falta de basas, con igual gusto en las incrustaciones de azulejos ó piedras cocidas de distintos colores, con el mismo carácter de mezquindad graciosa que tiene en sus decoraciones de riquísimo conjunto la arquitectura árabe. Y parécele más claro esto aún, comparando los edificios orientales que hay en España, el Patio de los Leones, la catedral de Córdoba, el Alcázar de Sevilla, con las várias obras que existen de estilo y carácter bizantino, tales como los grandes cláustros citados de Roma, y el de San Pablo del Campo en Barcelona, ó la iglesia de San

Juan en Baños, obra indudable de Recesvinto, en cuya puerta campea ya el arco de herradura, que muchos tienen por peculiar del estilo árabe. No hay que dudar á mi juicio que ambas formas del arte reconocen un mismo orígen, y llegan á ser poco ménos que idénticas á las veces. Nada más fácil de concebir, por otra parte, que un enlace verificado en las fronteras del imperio romano entre la arquitectura del Pantheon y la de las ciudades asiáticas, ratificado, autorizado, elevado á nueva escuela en los tiempos de la traslacion á Constantinopla de la silla imperial. Hijo legítimo de este enlace pudo ser el género llamado gótico, cuya forma fundamental, la ojiva, tambien campea á un tiempo en la Alhambra, y en los tabernáculos bizantinos de las basílicas de Roma. Pero insensiblemente la pluma se va detrás de un capítulo de libro, y es fuerza hacer alto. Decia sólo, y pretendia probar, que en materias de esta naturaleza, caben muchas opiniones diversas; pero ellas no quitan, no pueden quitar su importancia, su general evidencia, á las que con raro talento profesa y sostiene el Sr. Pacheco en su obra.

En el libro II de ella, acaba la descripcion de Florencia: y el autor se separa con sentimiento de *Santa María de las Flores*, del campanario del Giotto, que juzgaba digno de ser guardado en una urna Cárlos V; de la Vénus de Médicis, del Apolino, de las Niobes, de la pláza del Duque, y de los puentes maravillosos del Arno, para volver á la mar, á Liorna, á Civita-Vecchia, y de allí por fin á Roma.

Por el mar tambien, aunque por otro camino, se dirigió el autor de este artículo á Roma, en el otoño de

1855, donde halló aún al Sr. Pacheco y á su infortunada esposa, vecina ya del sepulcro, que habia de devorar en un dia, encantos dignos de ser admirados por siglos. Tiernas son las palabras que el Sr. Pacheco consagra á su memoria en algunas páginas del libro; más son que tiernas merecidas, y es poco decir en su elogio. Con ella, admiró el Sr. Pacheco por primera vez la cúpula de San Pedro, que se levanta sobre el *agro romano*, el *ager* del derecho civil por excelencia, dominando todas las maravillas del paganismo, y todas las grandezas de la ciudad cristiana. ¡Soberbia vista la de aquella ideal montaña de piedra, que supera á las que la naturaleza formó en sus contornos, y rivaliza, al parecer, con las cimas lejanas, donde se anidan las nieves perpétuas! De noche, cuando se dibujan con luces de color sus jigantescos perfiles, en las dos grandes festividades de la Pascua de Resurreccion y de San Pedro, es la Cúpula sin disputa el más grande de los espectáculos que puede proporcionar la mano del hombre. Y á todas horas, para los que vagan por la desierta campiña romana, es el fanal que indica perpétuamente dónde están las llaves del cielo, que otorgó el mártir del Gólgota á su primer apóstol: dónde la cabeza de esta civilizacion triunfante, que han levantado los siglos sobre los escombros de la primera civilizacion vencida.

Alrededor de aquella inmensa mole cristiana, yacen humillados estos antiguos escombros: foros, anfiteatros y circos, palacios y térmas, hoy descarnados esqueletos de piedra: y hay una iglesia á lo ménos sobre cada grandeza destruida: una cruz en cada lu-

gar de prostitucion ó de gloria profana. Esa es Roma, tal como la ha visto el Sr. Pacheco: tal como la he estudiado yo propio en veinte meses de residencia contínua.

Ni el libro de que se trata, ni otro alguno os dará ¡oh curiosos lectores! una idea clara de lo que ella es, si no vais á verla con vuestros ojos mismos. Pero yendo, hallareis en éste un compañero discreto, que os ayude á sentir y á pensar con el poderoso espíritu de su autor, y su anticipado conocimiento de los sitios que visitais: no yendo, él os aguijará á ir incesantemente, y os dará en rostro con vuestra pereza ó mal gusto, si preferís á esa expedicion solemne y casi indispensable, las vulgares romerías á que solemos dedicar en España el Estío. Dos libros enteros ha consagrado el Sr. Pacheco á Roma y sus fiestas, y no hace más, sin embargo, que un elocuente resúmen de lo que allí encuentra y admira, cuando tiene ojos para ver, el viajero.

¡Lástima grande que no haya ido más allá de Roma en sus excursiones el Sr. Pacheco! Tendríamos completa una obra de que carecíamos hasta ahora, y que, áun como queda, es ya una joya literaria de gran precio. Tal vez el autor se decida antes de mucho á visitar á Venecia, á Milan, á Nápoles, á Bologna. Así cumplirá la promesa escrita en la última página de su libro. Lo deseo por lo mismo que he leido y he podido juzgar el que da ocasion á estas líneas. Lo deseo por lo mismo que tanto se echan de ménos los libros españoles destinados á describir aquellas nobles provincias, que eran hermanas nuestras no hace más que

siglo y medio, y con nosotros compartieron la suma de las prosperidades, ó el extremo de la degradacion y de la desdicha. Lo deseo, últimamente, por amor á la Italia, por cariño al Sr. Pacheco, á quien me complazco en respetar como maestro, y en admirar como lo que es: como uno de los hombres cuyo talento más honra á su pátria. ¡Quién sabe si al propio tiempo que el Sr. Pacheco compone su nueva obra me resolveré yo tambien á escribir algunas humildes páginas sobre Italia! Inferiores serán en mérito á las suyas; mas no haya miedo de que falte materia para que parezcan originales ó nuevas. ¿No he dicho ya que son inagotables los sentimientos que inspira la Italia? (1)

Esto no es fácil comprenderlo sin visitarla y leer todas sus descripciones; pero cuando así se ha hecho, ni siquiera es posible dudarlo. En cada una de las góndolas que durante la noche surcan silenciosamente los angostos y oscuros canales, que dan paso de la plaza de San Márcos y los teatros á los *hoteles* situados sobre el *Canal Grande,* se puede albergar un pensamiento, una meditacion, el asunto de un libro diverso, original, extraño, sobre la ciudad de las lagunas, sus tradiciones, sus monumentos, su belleza solitaria. Y no es fácil suponer que pasen por dos distintas cabezas idénticas, ó siquiera parecidas imaginaciones, cuando desde la cumbre de Posílipo contemplan los ojos el golfo á que Nápoles dá nombre, y

(1) La muerte ha impedido al Sr. Pacheco llevar adelante su propósito, con sentimiento de todos los amantes de las letras y las artes.

las islas que allí bordan el manto azul de la mar: de un lado Capri, teatro de las lascivias de Tiberio; Nísida de otro, donde ocultó Bruto los remordimientos de la muerte de César; Ischia allí junto, donde aún habitan mujeres griegas. Ni basta un libro sólo para encerrar en él cuanto puede inspirar al ménos versado en las historias romanas aquella costa de Baia, que presenció los mayores de los crímenes de Neron, el naufragio fingido primero, el asesinato más tarde de su madre; aquel lago Averno, selvoso y siniestro, coronado por las colinas que encierran en sus entrañas la cueva pantanosa de la Sibila, donde Virgilio colocó la accion del más sublime de sus libros; aquella tumba sombreada de sáuces, á la cual disputa la crítica implacable de nuestros dias, el honor que le otorgaron los siglos de contener los huesos del gran épico latino; aquel monte Nuovo levantado á la vista de nuestros padres por uno de los volcanes pasajeros, que abre á cada paso en las costas meridionales de Italia, desde la cuenca del Tíber hasta las bocas pavorosas del Etna, el fuego generador del universo; aquel otro monte, en fin, el Vesubio, que incendia los aires de vez en cuando todavía, dando orígen á la vegetacion más poderosa, y calor, y tal vez vida, á los más vigorosos ingénios de la Tierra.

Por lo que á mí toca no sé si en un libro entero acertaria á expresar cuanto he sentido allí ya, ó espero sentir alguna otra vez todavía. Porque, á la verdad, por nada del mundo querria merecer con justicia aquella sentencia del más discreto quizás de los modernos viajeros franceses: «El que ha estado una

vez en Italia, y no vuelve, no era digno de haber ido á ella nunca (1)». Si no vuelve allá alguna vez, por su parte, el que esto escribe, por fuerza mayor ha de ser y dificultad verdaderamente invencible: que él mismo, de otro modo, no acertaria á perdonárselo jamás.

---

(1) Véase lo que dice en su prefacio Mr. Valery, que es el autor á quien aludo: «*Il est difficile de ne faire qu' un seul voyage en Italie; et celui qui n' y serait point retourné, ne serait guère digne d'y avoir été*». (*Voyages historiques, literaires et artistiques en Italie. Tome I. Paris*, 1838.

II.

LA ARICIA.

LA ARICIA.

APUNTES DE UNA VILLEGGIATURA EN EL LACIO.

I.

Apartad la memoria de Italia, oh mis lectores, si no sentís el amor de lo antiguo. No arribeis nunca á sus playas bonancibles, no contempleis jamás las obras insignes de sus hijos, no leais siquiera un libro escrito por quien haya meditado á la sombra de sus arboledas, ó de sus bóvedas en ruina. Nada hay allí para vosotros, ni en los campos, ni en los monumentos, ni en las memorias. Dejad, dejad á Italia.

Pero si amais lo antiguo con filiales amores; si soñásteis alguna vez en la infancia con las sagradas encinas del Annio, y con los álamos fabulosos del Pó; si habeis aprendido á compadecer á Lesbia desolada cuando lloraba la muerte del ave deliciosa que inspiró celos á Catullo, y habeis oido con Virgilio ge-

mir indignado en las sombras aquel virginal espíritu de Camila, que murió de flecha troyana, defendiendo el suelo ya codiciado de su pátria; si son capaces vuestros ojos de seguir en los mármoles lunáticos ó penthélicos, las líneas impalpables del Antinóo de Villa-Albani ó de la Venus Capitolina; si al visitar las gradas musgosas de los teatros paganos, habeis echado ménos en ellas los lamentos de Fedra mal enamorada[1], ó los celos no bien fundados de Anphitruo, entónces id á Italia, y recojed sin miedo sus memorias, que ellas producen deleite, áun contadas por peregrinos autores, y en lenguas de bárbaro sonido.

Ni es menester para que goce la fantasía con estas dulcísimas cosas pasadas, el que se conserve siempre á Roma delante de los ojos, ó se fatigue sin cesar la mente con la inmensa pesadumbre de sus singulares ideas, y hechos. No, no hay que buscar sólo las colosales reliquias de aquellos huertos salustianos que un dia asolaron nuestros padres godos, llevados del instinto fatal de Alarico; el pórtico del Pantheon, las galerías del amphiteatro Flavio; arcos, monólithos, puentes, palacios y cloacas: cuanto queda en suma de la ciudad que ha reconcentrado en sí por dos veces el espíritu del género humano. Salid de Roma por una de sus puertas, aquella, por ejemplo, que se abrió al paso de las hordas implacables de Totila: la via Appia está allí todavía, y, por entre sus paralelas filas de sepulcros, conduce á los montes azules que limitan por la parte del Sur la Campaña romana. Antes de muchas millas comienza á irse borrando lentamente la

huella de las grandezas únicas del pueblo esclavo y rey, que llena con su sólo nombre lo más de la Historia. Y no se tarda grande espacio luego en hallar lugares de nombre humilde, la Aricia, sin ir más léjos, donde se alivie el ánimo cansado de asombros y de inmensidad en la metrópoli.

La vieja vía, desigual, sinuosa, estrecha, con sus grandes piedras lisas en el suelo, y sus sepulcros mutilados, llega aún poco ménos que intacta desde Roma hasta la entrada de la *valle Aricina* ó valle de Aricia, situado á ciento veinte estádios de la metrópoli, al pié de altas colinas, estribos de los montes latinos: en la vecindad del mar, que lo orea con sus brisas apacibles, y en el lecho de un lago ya exhausto. Desde este lugar se recuerda sin querer á la Roma cristiana, porque ha levantado en él fábricas de grandeza antigua. Vénse así, de una parte, los montes enlazados unos con otros, por viaductos colosales de piedra amarillenta, que matizan acá y allá la verde alfombra, que forman con sus hojas las hayas y los castaños enmarañados. Sobre cierto montículo aislado, álzanse, por otra parte, las torres y muros del castillo feudal de los *Savellis*, uno de aquellos que prolongaron por algunos siglos la agonía soberbia del patriciado romano: cedido ya sin reparo á los aguaceros y á los vientos: envuelto ya como un cadáver en ancho sudario de ortigas ó hiedras. Ostentan por do quiera, en fin, sus verdes *villas*, Albano ó Genzano, miéntras que el valle esconde á medias, entre sus yerbas frondosas, las blancas casillas de los rústicos que labran el noble solar de la Aricia. Vanamente, en tanto, buscaria ya en estos sitios el pe-

regrino aquel *hospitio modico* que disfrutó Horacio, cuando cruzaba por allí el camino de Roma á Brindis, con la esperanza de encontrar á Virgilio y Mecenas; y de asistir á la intentada reconciliacion de los ambiciosos caudillos, que luego representaron sobre los mares la trajedia sangrienta de Actium.

Un gran sepulcro, de incierto nombre, sombreado por las encinas seculares de la vía Appia, que, rota en pedazos, sube ya y baja por allí, con frecuencia, ménos pesada por eso para los tardos, que para los presurosos, segun la expresion del viandante poeta: tal cual paredon formado de sillares sueltos: algunas piedras volcánicas, que rodando de las celdas ó sarcófagos destruidos, angostan á lo mejor el ándito de la célebre vía, en no poca parte ya desempedrada; indican sólo hácia el camino viejo de la Aricia la vecindad de la ciudad antigua. Luego á los pié de la roca celebrada de Strabon por su fortaleza, se levantan, de una parte, gruesos murallones destinados á impedir que ella misma se desplome en el llano, y se abren, de otra, cuevas profundas, de las cuales sacarian quizás los aricinos piadosos el material de sus casas y templos. Y gracias si entre las tapias groseras de alguna casa de labor se distinguen todavía hileras sobrepuestas de labrados sillares, que señalan al humilde edificio más hidalgos principios: gracias si algun arco aislado, y medio oculto en los cañaverales, dá ya indicio de los acueductos, que debian de conducir el agua pura de los montes, á aquella poblacion latina, de griega extirpe, que era ya de por sí grande y famosa, cuando el vuelo de unos buitres designó á Roma

el fundador del imperio, que osó en vano ella disputarle por armas.

Todavía se conservan algunas almenas en lo alto de la roca de la vieja ciudad, que fué en tal contienda, ni más ni ménos que el resto del mundo vencida, y por entre ellas asoman las torrecillas de un templo. Pero estas almenas no son ya aquellas que embotaron un dia la lanza del hijo de Porsenna, cuya tumba domina por cierto con sus agujas cónicas los árboles de la selva cercana; y el templo no es en verdad tampoco el de Diana Aricina, rival un tiempo de otro próximo, y famoso, que fundó el vengativo Orestes, en medio de los bosques *nemorenses*, que dan sombra á Nemi todavía: sobre el lago que tuvieron los antiguos por particular espejo de la Diosa nocturna. Negro y misterioso palacio feudal, modesto templo y campanario cristianos, humildes caseríos, notables no más que por la belleza perenne de los campos aricinos, montones de sillares medio ocultos en las arboledas, hé aquí en conclusion lo que reemplaza, como en el llano en la roca, á la ciudad destruida.

Viven, sin embargo, todos aquellos lugares animados por las más hermosas de las tradiciones, y por las más interesantes de las historias. Y vive en ellos la Aricia misma, como el Hércules despedazado de Belvedere, ó las mutiladas Parcas del Parthenon, mostrando, no sin orgullo, al viajero los restos á un tiempo exiguos y grandiosos de su belleza clásica, y despertando en él, sin cesar, las memorias con que recrean la fantasía, cada una de sus piedras, ó cada una de sus colinas: sus fuentes, sus prados, y aquella

naturaleza entera que, cual madre cariñosa y doliente, parece que esté echándola de ménos todavía.

II.

Con solo apartaros ya algunos pasos de esta aldea de la Aricia, podriais burlar los ardores del sol en la selva donde celebraban sus juntas los pueblos latinos, famosa no ménos que misteriosa y oscura; ó debajo de aquellos peñascos titánicos, y casi suspensos en el aire, por donde se abre paso el agua que, con el propio nombre de la selva, llámaron los antiguos *Ferentina*. Podríais, cerca de allí, contemplar asimismo desde el sepulcro de Pompeyo la campaña de Roma, interrumpida de vez en cuando por la corriente del Tiber, no turbia desde lejos sino relumbrante; y por las ondulaciones suaves de sus colinas de arena volcánica, coronadas de obeliscos en la metrópoli: con la cual, y el mar á poniente, y á levante los montes sabinos y las nieves apeninas, se cierra el húmedo y verde llano por todas partes. Podriais sentaros, por último, en los escombros que quedan de la pátria infeliz de los Curiacios, y seguir desde allí los surcos de la barca pescadora en las tétricas aguas del lago Albano, ó esperar allí las nieblas que suben todos los dias á visitar los bordes de su taza verdinegra, como si humease aún en el fondo el volcan extinguido.

Mas si por ventura anhelais por nuevos ó más extensos horizontes, poco teneis que apartaros tambien del lago, para subir por sendas estrechas, abiertas entre los bosquecillos de bojes y laureles, á las v

montañas pobladas de mariposas y de violetas, de donde se alcanzan muy bien á ver el mar tranquilo y azul que trajo á la vecina Laurentum, las naves de Eneas, y el promontorio de Circe, solitario en medio de las aguas, desde que no se levanta sobre las copas de sus encinas siempre verdes, el humo de los palacios de la hija del sol: pérfida huéspeda y amorosa amiga, en cuyo lecho maravilloso olvidó por un año cumplido Ulises, con ser tan sábio, esposa y reino. Un poco más allá, y del otro lado, están Neptuno, Antio, Ostia, y la *Isla Sacra,* que estrecha cada dia ménos, entre sus viejos, brazos el Tíber. Todo el teatro, en resúmen, de los primeros siglos de la historia de Roma.

Camila y Eneas, Turno y Porsenna, cuando no Circe, Diana ó el Sol: héroes, magas, diosas y dioses: tales son todavía los señores de esta tierra del Lacio, y los huéspedes secretos de sus clásicas campiñas. Que inútilmente invoca el viajero, en los hogares desiertos, creencias diversas de aquellas que alimentaran á sus dueños al nacer, y llevaron consigo á la tumba. Los campos latinos son idólatras como antes, hoy en dia; y los que gustan del sentimiento inefable que ellos inspiran, tardan poco en no espantarse de costumbre ó misterio alguno gentílico. No en vano protegió un dia á todas estas colinas y á todos estos valles floridos, desde la cumbre excelsa del Monte Cavi, ni ménos feliz, ni ménos enamorado, sin duda, que el de cualquiera otra tierra el *Jóve latino.*

III.

Y cierto que sería de ver, la Aricia idólatra, en los alegres dias de su esplendor, há quince siglos. Deliciosamente extendería ella entónces por el llano sus casas pintadas de uno ó dos pisos, y sus calles rectas y limpias, que por aquí y por allá las repartirian en islas paralelas, aunque desiguales, con liso pavimento de polígonos basálticos, y altas aceras enlosadas de piedra albana; que si hoy se echan de ménos en Roma misma, no faltaban á la sazon en las ciudades más modestas de Italia. Ni serian ménos gratas de seguro, sus casas, aparentemente silenciosas, sin balcones ó miradores, ni otra comunicacion que pequeñas ventanas en el piso alto; pero risueñas en lo interior, y cómodas sobre todo encarecimiento, cuando el sol, que en invierno tiene siempre rayos benéficos para aquel clima, reinase como señor absoluto por los espacios, en los lánguidos dias del Estío.

Nada más natural que sentirse poseido de un estro extraño, *del estro de la restauracion*, al pié de aquellos paredones hoy negruzcos, y encima de los escombros de tantos ornamentos ya desfigurados. Y los recuerdos vivos y palpitantes de Pompeya ó de Ostia, de allí no distantes, hacen no muy difícil en la Aricia misma, que la imaginacion restaure con exactitud las fábricas deshechas ó muertas. Si algun viajero observa por breves momentos los montones de ladrillos romanos todavía acá ó allá reunidos, hácia la banda del mar,

luego suelen aparecérsele de repente en la fantasía las fábricas y las casas enteras. Imagínaselas en los rigores de estío con su vestíbulo ó portal abierto, para que libremente entrase la brisa, y se derramára por un átrio modesto, en cuyo *compluvium*, ú ojo de pátio, solia servir de surtidor la flauta de un sátiro de mármol, condenado á no sacar de ella otros sonidos que los del agua manante. Mucho debian de contribuir al fresco ambiente en estas casas, hoy fantásticas, los rosales nacidos en el pátio mismo, al amor de las fuentes, y el toldo ó *vellarium* de lino mojado, con que se acostumbraba encubrir el cielo en las más calientes de las horas. Pero sobre todo podrian dar con la sola vista frescura los jardincillos plantados en las azoteas ó galerías, que corrian á las veces por la techumbre de los cuatro lados del átrio; con aquellos largos brazos de hiedra ó de parra, que desde lo alto se dejaban por lo comun caer hasta el suelo, ora enredándose al paso en las columnas de nítida piedra que sustentaban las azoteas, ora besando las pinturas sencillas del pavimento mismo, formadas en mosáico, con piedras marinas negras y blancas. No ya fácil, sino hasta óbvio puede serle imaginar todo esto en un instante al viajero que, en vez de haber nacido en alguna de las casas rústicas de Suiza ó Flandes, haya visto por dicha la luz, en cualquiera de los lugares frescos y frondosos de la Bética antigua ó moderna.

Porque verdaderamente no hay más que ver en los vestíbulos y átrios de Pompeya, que lo que se halla en los portales y patios de aquella region igualmente afortunada. Tanto en las casas de la una como en las

de la otra parte, suele haber un lugar abierto al cielo y á las lluvias, que contiene de ordinario una fuente, madre de plantas y flores: lo propio en aquellas que en estas, solian estar coronados los techos de *pergulas* ó azoteas, destinadas á mezclar las hojas y aromas de sus enredaderas flotantes con los aromas y las hojas, que engendraban fácilmente, las fuentes, en los arriates del átrio: allí cual aquí, se velaba el cielo en las horas de siesta con anchos toldos de lienzo ó de lino: aquí cuanto allí están los pátios empedrados con guijas ó piedrecitas de colores, y colocadas tambien en los pátios por todos cuatro lados, las habitaciones de los dueños. Los pátios de Pompeya, como al parecer los de la Aricia, que estoy restaurando, eran sin duda más ricos en columnas y ornatos, áun los humildes, que los más ricos y preciados de Sevilla; bien que ninguno en particular lo fuera tanto, cuanto el pátio de los *Leones* de la Alhambra. Este sí que es un verdadero *atrium* ó *cavaedium*, con su *impluvium*, y tal vez con su *tablinum* ó sala de recibir, con su *triclinium* ó comedor, con su fuente, con sus arriates ó jardincillos de arrayanes. Son unos templos, en suma, dedicados á las náyades caseras, enemigas del sol de Mediodía, las casas ó palacios que se alzan todavía en los contornos de Dauro y Guadalquivir, ni punto más ni punto ménos que en otro tiempo lo fueron las fábricas, que bañaban el Sebeto, ó los lagos latinos. Y lo único que falta en las casas cristianas de la Bética, y se echa tambien de ménos en sus palacios muslímicos, que son las estátuas ó figuras humanas representadas en los capiteles, en los muebles, en

todos los objetos clásicos, consiste en que no ha alcanzado aún á alimentar por allí las almas aquel dulcísimo espíritu griego que embelleció, cuando faltaron Temistocles en los mares y Leónidas en los desfiladeros de la Grecia, hasta los yelmos mismos, y las propias espadas con que Paulo Emilio ó Syla subyugaron á los Estados helénicos.

Ni es más árduo que la apariencia de los lugares, representarse en la mente, de consuno, las hermosas mujeres que solian poblarlos. Cualquiera puede figurárselas todavía, entretenidas en sabrosos discursos, ó reclinadas á la par todas sobre el pilon de las fuentes y jugueteando con sus linfas y peces pintados. Niñas de ordinario hermosas y esbeltas como las ninfas danzantes de los frescos pompeyanos: mal envueltas en sus togas ligeras de lana y seda, teñidas ora en púrpura de color de sangre, ora en aquel verde color de yerba, que en lo antiguo contentaba más que otro alguno las vanidades femeniles: no bien abrigadas tampoco con sus túnicas de lino, más cortas que largas, holgadas por el cuello, y abiertas además en arco por la falda, hasta el punto de dejar ver ó entender muchos de los encantos que estaban destinadas á cubrir cuando la temperatura ó la ocasion lo exigiesen: con cintos todas de púrpura, todas con sus sandalias de rosa y oro, y sus abanicos semicirculares: iguales trajes, con poco desemejantes edades, en suma, y personas de diverso género de hermosura. Si algun pasajero oia sonar quince siglos hace, en aquellas alegres mansiones, las cuerdas de una cytara rasgueada, ó el estrepitoso repiqueteo de unas castañuelas, *á la malagueña*, luego,

sin duda, alzaba los ojos al dintel de la puerta; y allí, entre los signos desnudos del placer, solia mirar escritas, y leer sonriéndose, estas palabras tentadoras: «*Hic habitat felicitas*.»

IV.

¡Felicidad! Aquí sí que se pára, y duda ya la mente. ¿La darian mayor, acaso, aquellos lugares con sus mujeres hermosas entónces, que esa que, desiertos y cubiertos de yerba, ofrecen al viajero al presente? ¡Quién sabe! Lo cierto es que no parece que baste el deleite de los sentidos, que todos los tiempos igualmente han procurado, con nombres ó ficciones distintas, para dar felicidad en la tierra. Necesítase tambien, segun se vé, alimentar otra cosa, que es el alma. Fácil prueba presenta, entre otras mil, la historia de Serena; jóven y hechicera huéspeda de la Aricia, que la tradicion conserva fielmente todavía.

Como Tisbe en el moral teñido con la sangre de su precipitado amante; como Dafne en el tronco del laurel sensible aún, por lo que dicen, al tacto de Apolo; como la última de las Nióbides con los cabellos esparcidos sobre el lecho de sus hermanos sangrientos, bajo la túnica de su madre desolada, cayó sin saber por qué un dia la dicha Serena, en el sueño misterioso de la muerte. Y era ella hermosa como la propia Serena de Stilichon; y tal vez como esta misma, habia sido criada por las Horas con leche olorosa, y educada tambien por las Gracias. De ojos negros, expresivos, ardientes, nada tendrian que envidiar ninguna de las

dos Serenas, ni á la Vénus triunfante, ni á la Psíquis abandonada de los mármoles griegos: cual estas lucirian una y otra delgados y flexibles talles; pero serian más breves que los de las divinas estátuas sus piés mortales: que fué belleza esta de los piés no tan bien comprendida cual otras en el ideal clásico. Y aún es de creer que fuesen entrambas Serenas amigas de las Musas felices, que acarician á las almas buenas; y opínase por lo comun en la Aricia, finalmente, que eran las dos hijas del dulce suelo bético, donde al decir del poeta vienen los astros á descansar de sus fatigas, y sólo se enviaban por tributos á Roma grandes Emperadores, en vez del oro vil que remitian sumisos los demás pueblos. No debió ser indigna de consiguiente la Serena de la Aricia tampoco, de que celebrase sus dichas Claudiano.

Pero el destino fué avaro por demás con ella, cortando en flor su vida tierna, que parecia para siempre consagrada á los placeres. Alto y sutil espíritu, mal avenido con los placeres sensuales con que la brindaban su suerte y su época, Serena buscaba en vano alguien que fuese digno de un amor más hondo, más completo, más puro, tal como ella lo sentia, en su corazon y en su mente á un tiempo mismo. Pensó hallarlo al cabo; pero fué por su mal en uno de aquellos adeptos melancólicos de Jesús Nazareno, que comenzaban entónces á aparecer en el gentílico Lácio. Y él no quiso amarla, porque era pagana ella; y ella no pudo resolverse á servir á Cristo por no abandonar á Diana, que tantas largas noches habia hecho compañía á sus sueños virginales, ni á las ninfas que

habian cuidado tanto de su niñez en las riberas de los rios de su pátria.

¿Y qué? ¿Esto os espanta, mis lectores, por ventura? ¡Ay, ojalá que desde lo alto de las colinas albanas hubiérais cual yo visto morir al sol en las bocas del Tíber, y colorir con sus últimos resplandores el *agro romano*, ó que, internándoos tras de mí en la selva aricina, hubiérais podido asistir siquiera á un lleno de luna en el lago de Albano! ¡No desdeñariais tanto los misterios de aquella religion vencida! Tal vez entónces habriais sospechado, como Serena en lo antiguo, que las hojas de los castaños no eran siempre agitadas del viento, sino movidas con frecuencia, al paso, por los traviesos Fáunos fugitivos; habríais cual ella misma imaginado que en los lechos de las fuentes se reflejaban á las veces purísimos torsos, y contornos suaves de ninfas ocultas; y al ver desde la torre solitaria de Nemi el vagar de la luna por aquellos lugares sagrados, ya parándose en las puntas de los riscos, ya meciéndose en las copas de los pinos flotantes, besando despues las orillas del lago, reclinando por último en el seno de éste su rostro blanco, prestariais tambien algun crédito á los amores de la Diosa con el cazador dormido; y ó hubiérais creido en Diana cuanto Serena, ó habriais maldecido por lo ménos, cual he maldecido yo propio, al scita, vándalo ó godo que destruyó allí sus templos.

Mas ya que no fuese amada Serena, tampoco dicen que tuvo que sentir la lenta muerte, que dá á muchos el harpon de los celos. Su ingrato nazareno acabó mártir y santo la vida; y Serena, si no miente en ello la

tradicion constante de los *aricinos*, se dió á sí propia la muerte al uso pagano, ó con el zumo de yerbas ponzoñosas, ó quizá, como otra Cleopatra, con la mordedura secreta de un áspid. Y murió de tal suerte sin que le aprovechasen ya las hogueras con que pretenden ahuyentar los labradores el aire de las lagunas Pontinas que sube del llano á envenarles tambien sus hijas: niñas asimismo pálidas y sensibles, de ojos oscuros y oscuros cabellos, cubiertos de cándidos cendales, que todavía recojen á la mañana lirios silvestres entre las anchas piedras de la *Via Appia*, y á la tarde van á depositarlos en vasos de colores á los piés de la *Madonna de Galloro*, pintada no se sabe por quién sobre una piedra, en tiempos remotos, y hallada al fin oculta en la maleza; en el propio sitio en que exhaló sus postreros ayes Serena, la última de las enamoradas que sacrificó á Venus vencedora cabras blancas sobre el monte de Coriolis, allí cerca destruida.

¡Pobres hijas de la Aricia! De ellas principalmente procede esta historia, que saben todas á la par de la suya propia. Y tal vez al referirla se bañan sus ojos en lágrimas, porque las más han amado alguna vez como Serena; y áun no ha faltado acaso entre ellas quien muera tambien de mal de amores, en las verdes enramadas de Galloro, pidiéndole á la Vírgen que fué madre de Dios, en vano, la dicha que no pudo tampoco otorgarle á su Serena, Diana. Por nada del mundo, no obstante, dejarian ellas de llevar flores todas las tardes de Estío á la pequeña *Madonna* de piedra blanca, que ahuyenta de los oscuros recodos de

la *Via Appia*, las almas en pena de los pobres justos, que por azar nacieron paganos. ¡Ni siquiera por ser correspondidas cambiarian ellas, sin duda, su culto piadoso y sencillo!

V.

Cada una de las casillas humildes de la Aricia, en que tales ó semejantes cosas pasaron, parece hoy ya, en tanto, una de las vírgenes inmóviles y blancas que lloran en los bajos relieves de los marmóreos sepulcros antiguos: eternamente tristes, pero eternamente hermosas, con sus contornos de belleza ideal, no bien velados por las pesadas túnicas de piedra. ¿Y quién sabe si, como la propia Serena, moriria tambien por no ser cristiana la antigua Aricia?

Sea ó no cierta esta sospecha, es lo cierto, que pocas ciudades resplandecientes de gas y ricas en decoraciones de estuco, podrán excitar en lo futuro los dulces y melancólicos recuerdos, que traen al ánimo más indiferente todavía, las exiguas reliquias de aquella modestísima aldea latina. Crece el género humano; mas ¿no es verdad que se empequeñecen, al paso, las naciones, las ciudades, los indivíduos?

De estas cosas clásicas, mayores ó menores, humildes ó famosas, no es posible pensar, escribir, ni hablar siquiera, sin profanarlas, con palabras frias.

Y eso que por más que recorrais en todas direcciones la Italia del Sur, desde la Aricia en adelante, hasta Bríndis, Tarento ó Pompeya, difícil en verdad ha de ser que venga á vuestro corazon un sentimiento que no

agitase ya un dia el corazon y la lira de Ovidio ó Catullo; más difícil aún que imagineis héroe, en armas ó en amor, que no esté ya celebrado por Virgilio ó Claudiano, el poeta de la decadencia, cuando no el de la gloria; imposible, ó poco ménos, el que cualquiera invectiva contra los humanos vicios que se os ocurra, no haya salido tambien antes de la iracunda vena de Juvenal, y el que expliqueis un pensamiento moral, que no haya encontrado antes su forma de expresion perfecta, en alguno de los versos inmortales del vate venosino. Pero basta, con todo eso, para ser bienaventurados, con alcanzar á sentir algun eco no más de lo que ellos sintieron. ¡Feliz, mil veces, aquel que ha podido meditar solitario, á la sombra de los pórticos descalabrados, y de los arcos mal seguros de la Campania ó del Lácio; aquel que recostado en las piedras antiguas ha oido, siquiera en sueños, el sonido de las arpas eólicas, por donde quiera allí heridas del viento, ó la lira que una ola del mar condujo algun dia á Lésbos, y que debe de traer tambien con frecuencia á estas playas poéticas que describo, alguno de los desterrados dioses gentiles. ¡Ese tal será aunque no quiera poeta!

No: no hay cosas tan dignas de ser apetecidas ó amadas como las que se gozan en cualquiera aldea del Lácio ó la *Campania felice*, si no son aquellas de la Grecia, madre de las más bellas líneas y los pensamientos más bellos, señora en suma de la palabra y del mármol, que son los más fieles ministros de la hermosura inmortal. ¿Quién que no haya pasado allí, como yo, algun Estío se acuerda hoy de la Aricia, ó sabe si-

quiera su oscuro nombre? Y, sin embargo, no cambiará nadie, que sepa sentir y pensar, el haber visitado despacio sus ruinas, por la más alegre ó celebrada de las expediciones veraniegas en moda.

Si en algo lleva ventajas á la cultura clásica la de las modernas capitales europeas, será en la filosofía de ánimo de las mujeres, porque á la verdad hoy no se halla entre ellas con frecuencia, quien se deje picar de áspides, ó beba zumo de malas yerbas por tan poca cosa como Serena. ¡Verdad es que no suelen andar tampoco ahora mártires ó santos, á quien querer, como andaban en su tiempo por la tierra!

Pero yo sé, al ménos, donde se hallan *Serenas* todavía: yo sé de campos y lugares dignos de ser tambien visitados por el génio griego: yo sé donde hallaría asímismo seguro puerto, si allá la llevase el mar alguna vez, la lira de Lésbos. Todo esto se encuentra ó podria encontrarse, como en Italia ó Grecia, en las playas dulcísimas, en que yo ví la luz primera. ¿Y habrá quien se admire aún de que léjos, para siempre acaso del valle de Aricia, y fuera de su temporada inolvidable de *villeggiatura,* solo halle ya en el suelo bético, completa satisfaccion ó dicha mi ánimo?

III.

UNA EXPEDICION A PAVIA.

UNA EXPEDICION A PAVIA.

DEL ANTIGUO BARCHO Ó PARQUE DE PAVÍA Y DE LA BATALLA Á QUE DIÓ NOMBRE.

EPÍSTOLA DIRIGIDA AL EXCMO. SR. MARQUÉS DEL DUERO.

Despues de vagar muchos dias por Italia, desde Florencia y Pisa á Liorna, desde Liorna y Bolonia á Ferrara, y desde Ferrara y Pádua á Venecia, quise, mi antiguo y buen amigo, visitar tambien á Pavía. No es fácil que en ocasion alguna de mi vida olvide yo el nombre de V., que tanto me distinguió en los principios de mi carrera pública; pero ménos que nunca pudo ser eso al tomar el camino de aquel inolvidable campo de batalla. Los que le conocen á V. de cerca saben mejor que otros, qué cosa es ser buen soldado, y han aprendido á estimar, por lo mismo, á los que lo fueron en otro tiempo. Deseaba poder comunicar á V., en algun rato de ócio, mis impresiones acerca de los lugares y de los sucesos, que dieron ci-

miento tan hondo á nuestra pasada dominacion en la península itálica; y esto sólo me habria hecho ir con gusto á Pavía, aunque no fuese como soy de por mí, fervoroso amante de todas las glorias de la pátria. No se maraville V. de que, áun á riesgo de cometer grandes yerros, apunte en esta carta algunos pormenores y juicios militares. La amistad de usted disculpará en este punto mi atrevimiento. Y en verdad, á los que no sabemos vencer batallas, ¿qué ménos se nos ha de permitir que el placer de contarlas? Digan lo que quieran las letras, que amigo de letras soy tambien yo, aunque poco las trate, jamás alcanzaran ellas ventaja, en el aprecio y consideracion de los hombres, al ejercicio de las armas. La guerra es el azote más duro; pero es tambien la piedra de toque más segura para medir, no sólo la fuerza material, sino el valor moral de las naciones. Claro es que me refiero aquí á verdaderos soldados, y verdaderas guerras.

Salí de Milan hácia Pavía un dia hermosísimo de Mayo. No era el carruaje muy bueno, ni bien escogida la compañía; pero todo me pareció excelente, sazonado por el deseo. Muy grande le tenia, en verdad, de verme en el campo, y tanto que, saliendo el carruaje de la plaza del *Duomo,* apenas detuve ya los ojos en las maravillosas torrecillas y agujas apiñadas en el ábside de aquel colosal monumento. El dia anterior lo habia dedicado á las artes: éste lo consagré principalmente á los gloriosos recuerdos de la pátria. Y no es decir que un dia olvidase á la pátria por las artes, ó que el otro dejase de asociar en mi memoria las cosas bellas, que ya habia visto, con los lugares fa-

mosos que iba visitando, no: los sentimientos dulces se confunden fácilmente en el alma.

Era temprano, y al atravesar las calles de Milan, tuve ocasion de observar que muchas de las damas que acudian presurosamente á las primeras misas del dia, iban tapadas como las de Lope ó Moreto, y aquellas oji-negras de mi ciudad natal. No podia decirse que llevasen manto ó mantilla, más era un tocado negro que recordaba mucho aquellos airosos distintivos de nuestras mujeres: herencia, sin duda, de las de nuestros antepasados. El amor es siempre pueril, áun el de la pátria, y tal vez eso explique, el contento que sentí al observar aquellas blondas inesperadas.

Desde las puertas de Milan hasta Pavía se ofrece al viajero una llanura extensa, interrumpida sólo por las torrecillas blancas de sus *corpi-santi*, ó caseríos medio feudales; y por los sotillos de moreras y álamos lombardos que, aquí ó allá crecen, al amor de las corrientes acequias. No es muy diversa esta campiña de las que riega el Pó, ni ménos digna por cierto de traer fábulas mitológicas á la memoria: ni un punto, sin embargo, pudo recrearse en ellas la mia. Si tal vez pensé en la frondosidad del campo, en la limpieza del cielo, en los aromosos airecillos que respiraba, no fué sino para representarme el contraste que debieron de ofrecer en la jornada, en que quedó preso el rey Francisco, tanto encanto de naturaleza, y tanta furia de hombres y caballos: el estampido de los cañones, el choque de las picas, el vocerío de una lid encarnizada, con el sosiego ordinario de los vergeles que iba mirando.

Tal vez sea yo el primer español que haya emprendido un viaje de propósito á tales sitios. Los extranjeros de todas naciones que acuden en tanto número á saludar las vecinas memorias de Marengo, suelen mirar tambien friamente las de Pavía. Mal puede disculparse lo primero, y no falta en lo segundo preocupacion ó injusticia. ¿No quieren tributar este homenaje de respeto á la gloria de nuestros antepasados? Pues básteles recordar á muchos que no toda la gloria fué allí de nuestros padres; que aquella verde alfombra la matizaron tambien con su sangre, hace tres siglos, centenares de caballeros franceses, *sans peur et sans tache*, y no pocos esguizaros, tudescos, é italianos, hijos generosos de la guerra. Los unos murieron por el honor y la gloria, aquellos nobles ensueños de los siglos feudales: los otros por su haber y su bandera, estos resortes poderosos de la milicia moderna: eran los últimos de los paladines y los primeros de los soldados de Europa, y el menor de ellos merece el fácil homenaje de la memoria.

Y en cuanto á los españoles, ¿podria ser lícito á alguno de ellos visitar á Pavía sin entusiasmo? Aparte del merecido respeto que inspiran los lugares célebres, de la admiracion que producen naturalmente los grandes hechos, del placer de registrar con los propios ojos un teatro tantas veces imaginado en la mente, Pavía es uno de los más puros nombres de nuestra historia: el que más pronto aprendemos de niños, el que más orgullosamente recordamos de hombres, del que más se usa ó quizás se abusa en nuestra pátria. Y es que las naciones, como las familias

decaidas, suelen demasiadamente recrearse en los hechos de los antepasados, cosa excusable no más, que cuando no se merece la desdicha, ó cuando, á la jactancia de los heredados y agenos méritos, no se junta la falta total de los propios. No diré ahora yo que nos hallemos en este caso los españoles del dia; pero recordando por qué tiempos hemos pasado, después de aquellos tan encarecidos, comenzaba ya á entristecerme á mis solas un tanto, en el punto mismo que divisé á lo léjos las pocas ruinas que quedan del muro, que cerraba el antiguo *Parque* de caza de los Viscontis, y advertí que habia entrado ya en el campo de batalla.

Venian en el ínterin mis compañeros de viaje muy entretenidos en murmurar sabrosamente del Archiduque Maximiliano, que acababa de hacer en Milan su entrada como Gobernador general, y á quien apenas conocian más que por oidas aún, ó por la apariencia de su persona (1). No perdonaban tampoco en sus epigramas al Arzobispo, ni á otras personas para mí desconocidas naturalmente, que debian de tener parte por lo que decian en el gobierno: todo con ligereza y cautela; pero sin gran miedo al parecer de la policía austriaca, que bien pudiera haber estado representada allí por el extranjero impertinente, que iba abrumándolos á preguntas topográficas todo el

---

(1) Era este Archiduque el mismo que ha muerto tan infelizmente, como Emperador de Méjico.

camino. Pero ya que me hiciesen el honor de declararme digno, á primera vista, de oir sus epigramas y murmuraciones, lo que es comunicarles mi propio interés hácia los sitios que atravesábamos, no pude lograrlo por solo un momento. Ellos aborrecian á sus señores actuales, y no tenian sin duda la mejor idea de los pasados; y en Pavía lo que se disputó fué quién habia de señorearlos, no quién habia de darles la independencia que ellos anhelaban: ¿por qué habian de interesarse tanto en el éxito, para otros ventajoso, de aquella jornada? Tal vez sus antepasados no sentian tan vivamente el deseo de la independencia; pero bastaba que ellos lo sintiesen, como se colegía de sus palabras, para que no les inspirasen simpatía particular, ni el suceso mismo, ni el curioso peregrino que á cada paso se los recordaba. No puedo decir sin embargo que faltasen, en las seis horas que juntos viajamos y conversamos, aquellos buenos lombardos para conmigo á las reglas de la más discreta cortesía. Francos, ingeniosos, alegres, me parecieron mis compañeros, como todos los lombardos que habia visto hasta entónces, aunque preocupados con otros sentimientos muy diversos que los que á mí á la sazon me agitaban.

Desde que se divisaron las ruinas del *Parque*, hasta que llegamos á la puerta de Milan en Pavía, fueron breves los momentos trascurridos. Por las afueras de la ciudad ví ya levantarse intramuros el castillo, que sólo conserva de tal la antigua planta, donde fué castellano Antonio de Leiva. Es un cuadrilongo que debió de tener torres en todos sus ángulos, hoy rebajadas, por

miedo sin duda de alguna ruina: lo único que se conserva de las fortificaciones antiguas, porque la muralla actual es de sistema moderno. Despues de un escrupuloso registro de la policía, en que fueron muy especialmente considerados los títulos de los libros que yo llevaba, bien que comprados todos en territorio austriaco, la diligencia dió con nosotros en una fonda de ménos que mediana apariencia, que se llamaba de la Posta. Llegar, almorzar como en cualquier parador de Castilla, es decir, malamente; meterme en un incómodo calesin de alquiler, y guiar al campo, fué para mí obra de breves momentos. Llegué ya por fin al término de mi anhelo, y comenzaron mis observaciones.

No hay que decir que, antes de salir de Milan, habia enriquecido mis memorias españolas de la batalla, con cuanto las crónicas milanesas y pavienses nos han conservado. Con tales libros y estudios prévios emprendí impacientemente mi escursion al campo de batalla; que nunca me parecia que mi *auriga* aceleraba la *máquina lenta* de mi calesin lo bastante, al conducirme de acá para allá, y pasearme por los lugares que buscaba.

Desde que salí, como habia entrado, de Pavía, por la puerta de San Vito ó de Milan, no dejé, por supuesto, de hacer cada instante á mi buen *veturino* preguntas, ó ya sugeridas por mi memoria, ó ya por los libros que iba hojeando y repasando en el camino, para no olvidarme del menor detalle. Iba yo, en suma, describiéndome á mí propio sobre el terreno los sucesos á la manera que en el discreto *Crotalon* de Cristophoro

Gnoforo (1), señala cierta dueña en un cuadro todos los lugares y sucesos principales de aquella propia batalla. «Veis aquí,» decia yo para mí, ni más ni ménos que la dueña del siglo XVI, «cómo viendo el Rey »Francisco de Francia no haber salido con la empresa »de Navarra, y visto que el Rey de Castilla Cárlos está »ya en su reino, determina en el año de mil y quinien- »tos y veynte y cuatro emprender un acometimiento de »mayor interés; y su misma persona estando presen- »te, puso cerco á la ciudad de Pavía, en que al pre- »sente está por Teniente el nunca vencido capitan »Antonio de Leyva, con alguna gente italiana, y es- »pañola, que tomó para su defensa. Veis aquí cómo »teniendo el Rey de Francia çercada esta ciudad »acuden á su defensa todos los capitanes y compañías »que el Rey de Castilla tiene en aquella sazon por la »Italia y Lombardía; y todos los Príncipes y señores »que están en su seruicio y liga. Viene aquí en defen- »sa Charles de Lanoy, que entónces estava por viso »rey de Nápoles, y el marqués de Pescara, y el illustrís- »simo duque de Borbon, y el duque de Tracto, y Don »Fernando de Alarcon, y Pero Antonio conde de Po- »licastro; y aunque todos estos señores tienen aquí »sus capitanes y compañías, en alguna cantidad, no es »tanta como la tercia parte de la que el Rey de Fran- »cia tiene en su campo. Pues como el exército del Rey »de Castilla está aquí seis meses, en que alcança todo

(1) Libro inédito y curioso de mediados del siglo XVI, escrito en elegantísimo estilo y lenguaje. Hay un ejemplar en la Biblioteca de la Romana comprada por el Estado, y otro en la de D. Pascual Gayangos.

»el inuierno, padeciendo gran trabajo, y como el Rey »de Francia no haze ni acomete cosa de que le pue»dan entender su determinacion, determinan los es»pañoles darle la batalla, por acabar de partir esta »porfía.» Así refiere aquel autor de mediados del siglo XVI, que, por los pormenores que luego dá, no parece sino que pusiese mano en los sucesos mismos; y así recordaba yo tambien por mi parte poco mas ó ménos, al dirijirme al campo, los antecedentes del hecho famoso, que por el momento ocupaba mi atencion entera.

Hácia mi derecha, conforme se sale de la ciudad de Pavía, y no léjos del caudaloso Tesino que la baña, estaba el hospital de *San Lázaro*, donde habian puesto sus principales fosos y bastiones los franceses, para estorbar que los imperiales entrasen en Pavía, como en el *Crotalon* tambien se lee. Más allá *Santo Spíritu*, y *San Giácomo*, donde se acuartelaron los suizos del ejército de Francia; y *San Paolo*, donde al principio se alojaron el duque de Albany y Mr. de la Palisse. Cerca de éste *San Paolo*, llamado de la *Verñavola*, que fué convento de ermitaños de San Agustin de la congregacion de Lombardía, y despues de benedictinos, comenzaba la muralla ó gruesa tapia del *Barcho* ó *Parque*, de la cual no se advertía ya por allí vestigio alguno. A mi izquierda, tocando asimismo con el álveo del rio, estaban *San Salvador*, donde se aposentó el duque de Lorena, y *San Lanfranco* donde se alojaron al principio los Reyes de Francia y de Navarra. Dentro del área del *Parque*, que por dos puertas se comunicaba de aquel lado con Pavía, hálla-

se aún el caserío de *Mirabello*, palacio entónces de recreo y de caza, donde se acampó la infantería francesa, con los hombres de armas de Galeazo Sanseverino. Nada puede verse más verde ó más ameno, que el llano que ocupó el *Parque* de que se trata, regado al presente por innumerables acequias. Los álamos lombardos crecen por donde quiera: delgados, altos, frescos, mostrando en su alegre lozanía que viven allí, en su propia pátria. Caminos estrechos, pero sólidos, cruzan todo aquel llano hasta *Mirabello*, donde se vé hoy sólo un grupo de casas insignificante, y un edificio de no grande importancia tampoco, con cierta pintura en la fachada, que, al decir de mi *veturino*, representaba el encuentro de dos hermanos, los cuales militaban en los bandos opuestos que allí pelearon, y se reconocieron sin duda por algun dichoso accidente. ¿Seria uno de estos alguno de los pocos españoles que servian con el capitan Guevara á Francisco I? ¿Seria el abrazo de aquellos dos hermanos el que se dieron, en el propio sitio de *Mirabello*, los dos valerosos Córdobas, cuándo vió el uno que, en el punto ya de acometer, llamaba allí el otro, para desposarse con ella, á la afligida y enamorada doña Teresa; romántica heroina, que, no solamente le habia seguido en toda aquella guerra, sino que estaba entónces mismo esperándole, como siempre, á la zaga de los escuadrones que iban á entrar en batalla? Peligroso es decir que sí ó que no en esto, cuando la pintura misma de la pared de *Mirabello* podria muy bien representar cualquiera otra cosa, que las vistas de los dos hermanos que mi *auriga* me contaba.

Separéme, pues, de allí con tales dudas, y desde *Mirabello* caminé ya directamente á la *Certosa* ó *Cartuja*, cerca de la cual terminaba en otro tiempo el recinto del *Parque*, que no tenia ménos de catorce millas italianas de circuito; y el cual recorrí yo entónces en toda su extension de sur á norte. Aguijábame especialmente para llegar á la *Certosa*, una tradicion curiosa y constante. Dícese que el Rey Francisco, inmediatamente despues de ser hecho prisionero, fué conducido al magnífico templo de aquel monasterio, y que llegó á él á tiempo que los piadosos monjes, sin curarse del estruendo, ni de la carnicería de tal jornada, en que se decidió por muchos años la suerte del mundo, cantaban á la sazon una de sus horas canónicas. Al entrar ya Francisco I en la iglesia, el versículo que cantaban, dícese que era éste: *Coagulatum est sicut lac cor eorum: ego vero legem tuam meditatus sum:* es decir: «su corazon está cuajado como la leche, mién»tras que yo medito en la ley». Entónces el real cautivo, piadoso como todos los príncipes de su tiempo, entonó con los cartujos el siguiente versículo, que dice: *Bonum mihi quia humiliasti me: ut discam justificationes tuas*; que viene á rezar lo siguiente: «bien »hiciste, Señor, en humillarme, para que aprendiese »á conocer tus juicios.» Pero cuando evocaba yo tales recuerdos, en medio del átrio de la *Cartuja*, no faltaban de allí ya únicamente el Rey cautivo; no habian cesado sólo las exclamaciones españolas de los vencedores, y las imprecaciones francesas de los vencidos; ni se echaban exclusivamente de ménos el

pendon morado de Castilla triunfante, ó las banderas francesas, atadas en haces para sacarlas en trofeo del campo: sino que tambien estaban de allí ausentes, y expulsados, los devotos cartujos. Nada, ni esto siquiera, quedaba allí, pues, que conservase vivo el cuadro que yo buscaba. Sólo la tierra y la fábrica inmensa del monasterio, mudos testigos un tiempo de la prision del Rey de Francia, ofrecian á mi vista el propio espectáculo, que pudieron ofrecer á tantos otros españoles, durante el viernes 24 de Febrero de 1525, fecha feliz de la batalla.

Pocos monumentos hay, en verdad, tan dignos de ser visitados como aquella *Cartuja*. Aunque poseido de mis recuerdos militares, fuéme imposible dejar de reparar con avidez, y de admirar con entusiasmo las infinitas bellezas que encierra. Nada más rico produjo el *Renacimiento*: nada más bello el género de arquitectura que llamamos plateresco en España. Las graciosas galerías de arquitos que dividen la fachada, y la coronan; las esculturas que, despues de revestir el zócalo en ésta, suben sobrepuestas hasta las cornisas mismas, siguiendo y adornando las principales líneas; la puerta y las ventanas ricamente ornamentadas; las dos lindas torrecillas que dominan luego la fachada por ambos lados; las graciosas agujas que surgen en segundo término como para embellecerla más todavía; el exterior de la gran cúpula, en fin, con sus tres galerías sucesivas de columnas, y el gracioso cuerpo que la termina, forman un tal conjunto de belleza arquitectónica, que con dificultad será igualado en otro ningun edificio greco-romano. Sesenta son nada mé-

nos los medallones de mármol de Carrara, con cabezas de reyes y emperadores, que adornan el zócalo de la fachada: los bajo-relieves, los bustos, las estátuas enteras son asímismo innumerables. Al lado de aquella riqueza en mármoles labrados, todo lo ejecutado por entónces fuera de Italia parece, en suma, grosero ó mezquino.

Hermanas son de esta fabrica suntuosa la catedral de Pisa con su torre maravillosa, y las torres de Florencia y de Siena. Es aquel un *Renacimiento* original en cada una de sus obras, armónico, brillante, muy de léjos imitado en las demás partes de Europa. Recuerda sobre todo el estilo de la catedral de Pisa, mirándola desde el interior de la iglesia, la ya alabada cúpula octógona que, sostenida por cuatro enormes columnas, se levanta sobre el crucero. Verdaderamente estas cúpulas italianas, y más aún las primeras que las últimas, permiten á las iglesias greco-romanas rivalizar muchas veces con las llamadas góticas en carácter y espíritu religioso. La arquitectura gótica adoptó este género de cúpulas, colocándolas sobre sus arcos ojivales, en los postreros tiempos: como se vé en Santa María de las Flores en Florencia, y en esta misma iglesia de cartujos, que ostenta aún en alguna de sus naves los arcos apuntados.

Pero insensiblemente me separo de mi principal propósito. Limitaréme, pues, á decir que el mausoleo de Juan Galeazo Visconti, fundador de este magnífico monasterio, es la obra funeraria más grande, más rica, más bella, que nos ha dejado el *Renacimiento,* tan fecundo en ejemplares de tal naturaleza. Ninguno de

los sepulcros adosados á los muros con sus estátuas yacentes, sus arcos, y sus pilastras afiligranadas, que conservan Toledo ó Búrgos, que ostentan Florencia ó Roma misma, puede compararse, en realidad, con esta obra maestra del cincel, y del arte arquitectónico italiano. Juan Galeazo Visconti reposa en una urna soberbia entre dos figuras simbólicas, la Fama y la Victoria, que custodian su sueño eterno: la Vírgen con el niño Jesús en los brazos se levanta sobre el primer cuerpo del monumento, entre dos bajo-relieves esquisitos, y otro gran número de figuras simbólicas con que termina y se corona la obra entera; hachas, escudos, yelmos, corazas, entrelazados adornan las pilastras; flores y cabezas de ángeles los frisos: todo ejecutado en mármol de Carrara, todo inspirado por el arte alegre y florido, pero dulce y puro, de los escultores italianos del tiempo. Aunque no hubiera más en la *Cartuja* que este monumento insigne, y el fresco apacible y tierno de Bernardino Luini, que representa la Vírgen con el niño Jesús cojiendo flores, el viaje á la *Cartuja* no seria ciertamente perdido; pero aquel grande edificio es un inmenso Museo enriquecido de todos lados por el génio bienhechor de las artes: hasta en las celdas humildes que habitaban los hijos de San Bruno, desiertas cuando yo allí estuve, con sus pequeños huertos abandonados, donde crecian ya sólo espinos y hortigas. Bien dijo Guicciardini, que era este acaso el más bello monasterio de Italia: bien puede asegurarse, que no se vé en parte alguna mayor recuerdo histórico, por azar unido á un monumento más grande. La *Cartuja* era digna de recojer vencido

al valeroso Francisco I: de recibir vencedor al inmortal Marqués de Pescara.

Ya en los alrededores de la *Cartuja* se ven algunos montones de ruinas, que señalan aún las dos puertas que por allí tenia el antiguo *Parque;* y á muy corta distancia se divisa el caserío de *San Alessio*, donde el ejército español estaba principalmente aposentado la víspera de la batalla. Hallábase por entónces todo aquel campo, segun se lee en la curiosa *Historia de la guerra de la Lombardía* de aquel buen soldado Juan de Carvajal, convertido luego en Fr. Juan de Oznaya, que corre impresa en el tomo XXXVIII de la *Coleccion de documentos inèditos*, por donde quiera lleno de arboledas y viñas, desde *San Alessio,* hasta el rio Tesino: tierra no competente para pelear, como el buen fraile dice; y más cuando el ejército francés estaba bien fortificado en sus líneas, á uno y otro lado de los muros del *Parque,* en los dos espacios comprendidos entre éste, y el dicho rio. Ocupaba así el *Parque* el centro de las posiciones francesas, alrededor de la ciudad; y como eran sus muros de cal y ladrillo, y de altura de una pica ó mayor, pensaban el Rey y los generales franceses estar más seguros, que por ningun otro, por aquel lado. Pero este *Parque* ó *Barcho,* que era el nombre que los italianos le daban, como destinado á la sazon á la caza, ofrecia un gran llano descombrado y abierto, con sólo algunas pequeñas arboledas, aquí y allí nacidas, al amor de las frescas y abundantes acequias ó arroyos, que fertilizaban ya todo aquel amenísimo terreno. De aquí el que, miéntras los franceses descuidaban el *Parque*, imaginase el Mar-

qués de Pescara penetrar en él de improviso, y escojerlo por campo de batalla. El dichoso azar que me proporcionó luego el plano adjunto de la ciudad y campo de Pavía, tales como se hallaban en el tiempo á que me refiero, dará á V., mi buen amigo, una exacta idea de los lugares, y de las circunstancias de la batalla, que en vano buscaría en mi sola explicacion, ó en el exámen de los documentos y de los libros. No es mi intento hacer una descripcion detallada de tan sabido suceso, sino principalmente entregar este plano curioso, con las ilustraciones y particularidades indispensables, al exámen inteligente y autorizado de usted ahora; y más tarde al de quien quiera que se ocupe en escribir la historia militar de la nacion española. Con el plano á la vista son claros todos los accidentes y circunstancias de la batalla, y no hay pormenor de ella, de que no pueda formarse cabal juicio.

Cuando en 1524 fué sitiada Pavía, por el Rey Francisco I de Francia, hallábase el ejército del Emperador, como dice la crónica paviense y contemporánea de Antonio Grumello, «*senza danari, pocho pa*«*ne, mancho vino, et inimicho tutta Italia* (1). Por eso resolvieron al fin sus generales, que eran el Virey de Nápoles Cárlos de Lanoy, el Condestable de Borbon, que llevaba el título de lugarteniente del Emperador, y el Marqués de Pescara, que era el más hábil de ellos como soldado, fiar su suerte y la de la plaza á una batalla campal. Pocas páginas pueden

(1) Cronaca di Antonio Grumello pavese.—Milan, 1856.

leerse más instructivas y auténticas acerca de ella, y de los accidentes que la precedieron, que las de la relacion de Carvajal ú Oznaya, que como paje de lanza del Marqués del Vasto á la sazon, se halló presente en todo. Copióla ya, aquí y allí, el francés Branthome en el siglo XVI, al referir los hechos de los capitanes españoles; y fué luego trasladada con tanto descuido por nuestro Sandoval á su Historia de Cárlos V, que á lo mejor deja hablar él directamente, sin advertirlo, al discreto paje de lanza; por manera que no parece á primera vista, sino que el sábio Obispo de Pamplona, que escribió en los dias de Felipe III, hubiese visto matar á Mr. de la Palisse con sus propios ojos, y hubiera levantado, allí mismo, la maza de armas de otro de los caballeros vencidos, con sus propias manos. Por Sandoval, pues, y mejor aún por el texto de Carvajal ú Oznaya, que siempre contiene algunos más pormenores, se sabe cuanto importa de los vários sucesos de la batalla, y seria inútil que yo los repitiese todos aquí ahora. Básteme, pues, con determinar los sitios más señalados en aquel dia glorioso, que es lo que en mi expedicion misma iba yo principalmente procurando.

Antonio de Grumello, natural de Pavía, de quién he hablado ya, trata largamente en su *Crónica* lombarda, de los sagaces y valientes hechos de Antonio de Leiva dentro de Pavía, y dá pormenores minuciosísimos y exactos del asedio y la batalla. No ménos importante es la *Relacion de las cosas sucedidas en Pavía*, de 1524 á 1528, escrita asimismo como testigo de vista, por Martin Verri, otro ciudadano de Pavía, que tambien

publicó en lengua italiana su obra. Con estos libros, las *Memorias* francesas de Martin de Bellay, y la relacion latina que hizo Francisco Taegio, del cerco de Pavía, y cautividad de Francisco I, llegan á tantas las noticias auténticas que hay de tales sucesos, que pocos pueden reputarse por tan esclarecidos en el mundo. Ni las musas mismas dejaron de ilustrarlo bien y pronto tampoco. En la librería del docto Marqués de Morante hay un poema latino (1) del vate de Alcañíz y colegial de San Clemente de Bolonia, Juan Sobrarias, en que se celebra galanamente la victoria; y tambien en la de la Universidad de Pavía existen dos interesantes cantos, sobre el mismo asunto, de poetas que tomaron probablemente parte en los hechos de armas, que durante el asedio de aquella plaza ocurrieron: por dicha impresos modernamente, como las obras de Grumello y Verri, en la *Raccolta de cronisti è documenti storici lombardi inediti*, publicada en Milan por el librero Colombo. En todos estos libros italianos abundan las referencias locales, como es natural; y sin su lectura no seria posible ajustar bien los hechos al terreno y lugares en que se verificaron. Pero si con los cronistas lombardos no debian quedar sobre el terreno, aunque harto desfigurado ya, muchas dudas, con los cronistas y el plano adjunto á la vista, no puede quedar ninguna de ellas que importe.

Fué el dia 23 de Febrero, víspera de San Matías, cuando se acordó la batalla, confiando su disposicion

(1) Publicado en el tomo VIII de su erúdito *Catálogo*. Madrid 1862.

al marqués de Pescara, que persuadió á los demás á empeñar el lance. Hacia tiempo que, segun cuenta Carvajal, se daba sólo un panecillo pequeño cada dia á los soldados; y en el anterior llegó ya el hambre á tanto que, habiéndose tocado al arma, apenas se hallaron la mitad de los soldados españoles en sus puestos, porque se habian ido á buscar que comer, para ellos y los que quedaban, por los vecinos campos. No bien se les envió á decir que era llegada la hora de pelear, volvieron, no obstante, todos los dispersos á sus filas, con el mayor contento. Faltos de artillería, porque sólo traian cuatro piezas de bronce y dos viejas lombardillas de hierro, cuando llegaban á cincuenta las de sus enemigos, é inferiores tambien á ellos en número, tenian con todo eso tal confianza en sí mismos los infantes españoles, que, casi lloraban á lágrima viva, cada vez que sabian que algun príncipe ó gran señor abandonaba el campo francés, calculando que perdian en él una buena presa ó cuantioso rescate. Hambrientos, desnudos, insubordinados y todo como estaban, se contaban ya por señores del ejército francés y de su propio Rey, desde antes de emprender la batalla: júzguese, pues, cuál seria su satisfaccion al recibir la ansiada órden de ir á ellos. Escogido por el de Pescara el interior del *Parque* para presentar en él la batalla al Rey, dos capitanes españoles, Santa Cruz y Salcedo, fueron destinados durante la misma noche del dia 23, á abrir brechas sobre aquel recinto, en que á tal punto confiaban los franceses, que no tenian junto al muro mismo, ni guarda ni ronda alguna.

Acometieron estos capitanes españoles, segun Grumello cuenta, la parte del muro del *Parque*, (donde hay dos puertas señaladas en el plano, y una arboleda espesa, que está tambien en el propio plano dibujada,) entre el ángulo formado por las tapias particulares de la *Cartuja*, y una de las puertas citadas. Llevaban consigo algunos largos maderos, chapeados de hierro á lo que parece, y atados á gruesas cuerdas, con los cuales formaron *vaivenes* ó arietes, suspendiéndolos, sin duda, en otros colocados á modo de cábrias. Con estas máquinas movidas é impelidas, segun dice Paulo Jovio en la *Vida de Pescara*, por las compañías enteras, y algunos picos, lograron abrir al fin tres brechas en el muro los infantes españoles, no sin gran trabajo; y, poco antes de clarear el dia, comenzó á penetrar por las brechas, que, al decir de Martin de Bellay, tendrian juntas hasta cuarenta ó cincuenta toesas de ancho, todo el ejército. Por la de la izquierda entró la infantería, por la del centro la caballería y hombres de armas, por la de la derecha la artillería, cerca de la huerta de la *Cartuja*, y en frente de la arboleda de que antes he hablado. Francisco I, que por haber visto arder los chozos y tiendas del campo español, mandados quemar ántes de emprender el movimiento, imaginaba ya en retirada á los nuestros, puso tambien desde muy temprano su ejército sobre las armas; y al advertir luego la ocupacion del *Parque*, reunió en él al instante su ejército, excepto las fuerzas considerables que dejó á la mira de la ciudad. Formóle, á lo que parece, en una línea paralela á la tapia de occidente del *Parque*, que estaba toda cer-

rada, de esta suerte: la vanguardia ó derecha, hácia las brechas abiertas por los españoles, el centro ó batalla delante de *Mirabello,* y la retaguardia ó izquierda hácia *Toretta*, en direccion del castillo de Pavía. Componíase esta retaguardia de suizos que ordenaron como solian, muy cerrados sus escuadrones, y por allí comenzó precisamente la mala ventura de la jornada para el Rey francés: porque Antonio de Leiva, que habia levantado un *caballero* sobre uno de los viejos torreones del castillo vecino, guarneciéndolo con buena artillería, no bien notó desde la silla de manos, donde le tenia la enfermedad sujeto, que estaba tan á tiro la retaguardia enemiga, rompió contra ella un fuego incesante y certero de cañon, que desordenó sin pelear á los escuadrones suizos, ordinariamente tan sólidos.

Avanzaba ya entonces por la derecha de los nuestros, donde habia ido á situarse, el Marqués de Pescara, haciendo arrastrar detrás de sí toda la artillería, y llevando la infantería en tres escuadrones: uno de seis mil españoles delante, otro de doce mil alemanes en el centro, y otro, en fin, detrás de cuatro mil italianos. Por la izquierda se adelantaba el Virey Cárlos de Lanoy al propio tiempo con la caballería, repartida como la infantería, en tres cuerpos: el de la vanguardia que él personalmente dirigia: la batalla ó centro regida por el Condestable y Duque de Borbon; y la retaguardia en que se mostraba el famoso Fernando de Alarcon, por caudillo. Levantaban en el ínterin los franceses hasta treinta cañones de las baterías del sitio, y colocándolos hábil-

mente en los lugares preeminentes de aquel abierto campo, comenzaron á azotar á los nuestros, causándoles grandes pérdidas; de suerte, que fué para la hueste de Pescara gran fortuna el que avanzando, en fin, llenos de confianza y ardor todos los escuadrones del Rey Francisco, tuvieran que suspender su fuego muchos cañones. Dispuso así demasiado pronto la acometida el impetuoso Rey, fiado en un corto desórden que advirtió en los infantes españoles; y en el entretanto Pescara, corriéndose siempre hácia nuestra derecha, iba aproximándose cada vez más á *Mirabello*, para huir por su parte el daño de la artillería enemiga que, miéntras pudo batir el llano, causó con efecto algun desórden en su gente. Antes que los ejércitos se juntasen llegó al cabo Pescara al *Vernaccia*, riachuelo que cerca de *Mirabello* corria, y, vadeándolo prestamente, se apoderó de la gran casa de aquel nombre, situó dos cañones, que habia podido adelantar, en una próxima colina, y puso á cubierto del fuego, en una ondulacion ó bajío del terreno, todos sus infantes alemanes y españoles; aguardando al grueso del enemigo, que estaba distante todavía. Allí ya en *Mirabello*, fué grande el saco que dieron los españoles, porque hallaron llena la casa de mercaderes que seguian al ejército enemigo. Ocultos, en tanto, los franceses de la vanguardia por una alamedilla marcharon á apoderarse de las brechas, por donde habia entrado nuestro ejército en el *Parque*, con el fin de tomarle las espaldas. Encontróse en este movimiento á nuestra infantería italiana, muy embarazada con los cañones, que no podian salir del húmedo

terreno por donde iban, el Duque de Alenzon que llevaba quinientas lanzas, y cinco mil suizos; y la derrotó completamente, quitándole las cuatro piezas que aún consigo traia. Esto desalentó á lo que parece, á Cárlos de Lanoy, por un momento; y ordenó á Pescara que se hiciese fuerte en los bajíos y fosos de *Mirabello*, los últimos de los cuales estaban llenos de agua del vecino riachuelo, pensando recojerse allí él mismo con todo el ejército, y quedar á la defensiva. Pero aquel esforzado capitan no quiso obedecer por fortuna esta órden, que habria obligado á rendirse por hambre al ejército entero; y contestó por dos veces, que él saldria como bueno á recibir á los franceses, y que era preciso que el Virey con él se resolviese á vencer ó morir en la demanda. Cuéntalo Carvajal, y para mí debió de haber en esto algo de cierto, por el mismo empeño, de otra suerte ocioso, que puso Pescara en decir y demostrar lo contrario, es decir, que el Virey deseaba tanto como él la acometida; segun se vé en la carta de aquel á Cárlos V. Dada, sea como quiera, la órden de embestir por todas partes, no bien estuvo á oportuna distancia el grueso del ejército enemigo, se empeñó del todo la batalla.

No es, como he dicho, mi intento describirla al por menor ahora, sino decir lo necesario para relacionar los sitios que describo, con los sucesos en ellos realizados. Por delante de la grande arboleda, que se advierte hácia *Pescarino* en el plano, debieron encontrarse mano á mano los hombres de armas franceses con los nuestros, en la proporcion en que estaban de tres por uno; y allí fué, sin duda, donde el capitan Que-

sada, enviado en auxilio de nuestra caballería por Pescara, desde *Mirabello,* al frente de doscientos arcabuceros, se dió tan buena traza, que diezmó y desbarató pronto aquel cuerpo, en que iba toda la flor de la nobleza francesa. Pelearon los arcabuceros españoles en esta ocasion desmandados ó sueltos, acogiéndose cuando les convenia á los árboles del vecino bosque, apuntando, y derribando sin remedio, á todo el que veian sin camisa ó papel blanco sobre las armas; que era una señal que traia el ejército imperial para reconocerse, por si lograban entrar en el *Parque* ántes que alumbrase el dia. Un escuadron que Carvajal calcula en nada ménos que quince mil hombres, compuesto sin duda de suizos, y de los alemanes, llamados de la *banda negra,* el cual acometió al Marqués de Pescara, y al cuerpo de la infantería española, cerca de *Mirabello,* fué, en tanto, y de igual manera, deshecho tambien por los arcabuceros, ántes que pudiera arrimarse á combatir con sus largas picas: rematándolo luego, con horrible carnicería nuestra infantería alemana. En el ínterin, el Rey Francisco fué á recojer los ya desordenados suizos que tenia hácia *Toretta,* para socorrer á los cuerpos que iban en derrota; pero estaban ya tales, con los cañonazos del castillo de Pavía, que apenas pudieron sufrir algunas rociadas ó descargas de la infantería española. «La voluntad de Dios nos sargenteaba aquel dia», dice el buen Fray Juan de Oznaya ó Carvajal, aludiendo á este modo suelto de pelear de los infantes, sin sus sargentos, mayores ó menores. Rota así la línea enemiga, cayó en poder de los nues-

tros su artillería; y aunque le quedaba aún no poca infantería al Rey de Francia, de la que dejó a la mira de la plaza, no pudo echar mano de ella en el último trance: porque Antonio de Leiva se hizo sacar á una de las puertas en su silla, y desde allí adelantó hasta mil españoles y alemanes de la guarnicion, que la entretuvieron lo bastante, para no servir de otra cosa en la jornada. Viendo ya las cosas en este extremo, quiso el Rey de Francia huir, segun Grumello, y tomó la direccion de Milan por más segura; pero no habia portillo alguno, como he dicho ya, y se vé en el plano del *Parque*, entre el ángulo que mira á *San Alessio*, y *Toretta*, espacio ocupado por la línea de batalla francesa: de suerte, que no pudo escapar por allí por más que hizo. Vagó, pues, de acá por allá, acompañado de pocos, y perseguido, aunque sin conocerle, por los nuestros, hasta ir á parar á la inmediacion de un caserío llamado la *Repentita*, que no está señalado en el plano, pero hoy conserva su nombre aún, y se enseña con certeza al viajero. Allí, en cierta pequeña pradería, limitada por un bosquecillo de alisos, quedó su caballo atascado en una de las acequias que regaban el terreno; y con circunstancias que sería ocioso repetir ahora, por sobrado conocidas, fué al cabo reconocido y preso.

Con esto quedó consumada la derrota de aquel ejército, más numeroso y más soberbio aún que el nuestro, y que tenia por indubitable la victoria. El despojo y botin fueron inmensos: el estrago de los vencidos inaudito, porque además de los muchos muertos que hubo en la batalla, llenáronse de terror pánico los

demás, al verse acometidos á un tiempo por el ejército triunfante y la guarnicion de Pavía; y, escapándose del Parque por la parte de Oriente, donde no habia muro, se lanzaron al solo puente que tenian sobre el Tesino. Pero por éste cabian pocos, y el capitan Guevara, que lo custodiaba, lo cortó en cuanto estuvieron cerca los nuestros, con lo cual millares de ellos se arrojaron al rio, donde perecieron sin oir las voces que se les daban para que se rindiesen á partido. Peleó en esta ocasion Cárlos de Lanoy como esforzadísimo caballero que era: Borbon, segun dice Pescara en su parte á Cárlos V, «mostró allí en sus obras la ene»mistad que tenia al Rey de Francia:» y el propio Pescara, que se perdió más de una hora, metiéndose por el numeroso cuerpo de infantería, que desordenaron sus arcabuceros, recibió allí tres heridas, una de ellas en la cara, y una bala que pudo matarle, se le aplastó por raro accidente en el pecho. No se distinguieron ménos Fernando de Alarcon, el Marqués del Vasto, y los demás capitanes. Y en cuanto á los soldados, no quiero omitir al ménos, por poco conocidos, algunos de los hechos que el *Crotalon* recuerda, y que debieron correr entónces de boca en boca por Italia y España.

«Aquí llega», dice allí la dueña del cuento, «un so»berbio soldado, y sin catar reuerencia al gran musiur »de la Paliza le echa una pica por la boca, que encon»trándole con la lengua, se la echa juntamente con la »vida por el colodrillo. Un arcabucero español asesta á »musiur el Almirante que dá voces á sus soldados que »passen adelante; y hallando la pelota la boca abierta, »sin hacer fealdad en dientes ni lengua, le pasa á

»la otra parte y cae muerto luego. Yendo musiur »de Albeñi con el braço alçado por herir con el es»pada á un príncipe español, llega al mesmo tiempo »un otro caualllero de España, y córtale el braço por »el ombro, y juntamente cae el braço y su poseedor »sin la vida. Musiur Cuisi recogiéndose con una heri»da casi de muerte, le alcançan otra que le acaba. El »conde de Tracto arroja una lança á musiur de la »Tramuglia, que dándole por cima de la vedija le cose »con la brida y cae muerto él y su caballo. El Duque »de Borbon hyere con una hacha de arma sobre la ca»beça á musiur el gran escuir (sic), que juntamente »le echó los sesos y la vida fuera. Un cavallero italia»no, criado de la casa del marqués de Pescara, da una »cuchillada sobre la celada á musiur de Cliete, y le »saltó de la cabeça, y acudiendo con otro golpe antes »que se guarde, le abre hasta la nariz. Un soldado »español esgrimiendo con un montante se encontró »en la batalla con musiur de Boys, y derrocado de »una estocada el caballo, en cayendo en el suelo corta »al señor la cabeça. Otro soldado de la mesma na»cion, jugando con una pica, pasa de un bote por un »lado al Duque de Fusolea, que le salió el hierro al »otro, y luego dá otro golpe al hermano del duque »de Coren en los pechos, que le derrueca del caballo, »y la furia de otros caballos que passan le matan ho»llándole. Tambien este mismo hyere á musiur de »Sciampaña, que venia en compañía de estos dos »príncipes, y le hace igual y compañero en la muer»te.» No he querido alterar la ortografía, ni enmendar los errores de nombre de los franceses, muertos de esta

suerte por nuestros valerosos soldados. Que no es difícil ciertamente reconocer los verdaderos apellidos, y así como los escribió el autor del *Crotalon* debian de pronunciarlos en su lengua los soldados que vencieron allí con tanto esfuerzo, por lo cual paréceme oportuno respeto el dejarlos, como ellos los decian, en esta carta.

No todos tuvieron la triste suerte que los que, durante la batalla, y para que no embarazasen con su guarda, fueron aquí ó allá muertos: muchísimos franceses fueron despues guardados para obtener altos rescates; con los cuales, y el despojo quedaron los pobres y hambrientos soldados de la víspera, ricos todos, y por de pronto satisfechos. Costóles tambien copiosas víctimas sin duda, á los infantes españoles su victoria; pero ¿á qué recordarlas, diré yo ahora, como el valeroso Martin de Bellay, que asistió y combatió en la jornada? «*Qui a la victoire n' estime avoir rien perdu,*» dice con razon en sus *Memorias*. Por eso no nombra sino á aquellos de sus compatriotas ilustres, que ménos dichosos que él, sucumbieron al fuego ó al hierro de los vencedores.

Debióse el triunfo en mucha parte á la inteligencia con que gobernó en toda la campaña, y principalmente en esta batalla, á la infantería española, aquel famoso D. Fernando de Avalos ó Dávalos y Cardona, Marqués de Pescara: natural de Nápoles, pero biznieto, como es sabido, de un gran caballero castellano por parte de padre, y tambien por parte de madre, de familia oriunda de España. Pocas figuras más brillantes que este capitan, muerto al fin en edad temprana, presenta

la historia: todo le sonrió hasta la última hora. Amaba él la lengua, las costumbres, las personas de España, de tal suerte que ni hablaba otra lengua, ni seguia otras costumbres, ni se acompañaba de otras personas, como si no hubiera salido nunca su familia de nuestra pátria: amábanle en cambio más que á nadie los infantes españoles, á los cuales sabía tocarles el corazon, hablándoles cual si fuese él sólo un aventurero osado y pobre como ellos. Con nuestros infantes peleó, y quedó por muerto en el campo de batalla de Rávena, y peleó y venció en Pavía, y de ellos se acordó en su último instante como de propios hijos: porque, segun Paulo Jovio cuenta, lo que principalmente dejó recomendado á su primo el Marqués del Vasto, al espirar, fué que cuidase de la insigne Victoria Colonna, su mujer «y de los soldados españoles.» Cosa justa, puesto que á ellos habia debido en vida tanta gloria; y particulamente á los que manejaron los arcabuces en esta gran jornada de Pavía.

«Aquí está el Marqués con sus arcabuceros es»pañoles,» gritaban nuestros soldados al llegar á *Mirabello*, con alegres voces; y como dando á entender que ya podia darse por acabada la batalla, y alcanzado el triunfo. Branthome, en el capítulo que intituló, *De los valientes Maestres de campo españoles*, donde cita por sus nombres á los más esforzados que hubo de ellos en el siglo XVI, (1) nos dice, que la opinion comun de sus propios compatriotas daba aún en su tiempo, por principales autores de la triste rota

(1) Oeuvres completes de Branthome, tomo 1.º, París, 1858.

de que trato, á los arcabuceros españoles: los cuales dice con textuales palabras, «*firent si bien et de telle* »*sorte, qu' ils emportarent la gloire de nous avoir bien* »*estriez en ceste bataille de Pavie.*»

Bien pudo pensar, si no decir, entretanto, Francisco I, al hallarse cautivo, aquellas lamentaciones que le atribuyó uno de los poetas pavienses que dejo atrás citados:

Hebbi in contra la fortuna,
hebbi in contra el ciel e terra,
hebbi in contra sol e luna,
hebbi in contra l'aspra guerra,
per cio fú posto per terra
la mia gente sopra il piano;
son di Fránza el re christiano.

Todo verdaderamente estuvo al fin contra él; y no fué mucho, por lo mismo, que escribiese aquella carta á su madre, en que realmente aparece el sentido de la conocida frase: «*tout est perdu, hormis l'honneur,*» aunque con más palabras, y no tanta elocuencia de consiguiente. Ménos el honor, todo en verdad lo habia allí perdido.

Lleno, amigo mio, de tales recuerdos, satisfecho, respirando los puros aires de aquel campo con placer inefable, recorrí todos los sitios de que acabo de hablar, por muchas horas; y aunque la noche se me venia ya encima, no quise volver á la ciudad sin visitar aún cierto lugar y edificio, para mi curiosidad de suma importancia. Tenia ya Francisco I, segun cuenta Grumello, situado su alojamiento al comenzar la batalla, «*nel monesterio de Sancto Paulo*», ó *San Paolo*; y allí me di-

rigí yo por último, lentamente llevadó como siempre por mi alegre *veturino*. Todavía estaban en pié, cuando lo visité yo, las bóvedas y los muros de aquel monasterio: lo mismo la iglesia que los cláustros deshabitados y ennegrecidos: no solo sin altares ni imágenes, sino tambien sin puertas ni ventanas: manchadas las paredes con letreros ridículos ú obcenos: ofreciendo por donde quiera, en fin, el espectáculo de la profanacion más desaforada; como que habia servido tal edificio de cuartel de austríacos por mucho tiempo. Pero aquel espectáculo poco lisonjero estaba convirtiéndose en otro peor aún, cuando llegué yo allí precisamente. Vendido á un particular el edificio, habia éste ordenado su derribo, como el de tantos otros en España, para aprovechar los materiales; y cuadrillas de peones se ocupaban en desmontar sus tejas y abrir, á mi vista, en sus muros las primeras brechas. ¡Ah! en aquel edificio tan poco estimado habia, sin embargo, una tradicion dignísima de otro respeto. Porque no solamente tuvo allí su alojamiento Francisco I, la víspera de la batalla, sino que fué allí donde primeramente durmió várias noches prisionero. Llevábanlo hácia la ciudad de Pavía, despues que estuvo en la Cartuja; y cerca ya de los muros, dice el fraile Oznaya que, «como el Rey viera la »puerta, con alguna turbacion detuvo el cuartago en »que iba, lo cual como el Marqués de Pescara cono»ciese, llegándose á él preguntó la causa, y él le dijo: »Queriaos rogar, marqués, que vos y todos estos ca»balleros me hiciésedes un placer, y es que no me »metais en Pavía. Ruégoos que no resciba yo tan »grande afrenta, como sería despues de con tanta gen-

»te haberla tenido cercada tanto tiempo, y no haber »sido para tomarla, meterme en ella preso.» Añade el historiador, á esto, que al Marqués le pareció justo conceder tal demanda; y que, comunicándolo con aquellos señores, fué acordado que le aposentasen en un monasterio que allí fuera estaba. ¡Tal monasterio era el propio de *San Paolo* de que estoy tratando!

Desde allí emprendí ya mi vuelta á Pavía, no sin lanzar ántes una postrera y melancólica mirada hácia los ya lejanos bosquecillos de alisos, del terreno en que estuvo el *Parque*; y hácia las agujas, y la cúpula de la *Cartuja*, que desde la meseta en que estaba situado el demolido monasterio, se alcanzaban á ver todavía, dominando y embelleciendo el horizonte del campo.

No ha sido por cierto aquella la única *Cartuja* que haya yo tenido ocasion de visitar en mis aventureras expediciones. Otras muchas he visto: allá en Italia mismo he admirado los larguísimos pórticos de la de Roma, dibujados por Miguel Angel, con los cipreses plantados por la mano del artista en el patio anchuroso que aquellos encierran; y aquí, en los dulces campos jerezanos, he tributado tambien mi respeto á los silenciosos cláustros góticos y los huertecillos abandonados de otra Cartuja, no ménos devota: con sus cipreses, como la de la ciudad eterna, con su rio asimismo, que dió nombre al campo desconocido de otra batalla famosa. No menores recuerdos que ninguna ha dejado la de Jerez en mi alma. Las piedras de sus cláustros desolados se están tambien desmoronando á merced del olvido, é irán cayendo una tras otra en

las salobres aguas del Guadalete, que, ó más arriba ó más abajo, se sabe al cierto que baña los sitios tan nombrados en los romances, y en la historia pátria, por la tragedia del Rey Rodrigo, y la perdicion de la monarquía cristiana. Y en verdad que no parecen mal las Cartujas situadas en estos lugares de escarmiento para los reyes: por eso no apartaré en mi memoria nunca, del de aquellos desastres singulares, el recuerdo de las Cartujas de Jerez ó Pavía (1). Recorriendo el mundo ó la historia es como se aprende cuanto puede ser distinta, y es vária, segun sus méritos y sus obras, la suerte de las naciones. Pavía debiera ser para nosotros há mucho tiempo, más bien un remordimiento que una gloria.

Cargado en el entretanto de pensamientos y recuerdos opuestos, volví á la hora del crepúsculo á Pavía, no sin recorrer ántes las márgenes del *Naviglio* y sus alamedas frondosas. Los últimos resplandores de una luz sanguinolenta bañaban ya á la sazon el campo de batalla. No se oia el menor ruido en las huertas: nada que interrumpiese el sosiego de las vagas sombras que habitaban á la sazon en mi fantasía. Orillas del Tesino hice alto aún, por un momento, para contemplar de nuevo aquellos campos, que es tan fácil que no visite más en mi vida: ya casi nada se veia, pero no me habria sido imposible con todo eso señalar uno por uno los lugares que acababa de dejar. Tan gran-

(1) Ignórase, á la verdad, el preciso lugar de la batalla del Guadalete; pero no por eso es menor su recuerdo, en la Cartuja de Jerez, y viendo correr por allí las aguas de aquel famoso rio.

de era la impresion que habia hecho su vista en mi ánimo.

Acompañado solamente de mis pensamientos volví, al fin, á mi fonda, comí luego, y pocos instantes despues paseaba, segun mi costumbre, por las calles de Pavía, tomando parte en la vida comun de los ciudadanos. Visité á un profesor de aquella Universidad otras veces famosa, para quien llevaba recomendaciones, proponiéndome adquirir de él cuantas noticias me faltasen. Por él supe entónces, que habia habido el propósito de reparar el convento de *San Paolo* y conservarlo como un monumento; pero que la municipalidad no habia podido disponer para ello, de la mezquina cantidad que pedia su dueño. Tambien supe de él que habia muerto hacia poco un caballero pavés que tenia hechos muy concienzudos trabajos históricos sobre la historia de Pavía en el siglo XVI; pero, aunque hice alguna diligencia, no pude averiguar qué habia sido de los manuscritos de aquella obra. Más afortunado fuí en mi deseo de poseer un plano de la ciudad y sus alrededores. En cierta humilde librería, situada en frente de la Universidad, tenia ya adquirido uno moderno, y pacientemente estaba oyendo lamentarse al viejo librero, del poco amor á comprar impresos, que mostraban los estudiantes del dia, cuando una de dos jóvenes vivarachas y no mal parecidas, que acompañaban á su padre en el mostrador, me dijo que quedaba otro mucho más antiguo, que el que habia yo comprado, en la casa: como si adivinase mi propio y verdadero deseo. No dejó de costarme esfuerzos que el padre se resolviese á buscar cosa que tenia por tan

baladí y de poco precio; más conseguílo al fin: no siendo corta mi alegría, cuando me hallé con un plano de principios del siglo XVII, que representaba la campiña de Pavía, tal aún como se hallaba el dia de la batalla. Despedíme del buen viejo y de sus hijas con mil cortesías, y con la ayuda del plano antiguo, á que he hecho ya tantas referencias, y vá en copia adjunto, acabé de formar mi juicio, sobre todos los puntos en que me restaban dudas.

Aquella noche estuve, además, en un pobrísimo café, concurrido especialmente por estudiantes, y por algunos oficiales austríacos de la guarnicion, bien que fuera, segun me dijeron, el mejor de la ciudad; y recorrí casi todas las calles, malísimamente alumbradas, y apenas concurridas desde la hora de la queda. Parecíame pasear las calles de nuestra vieja Huesca, de vuelta de su ermita de San Jorge, y de su campo del Alcoraz, no ménos digno de memoria que el de Pavía: el propio silencio, la propia ó mayor oscuridad, iguales cafés y no desemejante concurrencia hallaba aquí que allí habia hallado. Luego, por la mañana visité rápidamente la iglesia longobarda de San Miguel, adornada de pequeños mónstruos de piedra en la portada, tales como se ven en algunas de nuestras iglesias de Leon y Asturias. Al paso examiné el caserío de la ciudad antigua, que no dejaba de tener cierta apariencia de grandeza. Ya lucia bien el sol, en suma, cuando por un largo puente techado pasé el Tesino, harto lejano allí del mar, y tres millas distante todavía del Pó, con el cual junta sus aguas; sin embargo de lo cual estaba muy poblado de barcos de comercio.

Desde el puente pude bien contemplar el curso tranquilo de la corriente, y las orillas enriquecidas de arboledas y praderías deleitosas. Todo observado de prisa, porque la tenia y grande entónces de llegar á Mortara, en otro calesin de alquiler que habia tomado, á fin de no perder el tren del camino de hierro. Téngola ahora tambien de terminar esta, quizás para V. mismo, sobrado larga y minuciosa carta. Paciencia, amigo mio, puesto que me he dilatado ya sin remedio. No habrá V. tenido nunca tanta, en esta ocasion, como la que hube yo de emplear la mañana misma de que hablo, cuando á orillas del Tesino, que acababa de pasar, me encontré con que estaba ya tocando en la frontera sarda. Vime allí obligado á esperar, el que un empleado subalterno de la policía austriaca se desperezase á su sabor, ántes de despachar á los diversos pasajeros que ya allí habia: hasta obligarme á entrar atrevidamente en su modestísima alcoba, donde tuvo al fin la bondad de escribir su apreciable firma en mi pasaporte, no sin señales de impertinente mala gana. Y eso que era diplomático el mio, y que yo era notoriamente extranjero; que, á haber sido lombardo ó sardo, no sé yo bien hasta qué punto habria llevado el buen funcionario las demostraciones de su descortesía. Verdaderamente el sentimiento patriótico, aunque muy estimulado en mí á la vista de aquellos campos, no padeció por causa de ningua comparacion desventajosa, ó desagradable, durante toda esta expedicion á Pavía. Nada hallé allí que fuese obra de los hombres del dia, y que, mano á mano, mereciese cambiarse por *las cosas de España.*

MADRID y Junio de 1857.

EXPLICACION DEL PLANO DE LA BATALLA DE PAVÍA.

1.—St. Alessio, cuartel general del ejército de Cárlos V.

2.—Lugar del muro del Parque por donde, al parecer, abrió las brechas la infantería española.

3.—S. Paolo, cuartel general de Francisco I.

4.—S. Lázaro, línea fortificada de los franceses á su izquierda.

5.—Castillo de Pavía en el cual se levantó un *caballero* por la parte que dá al campo, situando en él la artillería que batió á Toretta y sus alrededores.

6.—Puerta de Milan.

7.—Cuarteles franceses á su derecha.

8.—Retaguardia francesa al comenzar la batalla.

9.—Centro ó batalla francesa desde donde disparaba, ántes de encontrarse á las masas, su artillería.

10.—Vanguardia francesa.

11.—Caballería española, ordenada antes de acometer en tres escuadrones mandados por Cárlos de Lanoy, Borbon y Alarcon.

12.—Infantería española.

13.—Infantería alemana del ejército imperial.

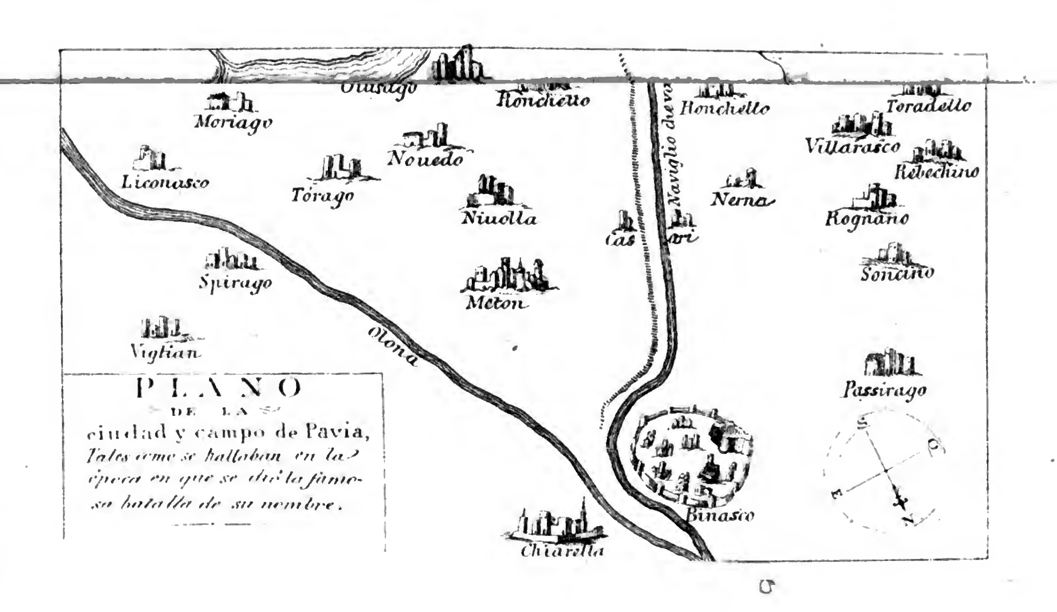
14.—Lugar donde debió ser batida por el Duque de Alenzon, la infantería italiana, que marchaba á retaguardia de toda la infantería imperial, con los cañones, en direccion á Mirabello.

15.—Parte del Parque por donde escaparon algunas tropas del ejército francés.

16.—Infantería italiana que vigilaba las puertas de la ciudad.

17.—Lugar por donde hizo su retirada Alenzon despues de derrotar á los italianos hácia Vigevano.

18.—Puente del Tessino, á cuya guarda habia quedado el capitan español Guevara, que estaba al servicio del rey de Francia, despues de haberse *desnaturalizado*; y hácia el cual emprendió su fuga la parte del ejército francés que se ahogó en el rio.


PLANO
DE LA
ciudad y campo de Pavia,
Tales como se hallaban en la
época en que se dió la famo-
sa batalla de su nombre.
Moriago
Liconasco
Tórago
Nouedo
Ronchetto
Niuolla
Spirago
Meton
Viglian
Olona
Chiarella
Cas
Naviglio
Honchello
Nerna
Toradello
Villarasco
Rebechino
Rognano
Soncino
Passirago
Binasco
S
O
E
N

E:

Estudios literarios

de

D. A. Cánovas del Castillo

Tomo II.

[pt. 2]

IV.

DEL ASALTO Y SACO DE ROMA

POR LOS

ESPAÑOLES.

DEL ASALTO Y SACO DE ROMA

POR

LOS ESPAÑOLES.

EPÍSTOLA DIRIGIDA

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON SERAFIN ESTÉBANEZ CALDERON.

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

No estuvo V., mi querido tio, bastante tiempo en Roma para visitar minuciosamente aquella parte de la ciudad por donde entró el ejército de Cárlos V en los primeros dias del mes de las flores del año 1527 de nuestra Era. Me pesa, porque, al ajustar las relaciones de los historiadores con los lugares del suceso, habria V. experimentado las propias dudas que yo, y tal vez se hubiera dedicado á esclarecerlas con más fruto. Pero ya que ello no pudo ser, quiero que posea V., al ménos, estas observaciones, que me ha

sujerido el pasear los lugares con curiosidad, durante mi residencia en Roma. Las acompaño con un plano sencillo, que representa el estado actual de los muros de la eterna ciudad, á la parte izquierda del rio, sin el cual no seria posible formar exacta idea de los hechos. De V. no temo que juzgue estéril esta tarea, no tan lucida seguramente como penosa y difícil: lejos de eso, me parece haber acertado con su gusto al dedicarle esta carta.

Roma, en los tiempos antiguos, fué poco dada á poblar la orilla etrusca de su rio, asentándose casi toda entera en el suelo latino. Sólo pasaron los antiguos de la márgen izquierda á la derecha del Tíber para fortificar la cima del monte *Janículus*, que domina la ciudad, y podia impedir la navegacion del rio (1), ó bien para construir el sepulcro de Adriano, hoy ciudadela de Roma, y los jardines y circo vaticanos, en cuyas grutas fué enterrado San Pedro. Sobre aquellas santas grutas se levantó luego el trono de los Papas, coronado ahora por la cúpula del primero de los templos cristianos, y desde ellas hasta el sepulcro de Adriano y el Tíber, se ha ido formando con el tiempo, el más importante de los barrios de Roma. Allí están los palacios pontificios, los museos, los pórticos incomparables del Bernini, el obelisco transportado del viejo circo á la plaza, en los dias de Sixto V, por el audaz ingénio de Fontana.

Parte por guardar de las incursiones sarracénicas la Basílica de San Pedro, parte para guarecer sus pa-

(1) Nibbi. Roma. Antica, t. I.

lacios y sus propias personas, en las frecuentes insurrecciones de los patricios romanos, durante los siglos tenebrosos que subsiguieron á la extincion de los Césares, trataron los Papas de ceñir con torres y muros el recinto vaticano; y Leon IV acertó á llevar á término este propósito en la primera mitad del siglo IX, separando de Roma enteramente el nuevo arrabal ó burgo que, de su nombre, se llamó desde entónces ciudad leoniana ó leonina. Pero en el ínterin la escasa poblacion que, durante el imperio, se habia acumulado dentro del recinto fortificado del Janículo, comenzó á acrecentarse, merced á las ampliaciones que hicieron, en todo el ámbito de la ciudad, los Emperadores Aureliano y Honorio; y al natural deseo, que tenian los primeros cristianos, de habitar en las cercanías del monte y las grutas, donde murió y yació luego el apóstol San Pedro. Y así se vió, que miéntras el *Foro* y las inmediaciones del Anfiteatro Flávio, lo propio que las cumbres del *Esquilino*, *Cèlio* y *Palatino* eran abandonadas á los escombros, Roma creciese de la parte opuesta del rio, formándose el arrabal de San Pedro, conocido tambien por *Borgo-vechio* y *Vaticano*, en la ciudad leoniana, y el de *Transtíver* ó *Trastèvere*, al pié del monte *Janículus*, que fueron los que asaltaron, en 1527, los impertérritos soldados de Cárlos V.

Por mucho tiempo estuvieron estos arrabales separados uno de otro, y cada cual de ellos encerrado en distintos muros, con puentes diversos que los unian á la ciudad. El *Trastèvere*, dentro del recinto de Aureliano, se comunicaba principalmente por el puente

Aurelius, hoy puente *Sixto*, y por los puentes de *Cestius* y *Fabritius*, hoy *Quattro capi*, que juntan la isla tiberina con las dos orillas del rio: el de San Pedro ó vaticano, encerrado en el recinto de Leon IV, tenia por suyo el puente *Aelius* ó de *Sant Angelo*, dominado por el sepulcro-castillo de Adriano, que era como base de la ciudad leonina. De uno á otro arrabal corria la calle ó *via* de la *Lungara*, limitada de una parte por el rio, cuyo curso sigue paralelamente, y de la otra por las colinas janiculenses; las cuales, desde la cumbre de *Santo Spíritus*, punto más avanzado de ellas de Sur á Norte, y comprendido ya en el recinto leonino ó vaticano, se extienden, ondeando, hasta la misma cima del antiguo *Janículo*, que hoy, por causa de la iglesia levantada en memoria del suplicio del primer apóstol, se llama *San Pedro in Montorio* (1). Por ambos lados de la *via* ó camino de *Lungara* no tardaron en construirse muchas casas, como suele suceder en todos los caminos inmediatos á lugares populosos, hasta formarse la calle actual, que es de las mejores de Roma; y en 1642, cuando Urbano VIII renovó y reformó toda la fortificacion de la orilla derecha del rio, quedaron encerradas esta calle y otras de menos importancia, derivadas de ella, en la larga cortina bastionada que corre desde la puerta *Cavalleggieri*, en la ciudad leonina ó vaticana, á la puerta de *San Pancracio*, en el *Trastèvere*, encerrando en un solo recinto los dos antiguos arrabales.

(1) Sigo en esta descripcion las opiniones de Nardini y Nibbi, los dos mas seguros arqueólogos que, en mi concepto, han escrito sobre los puntos que abraza.

Nibbi, al tratar de esta parte de los muros, dice que, «hasta aquel año (*el de* 1642), la ciudad leoniana »habia estado separada de la ciudad propiamente di»cha, en la parte transtiverina, por toda la extension »de las colinas janiculenses, que dominan inmediata»mente la *via* de la *Lungara*; y que por eso á los dos »extremos de esta, se hallan las puertas de *Sancto »Spíritus* y *Septimiana*, hoy ya inútiles.» Y aquí comienzan las dudas y la dificultad de ajustar los lugares con los hechos de que trato.

Porque Nibbi no es solo el último de los grandes anticuarios romanos: es tambien el que más detenidamente ha estudiado estas materias, durante una vida larga y laboriosa, dedicada por entero á la instruccion arqueológica de los alumnos de la *Sapienza*; y, en especial sobre los muros, ha escrito una obra clásica, que V. conocerá seguramente, con el título de *Historia delle mura di Roma*. ¿Cómo contradecir una autoridad tan respetable, sin graves, gravísimos fundamentos que abonen la opinion supuesta? Yo creo que los poseo, y voy á someterlos al juicio de usted, que tiene ya idea de los sitios, y que podrá, como digo, ayudarme á salir de confusiones.

He hablado ya, citando á Nibbi, de la puerta de *Sancto Spíritus* y de la *Septimiana* ó *Settimiana*, colocadas á los estremos de la *Lungara*, dentro del recinto moderno. No es por estas solas por donde se comunican los arrabales: hay tambien al presente, fuera del recinto bastionado, un camino que corre lamiendo los ángulos ó redientes del muro, y á sus dos extremos se hallan, aunque con diversa direccion,

otras dos puertas que son la *Aurelia* (1), ó de *San Pancracio*, y la del *Torrione* ó *Torreon de Sancto Spíritus*, ahora *Cavalleggieri*; situada aquella al pié del monte *Janículo* en *Trastèvere*, y abierta esta otra en los mismos muros antiguos de la ciudad leoniana, á la falda de la colina ó monte de *Sancto Spíritus*, sobre el valle de los *Hornos*, que separa un tanto las alturas janiculenses de las vaticanas.

Que entre estas cuatro puertas, á saber: la de *Cavalleggieri*, la de *Sancto Spíritus*, la de *San Pancracio* y la *Septimiana*, tuvieron lugar los memorables sucesos que el 6 de Mayo de 1527 ensangrentaron á Roma, no ofrece duda alguna. La duda está en si todas cuatro puertas daban paso al campo por entónces, y pudieron ser atacadas á un tiempo de los imperiales, ó si ya á la sazon dos solas de ellas, como se vé al presente, eran verdaderas puertas de Roma, la *Torrione* y la de *San Pancracio*, encontrándose las otras dos, en las estremidades de la *Lungara*, y dentro de un muro paralelo á esta *via* y al Tiber, que asegurase interiormente la comunicacion de los arrabales, al modo que ahora la asegura el recinto bastionado de Urbano VIII.

Creia Nibbi lo primero, afirmando que hasta que aquel levantó en 1642 su recinto, no quedaron inútiles las puertas de los extremos de la *Lungara*: yo me atrevo á sostener contra esta opinion, áun despues de

(1) No hay que confundir esta puerta con la que daba principio á la vía Aurelia situada sobre el puente Santangelo.— Esta, de que hablamos, se llamaba Aurea ó Aurelia por corrupcion del Monte aureo ó Janículo.

reconocer que es la del primer anticuario de Roma, que en 1527 eran ya interiores, y de ostentacion puramente aquellas puertas; y que el ejército imperial halló delante de sí un muro, que corria poco más ó ménos como el actual, de un arrabal á otro. Veamos, para comenzar la prueba de mi aserto, cómo refieren algunos testigos de vista las particularidades del suceso.

Entre las adquisiciones bibliográficas que hice yo en Italia, cuento por de las mejores un códice de cierta historia del *Sacco di Roma*, escrita por Patricio de Rossi, florentino, con ayuda de las memorias originales que dejó acerca del suceso Monseñor Francisco de Rossi, su abuelo: testigo de vista, y actor en algunas de aquellas dolorosas escenas. El Patricio, más se dá por colector que por historiador; y con efecto, se advierte en su obra que muchas veces no habla él, sino aquel mismo que presenció los acontecimientos. Imprimióse esta obra por primera vez en la propia Roma, el año de 1837; pero con ciertas variantes y lagunas importantes, que no hacen á nuestro propósito, tal vez abiertas en el texto por la censura pontificia. De aquí la importancia de un códice, que escrito en letra, si no del propio siglo XVI, de los primeros años del siguiente, y perfectamente conservado, ofrece incontestables garantías de autenticidad y acierto.

Y verdaderamente, el contexto de toda la historia que cito ahora, está demostrando, que Monseñor Francisco de Rossi, su verdadero autor, escribia con gran conocimiento, que era hombre imparcial, ya que no siempre elegante, y juicioso como el que más de los escritores de su siglo. De sus páginas, descar-

gado el estilo de declamaciones ociosas, saco la narracion que sigue:

«Pasado», dice Rossi, «el 5 de Mayo, y áun la noche, »y conforme se avecinaba el dia sexto, se levantó den»tro y fuera de Roma una niebla tan densa, que apénas »se veia á dos pasos de distancia. Pusiéronse, para »aprovecharla, en ordenanza los enemigos; y una parte »de ellos se fueron acercando en buen órden á los mu»ros de un lado, entre los bastiones de *Sancto Spíritus* »y los muros del *Papa Nicolás*, trayendo escalas y otros »artificios para el asalto. Al clarear el dia se distin»guió yá sobre todos á Borbon, completamente arma»do, y á caballo con sobrevesta blanca en las armas... »Los españoles, como aquellos que en valor y atrevi»miento pretenden la precedencia de cualesquiera »otros, bravamente escaramuceando, comenzaron por »várias partes el asalto. Muchos de ellos se empeñaron »obstinadamente en mantenerse en el punto más fácil »para dar el asalto con escalas, por aquella parte, que »*(respondi verso)* está en frente de *Sancto Spíritus*, y »donde las murallas de la ciudad eran más bajas que »en otro lugar alguno. Se juntaban aquí los muros de »la ciudad con una pequeña casa particular; pero »de tal manera que, siguiendo el órden del resto de »la muralla, se necesitaba más que diligente cuida»do para averiguar su flaqueza: y en ella habia una »tronera de cañon que la servia de ventana. Debajo »de tal tronera habia otra pequeñísima ventana, que »daba á la cantina de la casa, no enrejada de hierro »sino de madera; pero cubierta de tierra y piedras, por »tal manera, que de la parte de afuera no se conocia,

»ni podia sospecharse que diera con ella el enemi»go. De este punto precisamente no se separaban los »españoles pretendiendo por allí escalar la muralla, »de donde eran rechazados á tiros de mosquete, hasta »que la niebla, haciéndose más y más densa, á punto »de estorbar la vista á los defensores, permitió á aque»llos acercarse á su placer, sin ser ofendidos.»

»Ahora bien, miéntras los españoles combatian in»cesantemente por este lado, Borbon, que hacia par»tes de soldado más que de capitan, al apoyar con la »mano izquierda una escala en los muros, fué muerto »de un arcabuzazo en un costado. Reunidos los capi»tanes del ejército para deliberar qué habia de hacer»se en aquel caso, determinaron repetir el asalto; y, »eligiendo por capitan general al príncipe de Orange, »se abalanzaron de nuevo á los muros. Ya era la un»décima hora del dia cuando los cesáreos, con mayor »audacia, intentaron de nuevo la expugnacion por to»das partes hasta el *Porton de Sancto Spíritus*. En»tónces fué cuando algunos infantes españoles, des»cubriendo, ó por casualidad, ó por delacion, la fla»queza del muro de aquella casilla ántes mencionada, »con barras y picos alargaron la tronera y la venta»na subterránea, por la cual cómodamente entraron »en Roma; y á las trece horas (1) fué sentido el ene»migo dentro de la ciudad, sin poderse saber por dón»de ni cómo, afirmando los defensores que no entra»ron por la parte de la puerta del torreon de *Sancto*

(1) Los italianos cuentan seguidas, desde la una á las veinte y cuatro, las horas del dia.

»*Spíritus*, aunque eran las murallas más bajas y peor »defendidas que habia. La verdad fué que entraron »por dicha casa.»

»No bien hubieron empezado los españoles que en»traron á ordenarse, apareció Renzo de Ceri (*capitan general de las fuerzas del Papa en la ciudad*) con cer»ca de 800 infantes, que conducia en refuerzo de los »que combatian sobre los muros. Al llegar á la igle»sia de *Sancto Spíritus* (*situada en la ciudad leoniana, de donde la puerta Torrione, el porton de la Lungara, y el monte que hay entre ambas puertas tomaron sus nombres*), descubrió Renzo de Ceri á los españoles que »venian á él, y es fama que, vuelto á los suyos, gri»tó en voz alta: los enemigos están dentro, sálvese »quien pueda en lugares fuertes y seguros. Palabras »intempestivas é indecentes á tal capitan..... Que si »Renzo hubiera embestido á los enemigos con el ar»rojo que en aquella ocasion cumplia, considerando »la distancia del muro al lugar donde habian llegado »los españoles, bien podia conjeturar que (*por caber en lugar tan estrecho sin duda*), no eran aún en gran núme»ro; y que la gente que él conducia, bastaba para recha»zarlos al muro. Pero Renzo, en vez de hacerlo, tomó »la fuga (*saliendo indudablemente por el Porton ó Postigo de Sancto Spíritus*) hácia *Puente Sixto*, por la »*Lungara*, seguido de muchos de los suyos en confu»sion: con lo cual, los que defendian los muros, vien»do huir al capitan, abandonaron tambien tras él sus »puestos. Perseguíanlos los contrarios gritando: *viva* »*España, mata, mata*, y haciendo estrago. Renzo, lle»gado á *Puente Sixto*, (*despues de pasar tambien*

forzosamente por la puerta Septimiana que está antes del Puente), juntó las reliquias de sus infantes, que »habian dejado las espadas españolas, con los que »estaban á su guarda, y en lugar de cerrarlo y terra»plenarlo, si no queria cortarlo, colocando alguna »pieza de artillería que barriera su entrada, se enca»minó luego por *via Giulia* (*calle casi paralela al rio en su izquierda, y tambien á la Lungara que va por la derecha*), en demanda del puente y castillo de »*Sant-Angelo*.»

De esta relacion se desprende, pues, que Renzo de Ceri llegó por la parte de la *Lungara* á la iglesia de *Sancto Spíritus*. Porque si se hubiera acercado á *Sancto Spíritus* por el lado de *Sant-Angelo*, al divisar á los españoles, habria podido recojerse al castillo sin tener que pasar dos veces el rio, ni dar tan largo rodeo. Y una vez averiguado que la retirada de Renzo fué por la *Lungara* á *Puente Sixto*, y de allí á buscar, por la *via Giulia*, el puente *Sant-Angelo*, ¿no es tambien verosimil, que al venir siguiese los mismos pasos? Pues ni lo uno ni lo otro habria podido hacerlo de estar áun, como creia Nibbi, la *Lungara* fuera de los muros. Nótese además, que de estar cerradas la puerta de *Sancto Spíritus* y la *Septimiana*, como era forzoso que lo estuviesen si daban al campo, durante el ataque, no era posible que el caudillo romano pasase en fuga de la una á la otra, sin hallar obstáculo alguno hasta llegar á *Puente Sixto*, donde hizo algunos instantes de alto. Nótese asimismo, y esto es más concluyente todavía, que de no suponerse un muro antiguo, semejante al que ahora existe por obra de

Urbano VIII, en las colinas janiculenses, los asaltantes, extendiéndose naturalmente desde la orilla del rio hasta la puerta *Torrione* ó *Cavalleggieri*, y desde el mismo rio á la de *San Pancracio*, habrian hecho imposible toda comunicacion entre los dos arrabales.

Bastan estas observaciones para hacer evidente mi aserto, si se dá crédito á la relacion minuciosa de los hechos, que monseñor Rossi dejó escrita.

Mas por si acaso se duda de la exactitud de esta relacion, convendrá examinar otras, que sean contemporáneas ó vecinas del suceso, y puedan esclarecer sus circunstancias. Por tales son tenidas dos de autores inciertos, publicadas ambas con el título de *Il saco di Roma*. Imprimióse la primera en París en 1664 á nombre de Francisco Guicciardini, el famoso autor de la *Historia de Italia*, y la segunda en Luca, con falsa fecha de Colonia, en 1756, suponiéndola obra de un Jacobo Buonaparte, hasta entónces de todo punto desconocido. No tardó en hallarse entre ambas obras tal semejanza que los gaceteros más acreditados en Italia, y muchos literatos, la tuvieron por una misma, atribuyéndola, quién á Francisco Guicciardini, quién á Luis su hermano, tan famoso por su descripcion de Flandes. Y con efecto, la semejanza es grande, y podria demostrar que la segunda era original ó copia de la primera, si no fuese porque á no dudarlo, una y otra están sacadas, en su mayor parte, de esta historia misma de Rossi, de que acabo de copiar la relacion del asalto.

No las noticias sólo, sino las declaraciones, las re-

flexiones, las palabras mismas lo demuestran á punto, que basta una somera confrontacion, para resolver de plano este antiguo poblema literario. Pero he dicho que son, en su mayor parte, no en todo, estractos de la de Rossi las dos obras referidas; y con efecto, algo hay de más, especialmente en la segunda de las relaciones, que malamente se supuso tomada de la primera, mucho ménos curiosa que ella á todas luces. Los nuevos pormenores que aquí se encuentran deben pertenecer á alguna otra relacion, por el estilo de la de Rossi, auténtica y desconocida al presente: esto es al ménos lo probable. Y no me parece aventurado el suponer que ambas relaciones fueran formadas á un tiempo y por diversas personas, no teniendo valor al presente, una ni otra, si no es por aquello poco que añaden á la grande y original relacion, de que ya me he hecho cargo. Un párrafo hay, por ejemplo, en la obra atribuida á Buonaparte, que no solo no se halla en la que se creyó de Guicciardini, sino que falta tambien en el impreso y manuscrito de Rossi, y confirma de un modo notable las antecedentes observaciones. «Por »tanta solicitud y estímulo» *(el que daba Borbon á sus soldados)* «se hallaba» (dice el Buonaparte), «junta al »alba toda la infantería, y en órden la caballería, no »ménos alegres que dispuestos todos, á emprender ani»mosamente la batalla. La valentísima gente *(banda)* »española dió, segun su costumbre, el asalto por di»versas partes de la ciudad. Combatieron de una y »otra parte réciamente con la pequeña artillería, y de »algunos pocos soldados suizos de la guardia del »Papa *(no quedó de estos vivo ni uno sólo, segun otras*

relaciones) habian ya sido rechazados los que daban »el asalto y subian á los muros, por la parte que mi- »raba *(guardava)* á *Via Giulia.* Muchos fueron mal- »tratados por las balas de un grueso cañon, que dis- »paraba desde las colinas del costado, donde era más »récia la batalla; y ya en lo alto del muro fueron ga- »nadas dos banderas, cayendo precipitados del muro »abajo los alféreces que las conducian.»

¿Y cuál podia ser, pregunto yo ahora, esta mura- lla que miraba á *Via Giulia,* si no una paralela á la misma *via,* y de consiguiente al rio y á la *Lungara,* que es lo que trato de demostrar? ¿Y de qué otras colinas de costado, hácia donde era lo más récio de la batalla, podian venir los tiros de aquel cañon grueso, á no ser de las de *Sancto Spíritus,* que se separan de la direccion de las demás colinas janiculenses, y avan- zan de Sur á Norte, como dejo dicho, de suerte que flanquean precisamente á las otras? ¿No estaba tam- bien al pié del monte de *Sancto Spíritus* la puerta *Torrione* donde se sabe que era el mayor empuje del asalto?

Todo ello parece tan claro, que se necesita del res- peto que naturalmente profesamos los peregrinos ex- tranjeros á los arqueólogos naturales de Roma, por causa del mayor tiempo y medios de que disponen; y la particular atencion que merecen los estudios ar- queológicos de Nibbi, para insistir en la demostra- cion todavía.

Insistiré, sin embargo, que á tanto me obligan á mí los respetos que dejo apuntados. Testigo ocular del suceso fué tambien Benvenuto Cellini; y habla de

ellos en su *Vita scritta da lui medessimo*. Pues el lugar en que se halló fué, segun dice, «el muro del »*Campo Santo,*» y este Campo Santo pudiera ser muy bien el de *Sancto Spíritus*, situado en las colinas janiculenses, por encima de la *Lungara*, precisamente en el sitio por donde yo supongo que corria ya una muralla en la época del asalto. Y á la verdad, visitando aquellos lugares, he observado yo mismo en el muro que corre al presente por delante del Campo Santo, algunos trozos de construccion á la manera *sarazinesca*, y me han servido de estímulo para proseguir en estas investigaciones. Tal vez por aquella parte no hubo nunca una muralla formalmente levantada; sino que con las tapias de los jardines y las casas mismas, y algunos trozos de muro ligeramente fabricados, se constituiria por allí el recinto, calificado en todos los historiadores de el *más flaco de Roma*. Da crédito esta calificacion misma á mis sospechas, porque no parece posible que los muros de la ciudad leoniana, apoyados por la parte que sufrió el asalto en el monte de *Sancto Spíritus*, cuidados especialmente por los Papas, que fiaban su seguridad personal en ellos, y no habia muchos años reedificados por Nicolas V, desde la puerta de *Santo Spíritus* á *San Angelo*, segun Nibbi (1), se hallasen en el estado deplorable que señala Francisco Vettori en su *Storia d'Italia dal* 1511 *al* 1527, diciendo precisamente al describir el ataque, que «en muchos lugares no habia muro, sino sólo se »habian levantado algunos reparos».

(1) Historia delle Mura di Roma.

Y á propósito ahora de Francisco Vettori, conviene tambien saber, que este autor señala como punto principal del ataque, el muro que corria del porton del *Borgo* (asi se llama aún por antonomasia el arrabal de San Pedro ó Vaticano), á la puerta de *Sancto Spíritus*, dando aquel primer nombre, sin duda, á la Puerta *Torrione*: con lo cual, confirma un hecho en que Rossi y el compendio de Buonaparte están de acuerdo. Ni podia ser otro el punto cuando el objeto de los asaltantes era entrar en la ciudad leoniana y apoderarse del *Vaticano* y de San Pedro. Pero el ejército, que, en concepto de Sandoval, llegaba á 30.000 soldados y á 40.000 en opinion de Ulloa, era sobrado numeroso para encerrarse en lugar tan estrecho, donde apenas algunos centenares podrian maniobrar con holgura; y así es que estaba extendido entre la puerta de *San Pancracio* y la de *Sancto Spíritus*, segun lo describen Rossi y sus plagiarios, con casi todos los demás autores que tratan del asunto.

Y aquí surjen sin querer nuevas preguntas. ¿A qué extenderse entre la puerta de *San Pancracio* y la de *Sancto Spíritus*, sino para atacar una línea ó un frente contínuo de fortificaciones? ¿De estar aislados los arrabales no se habrian dividido tambien los asaltantes en dos trozos diversos, siendo lugares tan distintos la puerta de *Sancto Spíritus* y la de *San Pancracio*, que por más de una milla y un quinto de las de sesenta al grado, está separada la una de la otra? Difícil seria contestar á estas preguntas, sin aceptar mi supuesto.

Ni se concibe sin él, que poseyendo los imperiales toda la cumbre de las colinas janiculenses, la iglesia

y torre de *San Onofre,* que existia desde 1419 sobre ellas, y otros muchos edificios, que hay anteriores al asalto, y que debian dominar una gran parte de los muros de la ciudad *Leoniana,* pudieran sostenerse allí por algunas horas los defensores, en especial si se recuerda cuán poco expertos eran en las armas, y cuán certeros, por el contrario, los tiros de aquellos arcabuceros españoles que, pocos años ántes en Pavía, habian desbaratado la flor de los caballeros de Europa. Porque no basta la niebla para explicar este efecto: que Benvenuto Cellini, que asistió en los muros, si bien encarece su densidad, todavía refiere pormenores bastantes á demostrar, que no dejaban de distinguirse desde allí los escuadrones imperiales, por más que á la distancia á que se halla *San Angelo,* impidiese ella el efecto de la artillería del castillo; cosa á que los romanos, en general, atribuyeron mucha parte del mal fin de la jornada.

Por si aún hiciesen falta argumentos, tal vez no sea importuno recordar lo que aconteció en otro ataque que se dió á Roma pocos meses ántes del de los imperiales. Fueron los asaltantes los Colonnas, grandes enemigos de Clemente VII, acompañados del aventurero D. Hugo de Moncada, y de una turba de parciales y soldados mercenarios, más apta para el saqueo que para la guerra. Contaban éstos con inteligencias en Roma, y con un partido poderoso dispuesto á seguir su voz contra el Pontífice, y una noche se introdujeron calladamente en la ciudad por el camino de Nápoles, y se señorearon de toda ella,

y áun del puente *Sixto*, sin resistencia. Abierto el paso de este modo á la orilla derecha del rio, «los suble»vados», dice Rossi, que tambien narra aquel hecho, «sin dificultad alguna entraron por la *Lungara*, y se »dirigieron á *San Pedro*. Al pasar por el arco de »*Sancto Spíritus* (*asi el impreso, que el ms dice por»ton*), hallaron allí á Estéban Colonna con 200 infan»tes recogidos tumultuosamente, de órden de Su San»tidad, el cual no pudiendo con tan poca gente impe»dir el paso al enemigo, se retiró de aquel punto, con »lo cual entraron los coloneses en *Borgo-vechio*». Por donde se vé que debia estar indefenso enteramente el porton de *Sancto Spíritus*, y abierto el paso desde la *Lungara* al *Borgo*, puesto que ni siquiera se intentó la resistencia, y por no haberla intentado no se inculpa al capitan, cuando tanto se inculpó á Renzo de Ceri por su retirada en el asalto de los imperiales: dado además, que la gente que venia sobre Estéban Colonna, no podia ser tampoco mucho más numerosa, que la que puso en fuga á aquel otro caudillo romano.

Suponiendo ahora, mi querido tio, que con tanto disertar no haya comprendido mal los hechos y sus deducciones legítimas; ¿cuál pudo ser el lugar de la muerte de Borbon, y ¿cuál el trozo de muro donde fué herido durante el asalto? Objetos de curiosidad histórica son éstos, que no se han curado mucho de investigar hasta el presente los anticuarios romanos, poco amigos, y con razon, de la gloria de aquel temerario caballero. Nibbi, sin embargo, apunta como seguros algunos datos que no dejan de ser importantes.

A la izquierda de la antigua puerta *Torrione*, hoy *Cavalleggieri*, allí donde comienzan los bastiones del moderno recinto del *Janículus*, hubo, segun él, en otro tiempo, una capilla, intitulada de *Nuestra Señora del Refugio*, en la cual murió Borbon, habiéndose conservado en ella algunas banderas y una inscripcion que recordaba el suceso por muchos años: tal vez hasta que se fabricó sobre su demolido presbiterio el nuevo muro. De aquella capilla al monte de *Sancto Spíritus*, donde fué más recio el asalto, no habia más que algunos pasos de distancia, y de consiguiente hay que creer que fué casi á las mismas puertas de la capilla, donde recibió Borbon el golpe de muerte. Pero no todos están de acuerdo en las circunstancias. Tullio Dándolo, por ejemplo, uno de los escritores que con más celo cultivan al presente la historia de Italia, despues de buscar en vano en la *Biblioteca vaticana* un manuscrito del *saco* de Roma, obra del famoso Gerónimo de Morone, que allí se sospecha que existe, acaba de publicar un libro acerca de este personaje (1) con algunos breves comentarios sobre el suceso. En ellos se lee que los imperiales bajaron de *Monte Mario*, blandiendo cuerdas y escalas, y se lanzaron inmediatamente al asalto; y que Borbon, herido, fué transportado á la escalinata de *San Pedro*, donde ahogaron su último ay, los alaridos de *carne, carne*, con que asordaban el aire los españoles. Más fundada me parece, no obstante, la version de Nibbi, basada en dos autores antiguos, que trataron ám-

(1) Ricordi inediti di Gerolamo Morone. Milan 1855.

pliamente del *Vaticano* y de sus alrededores, y que hablan, como de cosa que vieran ellos propios, de la capilla, y la inscripcion que fijaba allí la muerte del capitan imperial.

Noticias no menos inseguras quedan acerca de la persona que mató á Borbon, por lo mismo que muchos se debieron de atribuir la gloria del hecho. Benvenuto Cellini, sin ir más lejos, afirma que murió de los tiros que él y dos amigos que llevaba consigo le dispararon desde el *Campo Santo*; pero más tarde se da tambien él por autor de la herida que recibió, delante de *San Angelo*, el príncipe de Orange, y en todas sus memorias campea tal espíritu de jactancia, que bien podemos dudar los presentes de muchas de sus hazañas. Branthóme atribuye el hecho á un sacerdote; mas éste parece vago rumor de la época. Nibbi, con las mismas autoridades, con que justifica el lugar de la muerte de Borbon, da por autor de ella á Francisco Valentini, romano, soldado viejo y experimentado en las guerras de su tiempo.

Ni falta quien sustituya al de Valentini el nombre de Bernardino Passeri, platero célebre á la sazon; y áun esta viene á ser la tradicion en Roma, porque es allí voz comun que Borbon fué muerto desde el campanario de *Sancto Spíritus*. Pero tal error está fundado en esta inscripcion del campanario que recuerda el nombre de Passeri y sus proezas en el combate: «QVI »CVM IN SACRO BELLO PRO PATRIA IN PROX. JANIC. PARTE »HOSTIVM PLUREIS PVGNANS OCCIDISSET ATQVE ADVERSO »MILITI VE-XILLVM ABSTVLISSET FORTITER OCCVBIT PR. ID. MAII MDXXVII». Inscripcion, de que copio es-

tas palabras, no para probar sólo que nada dice que aluda á la muerte de Borbon, sino porque ofrece al paso un nuevo indicio de que estaban fortificadas ya las colinas derivadas del *Janículo*. Adviértase que la inscripcion habla del *próximo Janículo*, á propósito de los enemigos muertos, y de la insignia ganada. Esta no pudo ser sino alguna de las que plantaron, ántes de tiempo, los alféreces españoles en el muro, segun se vé en una de las relaciones del asalto, porque á campo abierto ni se peleó, ni habrian podido perderse aquel dia insignias españolas. Luego en la parte del *Janículo*, donde tuvieron lugar las hazañas de Passeri, habia muro. Y no hay que suponer que hable la inscripcion del que unia en el arrabal distante de *Trastèvere* la puerta de *San Pancracio* á la *Septimiana*, porque entónces no se explicaria la proximidad, y la inscripcion no tendria objeto en el lugar en que se halla. Ni ménos que pelease el Passeri sobre el muro de *Sancto Spíritus*: que éste, aunque derivacion geológica del *Janículo*, no ha sido jamás conocido por tal nombre, sino por el suyo propio. Passeri, despues de defender el muro del *Janículo*, que ponia en comunicacion los dos arrabales, segun mi suposicion, y de haber ejecutado allí grandes hazañas, fué sin duda de los que tuvieron que abandonar su puesto, por la fuga de Renzo de Ceri; y, al llegar en retirada al pié del campanario de *Sancto Spíritus*, debió ser acometido y muerto, como tantos otros, por los españoles. Esto es lo que se deduce de la inscripcion, y concuerda con todo lo que queda apuntado por más cierto.

Por dudar se duda, en suma, hasta si fué de arcabuz ó falconete la herida de Borbon; que, á ser de esta última arma, como disparada al azar, quitaria por igual la gloria á todos los que pretendieron ganarla atribuyéndose tal muerte.

Desde la alegre villa *Lante*, que hoy corona el monte de *Sancto Spíritus*, se pueden señalar, con certidumbre en mi concepto, todos los sitios que hizo famosos el arrojo de Borbon, y la desgracia de su muerte. Más de una vez he meditado yo, desde allí, en los varios accidentes de la vida de aquel caudillo, valiente como el que más de su tiempo, y no destituido de algunas prendas de caballero; enemigo personal de su Rey y azote de su Pontífice; vencedor siempre y nunca ganancioso: que no parece que peleaba sino para obtener un sepulcro, y áun ese se lo han usurpado al fin los siglos. Fué el primero de una familia, que ha llenado con su nombre ámbos mundos, que hiciera conocer con gloria el suyo, fuera de su pátria; y no por eso ha sido ménos olvidado en la muerte, que maltratado en la vida. Su natural era injusto, violento hasta olvidar los respetos de la pátria, de la Iglesia y del Rey, mas no tanto que no hayan sido más injustos con él los demás hombres. Sólo pagaron tributo á su muerte los viejos infantes españoles, que le habian acompañado en las más felices de sus aventuras; y áun esos le hicieron las exequias con sangre y lágrimas de ciudadanos inofensivos; escandalizando al orbe y á la historia; menoscabando con la crueldad del *saco* el fruto glorioso de la muerte del caudillo, que fué el triunfo.

El milanés Grumello, que escribia seguramente su historia, en los dias del suceso, dice en su dialecto particular que «el pobre de Borbon tenia intencion »de librar del *saco* á la ciudad, quizás contra la vo»luntad de Dios, que queria que Roma fuese de todo »punto destruida, por los pecados horrendos que en »ella reinaban». Y al arcediano romano, en sus *Diálogos*, le hizo decir nuestro Juan de Valdés estas palabras: «El duque de Borbon no venia para conquistar»nos sino á defendernos de su mismo ejército: no ve»nia á saquearnos, sino á guardar que no fuésemos »saqueados» (1). Que parece idea extraña, si no se supone que los soldados imperiales, faltos de pagas y de todo género de recursos, no tanto eran conducidos, como conducian ellos mismos á su caudillo al asalto de Roma; ó no se dá crédito á la especie de que, ántes de comenzarlo, Borbon intentó por varias veces tratos con el Papa y sus caudillos, que los despreciaron, teniendo por imposible que de rebato fuese tomada la ciudad, y fiados en el cercano socorro, que les ofrecia el ejército coaligado contra los españoles, y que mandaba el duque de Urbino. Una y otra suposicion han sido objeto de dudas; pero es de todo punto indudable, que la ira de ver muerto al valeroso caudillo en sus soldados, y la relajacion de toda disciplina, que siguió á su muerte, acrecentaron mucho la confusion y el estrago.

Este comenzó ciertamente por los palacios y tem-

---

(1) Juan de Valdés, secretario de Cárlos V, y uno de los primeros protestantes españoles.

plos de la ciudad leoniana; pero el lugar preciso por donde entraron los españoles puede ser tambien, á pesar de los pormenores que dá Rossi, objeto de no pocas dudas. Mi parecer es que fué hácia el sitio donde se juntaba la muralla de la ciudad leoniana, en el monte de *Sancto Spíritus*, con el muro que yo supongo que desde allí partia á cubrir las colinas del Janículo; y lo fundo muy especialmente, en el más grave de los cargos que Rossi hace al general de las armas del Papa, Renzo de Ceri.

Habia llegado Renzo á la iglesia de *Sancto Spíritus* cuando divisó á los españoles; y al punto, dice Rossi, que debió de acometerles, considerando por «la distancia del muro al lugar donde estaban, que no eran »todavía muchos en número». Pocos para Renzo que traia unos 800 romanos consigo, y para la seguridad que muestra Rossi de que los habria echado fuera del recinto, á haberlos acometido incontinenti, no podian ser más que 100 ó 200 infantes españoles; y por consiguiente, hay que creer que estaba cerca de la iglesia, y aún más del postigo de *Sancto Spíritus*, el lugar de la entrada, cuando no cabia en él mayor número. Argumento que subsiste, aunque supongamos que llegasen á 300 los invasores. Sólo, pues, habiendo entrado por un lugar muy vecino de la iglesia, es decir, por el muro que ciñe la colina de *Sancto Spíritus*, se comprende la censura del severo y verídico historiador italiano.

A esto se opone el dicho de Gonzalo de Illescas, en su *Historia pontifical*, que supone que se entró la ciudad por las espaldas del templo de S. Pedro, «por

»la parte donde está el obelisco que se llama comun»mente el *Aguja*»; y lo mismo afirma Paulo Giovio (1), presente á la sazon en Roma. De observar es, en este punto, que cuando escribieron ambos autores, se hallaba aún de pie el obelisco, sobre las ruinas del circo antiguo: «vecino al costado de la Basílica »vieja, y al del nuevo templo, hácia los *hornos*, y poco »distante de la fábrica circular que sirve de sacristía». Dícelo así Tempesti, en su historia de Sixto V. Y si entraron con efecto por detrás del obelisco los españoles, debieron saltar por el muro, que está entre la *Puerta Fábrica* y la *Pertusa*, ambas correspondientes al *Vaticano*. No es tal mi parecer, y he dicho la razon que tengo para ello, fundada en el testimonio, para mí más digno de crédito que otro alguno, de Monseñor Rossi, copiado en todas estas circunstancias al pié de la letra, por su nieto el colector de la historia. Afirma, sin embargo, el mismo Rossi que nadie llegó á saber con evidencia el sitio; y bien pudo suceder que más de uno diese paso á los audaces españoles.

Lo que consta de cierto es, que los primeros que entraron fueron ellos: cuatro compañías viejas, segun Rossi, del presidio de Milan. Fué tal su furia, que apénas dieron tiempo al Papa para refugiarse por el pasadizo murado en *San Angelo*: oyéndose á un tiempo que eran entrados, y que estaban á las puertas de *San Pedro*. Puesto luego en huida Renzo de Ceri, y fugitivos los defensores del muro, saltó en la ciudad leoniana todo el resto de la infantería, bien por el

(1) Delle historie del suo tempo. P. 2.ª

agujero que supone Rossi abierto en una casa del muro, bien encarámandose de seis en seis con aquellas escalas «á manera de los zarzos que suelen ponerse en »los carros,» que, segun Sandoval, traian de antemano preparadas. De nada sirvió el trincheron levantado dias antes por Renzo de Ceri, delante de San Pedro, á fin de que sirviese de segunda línea en la defensa. Nada pudo ya resistir á los vencedores. Sin embargo, la marcha de los españoles, despues de apoderados de la ciudad leoniana, todavía es digna de examinarse porque aclara ó confirma muchas de las anteriores apreciaciones.

«Dirigiéronse,» dice Rossi, «hácia el postigo de »*Sancto Spíritus* (*Puente en mi ms, mas debe ser »error del copista*) donde por vanguardia habian ex»pedido ántes, ocultamente y sin extrépito, 1.000 in»fantes, no sólo para no ser descubiertos del castillo, »porque ya á las 21 horas era disipada la niebla, sino »tambien para sorprender á los que creian encontrar »en su defensa; pero hallándolo con poquísimos defen»sores, se hiceron súbitamente dueños del paso. Lle»gado despues el grueso del ejército, y dejando buen »número de infantes en la ciudad leoniana, tomaron »en buen órden la via de la *Lungara*, caminando la »vuelta de *Puente Sixto*».

De donde se desprende, por cierto, que los españoles no entraron más que en la ciudad leoniana al principio; que desde ella persiguieron á Renzo de Ceri en su fuga, al marchar en órden por la *Lungara*; y que el Postigo ó Puerta de *Sancto Spíritus* estaba dentro ya del recinto, porque si hubiera podido ser forzado del

lado del campo, para nada se necesitaba la precaucion de ocuparle por sorpresa, supuesto que sus defensores, pocos ó muchos, nunca habrian osado resistir á un ataque combinado, de afuera y de adentro, contra el arco. Además que si la *Lungara* no estaba intramuros ¿cómo habia necesidad de pasar por el Postigo de *Sancto Spíritus* para caminar adelante hácia el *Puente Sixto*? ¿No se podian haber acometido, desde luego, la puerta *Septimiana* y el puente, áun antes de haber conquistado la ciudad leoniana, desde el campo abierto que ofrecian por aquel tiempo, en concepto de Nibbi, las colinas janiculenses? La circunstancia que apunta Rossi de que ciertas precauciones las tomaron por temor de la artillería del castillo, se halla confirmada en la vida de Benvenuto Cellini. Refiere éste, que asestó los cañones, á cuyo servicio se dedicó más tarde en *San Angelo*, al postigo de *Sancto Spíritus*, é hizo con sus disparos grande estrago en los españoles que venian por allí á relevar sus guardias, de lo cual pretendieron ellos defenderse levantando sobre el tejado de una casa cierto parapeto de botas de vino que cubria el ojo de la puerta enteramente; pero que, como se los deshiciesen los cañonazos del castillo, «tuvieron »que abandonar», dice, «el paso, con la incomodidad de »haber de andar tres millas cada vez que habian de re»levar las guardias de la ciudad leoniana». Distancia que prueba que, para hacer el relevo en el burgo ó ciudad leoniana, tenian que salir las guardias por la puerta de *San Pancrancio* y encaminarse desde allí á á la *Cavalleggieri*; y que, entre ésta y el postigo, habia interpuesto un muro que no tenia ni una puerta

siquiera: el muro que indudablemente, en mi concepto, corria ya entónces por las colinas janiculenses hasta hallar el recinto *Aureliano*.

Al pasar el arco ó puerta *Septimiana* los españoles, cuenta tambien por su parte Rossi, que Pedro Tibaldi, un valiente romano que defendia la puerta de *San Pancracio*, viéndolos dueños de aquel arrabal sin resistencia, se recogió al *Puente Sixto* y se puso en defensa, hasta que allí sucumbió con gloria. La relacion atribuida á Buonaparte, añade que «dos al»féreces españoles, con increible audacia, saltaron »dentro de la puerta del puente, por más que se des»cargasen contra ellos de todas partes tiros de arca»buz y de artillería ligera; y sin temor de la muerte, »pasando por el puente á la plaza vecina, y llamando »á otros en su ayuda, ocuparon tambien el paso en po»cos momentos». «Entre tanto», continúa, «los tudes»cos rompieron con *vaivenes* de vigas (1) la puerta de *San Pancracio*, y «se derramaron por *Trastèvere (pasando tambien la vieja puerta Septimiana y el muro viejo de Servio Tullio, que, á lo que parece, se conservaba todavía por algunas partes dentro del recinto Aureliano)* ; y hallando abierto el paso del *Puente Sixto*, »no tardaron en proseguir su camino, hácia el interior »de la ciudad.» Poco faltó, tal era el atrevimiento de los españoles, para que un capitan de ellos no se apoderase del mismo castillo de *San Angelo*, hasta donde

(1) El último editor anónimo de los *Diálogos de Valdés*, supone que vaivenes son cuerdas ó maromas; no eran sino una especie de arietes de *va é venne* en italiano, *va y viene* en nuestra lengua.

osó llegar á pecho descubierto, pasando á la carrera el puente, y azotando con su espada las mismas puertas; pero él y muchos de los suyos pagaron con la vida aquel inconcebible alarde de esfuerzo, y cesó por entónces el combate, dedicándose el ejército entero al *saco* de la ciudad.

Fué éste tal, que el mundo apénas lo ha presenciado más cruel, en ninguna época de la historia. «A »lo ménos fuera razon», se lee en los diálogos de Juan de Valdés, «que á los españoles, y alemanes, y gentes »de otras naciones, vasallos y servidores del Empe»rador, se tuviera algun respeto que, sacando la »iglesia de Santiago de españoles (1) y la casa de »D. Pedro de Salamanca, Embajador de D. Fernan»do, Rey de Hungría, y D. Antonio de Salamanca, »Obispo Gurzense, no quedó casa, ni iglesia, ni hom»bre, de todos cuantos estábamos en Roma, que no »fuese saqueado y rescatado: hasta el Secretario Pe»rez (L. Perez), que estaba y residía en Roma por »parte del Emperador». Y en otra parte: «¿Qué de»cís de las irrisiones que allí se hacian? Un aleman »se vestia, como Cardenal, y andaba cabalgando por »Roma, de pontifical, con un cuero de vino en el ar»zon de la silla; y un español de la misma manera »con una cortesana en las ancas». Tal decia un autor tan poco amigo de las cosas de Roma, como mostró en su vida, dedicada en mucha parte al ejercicio y

(1) Santiago ha sido saqueado en paz durante los primeros años de este siglo, so pretexto de amenazar ruina. Más de cuarenta años van trascurridos del suceso, y todavía permanece en pié, afrentando á sus expoliadores.

propagacion del protestantismo naciente. Pero él hablaba, al cabo, de oidas, y pudiera tacharse de exageracion su relato: véase cómo se expresaban los testigos de vista.

En una carta escrita por un personaje español inserta en el tomo 7.º de los *Documentos inèditos para la historia de España*, se alude al tratamiento que experimentó el secretario Perez en estos términos: «Si dos »casas han librado bien en Roma, es una la mia, y, del »secretario Perez, que como á V. tengo escripto, le »recibí en mi casa cuando el duque de Sesa se hubo »salido de Roma. Hemos pagado de talla 2.400 duca»dos, y con quedar con las vidas, y con no habernos »atormentado como otros muchos, ni habernos hecho »mal tratamiento, hemos dado y damos infinitas gra»cias á Nuestro Señor, y pensamos que nos ha hecho »grandísimo bien en escaparnos con la dicha talla: la »cual nos ayudan á pagar algunas personas que se ha»bian acogido á nuestra casa. Y sobre mis necesida»des se me ha venido esta adversidad, que por lo mé»nos me cabrán cerca de 600 ducados, que los anda»mos todos á buscar á cambio, por donde mientras »viviere, no podré acabar de pagarlos, con los demás »que debo». Y en otra carta escrita, con ménos resignacion cristiana, se leen en buen español estas otras palabras: «No ha bastado tomar los dineros y ropa, »sino prendernos á todos para rescatarnos despues, y »sacar á vender despues á las plazas á muchos hom»bres honrados, entre los cuales ha sido uno el obis»po de Terracina, que estaba para ser Cardenal. Y »cuando no habia quien los comprase ó rescatase, los

»jugaban á los dados, así á españoles como á tudescos »é italianos, sin exceptuar ninguna nacion ni calidad »de personas».

No es extraño, pues, que monseñor Francisco de Rossi exclamase así en sus memorias, al contemplar las miserias presentes de su pátria: «¿Qué pluma po»drá describir jamás, y qué ojos podrán leer sin horror »las violencias, insultos y latrocinios, la atrocidad de »aquel sacrílego ejército? Aquellas furias del Averno »rompiendo los sagrarios, se abalanzaban con ávido »ardimiento, y sin temor del cielo á los sagrados »vasos, á las venerandas reliquias, á las imágenes »santas. Y si no perdonaron los huesos de los márti»res, si al cuerpo divino del Redentor, bajo la espe»cie del pan, no tuvieron reparo en vilipendiarlo, »¿cuáles excesos no se cometieron en las vírgenes »del Señor, ó en las nobles y devotas matronas, que »con sus hijos se habian retirado á los conventos »donde tenian parientes, creyéndose allí seguras de »los bárbaros? ¿Cuántos prelados constituidos en »dignidad, en los gobiernos y tribunales, cuántos »nobles, cortesanos y gentiles hombres, no fueron »cautivos de aquellos ladrones desenfrenados?»

Con noble indignacion proporcionada al caso, se expresaron tambien los historiadores españoles de aquel siglo y del siguiente, condenando el exceso, mucho más que encareciendo la hazaña. «Eran infi»nitos y de todas las naciones, dice Dormer, (1) los »que ayudaban á semejantes insultos, porque, al

(1) Anales de la Corona de Aragon.

»abrigo del ejército imperial, y con esperanzas de »hacerse ricos, se habian introducido libres ó en lis»tas que capitaneaban Ludovico Gonzaga, llamado »Rodamonte, Marramaldo y Sciarra Colonna, mu»chos ladrones y foragidos de las provincias de »Italia, cuya nacion en unos y otros no descuidó los »medios de la ganancia, con opresion de su afligida »Roma. Los tudescos, cuenta Gonzalo de Illescas, »despues de hartos de matar hombres, y de forzar »mujeres, acudieron á quebrar imágenes y á profanar »los templos, escarneciendo, como luteranos, de las »reliquias y cosas sagradas. Los españoles atormen»taban á los que parecian ser ricos por sacarles á »donde tenian escondido el dinero». Hay quien supone que fué lo peor la desenfrenada liviandad de los tudescos; quien maldice más la rapacidad italiana; quien abomina sobre todas las cosas la astucia de los españoles. De ello se podria escribir largamente, si fuera más apacible este género de descripciones. Baste decir, como señal de la codicia de todos, que habiendo tropezado ciertos españoles con un saco de fichas doradas, y teniéndolas por de oro, en su ignorancia, comenzaron á cargarse los bolsillos con aquella que juzgaban rica presa; mas no tardaron en advertirlo las demás naciones y, por disputársela, sobrevino entre los nuestros y los extranjeros una batalla formal, en que fueron muchísimos los heridos y los muertos, y grande el peligro de que se perdiese todo el ejército. Hasta se afirma por algunos testigos, que desenterraron el cadáver de Julio II, por robarle un precioso anillo pontifical, que tenia en el dedo; y diz que

hubo que cortárselo, porque el animoso Papa, áun despues de muerto, parece como que se resistia á dejar los atributos de su poder: que no hay duda, que por muestra de crueldad y de codicia, puede presentarse ese hecho horrible en cualquier tiempo. Y, si se trata de astucias, muchas debió allí de haber como la del capitan Francisco de Carvajal, que V. cuenta en su preciosa novela *Cristianos y Moriscos*; el cual, como llegase tarde con su gente al *saco*, por haberse entretenido en pelear, miéntras hubo con quién, por las calles de Roma, y en asegurar los puestos á fin de estorbar cualquier sorpresa, no hallando ya joyas ó dinero á mano, ordenó á sus soldados que sacasen á una plaza cuantos papeles contenia el archivo del notario de la *Santa Dataria*, y les prendiesen fuego, si, incontinente, no aprontaba el dueño hasta diez mil escudos. Así es verosímil, como V. dice, que lograse que le viniesen los escudos que pedia, y que no le faltáran á él y sus soldados la parte debida en el botin de la jornada.

Ni se contentaron los españoles, al decir de otro de nuestros poco indulgentes censores, «con forzar á las »matronas romanas y á las monjas, esposas de Cris»to, llevar á los prelados y cardenales, con los hábi»tos é insignias de su dignidad, sobre jumentos viles, »maltratándoles y atormentándoles para obligarles á »pagar gruesos rescates»; ni siquiera con sitiar al Papa y á trece cardenales en *Sant Angelo* y tenerlos luego allí preso por muchos meses; sino que, segun afirma el escritor que ahora cito, exijieron de pasada, que se les concediesen las indulgencias de la Santa

Cruzada, para gozar la renta que se saca de ellas: «no »contentándose con los bienes temporales, que hur»taron en la santa ciudad, si tambien no robaban al»gun fruto, aunque no fuese para el alma, que ser no »lo pudo, el de los espirituales, llevándolos por fuer»za» (1).

Tales hechos verdaderos en gran parte, y en otra, acaso exagerados por los contemporáneos del suceso, y más aún por los que lo supieron de oidas, y tenian algun interés en desacreditar nuestro nombre, juntamente con la conviccion de que, sólo por el singular arrojo de los españoles pudo ser entrada la ciudad con tanta presteza entónces, hicieron recaer sobre nosotros al fin su responsabilidad casi entera, y el rencor especial de los romanos por largo tiempo.

Ochenta años eran ya pasados, y el Conde de Olivares, embajador en Roma por Felipe II, encargaba á su sucesor que tuviese cuenta con el ódio que profesaba aquel pueblo á los españoles, de resultas del *saco*; y á fines del siglo XVII, todavía el conde de Oñate apuntaba en sus instrucciones (2) igual observacion. «Los romanos», le decia al Duque de Infantado, «estando hartos de oir contar cada dia en sus »rincones el *saco de Roma*, conservan siempre aquel

(1) Véase el libro intitulado: «*Aviso de Parnaso*, en el cual se »refiere la pobreza y miseria á que han llegado la República de »Venecia y el duque de Saboya, escrito por un curioso novelista »español: con unas anotaciones muy importantes sobre las cosas »que en él se contienen por Valerio Fluvio Saboyano, dirigidas al »Sereniss. Invitiss. Cárlos Emmanuel, duque de Savoia. En An»topoli, 1618, en la Imprenta Regale.»

(2) Ints. ms. En un tomo de papeles vários de mi propiedad.»

»ódio, y así no hay que fiarse de ellos». Hoy ya no se acuerdan los romanos de eso, porque tampoco tienen ocasiones de acordarse mucho de España. La mudanza de los tiempos, y el mismo trascurso de ellos, ha ido desvaneciendo el horror del *saco*, por tantos años conservado, y ya apénas se halla más que en los libros su memoria.

Y en verdad, mi querido tio, que no valdria la pena de recordar cosas tales, y de investigar cómo acontecieron, si no encerrasen en sí propias útiles lecciones. Léjos estará V., como yo mismo, de disculpar tales excesos, y más en nuestro siglo; y ni lo grande de la hazaña, ni el valor increible que mostraron en aquel trance los soldados de nuestra nacion, bastará seguramente para que V. recree su imaginacion, con la memoria de tal combate y de tal triunfo. No, que pueda imputarse á nuestra nacion algo más que á otras en las crueldades que el siglo consentia; no, y presentes están los pormenores del propio *saco de Roma*, de los cuales consta auténticamente, que no sólo los alemanes, sino los italianos mismos, y los propios habitantes rebeldes del territorio eclesiástico igualaron, cuando ménos, ó superaron en muchas ocasiones á los nuestros, en el rigor del estrago. Nadie puede disputar á los españoles el honor de las armas: todos tienen que entrar á la parte con ellos, en lo que deslustró é infamó la jornada.

Pero de esta suerte y no de otra, se hacia la guerra en el siglo décimosexto: valor y crueldad eran pseudónimos para las belicosas naciones que se disputaron, durante él, la tierra hermosa de Italia. Seria fa-

çilísimo demostrarlo con las memorias de la época, con las que atañen al *saco de Roma*, como con las que se refieren á otros acaecimientos. Ni se olvide que en especial los infantes españoles, que habian preso reyes y conquistado reinos, haciendo temblar ante su temible arcabucería todas las naciones guerreras de Europa, iban á la batalla descalzos y hambrientos, sin una moneda con que satisfacer sus gustos ó atender á sus necesidades más urgentes. No tenia que darles el César, ni podian salir ricos de su pátria, esterilizada por siete siglos de guerra intestina, por un mundo conquistado y poblado en brevísimos años, por las mismas hazañas y victorias que la mantenian entónces tan grande y respetada en el mundo. Jamás hàbia sido mayor su penuria y su miseria que cuando Borbon se presentó con ellos delante de Roma: por eso no fué tampoco mayor en ninguna de tantas victorias ganadas, el rigor ó la codicia del *saco*.

Aquí podria ya hacer punto; pero no sé yo si con los hábitos de juzgar y fallar, que se han introducido en la historia me perdonaria V. que omitiese mi juicio, acerca de un acontecimiento tan extraordinario, como el que ha dado asunto á esta epístola. Los excesos, las crueldades, están juzgadas. No puede haber más que una opinion, como no hubo más que una en la misma España en los tiempos pasados, acerca de este punto. Pero las causas y las consecuencias del suceso merecen seguramente que se extienda un poco más esta carta, ya tan dilatada, á fin de que les alcançe en ella algunas líneas.

Bien sabe V. que los principios del siglo XVI

fueron gloriosos para el Papado, cuanto infelices para la Iglesia. Duraban aún las memorias del segundo de los Pontífices de la familia Borja, harto mejor político que sacerdote; y más las de su hijo que manchó con vicios y crímenes inauditos la púrpura cardenalicia con que en mal hora fué investido. Julio II, antes soldado que hombre de iglesia, ó Leon X, más artista que Pontífice, no eran á propósito para que la córte de Roma mejorase de condicion; y el vacilante y malaventurado gobierno de Clemente VII, tampoco habia ofrecido ocasiones de intentar el remedio oportuno. Imperaban, pues, en Roma el lujo, la codicia y las pasiones más enemigas del nombre cristiano. Descuidábanse un tanto por los intereses temporales los grandes intereses espirituales del catolicismo, precisamente combatidos entónces con más furia que nunca, por los protestantes alentados, y por la incredulidad naciente. No habia cuestion, no habia discordia, no habia guerra en Italia, donde más ó ménos no apareciesen mezclados los Papas, con gloria y acrecentamiento de su poder, en los dias de Julio II ó Leon X: con perpétua desdicha en los de Clemente VII, que empeñado en amenguar la potencia de Cárlos V, abrió imprudentemente el camino de Roma y del Vaticano, á sus terribles y afortunados soldados.

Esta conducta se excusa, no sin algun fundamento, con representar que el Papa es á un tiempo vicario de Cristo y príncipe temporal, y como tal sujeto en su córte á las pasiones temporales, ú obligado á defender contra un soberano cualquiera, los intereses de su Estado. Sin duda que es importante la observacion, mas

¿nó podria excusar tambien ella, hasta cierto punto, las irreverencias del asalto, de la prision del Papa, del *saco* mismo, que el derecho de gentes autorizaba entónces, y ha autorizado por mucho tiempo despues, para castigar con él á las ciudades vencidas?

El siglo XVI no era bastante imparcial para resolver con justicia este problema. Y es lo cierto que el tratamiento que recibió el Papa de parte de un Príncipe que era á la sazon el único cimiento temporal del catolicismo; que inició la gran política de resistencia y de intolerancia, seguida luego inexorablemente por sus descendientes, los Felipes españoles, y en la cual perseveró nuestra pátria hasta su ruina; que fué un cruzado en la vida, y un monje en la muerte; que venció personalmente sobre el Albis al protestantismo triunfante en Alemania, y alentó desde Yuste el exterminio de la heregía, ya amenazadora en España; este tratamiento, digo, fué objeto por mucho tiempo de comentarios graves: absolviendo los unos de toda responsabilidad al César, y culpando de los males acaecidos al Papa; y otros, por el contrario, acusando á Cárlos de contradiccion, de impiedad, y de felonía, y dando por inocente de todo al Papa Clemente y su gobierno.

No faltó escritor y de los mayores de su siglo, Baltasar de Castiglione, que desempeñando á la sazon la Nunciatura de España se propusiese demostrar, que del suceso ni era la culpa del Papa, ni era del César, en una ingeniosa y elocuente epístola dirigida por cierto al secretario Juan de Valdés, con ocasion del *Diálogo*, que escribió éste, acerca del *Saco de Roma*,

más de una vez citado. Ni era cierto, segun Castiglione, que el Papa hubiera dado ocasion á la guerra, porque, si bien se habia coaligado con el francés y venecianos, contra el emperador, no era sino «para «reprimir», decia, «las insolencias inauditas, y las es»torsiones que ejecutaba el ejército de S. M. en las »tierras de la Iglesia, esto es, en Parma y Plasencia», (*cuyo dominio pretendia, que no poseia el Papa*); «y en »toda la Lombardía, las cuales eran intolerables y »fuera de medida».

Y en cuanto al Emperador, era público, al decir del propio Castiglione, que «no sólo no mandó, ni »consintió, ni aprobó nunca el mal que se hizo en »Roma, sino que hubo de ello grandísima pena, de »lo cual habia dado notorios testimonios, diciéndolo »en voz alta, siempre que habia venido á propósito». Dedúcese, pues, de las palabras del hábil Nuncio, que el único culpable de todo fué el ejército imperial; y si hemos de creer á otros contemporáneos, ni siquiera los capitanes sino los más humildes soldados, porque ya se ha visto cómo Valdés y Grumello afirman que el duque de Borbon no iba sobre Roma sino para librarla del *saco*; y Goselini, otro autor muy estimado, asegura en la *Vita di Ferrante Gonzaga*, que este capitan no asistió al asalto por otra cosa, que por estorbar que padeciese insulto su madre: presente á la sazon en Roma, en el palacio de los Colonnas sus deudos. Por manera que todos, ménos los soldados, se pretende que obraron en la jornada, y en la prision ó cautiverio del Papa, contra su propio gusto, así como que éste habia comenzado las hostilidades contra el

Emperador, sin el menor propósito de enemistarse con él, ó de entrometerse en las discordias de los Príncipes cristianos.

Esto que decian los escritores, influidos entónces poderosamente por los señores, ó sus agentes y deudos, era lo que aparentaban los señores mismos, ó lo que procuraban demostrar, despues de los sucesos, al mundo. Y es que en los vários accidentes y en las complicaciones imprevistas de la historia, se ofrecen á los hombres de Estado circunstancias tales, que los fuerzan á conculcar principios que han profesado tal vez con sinceridad, y practicado, acaso por mucho tiempo, lealmente; pero que llevados á la piedra de toque de la experiencia, resultan ineficaces en tal ó cual ocasion, falsos ó impracticables por lo ménos, como lo es siempre lo absoluto, lo que no admite excepcion, en las cosas del gobierno y de la política.

Luego las circunstancias pasan; luego se desvanece el imperio que estas ejercen sobre los acontecimientos humanos; luego las condiciones de la excepcion se van: y cuando quedan solos é inflexibles, al parecer, en la conciencia, el precepto, el principio, la regla, son raros los que tienen el valor de sus hechos, aceptando ante el mundo y ante la historia, la responsabilidad de lo que era bueno y legítimo en cierto dia, por más que no lo sea en la inmensa generalidad de las ocasiones. Así se mantiene vivo en todas las épocas un tesoro de ilusiones políticas, que la práctica se encarga de ir lentamente disipando: ilusiones fundadas sobre proposiciones y verdades inconcusas, las más veces: verdades que no dejan de ser-

lo sino cuando se pretende llevarlas fuera de los límites que impone la naturaleza á toda realidad humana.

Cierto es, y va de ejemplo de estas proposiciones, que el Papa, cabeza visible de la Iglesia de Dios, no parece que deba mezclarse en las guerras y contiendas profanas que ensangrientan el mundo; pero, siendo como es príncipe temporal, y siéndolo tan importante como lo era en el siglo XVI, tratándose de tan críticas circunstancias como aquellas en que á la sazon se hallaba la Italia: ¿era posible que, como príncipe, permaneciese indiferente á cuanto en torno suyo acontecia, y se olvidase de todo punto por los intereses espirituales de los temporales, que, bien ó mal comprendidos, porque eso no es del caso ahora, estaba tambien obligado á defender en su puesto? Hacía la guerra esta vez, como príncipe temporal el Papa; y era inevitable por lo tanto que apareciese como tal en todas las contingencias de la guerra.

Pues Cárlos V, en cambio, tan católico y todo como era, defendiendo como defendia en todo el mundo la supremacía moral de los papas, atacado por uno de ellos, tenia que defenderse: tenia que defender sus Estados, cualesquiera que fuesen los inconvenientes que se ofrecian. «Imprudente y loca »teología», dijo más tarde el famoso Melchor Cano (1), «seria la que pusiese escrúpulo en esta de»fensa, por temor de los escándalos é inconvenientes

(1) Parecer del maestro Fr. Melchor Cano, dado al Rey Don Felipe II con motivo de sus diferencias con Paulo IV. Ms. de mi propiedad. Este documento está impreso en la primera edicion del *Juicio imparcial*.

»que en la defensa se siguen, porque no se siguen de »la defensa, si bien se mira, sino de la ofensa». Y fundado en semejantes principios, si no mandó Cárlos que se asaltase á Roma, aceptó el triunfo como suyo; se aprovechó de sus consecuencias; retuvo prisionero al Papa, muchos meses con deliberado propósito, por más que fuese una irreverencia al Papa, como padre de los fieles: irreverencia de que sufrió, en verdad, que le reprendiesen hasta sus súbditos. Sin hablar de otros, el mismo Fernando de Alarcon (1), que, despues de haber asistido á la prision y guarda del Rey Chico en Porcuna, tuvo á su cargo la de Francisco I, y la del Papa en *Sant Angelo*, amaestrado como ningun hombre del mundo, en tratar á los Príncipes vencidos, decia en sus cartas, que era necesario «que »se diese forma á la liberacion del Papa, por ser récia »cosa tenerlo en prision tanto tiempo, con los carde»nales que con él se hallaban: que con el mal nombre »que el Emperador tenia las piedras de toda la cris»tiandad se levantaban contra él. Y cuanto hombre, »añadia, yo creo que el Papa merezca á Dios más »trabajo de lo que tiene: cuanto al lugar de Dios que »ocupa, paréceme que se debe tener otro respeto».

Pero Cárlos, que juzgaba las cosas como soberano y profundo político, temia que el Papa, suelto de sus prisiones, y más irritado con la afrenta pasada, se revolviese contra él con nuevas iras; y esta consideracion le detuvo por muchos meses, no determinándo-

(1) Comentarios de los Hechos del Sr. Alarcon.—Madrid, 1665.

se, hasta que ya no pudo pasar por otro punto, á ordenar claramente, que se pusiese en libertad al Papa. Esto exigia su posicion, y esto se hizo. Y no por eso la historia le disputa hoy dia el título del más grande de los príncipes que han ocupado los modernos tronos hasta el presente siglo, ni seria fácil por eso arrancarle sus bien ganados timbres de monarca católico. Una vez declarada la guerra, una vez formado el ejército cesáreo contra el Papa y sus aliados, una vez puesto en marcha el ejército, sin pagas ni bastimentos hácia la campaña de Roma, lo que siguió fué verdaderamente más bien obra de los soldados que de sus caudillos; pero es que lo que siguió, en cuanto tenia de esencial, no era sino una consecuencia ajustada á las premisas sentadas. Y esta consecuencia no fué rechazada, no fué desconocida, no fué inutilizada por el Emperador: por el contrario fué recogida, como buena y legítima aunque triste y peligrosa consecuencia de lo pasado.

Fué en conclusion el *saco de Roma*, con todos sus rigores, una gran profanacion, una gran calamidad y un gran escándalo. Pero si no se quiere por él culpar al Sumo Pontífice, que movió la guerra; si no es justo denigrar por él á Cárlos V, aunque se aprovechase como político de los beneficios de la jornada, hasta donde estuvo á su alcance; si el ejército, en la miserable situacion en que se hallaba, y con los hábitos de la época, no hizo más que lo que hubiera hecho cualquiera otro ejército de su tiempo, no hay que censurar ó condenar á nadie especialmente, por aquel hecho. De la imperfeccion que ofrecen todas las ins-

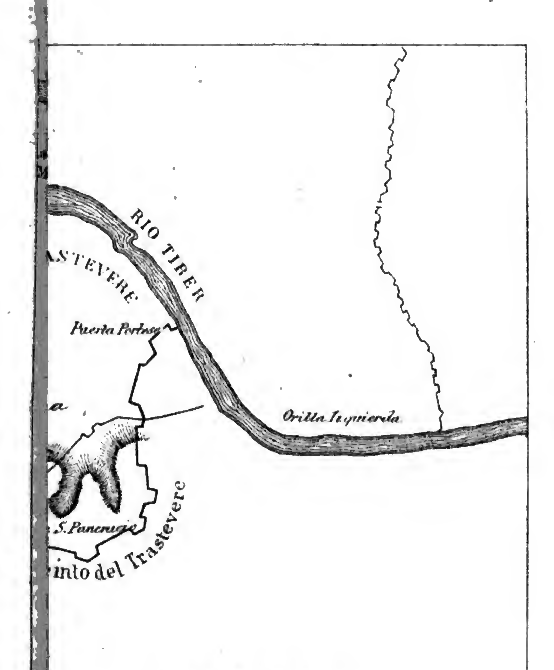
tituciones, en que interviene la mano del hombre; de las faltas particulares, é imputables á los personajes que las representan; de la antítesis de las pasiones; de la antinomia de los intereses; se van formando poco á poco los nublados que producen de vez en cuando esas grandes tempestades, cuyo rumor se escucha al través de los siglos. No es hora cuando estallan de esplorar sus inmediatos agentes, que ni parecen ni pueden parecer visibles en el estrago. Lo es entónces únicamente de compadecer á las víctimas. Luego más tarde, cuando las nubes se disipan, y la claridad aparece de nuevo, es ocasion de estudiar esos complejos fenómenos de la historia, á fin de aprovechar en las cosas futuras, el fruto de la experiencia de lo pasado.

Algo pensaba de esto el conde de la Roca en su *Epítome de la vida de Cárlos V* (1), cuando exclamaba á tal propósito: «No alabo el hecho, pero atribú»yolo á causa más que material». Porque es más que material, verdaderamente, la conjuracion que entre sí formar suelen, ciertas circunstancias imprevistas ó desconocidas, de que nacen hechos extraños, ilógicos, sobrenaturales, si se les mira sólo por la superficie: indispensables ó de fácil explicacion, cuando ménos, si se les examina, como he examinado yo en estas últimas y breves páginas, *el Saco de Roma*, á la luz de la razon y de la historia.

(MADRID y Julio de 1857.)

---

(1) Epítome de la vida y hechos del emperador Cárlos V.—Milan, 1646.



P L A N O

el estado actual de los muros de
OMA á la orilla derecha del TIBER.

on los primeros movimientos del ejér-
ito de Carlos V. el dia 6 de Mayo de 1527
en que fué asaltada

III.

ARTÍCULOS VARIOS.

I.

DEL PRINCIPIO Y FIN QUE TUVO

LA SUPREMACIA MILITAR

DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA.

DEL PRINCIPIO Y FIN QUE TUVO

la supremacía militar

DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA,

con una relacion y algunas particularidades

DE LA BATALLA DE ROCROY.

RECUERDO DE AMISTAD

CONSAGRADO Á LA MEMORIA

DEL GENERAL DON LEOPOLDO O'DONNELL, DUQUE DE TETUAN,

insigne mantenedor de la gloria de nuestras armas en la tierra extranjera.

I.

Rara vez dejan de inquirir con esmero los historiadores las circunstancias de aquellos hechos, y las calidades de aquellos hombres que dan gloria á las naciones, esperando, sin duda, que esta conmemoracion de la virtud pasada aproveche á los presentes y venideros. No es, con todo eso, el estudio de los hechos y de los hombres ilustres el que trae mayor uti-

lidad á las naciones, ni el más digno de los cuidados de la historia. Mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, lo mismo á una muchedumbre que á un indivíduo.

Natural en verdad es que huya algun tanto el hombre de los recuerdos penosos ó tristes, y más que de otros, de aquellos que al paso hieren con razon ó sin ella su orgullo. Por eso nuestra nacion, que tuvo tantos historiadores en los siglos XV y XVI, ni por el mérito, ni por el número superados entónces en ninguna parte, cerró, tal vez, desde el primer tercio del XVII el templo de la historia, dejando abandonados á sus puertas los últimos reinados de la dinastía austriaca. Ha llegado entre nosotros esta antipatía á los asuntos tristes al extremo, de que no se hallará, de seguro, tan largo período de tiempo sin historia, en ninguna otra nacion ó siglo. Quizás nace de esto en buena parte el que saquemos tan corto fruto de nuestros propios hechos, porque sólo solemos saber de ellos lo que basta á estimular la vanagloria: asemejándonos con frecuencia á los hidalgos engreidos que dedican aún á la contemplacion de sus pergaminos inútiles el tiempo que podrian gastar ventajosamente en inquirir y remediar las causas del decaimiento de sus rentas, agenciando á la par otras mayores, con que atender á las crecientes necesidades de los tiempos. Algo se ha corregido de esto modernamente; pero mucho falta por hacer todavía, y en pocas cosas podrá hallar mejor empleo el amor discreto de la pátria.

Hasta el orgullo bien entendido ganará con estu-

diar más á fondo muchos de nuestros errores y desastres. Cada nacion logra al cabo lo que merece en el mundo, porque para eso son ellas perpétuas, y pueden reparar lo que es obra sola del acaso, en mayor ó menor plazo de tiempo: diferentes de los indivíduos, á quien suele sorprenderles su fin, ántes de hallar desquite adecuado á cualquiera golpe de fortuna. Los desastres definitivos merécense tanto como los triunfos constantes y seguros; y España mereció ciertamente cuantos tuvo de los primeros, desde el primer tercio del siglo XVII hácia adelante. Pero aunque censurables en no pocas cosas los españoles de entónces, por algo tambien merecen respeto, y es por el valor y constancia con que, ya que no impidieron, supieron dilatar la ruina de su poderosa Monarquía; pagando muchísimos de ellos con sangre generosa las faltas más ó ménos voluntarias de sus abuelos y de sus padres.

Una batalla perdida va á darme aquí ocasion para demostrar esto último, escribiendo al paso algunas páginas acerca de aquel famoso infante español, que ha parecido digno de servir de ejemplo en la filosofía, para demostrar la ineficacia del valor militar, por sí solo, en el régimen de los destinos humanos. ¿Dónde están, preguntaba con tal propósito un dia el difunto Mr. de Cousin, aquellas viejas compañías españolas, (*vieilles bandes*) que detuvieron por tanto tiempo con su firmeza heróica, el curso inevitable de la historia moderna? «*Elles sont mortes á Rocroy,*» á sí propio se decia aquel profesor elocuente; y no sin razon por cierto. Sí: murieron en Rocroy. Allí tuvo fin la supe-

rioridad del infante español en que se cifraba la de nuestras armas: allí quedó manifiesta y á ojos vistas la decadencia de la Monarquía, que sólo su valor sostenia en pié, puesto que de mucho ántes estaba interiormente carcomida y deshecha. Suceso en sí triste, y con disculpable pereza dejado aparte por los historiadores españoles, es, no obstante, éste á que aludo, bastante más rico en enseñanzas que los que diaria y gustosamente se recuerdan como felices; y de aquellos tambien que, en cierta medida y racionales límites, deben satisfacer el pátrio orgullo. Tal conviccion es lo que principalmente me estimula á escribir estas páginas.

II.

Pocos tipos presenta la historia tan curiosos y dignos de atencion como el infante español, que peleó y sucumbió en el campo de Rocroy, con no ménos admiracion que aplauso, de la mayor parte de sus adversos y enojados contemporáneos. Durante un período de ciento y tantos años, conservó el soldado de á pié entre nosotros un carácter casi idéntico, y bien delineado por escritores que no le conocian de oidas, sino como recomendaba Antonio de Guevara que conociesen los buenos las cosas militares, es decir, por haber puesto mano en ellas. «No hay ninguno más »pobre en la mesma pobreza,» decia, por ejemplo, uno de tales soldados, que ha dejado nombre inmortal en las letras: «porque está atenido á la miseria de su »paga que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare

»con sus manos con notable peligro de su vida y de »su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, »que un coleto acuchillado le sirve de gala y de ca- »misa, y en la mitad del invierno se suele reparar de »la inclemencia del cielo, estando en la campaña rasa »con solo el aliento de su boca, que como sale de lu- »gar vacío, tengo por averiguado que debe salir frio, »contra toda naturaleza (1)». Esta pintura, no ménos que donosa, exacta, el dia antes de la batalla feliz de Lepanto, era igualmente cierta la víspera de aquella otra desdichada en que me ocuparé luego.

Los soldados españoles zarparon ya sin pagas de la playa de Málaga para emprender con el Gran Capitan la conquista de Nápoles; y estuvieron allí, por falta de ellas, á punto de acabar con la vida del primero de los Generales, que redujo á arte la guerra en la Edad moderna. Dispuestos luego á la conquista de Navarra, bajo el mando del segundo Duque de Alva, sorprendieron muchos de ellos á aquel antiguo caballero con los gritos sediciosos de *¡motin! ¡motin!* (por primera vez entónces oidos en España) (2), á causa tambien de la falta de pagas. Y hartos sabidos son los disgustos y estragos, que ocasionó en diversas ocasiones la misma penuria en Flandes, á pesar de que, segun dijo D. Bernardino de Mendoza, «la costumbre de los »nuestros era diferente de la de los de otras nacio- »nes, que pedian las pagas antes del pelear y al tiem- »po de venir á las manos con los enemigos, porque »los nuestros sólo reclamaban lo que se les debia des- »pues de haber combatido». Precisamente por eso advirtió ya este autor y político experimentado, tan-

to como hombre de guerra, que valia más ceder ó perder algunas provincias en ocasiones, que luchar sin medios bastantes, lo cual impedia llevar á buen término ninguna campaña, por más que se hiciesen en ella sobrehumanas proezas (3). Pero era esto en suma predicar en desierto por entónces.

El mal estaba fundamentalmente en la enorme desproporcion que siempre hubo entre nuestros escasos recursos interiores, y las múltiples y vastas empresas en que nos fuimos empeñando; y no podia tener remedio sino cambiando por completo de política, y abandonando voluntariamente en el mundo una posicion, por varios accidentes alcanzada á deshora, y que tarde ó temprano habíamos de perder, despues de consumidos y desangrados. No pretendo que este remedio fuese de aplicacion fácil, en ningun país, y ménos en uno de tan inflexible orgullo como España: digo sólo que era el único que hubiera evitado, empleado á tiempo, las más de nuestras desdichas pasadas. Ni la singular situacion que ocupa España en este extremo de Europa, y cerrada su comunicacion con el continente por una nacion más poblada, mucho más fértil y de muchos más recursos siempre; ni las condiciones ingratas de nuestro suelo, por lo general destemplado y seco; ni la devastacion forzosamente causada por ocho siglos de una guerra intestina, como fué al fin la que sostuvimos con los moros españoles, y por aquellas grandes inundaciones de bárbaros, que no en ejércitos, sino en tribus y razas enteras, sucesivamente vinieron de todas las vastas regiones del Africa á caer sobre la Península, brinda-

ban á la Monarquía de los Reyes Católicos con el primer puesto del mundo, en el órden natural de las cosas. Matrimonios, al parecer ventajosos, hicieron una parte, y otra las armas; pero nuestras conquistas de Sicilia y de Nápoles, nuestros hechos en el Milanesado, en Alemania, en Flandes, no fueron más nunca sino aventuras gloriosas. Y el empeño tenaz con que procuramos luego retener lo que, casi por azar, adquirimos en aquellas partes, si de suyo fué heróico, y, dado el temple duro de nuestro carácter nacional, inevitable, no dejó de ser por eso impolítico y funesto. Hay cualidades que pueden honrar á los indivíduos y perder á las naciones: cualidades que para los indivíduos mismos son de ordinario fatales, aunque respetables siempre, y loables, si se quiere, en ocasiones. De estas han mostrado no pocas en todo el curso de su historia los españoles.

Seducidos, en el entretanto, por los encomios exagerados de los geógrafos griegos y latinos, que solian conocer sólo de España algunas cortas porciones, ya cual hoy favorecidas y excepcionales, los críticos extranjeros han concedido siempre más estima en España á la tierra que al hombre que la puebla: cuando lo contrario es lo justo en mi concepto. Inútil fué para destruir esta opinion, en los siglos pasados, el testimonio de los pocos viajeros que por sí mismos vieron las cosas, y las tocaron por sus propias manos. Desde 1465 á 1467, y ántes, por tanto, que comenzase á intervenir constantemente España en los negocios generales del mundo, recorrió todo el centro de la Península, así como muchas provincias de In-

glaterra y Francia, el baron Leon de Rozmital, noble de Bohemia, el cual ha dejado de estas peregrinaciones una curiosísima relacion latina. Pues no hay más que recorrer ligeramente sus páginas para comprender que habia ya diferencia bastante, entre la riqueza de estas últimas naciones, y la de la península española. Desde que aquel discreto observador entró en Castilla hasta Segovia, y de aquí á Portugal por Salamanca, apenas dejó de hallar ya á su paso campos incultos, *salviam et rosmarinum producentes*; y donde *nulla alia arbor crescit, quam buxus,* dice unas veces, ó *nullas alias arbores quam juniperos et sabinas*, escribe otras: romerales, maleza, monte bajo, cuando más, por donde quiera, excepto en las vecindades de la sierra de Guadarrama, donde, mejor aún que ahora, se alzaban á la sazon bosques incomparables de pinos (4). De Medina del Campo en adelante, por un espacio muy largo, «*nulla prata vel sylvas vidimus; ad ignis usum fimum pecorum accipiunt*»: decian ya literalmente aquellos viajeros antiguos, como han podido decir hasta nuestros dias, cuantos han recorrido los propios sitios. Vueltos á entrar en España por Mérida, hallan de nuevo delante de sí un desierto, vestido de aromosas yerbas, los cándidos, y sin duda verídicos viajeros. De allí á Zaragoza, por Madrid y Guadalajara, sólo admiran algunos bosques entre Medellin y Madrigalejo: viñas y olivos en Talavera, ó en los pantanosos alrededores de Zaragoza misma: frutas abundantes hácia Calatayud y la Almunia, por las tierras que fertilizaba el Jalon, como hoy en dia. Viñas y huertas, distinguian ya tambien los cam-

pos de Lérida de los grandes desiertos aragoneses. Y en Barcelona, por último, hallaron ya los viajeros al rudo catalan, á quien ellos reputaron, sin embargo, por más díscolo y cruel, que á cuantos hombres de naciones bárbaras hubiesen conocido hasta entónces, plantando en las cercanías de su altiva y comerciante ciudad copiosos bosques de palmeras: y contestando á los que se sorprendian de verles cultivar frutos, que necesitaban cien años para ser gozados, que él queria dejar á sus descendientes los mismos bienes que de la laboriosidad de sus predecesores habia recibido. Poco diverso, se ve en suma, que era de lo actual, lo de entónces.

Quizá me he extendido más de lo indispensable al dar noticia de este viaje; pero importa consignar bien tales hechos para deshacer errores, sin cesar renacientes, y en que un hombre como Mr. de Guizot, ha incurrido pocos dias hace aún, al tratar en cierto artículo, de los historiadores de Felipe II, y de lo pasado y lo presente en España. Básteme ya añadir á esto, que en igual estado debió de hallar la Península hácia 1506 el Embajador veneciano Vincenzo Quirini, puesto que calculó en solos 250.000 el número de los vecinos que habitaban todas las ciudades, villas, y aldeas de la corona de Castilla: los cuales vivian con todo eso, segun él cuenta, miserablemente *per essere gran povertá fra essi* (5). De seguro la diferencia entre otras naciones y España no era tan grande en aquel tiempo como es ahora, despues de los tristes siglos de tiranía y supersticion por que hemos pasado; pero no puede negarse que la hubiese ya, bien que

calurosamente negada por los españoles de entónces. Todo el mundo sabe decia, por ejemplo, en los principios del siglo XVII el ingenioso autor de la *Antipatía entre los franceses y los españoles*, Cárlos García, si por ventura es este su verdadero nombre (6), «que España es mucho más estéril que Fran»cia por la gran sequedad de su suelo, y la falta de »lluvias; sin embargo de lo cual no se hallará un es»pañol sólo que tal confiese». Lo mismo ha sucedido con corta diferencia hasta estos dias: bien que no pueda decirse que ella sea vanidad exclusiva de nuestros compatriotas, supuesto que el propio Cárlos García afirma que, por aquel tiempo mismo, no se encontraba tampoco francés ninguno que reconociese, el que, por lo ménos, los buenos caballos, las buenas espadas, y los vinos buenos les iban á ellos de la Península. Pero lo cierto es, en fin, que únicamente la individual fortaleza de los españoles, y en especial de sus soldados, puede explicar ya hoy por completo el que las pobres y pequeñas naciones unidas en la Península predominaran por siglo y medio sobre tantas otras más ricas y pobladas, y más fuertes en todo que ellas eran.

Todo esto hace más y más interesante el estudio de aquel desnudo y valeroso soldado, por Cervantes retratado ya de mano maestra: hidalgo pobre, por lo comun, villano de nobles pensamientos tambien á veces; al cual nos representa la historia de aquel tiempo, reemplazando por donde quiera con la sola ventaja de su valor personal, cuanto les faltaba á sus Reyes de buena política, á su tierra de recursos de toda

especie, á su pátria, en suma, de calidades propias para ser lo que quiso, y fué, contra los decretos claros de la naturaleza. Cada uno de tales soldados tenia que picar en héroe para que el corto número de ellos, que hubo siempre fuera de España, bastase á conquistar las Américas y las islas del Asia, y á llevar á cabo en Africa ó Europa las innumerables empresas acometidas desde Fernando V hasta Felipe IV; reinando el cual dejó ya de ser el soldado español, y con él España, lo que por tantos y tantos años habian sido.

Por supuesto que con esa palabra de soldado no aparece el hombre de guerra entre nosotros ni á caballo, ni á pié, hasta que comenzó con los *Reyes Católicos* el ejército permanente. Era el de infantería en el buen tiempo un hombre que sentaba plaza voluntariamente, llevado por el deseo juvenil de correr aventuras, por el aliciente de mejorar su fortuna y condicion, y acaso tambien por huir de las asechanzas de la justicia, ó de la venganza de algun padre ó pariente, malamente ofendido en las mujeres de su casa. Desde que este tal sentaba plaza, teníase por hombre noble y despreciaba todo oficio mecánico; y aunque guardara por lo comun con gusto severísima disciplina, con frecuencia asimismo ponia mano á la espada contra sus propios oficiales, no bien le parecia que ya tocaba en la honra el castigo debido á sus faltas. No en vano cuando un General ó Maestre de campo se veia maltratado en alguna accion de guerra por la fortuna, iba de ordinario á recobrar ó depurar su honor en las filas de aquella infantería, *sirviendo con una pica*: no en vano encerraban siempre sus primeras hileras multitud de ca-

pitanes y oficiales reformados, ó de reemplazo, no pocos señores de vida airada ó de cortos haberes, que querian buscarse la vida en ejercicio honrado; y hasta muchos señores *de hábito*, es decir, caballeros de las orgullosas Ordenes militares (7). Las filas de tal infantería eran una verdadera escuela y un asilo seguro para el honor: ¿cómo no habia de ser mal sufrido en ellas el mismo soldado raso, cuando de casos de honor se trataba? No habiendo, por otra parte, tiempo limitado de enganche, sabia el soldado viejo que no podia ser despedido del servicio sin causa legítima: por manera, que era una profesion y carrera, desde el menor infante hasta el mayor capitan, la de las armas entónces. Para echar á uno del servicio se necesitaba que fuese jugador, pendenciero, hombre de muy malas costumbres en suma: para pasarle *por las picas*, no se necesitaba en cambio más, sino que, hallándose en campo seis contra ciento, uno de los seis tomase por acaso la fuga, abandonando á sus compañeros en el riesgo (8). Lloraban, por otro lado, los Maestres de campo al tener que reformar ó disolver cualquiera de aquellas feroces familias militares, como cuando D. Sancho Martinez de Leyva castigó así un tercio en Flandes, diciéndole á su alférez: «Ea, batid la bandera, y »plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del ter»cio viejo (9)». Lloraban tambien los encanecidos soldados á sus capitanes, cuanto á sus propios padres, si caian en algun trance sangriento, como al propio Borbon, con ser extranjero y todo, le lloraron sobre los muros de Roma. Y eso que no necesitaban ellos

por cierto tener capitanes señalados por el Rey; porque en cualquiera necesidad, sabian por sí solos buscárselos.

Aquellos soldados, por ejemplo, que dejó ociosos, algun tiempo, la conquista de Nápoles, se echaron luego á pelear por su cuenta, en favor de diversos Príncipes, y hasta del mismo Rey de Francia. Durante las guerras de éste con Julio II y los venecianos, 2.000 soldados españoles mantuvieron de tal suerte gran parte del Milanesado á la devocion del primero; y en la batalla perdida por el ejército eclesiástico, cerca de Ferrara, contra el del Monarca francés, 300 españoles de los que por otro lado servian al Papa, se salieron formados del campo, poniendo á salvo entre sus filas la artillería, sin que lograse desbaratarlos la caballería francesa. Vueltos despues al servicio de su Rey natural, cuando le hicieron falta, y puestos en frente de los terribles escuadrones de picas, con que los suizos, y los alemanes que los imitaron, comenzaban á hacer inútil el valor, hasta entónces irresistible, de los caballeros armados de punta en blanco, mantuvieron aún su superioridad los infantes españoles, gracias al esfuerzo individual que los señalaba. Machiavelo y Guicciardini refieren (10), que en Rávena llegaron á abrir los alemanes con sus largas picas los escuadrones de infantería española, que llevaban en su primera fila rodeleros armados de espadas cortas; y que en lugar de desbandarse los nuestros, se metieron por entre las picas para buscar cuerpo á cuerpo á sus contrarios, los cuales no pudiendo servirse de aquellas largas armas en este género de lu-

cha, habrian sido indudablemente degollado todos, á no sobrevenir la caballería francesa: que no pudo impedir, no obstante, el que, abandonados del resto del ejército coligado, los españoles, ya que no podian vencer, se retirasen en buen órden del campo. De tal temple eran los soldados con que se formaron luego los primeros *tercios*, en tres trozos repartidos realmente, el uno armado de espada y rodela, de picas el otro, y el otro ya de arcabuces. Tales fueron todavía los soldados que compusieron los posteriores tercios, cuyas tres armas eran arcabuces, mosquetes, y picas: tales los que con el mismo valor personal que los primeros, el natural orgullo ya de sus pasados hechos, y la desnudez y falta de pagas de siempre, llegaron en 1525 al socorro de la asediada Pavía, dispersando ó matando con su fuego individual y certero á los acerados caballeros franceses. Triunfantes allí: triunfantes en Mulhberg, donde diez de ellos, entre los cuales se contaban el insigne Cristóbal de Mondragon, luego Coronel y Maestre de campo en Flandes, el poeta Rey de Artieda, y el famoso Alonso de Céspedes, aquella especie de Sanson de quien corre historia particular impresa, cruzaron á nado el rio Elba (12) con la espada en la boca, y se apoderaron de las barcas amarradas á la orilla opuesta, para que pudiese el Emperador formar un puente, arrostrando el fuego del ejército protestante que las defendia; cosa, al decir de un historiador aleman y anticatólico, jamás igualada por romanos ó griegos: ora entrándose para alcanzar á sus contrarios por los rios adelante, como hicieron por

el Elba (13) en la batalla citada, y ora cruzando á pié anchos brazos de mar, perseguidos por la marea creciente, como osaron en el famoso asalto de *Zuyderzée*: combatiendo con igual valor y órden insurrectos, y al mando de sus *Electos* ó cabezas de motin, que bajo la direccion de sus propios capitanes ó Maestres de campo, segun se vió en la dichosa recuperacion de Amberes y en la jornada fatal de Niwport ó de las Dunas; los infantes españoles en todas acasiones constituian una excepcion, es decir, un género de milicia ó gente de guerra, de que ni ántes ni despues ofrece ejemplo la historia (14). Bien puede decirse hoy esto, sin vano alarde en España, supuesto que lo reconocieron por lo comun nuestros enemigos mismos en los tiempos antiguos. El célebre jurista Puffendorf, relatando la batalla de Mulhberg; Schiller, el gran poeta, contando la de Nordlhingen; Bossuet, el príncipe de los oradores sagrados, al recordar elocuentemente la de Rocroy, son autoridades bastantes en todo caso para abonar tal juicio.

No era la guerra por de contado entónces la lucha de una nacion con otra, como lo es al presente. Sábese hoy, que á la larga tiene que vencer por necesidad, entre dos naciones contendientes, aquella que cuenta con más extension, con más riqueza, con más poder en suma. Tal ha sido la consecuencia inevitable del aumento de los ejércitos, que comenzado por el tiempo de Luis XIV en Europa, lleva en nuestros dias á los campos de batalla, cuantos hombres útiles pueden poner los que gobiernan sobre las armas. El valor individual, la habilidad y fortuna misma de los capita-

nes, ceden temprano ó tarde de esta suerte, como acabamos de ver con ocasion de la última guerra sostenida por los Estados del Sur contra los del Norte, en la república anglo-americana, y se vió tambien al cabo en las grandes luchas de Napoleon I con la Europa coligada, á la mayor poblacion, fertilidad, industria, ó fuerza material del adversario. Nada de esto acontecia en el siglo XVI, y la primera mitad del XVII, que fué cuando disfrutó España su superioridad militar. No era entónces ni aquí, ni fuera de aquí, cualquiera hombre soldado: éranlo sólo los que el instinto y las pasiones de la guerra, naturalmente llamaban á las armas. Los pueblos por su parte, más acostumbrados que hoy á cambiar de señores, rara vez se mezclaban en las contiendas que sostenian sus respectivos ejércitos; y así era como éstos, aunque cortísimos en número, podian ganar y conservar vastos y ricos Estados á sus caudillos ó Príncipes. Por eso un puñado de almògábares bastó para agregar definitivamente Sicilia á la casa de Aragon, despues de abandonada por esta misma, y para salvar á Constantinopla ó conquistar á Atenas: por eso no tuvo que sacar de Málaga sino 4.000 peones ó infantes, y 600 caballos entre ginetes y hombres de armas, Gonzalo de Córdoba, para dar comienzo y cima á aquella larga série de hazañas, que nos hizo dueños de Nápoles (15). Las aventuras militares eran tan fáciles á la sazon, de consiguiente, como son ineficaces y hasta imposibles hoy en dia, como lo hubieran sido ya de todos modos pocos años despues de la batalla de Rocroy: en cuanto dió Luis XIV, cual he dicho, tan ex-

traordinaria amplitud al número en los ejércitos.

A haber cesado, pues, ántes este estado de cosas, ántes tambien habria acabado el predominio de la infantería española. Soldados como los que describo no se han hecho nunca por quintas ó levas forzosas; ni por cientos de millares se hallarán jamás. Hubiera, pues, el natural curso de los sucesos destruido por sí mismo la eficacia de aquella escogida y exígua infantería, aunque triunfara en Rocroy D. Francisco de Melo. Tan irresistible es la marcha de la historia: tan poca influencia suelen tener los hechos aislados, y las instituciones ó las fuerzas solitarias, en el éxito definitivo de las contiendas en que se empeña la humanidad entera, ó aquella parte de la humanidad por lo ménos que, puesta á la cabeza de la civilizacion, dirige el movimiento progresivo de nuestra especie. Dieron al traste con el paladin forzudo y heróico las armas de fuego, que pueden manejar los débiles y los valientes, por decirlo así, de segunda clase: acabaron asimismo con los pequeños ejércitos, compuestos de gente atraida á las armas, por un verdadero aunque triste amor á la guerra, los ejércitos innumerables reclutados por ministerio de la ley, ó enganchados por la miseria y el hambre, donde hacen la disciplina y la masa misma, igualmente útiles á todos los hombres. Los *tercios viejos* nada podian ya hacer por sí solos, cuando era preciso que se coligase la Europa entera para contener la marcha triunfante de los numerosísimos regimientos de Luis XIV.

Pero en el ínterin la curiosidad de la historia pregunta con razon á los documentos y á los libros an-

tiguos: ¿quién fué aquel D. Francisco de Melo, que hoy lleva sobre su nombre la desgracia de Rocroy? ¿A quiénes tuvo allí por principales tenientes y compañeros de armas? ¿Cómo cumplió cada cual sus obligaciones individuales en aquella ocasion suprema? ¿Qué fin allí alcanzaron los más de los *tercios viejos*, y cómo perdieron los que quedaron el prestigio secular de su nombre? No ha sido hasta ahora fácil contestar á tales preguntas, porque los españoles han mirado con sobrada repugnancia, cual he dicho, los recuerdos desabridos de aquellos infelices reinados. Han faltado los documentos además, y cuantos nombres y cosas se refieren á Rocroy particularmente, figuran y constan en nuestros libros de historia general, trastrocados, confundidos, embrollados: lo propio en Ortiz que en Lafuente: lo mismo en las tablas de Sabau que en la traduccion de Dunhan por Alcalá Galiano.

III.

Hay que comenzar por lo mismo, diciendo quién fuese el General que mandaba en jefe el ejército vencido. Era éste de nacion portugués, se llamaba á sí propio D. Francisco de Melo de Braganza; y si no era deudo de los duques de este título, sábese al ménos, que tuvo grande intimidad en aquella ilustre casa, desde que siendo pobre hidalgo, sin fortuna, se introdujo en la amistad y confidencia del duque D. Teodosio, padre del que se llamó como Rey Juan IV. Hallóse en Madrid Melo, al tiempo de la coronacion de Felipe IV (16), y fué nombrado entónces gentil-hombre

del Rey. No tardaron en acusarle los portugueses, de que habiendo ganado la confianza del conde-duque, la empleaba sólo en consejos dañosos á su pátria, como el de imponer allí los nuevos arbitrios y contribuciones, que tanto ayudaron á promover el levantamiento; y en indisponer á aquel ministro, y al propio Rey Felipe, con la casa de Braganza, vendiendo sus secretos, como quien habia sido su confidente (17). Callar hoy esta acusacion, seria tan mal hecho como creerla sin pruebas. Lo cierto es que D. Francisco de Melo estuvo bien pronto no ménos aborrecido en Portugal, que estimado en la córte de España. Corriendo el año de 1633, fué ya nombrado embajador católico en Saboya; y despues de residir en Milan muchos meses, por ciertas desavenencias sobrevenidas entre aquella córte y la nuestra, pasó á Génova, para comenzar su oficio mediando en un tratado que se habia de ajustar entre aquel duque y el Gobierno de la república.

Allí probó Melo que no le faltaba astucia para lograr sus fines. El tratado, con la firma del duque, estaba ya en Génova, pero los ministros de la República exigian sin embargo, que se le añadiesen dos palabras importantes. Negáronse, más por orgullo que con razones, los embajadores del duque á semejante adicion, la cual obligaba á devolver los pliegos á su Soberano; y no tenia trazas de terminar bien aquella disputa, cuando Melo, que asistia á las conferencias, dió como sin pensarlo un golpe en el tintero, y derribándolo sobre el protocolo, lo inutilizó de todo punto. Fué preciso enviar á Turin por

otro; pero ántes de que se hiciese, ya estaba allí Melo, y pudo conseguir sin grande esfuerzo, que se incluyesen las palabras reclamadas, en los nuevos pliegos (18). Insignificante como parece esta anécdota, es no obstante de aquellas que sirven para penetrar con paso seguro en el carácter de un hombre. En 1636 obtuvo Melo el título de conde de Assumar por tales servicios (19); y despues de una corta vuelta á á España, tornó á Italia, donde desempeñó diversas comisiones diplomáticas con acierto: en Módena, para atraer aquel potentado á la alianza de España: en Turin, en Florencia y Luca, para impedir que hiciesen causa comun con nuestros enemigos estos Estados. Pero mal contento con tal oficio no más, quiso Melo, al uso del tiempo, ensayarse tambien en el de las armas.

«Caballero de grandísima estima en ellas cuanto en »las letras», le llamaba ya poco despues su contemporáneo Gualdo Priorato, escritor bastante verídico, aunque de elegancia escasa: y con efecto, en la sangrienta batalla de Tornavento, donde hizo sus primeras armas, parece que cumplió como esforzado. Por sus trazas se sorprendió luego felizmente la plaza de Valdetoro: desempeñó en Milan el gobierno político, miéntras el marqués de Leganez gobernaba el ejército en campaña; y vuelto luego á su primer oficio, fué á Alemania de embajador. Estuvo en Colonia, en Bruselas, en Viena, negociando siempre y siempre con fortuna, hasta que en 1638 se le dió ya mando de ejército en Lombardía: «juzgando que, quien habia »probado tan bien en las embajadas, haria lo mismo

»en la guerra,» segun advirtió un discreto jesuita al avisar á otro la nueva (20). No hallándose, sin embargo, con categoría militar ninguna, se le dió entónces la de Maestre de campo general, y con ella se embarcó para Italia, y salió á campaña. Nada habia hecho sino recibir desaires en aquel cargo, segun se decia por la córte, y ser una especie de asesor ó interventor de Leganez, cuando, no sin murmuraciones, al ver que se olvidaban otros y se pagaban por demás sus servicios, fué Melo nombrado Virey de Sicilia (21). Obró allí con gran celo en la fortificacion de las costas, y expidió unas ordenanzas suntuarias que tuvo que revocar por la oposicion que hallaron en el arzobispo Doria y en los artesanos perjudicados: cosa que dió á conocer ya en su carácter alguna falta de entereza (22). Nombrado luego y casi al tiempo mismo para mandar las armas en Milan, y para ser embajador de España cerca de la Dieta de Ratisbona, halló allá á su llegada un negocio difícil, que dió que hablar mucho de su persona.

Habia estallado, en el entretanto, la sublevacion de Portugal, y una de las primeras disposiciones del nuevo gobierno fué confiscarle á Melo sus bienes, desterrándole perpétuamente de aquel reino, y declarándole enemigo público. Miéntras esto hacian con él sus compatriotas, colmábale cada dia Felipe IV de distinciones. No es muy extraño, pues, que ejecutase con tanto celo las órdenes que recibió de aquel Monarca para obtener la prision de D. Duarte, hermano del rebelado duque de Braganza, que servia voluntariamente en los ejércitos del Emperador de Alemania.

A creer á Alejandro Brandano (23), por lo mismo que se preciaba Melo de proceder de una de las ramas de la ilustre familia de Braganza, necesitaba él más tambien que otro alguno, acreditar en aquella importante ocasion su egrégia fe á España; ya que á ella le debia su fortuna, y de su servicio esperaba todo lo que podia anhelar aún en su carrera. La verdad es que Melo condujo aquella negociacion, como solia, habilísimamente; y que el Emperador consintió en que D. Duarte fuese preso en Ratisbona: con no poco escándalo de los Príncipes Alemanes que consideraban violado en ello el suelo patrio, y general reprobacion del pueblo que con fundamento se compadecia, de aquella nueva víctima de la *razon de Estado*. Largamente hablaron de los malos tratamientos, que segun ellos se infirieron á D. Duarte, los escritores portugueses de la época (24); y en cierto memorial latino presentado á la Dieta de Ratisbona en queja de tal hecho, por el enviado portugués Francisco de Sousa, no vaciló éste en señalar por principales autores de aquella crueldad á algunos que, segun él, *á domo Brigantina panem et honorem obtinuerant*: clara alusion á D. Francisco de Melo, y amarguísimo recuerdo, sin duda, si ya no es que exajerase con injusticia cargo y favores la pasion de partido.

Tales antecedentes, mejores ó peores, y servicios tan incontestables á España tenia, en suma, el hombre á quien, muerto el insigne Cardenal Infante don Fernando, se confirió el mando de las provincias más combatidas, y del mejor ejército que á la sazon tuviese España. ¡Triste y primer efecto del absolu-

tismo monárquico! No en vano se quejaba ya Alamos Barrientos, en un memorial á Felipe III, de que aquel régimen hubiese acabado «con las grandes »cabezas de Estado, guerra y paz, en que ántes ha»bian abundado estos reinos (25)». Hácia los tiempos de que estoy tratando, apenas habia un sólo general de mérito, ni aragonés, ni castellano. Los antiguos nombres vivian, y quedaban sólo, y eso para disminuir la gloria que vincularon en ellos sus padres. Italianos ó portugueses, ménos oprimidos siempre que los primitivos súbditos de la Corona, por lo mismo que no parecia tan segura su obediencia, ni su sumision tan ciega, eran los que de ordinario mandaban aquellas reliquias de ejércitos: testigos Torrecusa y Cantelmo, D. Felipe de Silva y D. Francisco de Melo. Y cuando estos no, teníanlas á su cargo extraños aventureros, como Isembourg, Beck y Fontaine, que tanto figuraron en las campañas del tiempo que trato.

No eran ciertamente tan novicios como Melo en el ejercicio de las armas los soldados españoles, ni tampoco las tropas italianas y walonas que se pusieron á sus órdenes. Habia allí gente todavía de la que, viniendo de Italia á Flandes con el Cardenal Infante, reparó en Nordlinghen (1634) la flaqueza de la infantería imperial alemana, poniendo en fuga á los veteranos de Gustavo Adolfo, tenidos áun despues de la muerte de éste por invencibles; y asombrando, con el tercio que mandaba D. Martin Idiaquez principalmente, á todas las naciones que pelearon en aquella decisiva batalla. Allí debia de haber

tambien soldados del tercio español que en la jornada infausta de Avein mantuvo con otro italiano el campo de batalla, por largo tiempo despues de dispersa la caballería, y fugitivas las que se llamaban entónces tropas de naciones: es decir, mercenarias, de walones y alemanes. Aquel ejército era, en fin, el que al mando del Infante y Cardenal D. Fernando *intrèpido* y *constantísimo*, segun le llamó su contemporáneo Gualdo Priorato, entró en 1636 por la provincia de Picardía en Francia, y enseñoreándose en pocos dias de muchas plazas fuertes hasta la de Corbie, llenó á París de espanto, sin que pudiesen las franceses en toda la campaña disputarle el campo. Desde 1836 hasta que en 9 de Noviembre de 1640 acabó sus dias desgraciadamente el Cardenal Infante de unas malignas tercianas, sostuvo luego aquel ejército todo, pero principalmente la infantería española, por testimonio de los historiadores extranjeros, una série de campañas desiguales contra los franceses y holandeses, que á la par, y con fuerzas muy superiores, acometian aquellas apartadas provincias: donde tan escasos socorros podia enviar España á la sazon, y donde habia sido tan difícil enviarlos siempre, que el poner un solo soldado, ó sea *una pica en Flandes*, quedó por refran en nuestra lengua para significar alguna casi imposibilidad vencida. Dejó cercada el Cardenal Infante la plaza de Ayre que perdimos poco ántes; y D. Francisco de Melo, que fué una de las seis personas encargadas por él de regir interinamente los Estados, se presentó personalmente en el asedio; y tuvo la fortuna de asistir á las ca-

pitulaciones de la guarnicion en Setiembre de 1641. Pocos meses eran pasados, cuando Melo, que habia ya dado muestras en Milan y Sicilia de grandísima habilidad para juntar dinero y recursos de toda especie, ganándose la voluntad de los pueblos que habian de suministrarlos, tenia ya repuesto y reforzado el ejército, al cual habia encontrado despues del sitio de Ayre sumamente disminuido y maltratado: saliendo en los primeros dias de Abril de 1642 á nueva campaña con 20.000 infantes y de 8 á 10.000 caballos, grande ejército para aquel tiempo.

Habíasele ya nombrado gobernador y capitan general de las armas, por no haber al pronto Príncipe á quien confiar aquellos Estados; y ardia al parecer D. Francisco en deseos de aprovechar el tiempo, haciéndose brevemente con un nombre ilustre en la guerra. La plaza de Lens, que fué la primera que acometió, se rindió bien pronto: la Bassée tuvo á poco igual suerte, despues de un sitio bastante empeñado y sangriento; y, cual Melo se prometia, comenzó á subir su reputacion de punto en tal manera, que ya se decia por la córte que habia acertado á suplir en aquellas provincias, no sólo todo lo que faltaba, sino cuanto podian desear los votos de los españoles. Pero lo que coronó esta reputacion fué la victoria de Honnecourt verdaderamente gloriosa. Por ella se habló de hacerle duque de Braganza en lugar del que en Portugal estaba entónces reconocido por Rey, y atendiendo sin duda al deudo que con aquella ilustre familia tenia: lo cual se sustituyó al fin con nombrarle marqués de Tordeladuna ó Torrelaguna con grandeza de Es-

paña, y darle diez mil ducados de renta, dispensándole además la honra insigne de escribirle cartas de congratulacion la Reina y el Príncipe de Astúrias. Melo, entretanto, daba una muestra segura á mi juicio de que no era hombre vulgar.

Era aquella la primera vez que mandaba como jefe en una batalla campal; y todos sus pasos ántes y despues de ella fueron los de un militar consumado. Sabiendo que el ejército francés estaba dividido en dos partes, al mando una del conde de Harcourt, y otra á las órdenes del de Guiche, marchó Melo rápidamente, á pesar de un temporal de agua nunca visto en aquellas provincias, desde las mismas líneas de la Bassée, y sin dar punto de descanso á las tropas que habian rendido la plaza, hasta interponerse entre los enemigos. Tres horas despues de conocer el de Guiche este movimiento, se hallaban ya los nuestros al frente de su campo. Estaba el francés fortificado con 7.000 infantes, 3.000 caballos y 10 cañones á una legua de Chatelet, con su izquierda apoyada en la abadía de Honnecourt y un bosque, otro bosque por el frente, la derecha bien atrincherada, y la retaguardia cubierta por el rio Escaut ó Escalda, donde tenia echado un puente para asegurarse la retirada. Melo, fiado, como dice en el parte oficial de aquella jornada, en el valor de sus tropas, asaltó dentro de las fortificaciones al enemigo con vigor tan extremado, que en pocos momentos el ejército francés quedó deshecho: cayeron en nuestro poder las diez piezas de artillería, en las cuales se hallaron algunas con la inscripcion famosa del Cardenal de Richelieu' *ratio ultima regum*:

ganóse la bandera de la compañía del Delfin de Francia, y *la cornette blanche,* que era el estandarte del primer regimiento de caballería de Francia, ante el cual se abatian los demás, y que al decir de los franceses no se habia perdido nunca; con otras muchas banderas y estandartes, entre otros el del Mariscal vencido. Hiciéronse tambian 3.000 prisioneros: halláronse 1.200 hombres muertos en el campo: 2.000 nada ménos se ahogaron en el rio por habérseles oportunamente impedido el paso del puente: 500 carretas de bagaje y provisiones, muchísimos caballos, gran cantidad de dinero, en fin, fueron trofeos asimismo de esta gloriosa jornada, que no costó más que 400 hombres al ejército de España.

Motivos eran estos ciertamente, multiplicados y encarecidos por la fama, y justificados además por los favores reales, para llenar de vanidad á cualquiera hombre de mediano espíritu; y Melo hizo la prueba más difícil que de sí propio puede hacer cualquiera, que es llevar con modestia la fortuna. «Pruebe V. M.», le decia al Rey al darle cuenta de la victoria, «cuanto »quiera mi voluntad, pero no más mi fortuna, habien»do quedado con tal conocimiento de lo poco que val»go, en las horas que duró la batalla, que deseo por »todo extremo y sobre todo, dejar estas victoriosas »armas á otro general, que pueda cojer el fruto de lo »que hemos sembrado». Palabras dignas de ser más adelante tenidas en cuenta.

Porque no parece, no, este lenguaje, el de la falsa modestia: en mi concepto era el de un hombre que habia buscado con afan la gloria, que la habia encontrado

fácilmente; y que, al tocarla, se hallaba con bastante elevacion de ánimo para comprender, todo lo que para merecerla le hacia falta. Melo, por lo ménos, tenia talento, no hay que dudarlo: tenia sagacidad y destreza: tenia gran valor personal, como en esta misma batalla del Chatelet se probó bastantemente, porque segun la relacion que se conserva de un soldado, «asistió allí en los mayores riesgos:» ¿qué era, pues, lo que él tan noblemente reconoció que le faltaba, durante las horas de la batalla? Faltábale la educacion lenta y el hábito temprano de la guerra: faltábale la serenidad de espíritu indispensable en los contrastes vários de una batalla: la costumbre de ver y dominar el espectáculo sangriento: lo que no se aprende, en fin, sino rarísima vez, en los gabinetes, ni en los salones en que él habia consumido ya la mejor parte de su vida: lo que á la edad del vencedor de Honnecourt quizá no ha aprendido de veras ningun caudillo jamás. ¿Pero no es verdad, como he dicho ántes, que el conocer esto de sí mismo, y el decírselo tan francamente á su Rey, no eran cosas propias de ningun espíritu vulgar? Justo es contestar que sí ahora en esto, ya que luego he de decir de él otras cosas que le favorezcan ménos.

Pero si eran veteranos y valientes los soldados que combatieron en Rocroy, y si era más que un hombre vulgar su desgraciado general en jefe, no ménos valientes y veteranos, y hombres de mérito eran, sin duda, los principales oficiales que por entónces servian á Felipe IV en Flandes. Todavía más nombrado que Melo y más que otro alguno en todas las relaciones del asun-

to que trato, es el conde Pablo Bernardo de Fontaine, de cuyo verdadero nombre y circunstancias no ha habido cabal conocimiento, hasta que publicó el Sr. Gayangos el tomo XVII del *Memorial histórico español*. Tiempo hacía que el autor de las presentes páginas, en una obra histórica de su juventud, habia procurado deshacer la equivocacion inexplicable de los muchos historiadores franceses y españoles, que convierten en uno mismo á este conde de Fontaine, y al gran conde de Fuentes de Valdeopero, D. Pedro Enriquez de Acebedo, muerto en 1610, y nada ménos que en edad de 85 años. Pero el apellido de *Fontaine* habia sido tan alterado por los distintos historiadores de su época, y estos mismos hablaban con tan poca conformidad del lugar de su nacimiento, que no parecia fácil averiguar ni su pátria, ni su nombre con certeza. Pellicer en sus *Avisos* y Haedo en sus *Viajes y sucesos del Cardenal Infante*, le llamaron unas veces conde de Fontané, y otras conde de Fontana: Baños de Velasco, Fontané: Vincart, autor de quien más expecialmente hablaré luego, le llama tambien Fontana: Gualdo Priorato Fontanés y Fontenes, y los franceses, por lo comun, conde de Fontaines, alterando en sólo una letra su verdadero apellido. Hacíanse entónces naturalmente estas alteraciones en los apellidos con el fin de apropiarlos cada nacion á su lengua, y por eso los que más aquí se aproximaron á la verdad fueron los franceses, aunque añadiendo al de que se trata una *ese*, para que pareciese traduccion de *Fuentes* en castellano: por manera que una adicion insignificante al principio, ha

ocasionado luego la confusion singular de que ántes me he hecho cargo. En muchos documentos españoles se dice que Fontaine era flamenco: algunos le habian ya supuesto belga; y otros en fin lorenés, que es la verdad, como consta indudablemente por la inscripcion de una estampa, perteneciente á la coleccion del Sr. Carderera, que ha dada ya á luz el Sr. Gayangos.

Era Fontaine uno de los más antiguos, si no el más antiguo, de todos los oficiales del ejército de Flandes. Gualdo Priorato afirma, en su historia de aquellas guerras (26), que cuando en 1643 murió en Rocroy, llevaba ya cincuenta años de experiencias en Flandes: lo cual hace creer que fuera un soldado de fortuna, y que hubiese hecho muy lentamente su carrera, puesto que no se halla figurando su nombre en los sucesos, hasta pocos años ántes de su muerte. En 1631 era Gobernador de Brujas, donde mandaba una guarnicion tan numerosa que casi hacia ejército; aunque no parece que tuviera otra consideracion que la de Maestre de campo de un tercio flamenco. Desde 1634 en adelante, aparecen ya notables sus servicios, tomando ó contribuyendo á tomar algunos fuertes á los holandeses, quedando de reserva en los Paises-Bajos miéntras el Cardenal Infante invadia á Francia, contribuyendo valerosamente, en fin, á la derrota del conde Guillermo de Nasau, que desembarcó cerca de Amberes con el objeto de apoderarse de esta importante ciudad, durante el gobierno del Cardenal Infante. Contábase ya entónces á Fontaine entre los primeros caudillos del ejército; y enviado por el Cardenal Infante con 5.000

hombres á atacar á Caloó, miéntras Andrea Cantelmo embestia á los holandeses por otra parte, contribuyó poderosamente á la victoria, que allí obtuvieron nuestras armas, tomándoles á los enemigos 60 banderas ó estandartes, 19 cañones, 2.300 prisioneros, con escasa pérdida. Ocurrió esto en 1638, y al año siguiente mandando Fontaine de nuevo un ejército de 6.000 infantes y 3.000 caballos, fué atacado, cerca de la aldea de San Nicolás, por el mariscal de la Mellereay y los generales Gassion y La-Ferté. Arrolladas sus tropas al principio de la batalla por la *furia francesa*, conservó bastante serenidad para rehacerlas; y aprovechándose del desórden de los enemigos entregados al saqueo, lanzó de repente sobre los vencedores un cuerpo de 200 aventureros y oficiales, que espada en mano abrieron camino para que, volviendo él con el grueso de sus fuerzas reorganizadas, obtuviese una completa victoria. Peleó tambien Fontaine esforzadamente en Hulst contra el príncipe de Orange, impidiéndole que se apoderara de aquella importante fortaleza, y obligándole á retirarse luego, sin provecho ni gloria, de las provincias que dominábamos. Todos estos servicios le valieron á Fontaine el título de conde que le concedió Felipe IV, y el ser designado á la muerte del Cardenal Infante por uno de los gobernadores de los Estados de Flandes. Cómo acabó este caudillo tan larga carrera, se verá bien pronto.

Figuraban con igual grado y nombre que Fontaine en aquellos ejércitos, el baron de Beck y D. Andrés Cantelmo, siendo todos tres Maestres de campo generales; y eran tambien estos últimos muy buenos y experi-

mentados soldados. Beck desde el oficio humilde de peaton habia llegado por sus méritos á ser Maestre de campo general, y por cierto que de él se cuenta una donosa anécdota. Haciendo marchar un dia aceleradamente á las tropas, oyó que cierto prócer que servia en ellas, decia murmurando estas palabras: «como quien »nos gobierna está hecho á caminar de prisa, quiere que »así le sigamos;» á lo que respondió el baron sin alterarse: «tan cierto es eso, señor duque, como que á »á haber vos sido cual yo correo, lo estaríais siendo »todavía (27)». Distinguióse mucho este Beck ántes y despues de Rocroy en todas las operaciones de la guerra; pero no se halló por desgracia en aquella batalla como veremos. Y D. Andrés Cantelmo, por su lado, distraido en hacer frente á los holandeses, miéntras combatia con los franceses Melo, tampoco pudo tomar parte en tal jornada. De Alburquerque, de Isembourg, del conde de Villalba, de todos los demás jefes que principalmente se distinguieron en Rocroy luego, desempeñando allí los primeros cargos, se dirá lo bastante en la sumaria relacion que me queda por hacer, de los hechos que forman el principal asunto de este estudio.

IV.

Poseemos ya impreso el parte oficial de la batalla de Chatelet, y una curiosísima relacion de la campaña de 1642, gracias á la publicacion hecha por mi erudito amigo el Sr. D. Pascual Gayangos de las *Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los su-*

cesos de la Monarquía desde 1634 *á* 1648 (28). Hay en esta coleccion tambien algunas cortas relaciones de la batalla de Rocroy, aunque no parte ni relacion oficial y detenida del suceso; y en el prólogo á su tomo V, el mismo Sr. Gayangos ha puesto en claro, cual he dicho, las circunstancias de uno de los más señalados actores de aquel drama sangriento. En todos los libros de historia franceses é italianos de la época, se describe tambien con singular conformidad y exactitud, por lo general, aunque con más ó ménos detenimiento, y reconociendo siempre su especial importancia. Sólo los libros españoles han guardado hasta aquí silencio sobrado, limitándose, por lo comun, á traducir las relaciones extranjeras. Consta además por los *Avisos* de Pellicer, impresos en el *Semanario erudito*, y por las *Cartas* mismas de los jesuitas, citadas ántes, que no llegaron á conocimiento de la generalidad de los españoles, sino incompletas, confusas ó vagas noticias de la batalla, y que hubo empeño particular, y bien disculpable, en reducir á pocas proporciones la pérdida. Por eso mismo tiene más que ordinaria importancia el manuscrito de que voy á hablar, y de que por azar dichoso poseo copia. Titúlase éste: *Relacion de los sucesos de las armas de S. M. Católica el Rey D. Felipe IV N. S., gobernadas por el Excmo. Sr. D. Francisco de Melo, Marqués de Tordelaguna, Conde de Assumar, del Consejo de Estado de S. M., Gobernador, Lugarteniente y Capitan general de los Estados de Flandes y de Borgoña en la campaña del año de* 1643*: dirigida á S. M. por Juan Antonio Vincart, Secretario de los avisos se-*

cretos de guerra. Hay del propio autor, que era de nacion francés, á lo que parece, una narracion semejante de la campaña del Infante Cardenal en Francia en 1636; y segun él dice en la dedicatoria al Rey de esta otra, en que me estoy ocupando, cumplia cada año con el encargo de enviar al Monarca la relacion puntual de los sucesos que en tal período hubiesen tenido lugar en los Paises Bajos. Del objeto, pues, de tales relaciones, del título de la persona que las escribe, de su contexto, y hasta de su forma misma, que original he visto, se deduce con evidencia, á mi juicio, que son ellas verdaderos documentos oficiales: mucho más detenidos, y mucho más imparciales y verídicos, que los propios partes dados por los Generales, á la raíz de los acontecimientos. La importancia de la relacion de la campaña de 1643 es ya bastante militarmente considerada; pero más quizá vale aún, por lo que esclarece el curso que solian llevar los negocios de las provincias externas de España, en aquellos tiempos.

Lo que no sé explicarme satisfactoriamente es el motivo por el cual una relacion igual á la que Vincart dirigió á Felipe IV, fué á parar á manos de su hermana la Reina Regente de Francia, con la cual precisamente manteniamos aquella guerra; y sin embargo, es indudable el hecho. Un documento idéntico en el fondo al que me ocupa existe en la *Biblioteca imperial*, dirigido por un señor G. Cardinael á la Reina, cuyo ejército habia sido en Rocroy vencedor. ¿Era esto una traicion de Vincart á su Rey? ¿O era más bien que doña Ana de Austria no

habia dejado de ser española de corazon, y que su hermano mismo permitia que se le comunicase, despues de ellos pasados, todo el pormenor de los sucesos? A Felipe IV le escribe, segun dice Vincart, por oficio: á Ana de Austria por ser, le dice, hermana de su Rey. Al primero se dirige naturalmente con su verdadero nombre: á la segunda con un seudónimo. Curioso misterio es este, en que no me permite detenerme ahora más mi principal asunto (29).

Infausta suerte es, por cierto, la de los hombres de guerra ó de gobierno, llamados por la Providencia á luchar con invencibles circunstancias. Es y será siempre más difícil juzgar las causas que los efectos: ha sido siempre más llano culpar ó ensalzar á los hombres, que inquirir con exactitud y profundidad, lo que pusieron ellos de su parte para obtener los sucesos prósperos, ó dar lugar á los funestos: prefiere naturalmente el comun de las gentes conferir la gloria ó descargar la responsabilidad de los grandes hechos sobre un indivíduo cualquiera, que atribuir una ú otra á un pueblo, á una generacion, á un período entero de historia. Bien puede ser esto gran fortuna para los que llegan á tiempo de aprovechar propicias circunstancias, recogiendo con corto esfuerzo el fruto de largos trabajos de otros, ó ya olvidados, ó siempre inadvertidos; pero ¡cuán otra suerte es la de aquellos que, fuera de sazon, ó á deshora, intentan detener con su inteligencia ó su energía la corriente, con tanta frecuencia irresistible, de las circunstancias adversas! No es esta la primera vez que el autor de estas líneas trata de Melo, de Rocroy, del Gobierno

de España en aquel tiempo; y justo es que confiese que entónces, quince años ha, no tuvo tan presente como tendria ahora, en su juicio de los hombres y de los sucesos, todo lo que es de conceder á las circunstancias. No quiero decir que éstas justifiquen por lo comun, sino que disculpan algunas veces: no que ellas deban ó puedan servir como de velo á las faltas exclusivas de las personas, sino que conviene aislar las personas de las circunstancias, y examinar de por sí unas y otras, para proceder con estricta imparcialidad y acierto.

He dicho ya que al lanzarse, cuando despuntaba el siglo XVI, èn las grandes aventuras que hacen su gloria pasada, la España era ménos fuerte de por sí que cualquiera de las grandes naciones con quien tenia que contender y disputar la preeminencia en el mundo: he manifestado ya tambien que sólo una série afortunada de individuales proezas, y una constancia inquebrantable para conservar, lo que tan fácilmente se habia adquirido, pudieran haberle guardado, por tanto tiempo como le tuvo, á España, el primer puesto entre las potencias europeas; y que éste, mantenido principalmente por la fuerza de las armas, teníamos que perderlo tarde ó temprano. Tiempo hacia que no se ignoraba eso, ni por los Ministros ni por los Generales españoles, á quienes injustamente se acusaba por lo comun de flemáticos; dado que consta por los documentos, y por los historiadores particulares de la época, que el Consejo de Estado en la Córte, los Consejos de Estado locales, y los mismos Consejos de guerra en campaña, tuvieron ya presente

desde los dias de Felipe II para excusar batallas, que la pérdida de una sola de importancia, casi irremisiblemente traeria consigo la ruina de la Monarquía: es decir, la de aquel imposible coloso de que era cabeza España, y que tenia un pié en Italia y otro en Flandes, dominando en el Mediterráneo, influyendo decisivamente en Alemania, é interviniendo más ó ménos en todas partes. Pero de 1640 á 1643 habia llegado á ser cual nunca apurada la situacion de las cosas.

No la España de recursos escasos que dejaron los *Reyes Católicos*, y que, consumida y despoblada por siglo y tercio más de guerras contínuas, regia á la sazon Felipe IV; no el pueblo aventurero y valiente, pero rebajado en sus sentimientos, enflaquecido en sus virtudes, y amenguado en su inteligencia, que poco á poco habian ido formando la Inquisicion y el absolutismo monárquico; no los Ministros y los Generales de segundo órden, que estaban encargados entónces de los consejos y ejércitos españoles, sino la más rica y grande en sí misma de las naciones, la más descansada y floreciente, la más hábil y valerosamente regida, habria sucumbido ántes que la nuestra probablemente, á los duros embates de que ésta fué objeto en los años citados. Teníamos que defender las provincias de Italia de los franceses, que desembocaban en ellas por los Alpes, y de aquellos Príncipes soberanos, *desperdicios de nuestra grandeza*, como los llamó el primero de nuestros satíricos, que ya comenzaban á aspirar á la independencia: teníamos que sustentar lo que nuestros Reyes llamaban Esta-

dos patrimoniales de Borgoña y Flandes contra la Francia una, pacífica, próspera, y contra la Holanda, que estaba en el apogeo de su fortuna: teníamos que guardar el Rhin de los protestantes; que contener á los turcos y á los africanos: que pelear, en suma, en cien partes á un tiempo, contra enemigos exteriores; y para poner además cadenas en las manos á nuestro poder agonizante, suscitáronsenos de repente las sublevaciones internas de Cataluña y Portugal, que abrieron de par en par las puertas de la Península á los enemigos ejércitos. Los franceses, ayudados por los catalanes, nos quitaron luego el Rosellon: los portugueses, apoyados en los regimientos de veteranos ingleses, que criaron revoluciones sangrientas, nos vencieron al fin en una decisiva batalla. ¡Ah! no era, en verdad ningun grande hombre Olivares; pero ¡qué Ministro no se espantaria hoy en dia de mirar cara á cara semejantes dificultades y tamaños peligros! No eran Aníbales ni Napoleones, seguramente, nuestros Generales de entónces; pero Napoleon y Anibal se rindieron, ni más ni ménos que ellos, á parecidas circunstancias. Preciso es tener todo esto presente para juzgar imparcialmente, como ántes he dicho, la campaña de 1643 en Flandes, y los hechos de D. Francisco de Melo. Y si puede haber algun consuelo en desdichas tan grandes, tengamos el de que todo les faltó, ménos el valor, á los hombres en cuyas manos se perdió el predominio y se consumó la decadencia de España.

«Apeósenos entónces,» como dice con razon Bernabé de Vivanco, «indignamente, del concepto al-

»tísimo en que estábamos, áun en el sentir de los »más apasionados escritores forasteros.» Pero ¿es verdad que se debiera sólo á Olivares, como apasionadamente él afirma, que se ausentase la felicidad, y faltase la seguridad de la Monarquía? ¿Es verdad tampoco que se debiese á sus favorecidos y validos como Melo era? No por cierto. ¡Desgraciada de la nacion que tiene que ser feliz en todas sus empresas! ¡Desgraciado del Gobierno que tiene que acertar siempre en sus propósitos! ¡Desgraciado del General que tiene que ganar todas sus batallas! ¡Desgraciado, en fin, todo poder que está á la merced de una sola hora de mala fortuna! Esa nacion, ese Gobierno, ese General, ese poder, están vencidos sin remedio. Pueden aplazar un dia, un mes, un año su caida, pero caen al cabo. Al indivíduo aislado, por grande que sea, le arrollan al fin como leve arista las circunstancias. ¡Dichosos, por lo ménos, los que embellecen, como el gladiador antiguo, su inevitable caida, con generosas, aunque inútiles acciones! Tal aconteció al infante español, al ejército entero, á sus Generales mismos, en la campaña de que voy á dar breve cuenta.

V.

Volvió D. Francisco de Melo á Bruselas, despues de siete meses consecutivos de operaciones, en medio de las aclamaciones de todo el país, que habia defendido y conservado libre de enemigos: alentado y contento. Metióse luego, como dice Vincart, á poner órden en los negocios administrativos del país, muy

atrasados por su larga ausencia; asistiendo frecuentemente en persona á las Juntas de gobierno. Obtuvo de los Estados de las provincias de Flandes, Brabante, Hainaut, Namur, y las demás obedientes hasta allí, subsidios extraordinarios de dinero, y otras asistencias: con lo cual pudo comenzar á reponer el ejército, y preparar los elementos que habia de emplear en la nueva campaña. Dió dinero para hacer reclutas de infantería á los Maestres de campo y coroneles, y patentes á los caballeros del país para levantar regimientos nuevos y compañías de caballos, é invirtió grandes sumas en la remonta de la caballería, sin olvidar las reparaciones y provision necesarias en las plazas fuertes de las fronteras amenazadas. Por último, no bastando, como solia suceder, los recursos ordinarios, y no recibiendo nada de España, fué el mismo Melo á Amberes á negociar y ajustar con los hombres de negocios de aquella plaza un empréstito; logrando que sobre su palabra y crédito le dieran unos ricos portugueses que allí habia, hasta 300.000 escudos, ofreciéndole más aún si lo necesitaba. Desde allá salió ya hácia Brujas á inspeccionar las plazas marítimas de Ostende, Newport y Dunquerque, dirigiéndose por último á Lila.

Movia á Melo para prepararse con tiempo y salir temprano á campaña el estado crítico en que á la sazon se encontraba la Monarquía. Ya al dar parte de la batalla de Honnecourt, habia explicado al Rey su resolucion de salir de la parsimonia antigua de nuestras armas, y fiar más, que hasta entónces habia solido fiarse entre nosotros, á la for-

tuna: «Viéndome cercado de tantos enemigos,» á poco más ó ménos, decia: «y con la resolucion íntima y »secreta de que he dado cuenta á V. M. de pelear con »algunos de ellos, por no perderlo todo, esforzando á »la razon militar los aprietos de Cataluña, para que el »lance se jugase contra Francia, acometí aquella em»presa, y acometeré otras tales». De la relacion de Vincart se deduce que esta atrevida conducta fué aprobada en la córte, sin duda por lo apurado de las circunstancias. Determinóse, pues, Melo á entrar en Francia para atraer sobre sí todas las fuerzas y ejércitos enemigos, en parte donde más cómodamente que en otra alguna podia, en su concepto, resistírseles, y pelear con ellos. No de otra suerte podia tampoco evitarse, á juicio de Melo, el que fuese invadido el condado de Borgoña por un ejército francés, y el que otro nuevo penetrase por los Pirineos en Cataluña. Con tales propósitos, despues de preparado y pensado todo, resolvió sitiar en territorio francés la plaza de Rocroy, que sobre ofrecerle facilidades para la invasion, y estar mal guarnecida, presentaba la ventaja de que el sitiador podia situar su campo delante de la Mouse ó Mosa, y asegurarse por medio de las naves del rio cualquier género de recursos.

La manera con que organizó sus fuerzas Melo fué la siguiente. Dispuso que D. Andres Cantelmo, General de la artillería, fuese á Brabante á mandar un cuerpo de tropas que dejaba en observacion de los holandeses, y al conde de Fontaine le ordenó que viniese á servir su oficio de Maestre de campo general en el ejército de Francia, que se reservaba regir él en perso-

na. El duque de Alburquerque, D. Francisco de la Cueva, caballero jóven y de valor, que despues de haberse ofrecido al Rey á servirle donde quisiera, pasó á Flandes, y al frente de un tercio vestido á su costa, contribuyó poderosamente á la victoria de Honnecourt, recibió el mando de la caballería de este ejército de Francia: no sin alguna sospecha de que le favoreciese tanto Melo, por quererlo casar con una de las tres hijas que tenia. Era Alburquerque, sin embargo, aunque no muy experto en las cosas de la guerra, digno de su nombre y de su puesto entre los nobles castellanos: de suerte que debe tenerse aquella por murmuracion vana. La artillería se puso á cargo de D. Alvaro de Melo, hermano del General en jefe, y se señalaron Generales que mandasen las tres plazas de armas, en que habian de reunirse otras tantas divisiones del ejército. La del Artois la mandó el citado duque de Alburquerque con el tercio de que era Maestre de campo todavía, y que se dió luego á D. Baltasar Mercader, y los de D. Alonso de Avila, D. Antonio de Velandia, el conde de Villalva, el conde de Garcíes y D. Jorge Castelví, todos españoles, áun el último que, al parecer, llevaba tambien nombre de tercio de borgoñones, porque formaban parte de él naturales de aquella provincia (30); los tercios italianos del marqués Visconti, de D. Alonso Strozzi y de D. Juan Liponti; y los de walones del Príncipe de Ligne, General de los hombres de armas, y de los Maestres de campo Ribancourt y de Granges. La del Hainaut, á las órdenes del conde de Busquoi, se componia de

cuatro regimientos de infantería extranjera y ochenta y dos compañías de caballos. El llamado ejército de Alsacia, que regía el conde de Isembourg, se reunió entre la *Sambre* y la *Mouse*, formándolo cinco regimientos de infantería, seis de caballería, uno de croatas, y algunas compañías libres ó francas. Y casi á un tiempo mismo partieron de Bruselas el cadáver del malogrado Cardenal-Infante, con direccion á España, y D. Francisco de Melo para tomar el mando del ejército.

Situado Isembourg por órden de Melo, desde el 10 de Mayo, entre Mariembourg y Phelippeville, fingió prepararse á pasar el Sambra, con otra direccion; y marchando rápidamente durante toda la noche del 11 al 12, sorprendió al despuntar el dia á los habitantes de Rocroy, de tal manera, que los que habian salido á sus labores y quisieron volverse, al divisar nuestras tropas, hácia la ciudad encontraron ya bloqueadas todas las puertas. Al mismo tiempo el baron de Beck, marchaba á sitiar con 5.000 hombres á Chateau Renaud, poblacion situada sobre la *Mouse*, á fin de dominar completamente la navegacion del rio. Melo entretanto, despues de salir de Lila, donde estuvo impaciente algunos dias, esperando á que se aplacase la insólita crudeza del tiempo, pasó á la Bassée que dejó bien proveida, y juntándose en Carvin con su Maestre de campo general Fontaine, marchó á Douay con la division de Alburquerque, y luego á Valenciennes, donde se le incorporó la de Busquoi. Sabida allí la toma de puestos y bloqueo de Rocroy, ordenó al conde de Fuensal-

daña, D. Luis Perez de Vivero, que quedase con algunas fuerzas para cubrir el país de Artois, pasó inmediatamente el Sambra, y entrando por el territorio francés hasta la Capelle, se alojó en aquel lugar sólo una noche y siguió luego á Rocroy, donde llegó cuatro dias despues de Isembourg: estableciéndose al punto los cuarteles, y emprendiéndose formalmente el asedio de la plaza.

Fué el primer error que se cometió el de pensar por los avisos que se tenian de Francia, y por la disposicion de las tropas contrarias, que seria imposible que pudieran intentar ellas el socorro de la plaza en muchos dias; creyéndose al propio tiempo que tres ó cuatro bastarian para rendirla, por lo cual no se hizo obra alguna de defensa en el campo. Embistióse con efecto con tal resolucion la plaza que, á poderse mantener algunas horas más en el asedio, confiesan los propios franceses que ésta se hubiera rendido cual se esperaba. Pero era tal, en el ínterin, la inesperada diligencia del jóven Luis de Borbon, duque de Enghien, que saliendo de su cuartel general de Amiens al saber el asedio de Rocroy, tres dias despues de comenzado estaba ya á la vista con el socorro: reuniendo precipitadamente por el camino las tropas aquí y allá dispuestas para formar diversos ejércitos, y las guarniciones de las fortalezas. Poco despues del medio dia del 18 de Mayo, avisaron, pues, los croatas que teníamos de tropa ligera á nuestro servicio, que algunos gruesos de caballería francesa se dejaban ver del otro lado de un bosque, situado á corta distancia de nuestras líneas.

Ordenó Melo entónces al baron de Beck que viniese á incorporársele desde Chateau-Renaud inmediatamente, despachándole uno y otro correo para que apresurase el paso; y dispuso la concentracion general del ejército, dejando sólo algunos regimientos en observacion de la plaza, y con el fin de impedir tambien que entrase socorro por sus puertas: único propósito que al decir de Vincart atribuian nuestros generales al enemigo, no pudiendo creer aún que osase empeñar batalla.

Adelantábase el impetuoso Condé, en tanto, á todos los cálculos, con la rapidez de sus operaciones; y los acontecimientos se sucedieron de tal manera, que ni siquiera pudo ya Melo reunir un consejo de guerra, para deliberar acerca del grande hecho de armas que se preparaba. Afirma esto Vincart como cosa constante, por más que luego se murmurase en Madrid que Melo no habia querido seguir el parecer de nadie, y que señaladamente habia desoido las sábias observaciones de Fontaine en el consejo; segun se lee en una de las citadas cartas del *Memorial histórico*. Lo probable es que todos fuesen sorprendidos por la rapidez con que obró el enemigo, y para persuadirse de ello, basta fijarse ántes de seguir adelante en estas fechas: el dia 12 fué bloqueada Rocroy, el 15 comenzó el sitio en regla, el 18, poco despues de medio dia, divisaron los croatas las tropas francesas, y aquella tarde misma estuvo ya para darse la batalla que, empeñada al amanecer, quedó concluida hácia las diez de la mañana del dia siguiente. La sorpresa, la precipitacion que fué su conse-

cuencia, podrian explicar por sí solas, no pocas de las faltas sucesivas que cometieron los nuestros en la jornada.

Desde Amiens habia venido el Príncipe á Guise, que creyó primero amenazada: de Guise á Rumigni y Bossu; dejando los grandes bosques de los Ardennes á su izquierda, y aproximando su derecha á la Mouse, que pasa á corta distancia de Rocroy.

Está esta ciudad situada en medio de una llanura, rodeada al tiempo de la batalla de tan espesos bosques, y tan pantanosa, que no se podia llegar á ella sin pasar por largos é incómodos desfiladeros. Sólo de la parte de la provincia de Champagne habia un mediano paso, porque el bosque no tenia por allí más de un cuarto de legua de ancho, y el desfiladero mismo, entre el bosque y los pantanos, aunque estrecho á la entrada, comenzaba luego á ensancharse hácia la plaza. Cerca de Rocroy era ya donde levantándose el terreno quedaba en seco, y ofrecia un campo bastante espacioso para contener dos ejércitos. No explica Vincart, ni se explicaron bien los mismos franceses entónces, por qué no defendió Melo el paso de los desfiladeros, y dejó entrar tranquilamente á los enemigos en la llanura. Lo cierto es que el afortunado Luis de Borbon penetró sin oposicion en ella, con una gran parte de su caballería, caminando hasta situarse en cierta pequeña eminencia, á medio tiro de cañon del ejército de España; y que sin preceder escaramuzas ó combates de guerrillas, se hallaron bien pronto los dos ejércitos completamente formados en batalla. Fueron desplegando los franceses, conforme

iban saliendo del desfiladero una línea apoyada por la derecha en el bosque, y por la izquierda en un gran pantano, y situada en el terreno más elevado y seco. Hasta las seis de la tarde no acabó de entrar así en línea todo el ejército francés (31); pero desde las cinco la artillería española, hábilmente colocada por D. Alvaro de Melo, hácia los ángulos ó puntos salientes que ofrecia el terreno, al frente de nuestro ejército, comenzó á tronar sobre los franceses, causándoles en sólo aquellas horas más de trescientos hombres de pérdida.

Porque, á la verdad, nuestro General en Jefe, ya que no habia tenido hasta entónces noticia alguna del enemigo, y que se habia dejado sorprender por él, siendo ésta quizá la causa inexplicada de haberles dejado entrar sin resistencia en el llano; desde que le vió ya frente á frente, procedió tambien por su parte con actividad suma. Desde la una hasta las cinco de la tarde, logró levantar la artillería que estaba apostada contra los muros, colocándola delante de su ejército para hostilizar con ella al enemigo; y reconcentrar en gran órden todas sus fuerzas, repartidas en el circuito de la plaza. Mas evidentemente tenia ya Melo contra sí entónces los mayores enemigos con que puede pelearse en una batalla, por valerosos que de por sí sean los escuadrones contrarios, que son el exceso de confianza en sí propio, y el menosprecio indiscreto de los que están en frente. Atribúyese por algunos autores contemporáneos á este desvanecimiento, y al deseo de que no se le escapara de las manos la victoria, el haber dejado á los franceses

penetrar en el llano: cosa que el relato de Vincart me inclina á mí, como he dicho, á atribuir más bien á la sorpresa. Pero lo que no tiene duda es, que pudo haber aguardado Melo á los franceses, al abrigo de un pantano que todavía quedaba entre la ciudad y ellos, por lo ménos hasta que Beck se le hubiese juntado: y de esto con razon se dedujo contra él un cargo más adelante, aunque él se excusase con decir que no habria podido estorbar en aquella posicion el socorro de la plaza. Si él hubiera ganado la batalla, la plaza habria sucumbido inmediatamente de todas suertes. Lo que hubo fué que Melo no podria haber prestado oidos á aquel prudente consejo, puesto caso que en efecto se le diese alguno, porque creia, segun textualmente escribió Vincart al Rey, «que el valor de un General, de »un Monarca de España, no debia demostrar tener mie»do con meterse detrás de estos ó los otros reparos, »sino salir á campaña rasa, aguardar allí á su enemi»go, y continuar un sitio comenzado». No eran otros, además, los soldados que tenia delante, sino aquellos que habia batido dentro de sus líneas en Honnecourt; aquellos que habia rechazado de sus líneas ó rendido en la Bassée; aquellos mismos que, desde dentro de Rocroy, apenas habian podido resistir uno sólo de los temerarios ataques de su poderosa infantería. La muerte, en fin, que acababa de saber del Rey Luis XIII, y la confusion en que, no sin fundamento, suponia con este motivo á los franceses, bastante debió de contribuir tambien á estimular en él sentimientos semejantes. Y si es cierto, como aseguran los historiadores franceses, que el jóven Luis de Borbon se

empeñó en tal empresa, á pesar de la órden terminante que para no intentarla recibió de su Gobierno, y contra la opinion del veterano Mariscal de L'Hopital, que era su teniente general, director y maestro, engañándole y comprometiéndole contra su voluntad, en los riesgos de aquella aparente aventura, los cálculos de Melo no parece que deban tenerse ya hoy por destituidos de toda disculpa. Lo mismo exactamente que Melo opinaban al parecer todos los franceses experimentados: el arrojo juvenil y el impaciente deseo de gloria del Príncipe, que tomó sobre sí la responsabilidad entera del éxito, impensadamente servidos por la fortuna, fueron los que cambiaron allí entónces el curso natural de los sucesos, quitando la razon de todo punto al desventurado General en jefe de nuestra vieja milicia de Flandes.

Tocaba á Fontaine por su oficio de Maestre de campo general formar el plan de la batalla, y Melo, segun Vincart dice expresamente, se fió de él en todo, recomendándole sólo, segun parece, que dispusiera las tropas lo más ventajosamente posible, y que se impidiese á toda costa el socorro de la plaza. No se sabe el número cierto de nuestros soldados, que solian ser siempre muchos ménos de los que se pagaban en las compañías (32); pero los franceses pasaban de 23.000 hombres, y los nuestros presentes no podian llegar á tantos, faltando del ejército los fuerzas de Beck y las que quedaron atrás con Fuensaldaña: bien que no seria mucha la diferencia en número de todos modos. En ambos ejércitos la tercera parte de la fuerza era de caballería. Colocó á ésta Fontaine en las alas y á la

infantería en medio: la vanguardia, ó primer cuerpo, la compuso de cinco batallones ó trozos de españoles, que tenian dos piezas de artillería cada uno en los intervalos: lo que se llamaba entónces la batalla ó segundo cuerpo, se formó de tres batallones ó trozos de españoles, uno de italianos y otro de borgoñones: á la retaguardia se colocaron otros cinco batallones de wallones, y cinco de alemanes quedaron además allí en reserva. Toda la artillería, que, como queda dicho, se componia de diez y ocho piezas, estaba situada en el centro, y delante de la línea de combate. En aquella disposicion se esperó hasta la noche; y creyendo que el enemigo iba á acometer por fin nuestra línea, Melo estuvo ya á punto por dos veces de dar la señal de la batalla.

Pero el enemigo no se movió al cabo, contentándose por de pronto con haber ganado tranquilamente el desfiladero y ocupar ya la llanura. L'Hopital, que quiso socorrer la plaza aquella tarde para excusar aún la batalla, recibió órden de abandonar semejante empeño y mantenerse en línea, miéntras los españoles por su parte acudian ya presurosos á estorbar tal intento. Cree el historiador contemporáneo del jóven Condé, y creia, á lo que se dijo, el propio Príncipe, que si nuestro General en jefe hubiera dado la señal de la batalla aquella tarde misma, ó cuando se formaba la línea francesa, ó cuando intentó L'Hopital el socorro, habria alcanzado en tal dia España una segura y fácil victoria. Pero Melo aguardaba á Beck, y cualquiera que fuese el exceso de su confianza, no queria él comenzar la batalla á no obligarle el enemi-

go. Lo único que podia hacerle salir de aquella prudente espera, y determinarlo á pelear sin Beck y sus tropas, era, como sabemos, su precupacion de que á un General del ejército de España le impedia el honor, que aguardase á ser atacado. Estuvo pues observando tranquilamente al enemigo; si bien dispuesto á dar la señal de avanzar por su parte, en cuanto notáse en la línea contraria el menor movimiento hácia adelante. De aquel errado *punto de honor, ó pundonor,* dependió más que de nada acaso la pérdida final de la batalla.

Llegó en esto la noche del 18 al 19 de Mayo: el ejército español durmió sobre el campo, en su misma línea de batalla, y otro tanto hicieron los soldados franceses. Los que emplearon muy diversamente aquella noche fueron los dos Generales en jefe. Luis de Borbon, que no contaba sino veintidos años de edad, imprevisor, confiado en su estrella, tomando á juego las sangrientas y peligrosas pruebas de la fortuna, durmió toda la noche profundamente, aunque sin duda velarian por él sus veteranos tenientes. D. Francisco de Melo, confiado tambien en sus presentes medios, pero como hombre maduro y experto, algo receloso siempre de la suerte, pasó toda la noche á caballo, recorriendo los puestos y las líneas, animando á oficiales y soldados, y atendiendo, para calcular sus intentos, al menor ruido que se sentia en el campo enemigo, colocado á tiro de mosquete solamente. No dejaba de interrumpir de vez en cuando el silencio de aquella noche memorable el estampido de los cañonazos que disparaban

á bulto los franceses, sin otro fin que el de impedir el descanso, aunque, segun Vincart dice, «llegaban á matarnos muchos soldados». Por lo demás, sólo ocurrió de notable en ella que un caballero francés, que servia en nuestras filas, se pasó, favorecido por las tinieblas, al campo de sus compatriotas, llevándoles la importante noticia de que Melo esperaba á Beck con sus tropas en las primeras horas de la próxima mañana. Era preciso, pues, si querian aprovechar la desgraciada division de nuestras fuerzas, que no perdiesen el tiempo (33).

VI.

Comenzó á despuntar al fin el dia 19 de Mayo de 1643, que debia ser tan fatal para España. Antes de separarse la noche del dia, como Vincart dice, advirtió Melo que el enemigo habia retirado sus fuerzas de la parte de la ciudad, como renunciando á intentar ya el socorro: y dió órden al conde de Isembourg de recoger incontinenti los regimientos de caballería, y los infantes que, al mando del sargento mayor de batalla D. Jacinto de Vera, quedaron allí, desde la tarde ántes, guardando el camino por donde se habia pretendido en cierto momento socorrer la plaza. Mientras llenaba Isembourg su cometido por nuestra parte, se acercó por la otra el Mariscal de campo Gassion, que era el hombre de confianza del General en jefe francés, y uno de los más prácticos y resueltos de su ejército, á reconocer

las posiciones en que hallaban á los nuestros las primeras luces de la aurora. Gassion observó el movimiento de Isembourg, y, comprendiendo su objeto, corrió á participarlo al duque D'Enghien, que ya estaba á caballo; aconsejándole que diese inmediatamente la señal de la batalla, no sólo para anticiparse á la llegada de Beck, que á aquella misma hora podia haber emprendido su movimiento, y estaba sólo á cuatro leguas francesas de distancia (34), sino áun para aprovecharse algo de la separacion en que estaba el cuerpo de tropas que habia ido á buscar Isembourg, del resto del ejército de España. No se hizo de rogar el Príncipe, que no deseaba otra cosa que pelear cuanto ántes; y no eran bien pasadas las tres de la mañana cuando dió la órden de avanzar á sus dos alas. Entónces D. Francisco de Melo, que habia acabado ya de arengar á los jefes y soldados, exhortándoles «á querer vivir y morir por su Rey,» se retiró á su puesto de ordenanza, colocándose en sitio desde donde podia ver y disponer por todas partes, y mandó dar tambien por su lado la señal de la batalla.

Ocupaba en aquel momento el frente de los dos ejércitos como cosa de media legua francesa (35); y poco más ó poco ménos de una estaban separados del recinto de la plaza. El centro de los franceses al mando de Espenan se mantuvo solamente á la defensiva: las alas fueron desde el principio las encargadas de llevar el peso de la batalla. Tomó por eso el duque d'Enghien en persona el mando de su ala derecha, llevando á Gassion por segundo, y el Mariscal de L'Hopital secundado por el General de la Ferté-

Seneterre se encargó de dirigir su ala izquierda. Traian las alas francesas interpoladas con los regimientos de caballería compañías de mosqueteros, y picas de infantería que los apoyasen; y marchaban formadas en tres cuerpos, cada uno de los cuales era más numeroso y fuerte que el que le precedia. Además de eso traian consigo aquellas alas su correspondiente artillería. Cuál fuese entre tanto el órden adoptado por los españoles, queda ya expuesto. Reunidos todos los infantes en el centro, cubria sólo las alas la caballería: el duque de Alburquerque se puso al frente de nuestra izquierda opuesta á Condé; y el conde de Isembourg, tan pronto como pudo llegar al lugar de la accion, despues de recoger los regimientos segregados, tomó contra el Mariscal de L'Hopital la direccion de nuestra ala derecha. Situada la artillería desde la tarde ántes al frente de la posicion, y cruzando sus fuegos sobre el centro enemigo, hallábase colocada detrás de esta en primera línea la infantería española, borgoñona é italiana, y en segunda la wallona y la alemana. No es ocasion aún de explicar las desventajas con que comenzamos de esta suerte la batalla: mejor que nadie las dará á conocer la mera relacion de los hechos mismos. Puso cuidado Vincart en dejar expresamente consignado que fué Fontaine el que, como Maestre de campo general, dispuso el plan entero (36). Y Gualdo Priorato que vió sin duda una relacion exactísima de aquella infausta jornada, probablemente escrita por alguno de los italianos que allí se hallaron, y estudió bien todos sus detalles, dijo ya, poco despues, que nuestro ejército se formó, «como si

»la disciplina de Flandes no hubiese conocido nunca el »modo de regir un ejército, y el conde de Fontana ó »Fontaine no hubiera aprendido en cincuenta años »de experiencia militar á tomar posicion». ¿A quién ha de atribuirse hoy ya la principal culpa en ello? Nada más difícil que averiguar el autor de cualquier consejo ó disposicion, que ha ocasionado en la práctica funestos efectos. Gualdo Priorato afirma que Fontaine fué de opinion, con efecto, de no retirarse tanto de la plaza, y estar á la defensiva á toda costa hasta que Beck llegase; atribuyendo á Melo solamente la resolucion de salir al encuentro del enemigo, y no dilatar el combate. Añade que de resultas de esto formó ya el ejército con tristes presentimientos Fontaine; pero, al juzgar el plan de la batalla, dice, por otra parte, que el duque de Alburquerque aconsejó que se cambiase al ejército de disposicion, y que por más que hizo halló inflexible á Fontaine lo mismo que á Melo, en mantener la que dió de sí tan mal fruto. Sea de ello lo que quiera, no tardó aquel en recogerse por completo.

Sonaron los clarines de las alas, tocaron á ataque en el centro los tambores, púsose Alburquerque á la cabeza de su caballería con sus tenientes generales Don Juan de Vivero y D. Pedro de Villamor; y diciendo, «agora es tiempo de hacer como quien somos», cerró con las tropas que conducia el Príncipe en persona. La carga del duque fué tan impetuosa, que rompió el primer grueso de caballería francesa que venia sobre él, deshizo en un instante dos regimientos suizos de infantería, que con su fuego y sus picas la

sostenian, y por enmedio de los escuadrones dispersos, y de los soldados despavoridos que pedian cuartel, llegó hasta la artillería de aquel ala, que estaba á retaguardia de la deshecha línea, y tomó posesion de los cañones. En el ínterin el mariscal de L'Hopital habia hecho cargar á la derecha española desde muy léjos: de suerte que llegaron ya frios y descompuestos sus escuadrones á los nuestros, que esperaron á pié firme hasta el momento oportuno, y los desordenaron; haciendo prisionero á La Ferte-Seneterre que los mandaba, con cinco heridas de espada y pistola. Embistió entónces L'Hopital en persona; pero Isembourg que llegó á la línea con las fuerzas segregadas, despues de este primer choque, lanzó los regimientos que traia y los que acababan de pelear sobre el enemigo, llevándolos él mismo uno tras de otro al combate. Comenzó por empeñar en el combate el del conde de Busquoi, general de experiencia, que el dia ántes, á lo que parece, habia sido despedido á su gobierno de Mons, por una disputa que tuvo con Alburquerque, en la que dió Melo la razon á este último: con lo cual se propuso sin duda Isembourg asegurar la fidelidad de aquellas tropas malcontentas, haciéndolas recibir pronto el bautismo *de sangre* en la jornada. Tampoco pudo resistir L'Hopital este nuevo choque de nuestra caballería, y herido tambien él mismo malamente, se retiró del campo, dejando deshechos y dispersos, no sólo sus escuadrones, sino un regimiento de infantería que los apoyaba, y en nuestro poder sus piezas, con muerte de La Barre que las dirigia. Con esto comenzaron ya los soldados del ejército de

España á echar los sombreros al aire, y sus jefes á tener por cierta la victoria.

Pero ya avanzaba por la derecha sobre nuestra izquierda la segunda línea enemiga, compuesta de un batallon ó grueso de infantería, en medio, y dos escuadrones ó grueso de caballería en los costados. Al amparo de esta segunda línea, que con el fuego de su infantería detuvo la persecucion de los nuestros, rehiciéronse los regimientos rotos fácilmente, y juntos todos volvieron á la carga. Parece, aunque Vincart nada dice de esto, que en el bosque en que se apoyaban así la derecha francesa como la izquierda española, habia aún emboscadas algunas mangas de mosqueteros de nuestro ejército, que fueron fácilmente desalojados; y que el bosque no era tan espeso ó cerrado, que no permitiese atravesarlo á la caballería francesa, para atacar á las tropas de Alburquerque por el flanco. La historia de Condé afirma, que éste dividió en dos trozos sus fuerzas, dirigiéndose con uno á atacar de frente á Alburquerque, mientras que Gassion, marchando al abrigo del bosque, le sorprendia de aquella suerte por otro lado. Lo cierto es que vivamente cargada por los escuadrones enemigos, acribillada por las balas de su infantería, y viendo que los terribles tercios no la prestaban ninguna ayuda, comenzó á desordenarse allí entónces nuestra caballería, abriendo paso al Príncipe que por fin logró romper la línea española. Vanos fueron los esfuerzos del Duque de Alburquerque, de sus tenientes, y de los más de sus capitanes: su caballería, en que segun Vincart habia pocos oficiales para muchos soldados,

no estaba ya de suyo tan bien organizada como la francesa, que contaba doblado número que nosotros de oficiales por cada compañía de soldados; y peleaba además sola la de España contra infantería y caballería juntas. Cuales fuesen los que en nuestra caballería peleasen mejor con todo eso, no quiero yo decirlo ahora, prefiriendo copiar á un historiador francés contemporáneo que escribió su obra en idioma latino (37). «*Italici*, dice, *Germani, Belgæ, primum fusi: in His»panis equitibus aliquid moræ fuit*». Hubo en todos, sin embargo, grandes ejemplos; y en particular algunos oficiales italianos de caballería los ofrecieron heróicos.

Mientras esto acontecia por la izquierda, acababa de derrotar Isembourg por la derecha la segunda como la primera línea enemiga; y los nuestros ya por allá se lanzaron alegre y descuidadamente al saqueo y despojo de los vencidos. La batalla parecia ganada, viéndola desde aquel punto, porque en el centro no podia ya resistir Espenan el fuego de la infantería y de la artillería española; y pedia á voces socorro, sin el cual no podia ménos de dejar inmediatamente el campo. Mandaba la reserva francesa, como Maestre de campo de la caballería, el baron de Sirot, Cláudio de Letouf, hombre de gran valor, el cual se adelantó con sus tropas á detener á la caballería española; pero en el punto de emprender su movimiento, llegó el Mariscal de batalla de la Valliére y mandó tocar á retirada porque «no habia recurso», decia, «estando perdida la batalla» (38). Sirot no obedeció tal órden y se mantuvo en el campo, aunque con

pocas esperanzas de contener por mucho tiempo el empuje de nuestra caballería, el cual no hubiera quizá podido resistir por un solo momento, con las escasas fuerzas que tenia, á no estar aquella distraida y desordenada en el pillaje. El peligro venia de nuestra izquierda, pero áun allí todo hubiera llegado á remediarse, sin una omision que apenas puede ser satisfactoriamente explicada. Estaba intacta y formada en dos líneas en el centro toda la infantería de nuestro ejército, y entre ella la temible mosquetería de los tercios españoles. Alburquerque y sus tenientes generales D. Juan de Vivero y D. Pedro de Villamor, con una porcion de valerosos capitanes, entre los cuales se contaban D. Juan de Borja, D. Antonio de Butron, D. Antonio de Ulloa y D. Antonio de Rojas, españoles; D. Juan de Mascarenha, portugués; y los italianos D. César Toralto y D. Virgilio Orsini, á costa de esfuerzos desesperados, habian logrado aquí ó allá reorganizar sus escuadrones y oponerlos de nuevo al duque de Enghien: que al frente ya de todas sus fuerzas, inclusa su retaguardia, se adelantaba á envolver nuestro ejército. Era preciso sostener aquella caballería, inferior ya en número y un tanto desmoralizada, con el fuego y las picas de la infantería: dado que, al formar el plan de la batalla, se habia cometido el error de ponerla á combatir sola contra las tres armas juntas del enemigo.

De una sola órden dependia, pues, aún la suerte de la batalla: porque si nuestra numerosa infantería, que apenas habia servido hasta entónces sino para molestar el centro francés con su fuego, hubiera cargado

sobre éste resueltamente, como temian Espenan y la Valliére, y hubiese apoyado fuertemente á la caballería desordenada en el ala izquierda, parece incontestable hoy que la derrota de los franceses habria sido completa. Melo vió esto desde el sitio preeminente en que estaba, y vió, segun Vincart dice, «que la in»fantería no se habia adelantado por no estar allí »el Maestre de campo general, conde de Fontana, »para mandarla avanzar: con que habian hecho aber»tura los enemigos en la caballería y pasaban á atacar »la infantería en su puesto; y que el dicho conde de »Fontana estaba muerto á la primera carga». Con efecto: el jóven Condé arrolló fácilmente los mal rehechos escuadrones de nuestra caballería, que se le oponian de nuevo, llegó sobre los batallones de infantes españoles é italianos que ocupaban la primera línea en el centro, y los atacó furiosamente con sus batallones y escuadrones, interpolados, de infantería y caballería.

Y recibieron inmóviles el terrible choque nuestros infantes rechazando con gran pérdida al enemigo; no sin quedar muertos en aquel punto mismo de nuestra parte el Maestre de campo general Fontaine y el valeroso Maestre de campo D. Antonio de Velandia, y mortalmente herido el Maestre de campo D. Bernardino de Ayala, conde de Villalba. Gran justador y toreador, este último: desterrado de Madrid y cuarenta leguas en contorno por su vida airada, ántes de ir á servir en Flandes; Maestre de campo allí luego, donde se distinguió sobre todos en Honnecourt, peleando con «bien particular resolucion»,

segun dijo en su parte oficial Melo, y en los ataques de la plaza de Rocroy, y en cuantos hechos se ofrecieron; el más brillante oficial en suma de las tropas españolas. Muchos capitanes y mucha gente particular y caballeros de los que ocupaban como solian la primera fila, sucumbieron tambien en aquel sangriento y vano ataque. Pero ¿cómo entender entre tanto las palabras de Vincart que textualmente he citado? La infantería no se habia movido, á lo que él dice, por no estar allí el conde de Fontaine para dar la órden: de resultas de esto habian roto la caballería nuestros enemigos y llegado á atacar en sus posiciones á la infantería: y en el ataque de estas posiciones murió el conde de Fontaine de los primeros. ¿A qué atribuir la falta esta de Fontaine, y el hallarse sólo para morir, en las filas de la infantería? Cuentan varios historiadores, y Vivanco entre otros, que por hallarse aquel dia enfermo de gota, iba el viejo conde de Fontaine conducido en una silla de manos á la batalla; y si esto fué así, fácil es de calcular cómo pudo no hacer las veces de Maestre de campo general, en el punto y sitio que hacia falta. Si al Maestre de campo general, ó jefe de estado mayor, segun la disciplina y reglas militares del tiempo, le tocaba no sólo formar el plan anterior de la batalla, sino dar en ella todas las disposiciones indispensables, como Vincart indica á cada paso, mal podia cumplir con su oficio aquel honrado y valiente viejo desde una silla. Que la infantería con su inconcebible inercia dió lugar á la pérdida de la batalla, no ofrece duda; que no se movió por falta de órdenes, tampoco la ofrece; que era Fontaine quien

debia darlas, lo dice Vincart oficial y expresamente: con tanto mayor motivo, cuanto que no desempeñaba sólo el empleo de Maestre de campo general, sino que tenia tambien á su cargo, segun los más añaden, el mando inmediato de la infantería. Lo que parece cierto es por tanto, que Fontaine, recorriendo de acá para allá, pero más lentamente que requeria la ocasion, el campo, en su silla, dejó pasar el momento oportuno de hacer avanzar á la infantería, recogiéndose á ella sólo cuando vió llegar triunfante al enemigo, y eso para morir entre sus filas á los primeros tiros. Soldado veterano y de honrosos servicios en nuestras armas, Fontaine cayó allí como caen los hombres de honor, y nunca será sobradamente respetada su memoria. Pero aparte de los cargos que como Maestre de campo general contra él resultan, deber es de la historia esclarecer que se le ha atribuido con error la heróica defensa que allí ejecutó la infantería española; y que la falsa idea de que él era el mismo que con el nombre de conde de Fuentes habia hecho cuarenta años ántes tanto ruido en Italia y Francia, contribuyó sin duda, á que los historiadores franceses exagerasen la importancia de su persona y de sus hechos. No era indigno Fontaine de los elogios que el gran Bossuet consagró en el púlpito á su memoria; pero no fué en Rocroy donde más los mereció sin duda.

Dejó ya D. Francisco de Melo su puesto al saber la muerte de Fontaine, y corrió á hacer por sí mismo entónces el oficio de Maestre de campo general, seguido de su comitiva ó Estado mayor, que empezó á distribuir con órdenes en todas direcciones. Estas y su

presencia rehicieron muchos escuadrones de caballería, los cuales dieron todavía brillantes cargas á los franceses, obteniendo triunfos parciales, que no bastaban á remediar el éxito de la batalla. Porque mientras el baron de Sirot contenia algun tanto la desbandada caballería alemana del conde de Isembourg, el duque de Enghien, situado ya á espaldas de nuestro ejército, con la total dispersion de nuestra izquierda, hizo atacar vigorosamente á Isembourg por detrás; y deshizo tambien sus escuadrones, á pesar de las heróicas pruebas de valor que dió aquel General en el combate. Rotas, pues, nuestras dos alas, y miéntras aquí y allá se sostenian por los nuestros combates aislados, ó sin otro fruto que vender más cara la victoria, y cumplir cada cual con las obligaciones de su honor, acercóse de nuevo el duque de Enghien con todas sus fuerzas ya juntas, á la infantería española, que lo recibió de nuevo firmemente y con furiosas descargas. Entónces, dejando á la mano izquierda los tercios de la infantería española, fué á cargar el Príncipe á la infantería wallona y alemana, que formaba la segunda línea de nuestro ejército.

En vano D. Francisco de Melo trató de reunir bastante caballería para socorrer á la infantería alemana y wallona: corriendo á brida abatida hácia un escuadron que pensaba ser de los suyos, para hacerle volver cara, hubiera sido preso desde entónces por los franceses, que eran los que él seguia, á no estorbarlo D. Francisco Duque de Estrada, capitan de una de las compañías de su guardia, que advirtió el

yerro. Todavía llegó á tiempo, sin embargo, de pasar por el frente de los alemanes y arengarlos, poco ántes que al abrigo, como siempre, de su infantería volante, los cargase la caballería francesa. Pelearon con tal valor aquellos regimientos, que casi todos sus coroneles y capitanes cayeron muertos, y los que no mal heridos, señalándose entre los demás el capitan Andrés de Altuna, que se quedó sólo peleando por largo rato entre los muertos, hasta que con cinco heridas mortales rindió la vida. Pero la infantería alemana y wallona que segun *las Ordenanzas militares de* 1632, no debia de estar armada sino de picas, no pudo resistir por mucho tiempo á las cargas furiosas de la caballería francesa. Cedió, pues: y el duque de Enghien, despues de deshacer los regimientos de que se componia, se arrojó con ímpetu creciente y con más confiado valor cada vez, sobre el lugar de la primera línea en que estaba la infantería italiana y borgoñona. Quiso la mala suerte que, segun refiere Gualdo Priorato, estuviesen descontentos aquel dia los tercios italianos (39), por haber tomado para sí solos los de españoles los dos cuernos ó extremos de la primera línea, es decir, la vanguardia, y el costado izquierdo de la batalla ó segundo cuerpo: así era que no parecian muy dispuestos á extremar la resistencia. Tres veces pasó Melo casi solo por delante de ellos, recorriendo el campo, para ver de reorganizar la caballería; y en una se vió tan acosado por cierto escuadron enemigo que lo perseguia, que tuvo que refugiarse en las filas del tercio italiano del caballero Visconti, diciendo á voces:

«tiren á estos que son los enemigos». Tal era la confusion que ya reinaba. Rechazaron valerosamente los soldados del tercio con las picas al tal escuadron francés, mientras Melo salia de sus filas por otro lado para seguir recorriendo el campo; pero en esto un cuerpo francés de infantería atacó por aquella parte misma á los italianos, y el General en jefe español se halló en medio de la descarga recíproca que se hicieron italianos y franceses, cayendo muerto á su lado su gentil-hombre D. Pedro Pozas ó Porras, y herido y derribado del caballo su Secretario de Estado don Jerónimo de Almeida.

Ya todos sus *camaradas*, como se decia entónces, ó caballeros voluntarios que asistian cerca de su persona, segun las *Ordenanzas* del tiempo, á la manera de los ayudantes de hoy en dia; los jefes superiores que le acompañaban para ejecutar sus órdenes; y sus propios familiares habian desaparecido de su lado: á punto que no le quedaba más que un sólo caballerizo que le siguiese. Prendieron los enemigos al ir á cumplir órdenes, á D. Baltasar Mercader, que dejando su tercio á cargo del Sargento Mayor hacia las veces de Teniente de Maestre de campo general; desmontaron al comunicar otras al de igual clase D. Antonio de Quevedo; el conde Cárlos Reux al llevar un aviso fué tambien desmontado y preso; al baron de Saventhen, llevando otro, le mataron el caballo de un cañonazo, y un cuerpo de caballería le pasó por encima al trote, quedando al fin, aunque vivo, prisionero: hasta el capellan mayor D. Cárlos de Landriano, que quiso ir á confesar al malogrado conde

de Villalba, momentos ántes que espirase, recibió cinco balazos, por haberse hallado, al llegar, entre el fuego del tercio y el de unos escuadrones de caballería que lo cargaban. Justo es decir en su elogio, que nada de esto desalentó á Melo. Viendo firmes á los tercios españoles é italianos, creia que ellos podrian aún causar tales pérdidas al enemigo, que le obligasen á abandonar el campo; y acaso esperaba tambien, que darian tiempo con su resistencia á que, llegando Beck con su division de refresco, de repente se trocase la fortuna. Pero los infantes italianos mal dispuestos ya á pelear, y viendo que la confusion general de la batalla les dejaba abierto el camino para salvarse en el bosque, que cerraba por la izquierda todo el campo, emprendieron sin aguardar órdenes de nadie su retirada, altas las banderas y en buen órden, sin poder ser rotos de la caballería francesa: lo cual prueba, que ni por miedo, ni por falta de disciplina abandonaron su puesto, sino por poca voluntad, ó porque consideraban ya imposible evitar el desastre de la jornada; y los soldados de algunas de sus compañías, y los del tercio de borgoñones, que persistieron más, fueron completamente derrotados.

¿Qué hacian en el ínterin Melo, Alburquerque, Isembourg, los desventurados generales, en fin, de aquel ejército en el campo de batalla? Melo, miraba sin duda sin cesar, y con más esperanza á cada instante, hácia el lado por donde Beck debia venir, en poco más de cuatro horas de camino. Habiéndosele avisado desde el dia ántes, pudo aquel General marchar de noche, y llegar al amanecer al campo de batalla; pero sin duda

temió marchar á oscuras, tan cerca de un enemigo osado, ó creyó que bastaba con que llegase en las primeras horas de la mañana. No aparecian, pues, aquellas tropas: ya sólo los tercios de españoles mantenian, inquebrantablemente al parecer, sus posiciones; y todavía Melo y sus generales corrian por acá ó por allá con la espada en la mano, juntando pelotones de caballería que, tan pronto como eran formados, deshacia el número superior de los enemigos, y haciendo entrar en combate las poquísimas compañías de caballos, que por cualquier motivo habian quedado en reserva.

En aquellos innumerables combates parciales que duraron hasta que quedó ya sola en el campo la infantería española, hubo millares de heróicos, aunque inútiles hechos, por nuestra parte. Fué mortalmente herido el valiente capitan italiano de caballería D. Virgilio Orsini en una de estas cargas; y en la misma le mataron tambien el caballo al esforzado D. César de Toralto, hiriéndole de gravedad al propio tiempo: el marqués de Bentivoglio, D. Francisco Moron, y Don Antonio Barraquin, fueron tambien heridos; y á las dos compañías que mandaba D. Juan de Borja, le faltaron en solo un lance cuarenta caballos. Toparon aquellos pelotones de caballería, al retirarse ya, con el duque de Alburquerque y sus tenientes D. Juan de Vivero y D. Pedro Villamor, que estaban reuniendo gente de nuevo para cargar otra vez al enemigo; pero á lo que dice Vincart, «no hallaban ya sino capitanes y oficiales sin soldados». Con estos solos hizo aún Alburquerque que cargase el capitan Carrillo á los franceses, pero fué rechazado y herido.

Alburquerque, sin envainar la espada, corrió todavía á buscar cuatro compañías únicas de reserva que quedaban, al mando del baron de André, y al frente de ellas y de todos los generales, capitanes y oficiales, que habian ido perdiendo sus soldados en los diversos encuentros, cargó por última vez á los franceses; pero toda la caballería con que habia arrollado Condé nuestra ala izquierda vino sobre él junta, y fácilmente le arrollaron su escasa gente: obligándole á guarecerse con muchos oficiales en uno de los tercios, siempre constantes, aunque sin cesar hostilizados, de la infantería española.

Mientras esto pasaba hácia la izquierda, corria el conde de Isembourg por nuestra derecha con la espada desnuda, procurando rehacer la caballería alemana, que despues de tan rápido y glorioso triunfo, se le habia desbandado, tanto por el doble acometimiento del enemigo, como por su prisa en acudir al pillaje: insultando y áun hiriendo por su mano á muchos de sus capitanes, que no estaban por esta parte ménos desmoralizados que los soldados. Andando Isembourg en tal empeño, fué rodeado por los enemigos, con pocos de escolta; mas no por eso perdió aliento. Peleando valerosísimamente por su persona, fué derribado del caballo en tierra: murieron á sus piés el trompeta de órdenes que llevaba, y otros criados: él mismo recibió dos cuchilladas terribles que le abrieron la cabeza hasta los sesos, y una que le cercenó la nariz hasta la boca. Ni áun entónces queria rendirse aquel heróico extranjero, hasta que con el grueso de una carabina le rompieron el brazo dere-

cho, y cayó ya al suelo. Tomóle por prisionero en este estado un soldado francés del regimiento de Gassion; y con él prendieron tambien al conde de Beaumont que no habia querido abandonarle. Todavía quiso hacer un postrero esfuerzo con la caballería, el hermano del conde de Fuensaldaña D. Juan de Vivero, hacia un momento refugiado dentro de uno de los tercios de infantería española. Advirtiendo desde allí que quedaban hácia la derecha reunidas algunas fuerzas, que mandaba el sargento mayor de batalla Don Jacinto de Vera, fué allá, y encontró todavía dos regimientos de los de Isembourg en pié, que eran los de los coroneles Savary y Donquel. Con ellos, y muchos oficiales sueltos, que se agregaron, mandó á Don Jacinto de Vera, cuyo empleo de sargento mayor de batalla, entre los alemanes, correspondia al de Mariscal de campo entre los franceses, que cargase á dos batallones de infantería francesa, que se hallaban solos por acaso, y sin el abrigo de su caballería en el campo. Pero no bien descubrieron los generales enemigos aquel cuerpo de tropas organizado, lanzaron contra él al trote toda su caballería; y Vivero y Vera tuvieron que retirarse sin disputar más la victoria.

Beck no llegaba, entre tanto: y Melo, constantemente metido entre los franceses, prisionero una vez, y libre luego, gracias á la ligereza de su caballo, estaba ya á punto de ser muerto, cuando el sargento mayor Juan Perez de Peralta, del tercio de D. Baltasal Mercader, que ántes habia sido de Alburquerque, abrió de repente las filas de sus infantes, y logró me-

terle dentro del cuadro, en que estaban formados, «uniendo su persona con las banderas».

Luego, segun dice Vincart textualmente, todo el ejército francés cargó sobre estos bizarros batallones, que solos ya se mantenian quietos en sus posiciones. Faltos de bayonetas entónces, tenian que cubrir los cuadros sus frentes con hileras de picas; y por detrás de ellas disparaban los arcabuceros, y mosqueteros, mucho más lentamente que ahora por la imperfeccion conocida de aquellas armas. No puede compararse, pues, la fuerza y resistencia ordinaria de aquellos cuadros con los que puede oponer á la caballería la infantería moderna; y además, en el caso de que se trata, estaban apoyados los escuadrones de caballería por el fuego de sus propios infantes. Atacaron, sin embargo, los franceses tres de los costados de cada cuadro á un tiempo «con batallon »de infantería y escuadron de caballería»; y los infantes españoles con sus picas cerradas y firmes, no solamente detuvieron las furiosas cargas de la caballería francesa, sino que la maltrataron con el fuego incesante de su mosquetería y arcabucería. La infantería suiza del ejército enemigo, aunque peleaba rabiosamente, tampoco hacía mella alguna en aquellas torres, como Bossuet dijo, «que tenian la virtud de re»parar sus brechas». Ni el valiente Gassion, ni la Ferté-Seneterre, que á pesar de sus heridas no se quiso retirar de la batalla, daban con el modo de asaltar con éxito aquella invencible muralla humana, que ántes de rendirse tenia trazas de deshacer toda la caballería francesa. «*At pedites incredibile memoratu est, quanta*

»*firmitudine animi, atque virtute adversum omnem vic-*
»*torem exercitum aliquandiu steterint,*» dice el francés Labarde, que escribiendo la historia de los años trascurridos desde 1643 hasta 1652, por aquel tiempo, describió así tal momento en la batalla. Pedro Lenet, criado y confidente antiguo de la casa de Condé, y que manejó todos los papeles, y estuvo en las conversaciones y tratos más importantes del valeroso vencedor de Rocroy, escribe tambien al llegar á este punto lo siguiente: «aquella brava infantería espa-
»ñola hizo tan bella y extraordinaria resistencia, que
»en los siglos por venir parecerá increible: atacada
»de todos lados á un tiempo por toda la caballería
»francesa victoriosa, rechazó uno y otro ataque, ha-
»ciendo frente con sus picas por todas partes: el du-
»que, que la admiraba, no habria podido tan pronto
»rendirla, si no hubiera traido dos piezas de artillería
»para batirla». «No puede alabarse bastante,» añade por su parte el historiador del gran Condé, «el valor
»de la infantería española en este trance. Es casi
»inaudito que hombres á pié, sin caballería que los
»abrigue, hayan podido resistir á campo raso, no un
»ataque sólo, sino tres seguidos, sin descomponerse
»en lo más mínimo. La mayor parte de ellos fueron
»hallados muertos en la propia fila y en el mismo
»puesto en que cada cual habia combatido. Genero-
»samente dió á entender esto uno de los prisioneros,
»á quien se le preguntó cuántos eran sus compañeros:
»contad, dijo, los muertos». Leones los llamó Bossuet en su panegírico inmortal del gran Condé; y no hay que rebuscar más testimonios, porque son constantes

y unánimes, y honran tanto la imparcialidad y buen gusto de los vencedores, como el valor sin par de los vencidos.

Algunos escritores franceses cuentan, que adelantándose el Príncipe en persona hácia uno de los tercios, para proponer la capitulacion, fué recibido á balazos por los nuestros, que imaginaron ser aquella estratagema para sorprenderlos; con lo cual, furiosos los franceses, y sobre todo los suizos, que al fin los rompieron, comenzaron á hacer en ellos una horrible carnicería, que tuvo que contener la generosidad del afortunado general vencedor. Nada se halla acerca de este incidente en Vincart, ni en las *Memorias* de Pedro Lenet que contienen sin duda noticias auténticas. Otros escritores franceses, como Bruzen de la Martiniere, por ejemplo, que escribió extensamente la vida de Luis XIV, se equivocan sin duda, al afirmar que los cuadros formados al fin por los tercios españoles, estaban sostenidos por artillería. Las diez y ocho piezas de que se componia ésta, apenas sirvieron de nada en la batalla; y su general Don Alvaro de Melo parece como si no hubiera estado presente, segun dejó ignorar los propios hechos. Solo se sabe por una de las variantes del Ms de Vincart, la cual se halla en el que recibió la reina de Francia, que acompañó á su hermano en algunos de los momentos más peligrosos de la batalla. Colocada como dije al principio delante de los intervalos de los batallones de infantería, contentóse la artillería con disparar sobre el centro de los franceses; no apoyó ni poco ni mucho á las alas, manteniéndose inerte como la

infantería, mientras era deshecha nuestra caballería; y cuando fué aquella al cabo circuida, debió de quedar abandonada, y fuera de sus apretadas hileras de picas: porque ni seria fácil arrastrarla de aquí para allí, ni unos pocos de cientos de hombres de á pié, metidos dentro de un ejército entero, podian abrir y cerrar sus líneas á cada paso para dispararla, sin ofrecer fácil puerta al enemigo tan osado, tan activo, tan numeroso, y lleno de ardor que tenian encima, y que los cargaba á su placer por todas partes.

Pero pasaba y pasaba el tiempo en aquella desigual y vana lucha, y el cansancio y las constantes bajas que producia el fuego de los tiradores enemigos, y luego el de la artillería misma, que comenzó á emplearse en los cuadros, quebrantaron alguno de éstos, y luego otros, hasta quedar ya uno solo firme y cerrado. Las largas picas de veinte palmos ó más, que se usaban entónces, en manos tan valerosas, hubieran burlado siempre los esfuerzos de la caballería; pero el escaso número de arcabuceros que en cada cuadro fué quedando, no podia resistir á la larga el fuego de toda la mosquetería francesa, reunida en mangas ó destacamentos separados, cuanto más el de los cañones. Y sin embargo, áun se mantenia, como refirió años despues el Maestre de campo D. Francisco Dávila Orejon, y Gaston, testigo y actor en aquella hazaña sublime (40), «el escuadron del tercio que habia sido del »señor duque de Alburquerque, quien en esta batalla »sirvió de general de la caballería con los créditos »correspondientes á su esclarecida sangre, gobernado »por su Sargento mayor Juan Perez de Peralta, sol-

»dado de muy conocido valor y experiencia, como »dice el ejemplo». Habianse recogido á este escuadron, despues de haber defendido los suyos más que parecia posible, los Maestres de campo el conde de Garcies y D. Jorje de Castelvi, «*que á la sazon lo era »mio,*» añade el propio Dávila Orejon, el cual mandaba en otro de los tercios ya deshechos una compañía: «y »otros muchos oficiales y soldados,» continúa, «á quie»nes, aunque la fortuna les venció, no les rindió el va»lor, pues con él, haciéndose lugar, llegaron descom»puestos á componerse en este peñasco de fortaleza, »corta comparacion á quienes se supieron merecer in»mortal gloria; y tomando parte en él con buena órden, »aguardaron como los demás el furor de los vencedo»res, á los cuales, para serlo enteramente de la batalla, »sólo les faltaba romper esta gente:» He copiado hasta aquí, casi textualmente, las palabras de aquel viejo soldado, más elevadas por sí solas, que cuantas he citado antes, por su ingenuidad misma. Continúa el autor pintando luego la venida de todo el ejército francés sobre aquellos últimos infantes de la milicia vieja, y dice: que «enfrenaron de tal forma á los »enemigos que les obligaron á desviarse y valerse de »su artillería, con la cual la batieron, como pudieran »á una roca, sin que se reconociese desmayo, ni »descompostura; lo cual, visto por los enemigos, »con notable admiracion, hicieron alto, lastimán»dose de los que no se dolian de sí mismos». Despues de algunas exclamaciones, bien justificadas y respetables en el viejo soldado, que puso mano en tal hecho, concluye al fin Dávila Orejon su relato en

esta forma. «Enviaron», dice, «los enemigos un trompeta, como pudieran á un castillo, preguntando de »parte del Príncipe de Condé, quién mandaba aquel »escuadron, y habiéndole respondido que el conde »de Garcies, D. Jorge Castelvi, y su propio Sargento »mayor, mandó replicar que cómo eran tan bárbaros »que llegaban á extremos tales; y que en el mundo »sólo ellos (como es así) eran el primer ejemplar: »que lo mirasen bien, y el poco recurso humano que »les quedaba, que él les ofrecia cuartel, que es las »vidas; y en suma la cosa se redujo á capitular como »plaza fuerte. Y lo que se les pidió, que no podia ser »más, fué que cediendo las armas, se les conservasen »las vidas, y todo lo que tuviesen encima; y así lo »concedieron, y capitularon, y cumplieron los franceses, de quienes no pondero los muchos agasajos y »favores que á todos hicieron despues de rendidos, »pues nadie conoce más bien el valor que el vencedor». Gracias á este curioso libro militar, poseemos, pues, una narracion segura de los últimos momentos de la batalla. Vincart, que pasa muy de ligero por esto, dice que Condé amenazó á los nuestros con cargar ya los cañones con puñados de bala de mosquete, para exterminarlos, si no se rendian: Gualdo Priorato afirma, que las dos últimas descargas las hicieron nuestros arcabuceros y mosqueteros sin balas, dejando entender que carecian ya de ellas. Lo raro es que Vincart refiera con palabras que he copiado literalmente, que Melo se recogió tambien en el tercio que mandaba el Sargento mayor Juan Perez de Peralta, de gloriosa memoria, y que allí quedó

unido con las banderas; concluyendo con que Melo estuvo sobre el campo de batalla hasta que el último tercio de españoles, que era aquel mismo, se rindió con pactos. ¿Cómo no le cita entónces Dávila Orejon ni al hablar de los jefes y oficiales, que se recogieron allí tambien de los otros tercios, ni cuando trata de la respuesta que se dió al general francés? Sin duda Melo cuando vió ya aquel solo cuerpo acometido, y en camino de ser inevitablemente deshecho, se salió por alguno de los costados, sin esperar á la última hora, no obstante lo que Vincart asienta. Algun historiador francés afirma, y no parece improbable, que en el último extremo ya sólo pensó aquel en salvarse; y habiendo dado más que suficientes pruebas de personal esfuerzo, parece esto lo mejor que podia hacer, supuesto que era no solamente General en jefe de aquel ejército, sino Gobernador de las provincias de Flandes, que preso él habrian corrido á la verdad grandísimo riesgo.

Tal salió, en fin, de aquel llano, donde tan poderoso habia entrado, D. Francisco de Melo, destrozada toda la ropa y quemadas las guedejas del fuego enemigo, pero sin herida alguna. No habria corrido mucho por la campiña cuando debió divisar ya las tropas de Beck, que en aquellos momentos llegaba precisamente por la parte del bosque con su division; y situándose en una colina cerca de la ciudad, comenzó á reunir los dispersos. Mientras el desventnrado General de España recibia tan á deshora el ansiado refuerzo, el duque d'Enghien se apresuraba á conceder por eso mismo, sin duda, honrosas condiciones á los

tercios españoles, ignorantes naturalmente de todo lo que por fuera pasaba, á fin de terminar la capitulacion cuanto ántes; y con prudencia impropia de sus cortos años, y que contrastaba con su temerario y afortunado ardor pasado, mandó tocar á retirada y cesar la persecucion de los vencidos, para tener juntas sus tropas y pelear con Beck, si se atrevia á atacarle. Pero Beck con sólo 5.000 hombres no podia intentarlo, y se contentó por lo tanto con mantener el campo, recogiendo todos los fugitivos, y haciendo mucho menor, que de otra suerte habria sido, la pérdida en hombres.

Salvóse de este modo entre otros el esforzado Isembourg que, despedazado y sangriento como estaba, halló alientos todavía para sujetar al soldado que le traia prisionero, y arrastrarlo á un peloton de los nuestros, que se retiraba al amparo de las tropas de Beck: «siendo cosa espantosa», como Vincart dice, «que no obstante sus grandes heridas y la grande »pérdida de su sangre, tuviese aún la fortuna y el áni»mo de hacer siete leguas á caballo hasta Charlemont, »donde fué curado». Pequeños detalles son estos que no deben omitirse, sin embargo, por honor á los valientes; y que un español no debe hoy callar, si ellos exaltan la gloria de alguno de los extranjeros, que prodigaron así un dia su sangre por nuestra pátria. Todo eso que se llama gloria, y que mueve á sacrificios tan horribles, y á tan grandes acciones, suele reducirse precisamente á esto sólo: á que pasados los años y los siglos, registre papeles viejos cualquier curioso, publique de nuevo el nombre ignorado, del que hizo

cuanto pudo por alcanzarla, y dé á conocer sus hechos á los pocos que saben, ó quieren estimarlos. Por eso mismo no he escaseado yo aquí los nombres propios, cuando en Rocroy merecieron que se recuerden los que los llevaban. Isembourg, de quien acabo de hablar, era Príncipe y señor soberano en el imperio de Alemania, con extensos Estados, por lo cual fué más de agradecer su decision y constancia. De los otros que se salvaron, por medio de la capitulacion, Juan Perez de Peralta merece figurar para siempre en nuestros fastos militares. El conde de Garcies, que sacó llenas de balazos sus armas, era, segun Lenet, que le conoció, un caballero lleno de bondad y de honor; y prestó, despues de vuelto de Francia, nuevos y notables servicios. Fué él quien prendió, por órden del Rey Felipe, al duque de Lorena, tan buen soldado como falso político, y quien salvó como Gobernador y Capitan general de aquel territorio á Cambray, en los años siguientes. Entre los prisioneros de aquellos *señores soldados* (41), como todavía llamaba á los infantes Dávila Orejon en su libro, refieren las relaciones francesas, que se hallaron sobre 600 oficiales reformados, y casi otros tantos en activo servicio. Aunque haya alguna exageracion en estos números, de tal suerte y no de otra, como he indicado ya ántes, podian formarse aquellos incomparables escuadrones de infantería: combatiendo á pié y como soldados rasos caballeros y hombres de honor, dignos, antes ó despues de sentar plaza, de ser personajes en las comedias de Lope y Moreto.

VII.

¿Tenia ó no razon Melo, en tanto, para decirle al Rey francamente que en las horas de la batalla de Honnecourt, habia conocido que para general le faltaba algo? Teníala indudablemente; y queda sólo por averiguar, si contaba España á la sazon con algun general de más prendas. A mi juicio no le habia; y, aunque ligeramente, ya he apuntado ántes las causas. Pero Melo, que al decir del historiador de Condé, manifestó más valor que prudencia en la jornada, dió allí á conocer tambien, que no tenia, ni serenidad de espíritu, ni la pronta y oportuna inspiracion que caracteriza sobre el campo á los verdaderos hombres de guerra. Cuando, muerto Fontaine, descendió él al campo de batalla, estaba toda su infantería intacta: su artillería al frente de la infantería; y debió exclusivamente consagrarse, en vez de procurarlo parcialmente, á reorganizar bastantes escuadrones de caballería para proteger á la infantería, ya que no para obrar y resistir por sí solos. Sin duda que la rapidez de los movimientos de la caballería francesa, y el arrojo y habilidad de sus generales, habrian puesto obstáculos á la reconcentracion de fuerzas, que para ello era indispensable; pero no habia otro remedio que intentarla á toda costa, con tanto mayor motivo, cuanto que manteniéndose á la defensiva, por una hora ó poco más, habria llegado Beck con sus tropas frescas, y su propia persona, que era de mucha importancia; y probablemente se habria ganado aún la batalla. ¿Qué hacia

Melo en lugar de eso, corriendo de acá para allá como un oficial de aventuras, batallando con la espada en la mano, empeñando imposibles combates sueltos con la caballería vencedora, rehaciendo un escuadron y viendo que se lo deshacian inmediatamente, prodigando su vida, la de sus generales y oficiales, la de sus soldados, sin tomar ninguna disposicion general, que pudiera detener en la pendiente al desastre? Imposible es ciertamente absolver á Melo de tan graves culpas.

No está bastante justificada tampoco la tardanza de Beck, oficial de mérito, sin embargo, que prestó algun servicio al fin en aquel aciago dia; y á quien faltan datos para condenar con entero conocimiento de causa. Aunque no estuviese más que á cuatro leguas y media del campo de batalla, quizá no se atreveria á marchar, como ya dije, de noche por país enemigo, cubierto de pantanos y bosques, y cerca de un numeroso ejército contrario, que podia haberle formado cualquier peligrosa emboscada. Debió salir, pues, de dia claro; y marchar en buen órden, lo cual explica bastantemente por sí solo la tardanza.

Lo cierto es, en suma, que el campo de batalla ofrecia ya, al llegar él, un singular espectáculo. Rara vez se habrá invocado á Dios en más diversas lenguas, que le invocarian allí los heridos y moribundos. Habia en el ejército enemigo franceses de las distintas provincias, que ya formaban aquella monarquía; suizos de infantería; escoceses de la guardia de á caballo y de á pié; croatas como tropas ligeras. Contábanse en el nuestro españoles, napolitanos, milaneses, alemanes,

walones, flamencos, croatas. Así como el número de los combatientes debió ser de ambas partes casi igual, aunque algo menor probablemente, segun he expuesto, el de los españoles, debió ser casi igual tambien al número de heridos y muertos; bien que Vincart, y el secretario de Melo, en una carta del *Memorial histórico* pretendan, que perdió más gente el enemigo, sin designar número. Gualdo Priorato calculó en 4.000 muertos los que hubo en nuestro ejército; y en 2.500 los que dejaron los franceses. De la infantería española, dice él mismo, que capitularon 2.500, quedando el resto, hasta 6.000 que eran, en el campo. Pocos en este caso hubieron de ser los de las demás naciones que perecieran. Justo es ya añadir aquí, que segun este historiador refiere, el mayor Strozzi y muchos oficiales italianos, se recogieron tambien á los tercios españoles, y siguieron su fortuna: cosa que, como se ha visto en la relacion de la batalla, fueron haciendo, cuantos valientes no quisieron abandonar el campo, á pesar de la derrota de los cuerpos á que pertenecian. Cien banderas y estandartes, toda la artillería, todo el bagaje, y hasta los papeles de la cancillería del gobernador de los Estados de Flandes, cayeron como trofeos en poder del enemigo. Los prisioneros españoles, segun la carta ántes citada del secretario de Melo, fueron unos 2.000 entre todos, ménos de los que dice Gualdo Priorato que capitularon: lo cual hace creer, que estaban ya entónces reducidos á mucho menor número, que el historiador italiano afirma, aquellos tenaces infantes españoles. Los muertos los calculó otra breve relacion española, publicada en el

Memorial histórico, en 4 ó 5.000; y en 5.000 los prisioneros de todas las naciones. «Aunque la pérdida »de Rocroy ha dado grande estampido, ha sido mu»cho ménos de lo que se imaginaba», dice una de las relaciones españolas citadas: y otra añade, «la rota en »todo caso fué grande; pero no nunca vista ni repre»sentada». Creyóse en España en un principio, y así lo escribió Pellicer en sus *Avisos*, y lo dice una de las cartas de los jesuitas, en el *Memorial histórico*, que los tercios españoles habian capitulado con la condicion de que se les traeria sanos y salvos á España, para seguir sirviendo. Nada se omitió, en fin, para desconocer ó disminuir la verdad por nuestra parte, ocultándonos el mal, como si dejase de existir con no mirarlo. Pero la vista sagaz de nuestros enemigos, no se dejó deslumbrar por eso. Pasó desde entónces entre ellos, como axioma, y era por desgracia tal, el aserto de que habia acabado en Rocroy la infantería española, y con ella la superioridad de nuestras armas.

Salváronse en verdad de la derrota unos 10.000 hombres, que con los otros 10.000 de que no habia dispuesto Melo (5.000 que Beck mandaba, y otros tantos que habian quedado á la guarda del Artois con el conde de Fuensaldaña), formaban un ejército, de igual número que el vencido. Con este ejército y las fuerzas que habia conservado Cantelmo, hácia la frontera de Holanda, hizo luego Melo una admirable campaña defensiva contra los dos ejércitos francés y holandés que le embistieron; vencedor y confiado el primero, y fresco y esperanzado el segundo sobremanera. Todo el fruto de la victoria de Rocroy se re-

dujo, pues, para los coligados enemigos á la toma de la plaza de Thionville en aquel año. Todo lo que por de pronto pareció que se habia perdido era el prestigio y reputacion de Melo; que á pesar de su hábil y activa campaña posterior, de su constancia, y de los escritos que hizo publicar justificando su conducta, cayó en el mayor descrédito en los Estados de Flandes, y hubo que sacarle de aquel gobierno bien pronto: volviendo á España, precedido de graves reclamaciones contra su gobierno, y hasta de rumores y vagas acusaciones de impureza en el manejo de los caudales públicos. Siempre será verdad en el mundo el famoso *Væ victis esse* de Breno, que apuntó Tito Livio. Fortuna fué suya, no obstante, el no tener que demostrar su lealtad al vulgo, como despues de Villalar Juan de Padilla: perdiendo tambien su cabeza en público suplicio; sin lo cual, Sandoval dice, que habrian tenido á aquel por traidor muchos. No hubo de dar, sin embargo, gran crédito á tales acusaciones Felipe IV, ó no debia de pensar él tampoco, que tuviese mejores hombres de que echar mano, cuando caido su amigo Olivares y todo, fué Melo encargado del mando de las armas en Cataluña y Aragon por algun tiempo, y tomó asiento en el Consejo de Estado. Todo, pues, se remedió ó pasó: todo llegó á olvidarse al fin en aquellos sucesos, ménos que ya no habia *viejos tercios españoles*.

No puede negarse, con todo eso, que en el punto de sucumbir en Rocroy, era por lo general muy diferente de la de otro tiempo la infantería española. Hacíanse ya las levas de soldados, por contrata unas

veces, como cuenta el viajero *Van-Aarsens de Sommerdyck* (42), y otras por particulares acomodados que, con levantar una compañía buena ó mala, alcanzaban el empleo de capitanes, segun refiere, lamentando los naturales abusos de este sistema, *D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca*, en su obra intitulada *Despues de Dios la primera obligacion, y glosa de órdenes militares*, llena de verídicas y útiles noticias (43). Léjos, pues, de apellidarse cual ántes *Guzmanes* á los simples mosqueteros, por haber tantos de clase hidalga metidos en las filas de los tercios; conocíanse ya en la Corte, con este nombre de mosqueteros á los ingeniosos caballeros de industria, pretendientes mendigos, ó necios desocupados, que componian la innoble turba, cuyo único empleo era entónces andar por los patios de los *Corrales* dramáticos, ó aplaudiendo, ó silbando comedias. La frase misma de *infantería española* no era ya sólo un título de honor, sino un nombre de burlas aplicado á estos tales. Gracias, sin embargo, á la distancia y dificultad del viaje á Flandes, que tantos otros inconvenientes ofrecia para la guerra, se conservó allí por bastante tiempo más, que en otras partes, la fama antigua de aquella gloriosa infantería. Las más de las banderas que se hicieron siempre en España, se embarcaban para Italia, como se ve en várias consultas del Consejo de Estado de aquel tiempo; yendo sólo á Flandes, por Lisboa las de Portugal, y eso con manifiesto peligro: «porque en los pasajes «que se han hecho en tiempo de guerra», decia ya en 6 de Octubre de 1622 el Consejo (44), «siempre ha »habido gran dificultad, como se vió en las que lle-

»varon los generales Pedro de Zubiaurre y Martin »de Bretendona, con estar entónces Calais por Espa»ña». Acrecentados de dia en dia estos peligros, y acabados, despues de la sublevacion de Portugal, los reclutas de aquel reino, era ya la regla el atravesar el Mediterráneo, siempre más libre de enemigos, tocar en cualquiera de los muchos puertos amigos de Italia, y rehenchir los tercios de Nápoles, Sicilia ó Lombardia, ántes de pasar á servir en Flandes; á donde se caminaba luego por tierra, cruzando las provincias imperiales, que podian tenerse por tan seguras y favorables, como las nuestras mismas, para el caso. Allí, en Italia, el soldado *bisogno* (bisoño en castellano), es decir, el *soldado necesidad*, como por burla le llamaban los naturales, á causa de la desnudez y mala traza con que solia presentarse, era socorrido, adiestrado, formado: y cuando se disponia de él para llevarle á Flandes no era ya de todo punto indigno de sus antepasados. Curioso es por cierto, y sea dicho al paso, que la palabra *bisoño*, con tal orígen, haya sido recibida como corriente y de buena ley, en nuestra lengua. Pero, este sistema, en suma, hijo más bien de la fuerza de las circunstancias que no de la prevision, fué el que mantuvo por mucho tiempo la buena constitucion de los tercios de Flándes.

Rota luego en Rocroy su tradicion, mermada en ellos la disciplina del Duque de Alba y del Conde de Fuentes, de Sancho de Ávila, Idiaquez, y el jóven D. Bernardino de Ayala; perdido el prestigio para los contrarios, la confianza para sí propios: en Lens, en las Dunas, en los reinados posteriores, tuvimos siempre

tropas de á pié valerosas, y á las veces bien organizadas; pero que no han vuelto á formar un tipo, una excepcion, una especialidad en el mundo. El tercio viejo español, como la falanje macedónica, y la legion romana pertenecen, desde el dia de Rocroy, sóla y exclusivamente á la historia. Y ¡oh ligereza de los juicios humanos! Veinticinco años despues de la batalla de Rocroy, tenia que tomar á su cargo el Marqués de Buscayolo (45), noble genovés al servicio de España, la demostracion de que los naturales de estos reinos no eran incapaces para la guerra, pudiendo hacer en ella lo que cualesquiera extranjeros; y desde la lucha desigual de 1808 corre entre nosotros mismos, poco ménos que por axioma, el que los españoles, que descienden del infante heróico de Rocroy, bien que sean muy propios para las escaramuzas ó guerrillas, no pueden llegar á ser sólidos soldados de á pié, en los combates de línea. Acabó, por cierto, nuestra infantería en aquella jornada, por el mismo procedimiento con que llegó á su apogeo, en el parque de Pavía, durante el siglo anterior: para que más se demuestre, con su ejemplo, que idénticas causas producen siempre iguales efectos en las cosas humanas. Mangas ó destacamentos sueltos de arcabuceros españoles enviados en ayuda de la caballería, que mandaba allá Cárlos de Lanoy, destrozaron los escuadrones floridos del Rey Francisco, abriéndonos camino fácil á la victoria: trozos y regimientos de infantes franceses, interpolados con su caballería, permitieron al Duque de Enghien rehacer la suya en Rocroy, y deshacer la nuestra; con lo cual comenzó aquí la rota total de

nuestras armas. ¡Singular, y sin duda curiosa coincidencia! Aún hay, en tanto, regimientos entre nosotros, el de Galicia, el de Sória y el de Zamora, que se jactan de descender el primero del tercio que mandó el Conde de Garcies en Rocroy; el segundo del que mandó allí mismo tan gloriosamente el de Villalba, que se llamó de la *Sangre* por su gran resistencia y sus mayores pérdidas; y el tercero del que, á las órdenes del insigne Sargento mayor Juan Perez Peralta, capituló como plaza fuerte con el enemigo. Pero todas estas son ejecutorias ó pergaminos; que de nada hoy servirian, como he dicho al principio, si no se derivase de ellos alguna saludable enseñanza.

Para ser grande una nacion necesita poseer ó procurar reunir condiciones y medios propios y permanentes, que no dependan de accidentes pasajeros, ni anormales circunstancias. Ni el mejor de los ejércitos, ni el mejor de los capitanes, aseguran á una nacion sino deleznables, aunque tal vez fáciles glorias. Es preciso, pues, para que una nacion sea verdaderamente grande y poderosa, que se la gobierne de modo, que no aspire á más de lo que pueda, y que pueda más cada dia. La España de los Felipes austriacos aspiraba siempre á más que podia, queriendo ser la primera nacion de Europa y la que comunicase su espíritu religioso y político al resto del mundo, cuando con las guerras constantes, los gastos excesivos, las trabas económicas, la mala gestion de la Hacienda, la compresion de toda actividad intelectual, y la pobreza, la ignorancia, el relajamiento general de los caractéres individuales, que todo esto al fin produjo,

cada dia iba siendo menor, y más débil, y ménos á propósito para alcanzar sus fines. ¿Se necesitan nuevas pruebas de esto, y tomadas, no ya del principio, sino del apogeo de nuestra grandeza? Antes se ha visto lo que era España á principios del siglo décimo-sexto. Pues corriendo el año de 1557, al comenzar á reinar Felipe II, repetia á su córte el embajador veneciano Federico Badoero, que, «generalmente hablando, esta pro»vincia ó tierra de España era árida, porque á las veces »no llovia en ella en un año entero, y no se podia intro»ducir el arado dos dedos debajo de tierra» (46). Faltaban ya además, segun este diplomático, en la Península las cosas necesarias á la vida «por su propia escasez, »y porque á pesar de ella se exportaban bastante ha»rina á las Indias»; y de industria ó artificios decia, «que no pensaba que hubiese país que poseyese mé»nos». Oyó ya jactarse en aquel tiempo á los súbditos de Felipe II, de que «la pobreza, los montes, y la este»rilidad, eran otras tantas fortalezas del reino, porque »los ejércitos pequeños no podian adelantarse por el »país, y los grandes, si se adelantaban, perecerian de »hambre». Dentro de España calculaba Badoero, que no podrian juntarse entónces más de cuarenta mil hombres de á pié para pelear, partiendo de que el mayor ejército que se habia arrimado á la frontera de Perpiñan, en tiempo de Cárlos V, no pasaba de treinta mil infantes, y de cinco mil los de á caballo; «*gente assai »povera*», aunque más á propósito que otra alguna para la milicia. Y todos los españoles, que militaban en 1557 fuéra de la Península, los computaba Badoero en unos veinte mil, no juzgando que fuera posible

aumentarlos en una mitad más sin gran trabajo. *Van-Aarsens de Sommerdyck*, el más imparcial, sin duda, de todos los viajeros que han visitado á España, no hizo más que confirmar en 1655, pocos años despues de la batalla de Rocroy, las noticias de Badoero. Parece, pues, imposible que se haya tardado tanto tiempo en dar á cada uno lo suyo, atribuyendo, en nuestra situacion, á la tierra lo que es de la tierra, como lo que es del hombre al hombre. Todavía al comienzo de este siglo estaban en completa confusion estas cosas, en la opinion general, cuando escribió el insigne Don Antonio de Capmany la primera de sus cuestiones críticas destinada á indagar, si la industria, la agricultura y la poblacion de España de los siglos pasados, habian llevado ó no ventaja á la del tiempo presente. Gracias principalmente á aquella curiosa obrilla, ha podido modernamente el escritor inglés Henry Thomas Buckle, partir de datos algo exactos acerca de este punto, en el cotejo que hace entre su pátria y España, en el capítulo XV de su *Historia de la civilizacion de Inglaterra*; estudio de bastante más fundamento que suelen ser los de los extranjeros en nuestras cosas.

La verdad es, en conclusion, que, á pesar de todo esto, las divisiones intestinas de otros Estados, la alianza de familia con el Imperio, el sistema de guerrear con pequeños ejércitos, en que el valor individual de los que los componian entraba por más que su masa ó número, la constitucion severa del tercio, y la especialísima naturaleza del maravilloso soldado de infantería, que he procurado dar á conocer en el pre-

sente estudio, prolongaron la apariencia de nuestro poder, por mucho mayor plazo del que debiamos haber conservado, en el órden natural, su prestigio. Un sólo dia desgraciado, una sola omision quizá de Fontaine, una hora de aturdimiento en Melo, disiparon como el humo la deleznable base de poder que así nos quedaba. Poderes que caen de esta suerte, es que no merecian ya, como he dicho, tal nombre. Ha escrito Schiller, y yo he citado ya en otra parte estas palabras exactísimas, hablando de España: «que fué nacion te»mida mucho tiempo despues de ser temible, y abor»recida mucho tiempo despues de ser aborrecible». Algo de esto último nos sucede en verdad todavía. Porque no se ha olvidado aún en toda Europa, que nuestra superioridad militar se empleara, mientras duró, en contrarestar y contener el triunfo de principios que van ya triunfando, y tienen que triunfar por completo todavía, en el género humano. Al decir hoy que Melo era quizá el mejor General que tuviese España en su tiempo, se pinta de un golpe toda una nacion, y el régimen, sobre todo, imperante en ella. Más en verdad, ni Condé, ni Turena, que se pusieron luego por despecho al frente de nuestros ejércitos, lograron con ellos mayores ventajas que el propio Melo. Y á cada cual su parte, en suma: de los indivíduos es el errar, ó ser medianos: á las naciones toca, porque pueden, acertar á la larga siempre, y hacerse constantemente más grandes que lo que son, y hasta que las hizo en el Génesis la naturaleza.

ILUSTRACIONES Y NOTAS.

(1) Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo*, tom. II, cap. 37.

(2) Luis Correa, *Conquista del reino de Navarra*, Pamplona 1843.

(3) La manera que tenian los generales de estimular el valor de los soldados españoles, ántes de combatir, prueba bien la situacion en que solian encontrarse. Hé aquí algunas palabras de las que, segun una relacion castellana del tiempo, dirigió el Condestable de Borbon á sus infantes, señalándoles los muros de la ciudad de Roma: «Soldados mios, muy queridos; pues la gran ventura »y suerte nuestra nos ha traido al punto y lugar, que tanto hemos »deseado,.... con hambre y sed, y sin dinero, y finalmente con »todas las necesidades del mundo, agora es tiempo de mostrar en »esta noble y rica empresa, el ánimo, la virtud y fuerza de nues»tros cuerpos. Si jamás habeis deseado saquear ciudad por rique»zas y tesoros, es esta una, y la más rica, y señora del mundo. De »esta vez, alcanzando victoria, quedareis ricos señores, y bien aven»turados».

En otra de sus empresas, hablando el propio Borbon, segun refiere un poeta del tiempo, á los soldados españoles:

«Decíales, mis señores, yo soy pobre caballero,
Y tambien como vosotros, no tengo un dinero».

No de otra suerte arengó Pescara á los infantes españoles en Pavía, conforme se lee en otra relacion castellana: «He di»cho esto, señores é hijos mios, para daros parte del estre»mo á que la fortuna nos ha traido, y es que de toda la tierra, »sola la que debajo de los piés teneis, podeis contar por ami»ga, que toda la otra es nuestra enemiga: y como tal lo ha que»rido mostrar, en que solo un pan que daros mañana que comer, »yo, ni todo el poder de nuestro emperador no lo alcanzáramos, ni

»sabemos de dónde poderle haber, si no es en aquel campo de fran»ceses que allí veis. Porque allí, ya de la vista que la otra noche »algunos de vosotros le distes, teneis noticia cuán abundante es »el pan y el vino, y la carne y las truchas..... y los otros pescados, »para mañana viernes. Por tanto, hermanos mios, la cuenta es, »que si mañana queremos tener que comer, allí lo hemos de ir á »buscar, y si esto no os parece, decídmelo, porque yo sepa vues»tra voluntad».

(4) *Itineris a Leone de Rozmital nobili Bohemo, annis* 1465-1467, *per Germaniam, Angliam, Franciam, Hispaniam, Portugalliam atque Italiam confecti,—Commentarii coaevi duo.* Stuttgart, 1844.

(5) *Relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato, raccolte, annotate, e publicate da Eugenio Alberi a spese di una societá.* Firenze, 1839. Tomo I.

(6) *Antipatia de Francesi e Spagnuoli, dal Dottor D. Carlo Garcia,*—1686.

(7) La verdad de lo que el texto aquí dice podria probarse con muchas citas; pero creo que bastan las siguientes:

«Et eussiez dict que c'estoient des princes, tant ilz estoient ro»gues et marchoient arrogamment et de belle grace: et lors de »quelque combat ou escarmouche, vous eussiez ouy crier ces mots »par grand respect: *Salgan, salgan los mosqueteros: afuera, afue»ra, adelante los mosqueteros.* Soudain on leur faisait place; et es»toient respectez, voir plus que capitaines pour lors.....» Je les vis »alors passans par la Lorraine.....» Así pinta Branthome á los mosqueteros de los primitivos tercios españoles, formados con arreglo á la Ordenanza de 1537, que entraron en los Países-Bajos con el Duque de Alva.

En otro lugar dice el propio Branthome, hablando de los nobles de España: «Ilz ont voulu honorer l'eur infanterie á s'y jetter en »simples et privez soldats, portant l' harquebouze, le fourniment, »la picque et le corsellet, et se rendre subjects aux loix et régles »militaires comme les moindres, ainsi que j'en ay parlé d'aucuns »ailleurs, et les appelloiton los *Gusmanes*..... de mon temps cela »estoit, et leur bandes en paroissoient encor plus belles; car la »noblesse, estant melée parmy, la valeur en fait plus belle mons»tre, et multiplication».—Oeuvres completes, tomo 1.°, París, 1858.

«En tiempos pasados (decia aún por su parte La Sala y Abarca en 1681) salian á servir los señores de soldados, como un Duque de Pastrana en Flandes, debajo de la mano del Duque de Parma; el hijo del Duque de Alva, debajo de la de su padre; el hijo del de Parma tambien *con una pica* en la infantería española; en Portugal el del Infantado con plaza de cuatro escudos; al Marqués del Vasto y de Pescara, yo le ví entrar la primer guardia de soldado en Barcelona.....: y así en tiempo que esta suerte de nobleza co-

menzaba á servir de soldados, habia buenos sucesos.....» Es digna de notarse la tristeza con que hablan ya, como de tiempo pasado, de aquel en que comenzaron ellos su servicio, que fué antes de la batalla de Rocroy, los escritores Sala y Abarca y Dávila Orejon, á quienes citaré más extensamente luego.

El mismo Branthome quiso sentar plaza en aquellos tercios, tanto le enamoraron con su apostura; y el Duque de Húmene, francés tambien, que vió á los de D. Agustin Messia y el célebre Sargento Mayor Hernan Tello de Portocarrero, en número de 1.800 infantes, concentrarse durante una marcha, y dar cara á 4.000 caballos franceses, que mandaba Enrique IV en persona, tomó una pica, y dijo: «que preferia ser infante de D. Agustin, á »mandar ejércitos».

(8) *Comentarios de D. Bernardino de Mendoza.* Lib. XII. Madrid 1592.

(9) *Disertacion sobre la antiguedad de los regimientos.* Madrid 1738.

(10) Véase lo que sobre este hecho memorable dice Guicciardini:

Fu costretto Pietro Navarro dare il segno ai suoi fanti, i quali, rizzatisi con ferocia grande, si attaccarono con i fanti tesdechi, che si erano approssimati a loro.....

E fu memorabile spettacolo, che nello scontrarsi i fanti tedeschi con gli spagnuoli, messisi innanzi agli squadroni due capitani molto pregiati, Iacopo Empser, tedesco, e Zamudio, spagnuolo combatterono, quasi come per provocazione, dove, ammazzato l'inimico, restó lo Spagnuolo vincitore.....

Erano gia stati rotti tutti i cavalli leggieri, e preso il marchese di Pescara, loro capitano, pieno di sangue e di ferite, come anche il marchese della Palude, il quale, per un campo pieno di fosse e di pruni, aveva condotto alla battaglia, con disordine grande, il secondo squadrone, coperto il terreno di cavalli e di uomini morti; e nondimeno la fantería spagnuola abbandonata dai cavalli, combatteva con incredibile ferocia. E sebbene, nel primo scontro con i fanti tedeschi, era stata alquanto urtata dalla ordinanza ferma delle picche, accostatasi poi a loro alla lunghezza delle spade, e molti degli Spagnuoli, coperti dagli scudi, entrati con i pugnali tra le gambe dei Tedeschi, erano, con grandíssima uccisione, pervenuti giá quasi a mezzo lo squadrone.....

Piegavano i fanti italiani, non potendo resistire a tanta moltitudine; ma una parte dei fanti spagnnoli, corsa al soccorso loro, gli fermó nella battaglia: e i fanti tedeschi, oppressi dall' altra parte dagli Spagnuoli, a fatica potevano piu resistire. Ma essendo giá fuggita tutta la cavallería, si voltó loro addosso Fois con grande multitudine di cavalli; per il che gli Spagnuoli, piuttosto ritraendosi che scacciati dalla battaglia, non perturbati in parte

alcuna gli ordini loro, entrati in sulla via, che é tra il fiume e l'argine, camminando di passo e con la fronte stretta, e peró, per la fortezza di quella, ributtando i Franzesi, cominciarono a discostarsi.....

Ma, non potendo comportare Fois che quella fantería spagnuola se ne andasse, quasi come vincitrice, salva nella ordinanza sua, e conoscendo non essere perfetta la vittoria, se questi, come gli altri, non si rompevano, andó furiosamente ad assaltargli con una squadra di cavalli, percotendo negli ultimi. Dai quali attorniato e gittato da cavallo, ó come alcuni dicono, essendogli caduto, mentre combatteva, il cavallo addosso, ferito di una picca in un fianco, fu ammazzato, e (se come si crede, é desiderabile il morire a chi é nel colmo della maggiore prosperitá) morte certo felicissima, morendo, acquistata gia si gloriosa vittoria.....

El tratado *Dell' arte della Guerra* de Nicolás Machiavelli se tradujo al punto al castellano con este título: *De Ré Militari.—Tratado de caballería hecho á manera de diálogo que pasó entre los ilustrísimos señores Don Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado Gran Capitan, Duque de Sesa, y Don Pedro Manrique de Lara, Duque de Nájera, en el cual se contienen muchos ejemplos de grandes príncipes y señores, y excelentes avisos y figuras de guerra, muy provechoso para caballeros, capitanes y soldados*, nuevamente impreso en 1536. En Machiavelli los interlocutores son Fabricio Colonna y el Duque de Florencia; y el narrador se supone ser siempre uno que habia seguido y acompañado á aquellos célebres caudillos en las guerras de Nápoles. En el libro castellano, del cual voy á copiar aquí una página, tal como está impreso, y que aparenta ser original, no traduccion, se toman como corrientes los datos y asertos de Machiavelli acerca de la formacion y constitucion de los primeros cuerpos de infantería regular, que luego se llamaron *tercios*; y como se hicieron de él varias ediciones, lo cual supone que fuese leido con estimacion en España, hay que creer que no se alejaria de la exactitud en cosa notable: esto, aparte de que el Secretario florentino, conocia, como nadie, los sucesos y cosas de su tiempo, sobre todo en Italia. El traductor castellano hace hablar al Gran Capitan de esta manera:

Gran Capitan:—Auia pasado de Sicilia en Calabria, que es en el reino de Nápoles cierta infantería, y algunos cauallos Españoles lleuando por capitan al Códe don Fernando de Andrada para yr ajuntar se conmigo, que estaua retraydo en Barleta, y fué contra ellos Mosior de Abini con cierta gente de armas y quatro mil infantes Tudescos, con otra infantería: los quales con las picas abrieron la infantería Española; mas aquellos ayudados de los escudos Gallegos y Asturianos, que el Códe don Fernando lleuaua, y con la desemboltura de las espadas de los Españoles, y dispusició de sus cuerpos, como se juntaron con los cótrarios á golpe

de spada, nació la muerte y prisió de todos aquellos sin escapar solo vno, y la victoria d los Españoles. Todo el mundo sabe quáta multitud de infantes Tudescos, franceses, Italianos murieron en la batalla de Rauena: lo qual nació de la misma ocasió, porque la infantería Española se junto con ellos al tiro de la espada, y avrian cosumido toda la infanteria de Francia, si la gente de armas francesa no la socorriera: y no embargante el gran socorro los Españoles ayuntados, y ordenados se pudieron reduzir en seguridad: por todo lo qual concluyo que vna buena infantería deve poder sostener se contra cauallos, y no temer á otros infantes: lo qual como he muchas vezes dicho procede de las armas, y de la órden.

El Duque contestó:—Pues me days esos exéplos ¿de que manera los armariades vos?

A lo que el *Gran Capitan*, repuso:—Tomaria á exemplo de las armas de los Romanos, y de las que agora se vsan, las que agora os diré. Si yo tuviesse vn esquadró de seys mil infantes, que era casi el numero de vna legió Romana armar los ía en esta manera: yo les daria para defensa coseletes con la gola, o gorjal, y celadas, y braçales como agora se vsa, y vna parte dellos como adelante os diré: daria rodelas en lugar de los escudos de los Romanos: dar les ía para offender picas; y estas daria á dos mil, y mil dellos ternia có arcabuzes, y ternia otras mil picas para la retaguardia, ciento en cada capitanía; y dos mil ternia con rodelas, y dardos, en lugar de los pilos de los Romanos: y destas dos mil picas, las mil pornia en la frente del esquadron, o donde mas me temiesse ser acometido de cauallos, y llamar las ía picas ordinarias, y otras mil en la retaguardia, y los escudos, o rodelas pornia en orden segunda para hazer espaldas á las picas, y y para vecer la batalla, como adelante os mostrare; y las picas pornia en los lados del esquadron, y llamar las ía estraordinarias, para que tambien recibiesen las acometidas de los lados: los arcabuzeros pornia en los lugares mas necessarios, como adelante os mostrare: tanto que yo creeria que vna infantería assi ordenada véciese en este tiempo aqualquiera otra infantería, y se sostuuiesse cótra cauallos.

El Duque replicó:—Lo que nos aveys dicho basta, quanto al armar de la infantería, mas quáto a cauallos desseamos saber, qual os parece mejor armar, y mas poderoso, y vtile, el nuestro, ó el antiguo.

El Gran Capitan respondió:—Sin duda en este tiempo, a respecto de las sillas arzonadas, y de los aciones, y estriuos no vsados de los antiguos, estan los hombres mas fuertes a cauallo, agora que entóces, en tal manera que hoy dia vn esquadron de hombres darmas á cauallo, viene a ser con mas difficultad resistido que no eran los antiguos: y con todo esto me parece que no se

deve hazer mas cuéta de la gente de cauallo, o poco mas que los antiguos hazian: por que como arriba os dire muchas vezes en nuestro tiempo los de cauallo han recebido verguença de los infantes, y la recibiran todas las vezes que se encontraren con una infantería armada, y ordenada como os he dicho.

(11) Oficialmente no sé que se llamaran *tercios* á los cuerpos de infantería hasta la Ordenanza de 1537. De todo esto habria más completa noticia, si estuviese acabada y dada á luz la *Historia de la Infantería española*, de D. Serafin Estébanez Calderon.

(12) Hé aquí la relacion puntual de este famoso suceso: «En este tiempo los enemigos poniendo arcabucería en sus »barcas las llevaban por el rio abajo, y así fué necesario que »nuestros arcabuceros saliesen á la ribera abierta, lo cual hicieron »con tanto ímpetu que entraron por el rio muchos de ellos hasta »los pechos..... Súbitamente se desnudaron diez arcabuceros es»pañoles, y estos nadando con las espadas atravesadas en las »bocas llegaron á los dos tercios del puente, que los enemigos »llevaban el rio abajo..... estos arcabuceros llegaron á las barcas, »tirándoles los enemigos muchos arcabuzasos de la ribera, y las »ganaron, matando á los que habian quedado dentro, y ansi las »trajeron».—*Comentarios de la guerra de Alemaña*, por D. Luis de Avila y Zúñiga, 1550.—En una lámina en madera, que acompaña al texto, aparecen los arcabuceros, nadando con la espada en la boca.

(13) Son elocuentísimas por su sencillez y naturalidad las relaciones que hacen de este suceso los historiadores de Flandes; pero prefiero citar ante todo por su mayor exactitud el extracto que hizo de estas hazañas el inolvidable D. Martin de los Heros, en su *Bosquejo de un viaje histórico é instructivo de un español en Flandes;* Madrid, 1835.—Hablando de lo que en aquellos lugares debe sentir un viajero español, escribe estas palabras: «Que se figure »estar con ellos, y que intrépido como ellos se arroja con su »mismo denuedo al agua, y siguiendo á Cristóbal de Mondragon »con ella á los pechos, esguaza ó vadea de noche, en cinco horas »y acompañado de tres mil soldados, un brazo de mar de *tres »leguas y media de ancho*, y llegando airoso ó bien mojado á la isla »de Zuid-Beveland, corre sin descansar á socorrer al capitan Isi»dro Pacheco..... Que se sitúe en la misma isla en el punto de »Saint-Anneland. Que allí, despues de hacer reconocer, como el »Comendador mayor lo hizo, sin efecto, á los capitanes Francisco »de Aguilar Alvarado y Damian Morales con otros, el canal de »legua y media de ancho que separa la isla de Philippeland de la »de Duveland; ó bien despues de haberle reconocido por sí mismo »y con gran riesgo, cual si fuera el sargento Juan de Aranda ó el »soldado D. Francisco Maradas, que se figure que le dan un par

»de zapatos y unas alforjillas, en que poner pan y queso para tres »dias, y que oida una exhortacion del Comendador mayor, pasa »en una barquilla á la isla de Philippeland: que en ella se con»sidere ser uno de los seiscientos españoles de las compañías de »Julian Romero, D. Luis de Queralt y D. Felipe de Bracamonte, »que con algunos walones y alemanes detras, y D. Juan Osorio »de Ulloa á la cabeza, se echaron al agua á la baja mar de la me»dia noche anterior á San Miguel de 1575, y sumergidos hasta el »pescuezo y alumbrados con la claridad y relámpagos de una au»rora boreal, llegaron con felicidad á la otra orilla».

Este resúmen de D. Martin de los Heros, se completa leyendo algunos párrafos de la relacion que hizo del paso de Zuiderzée en sus *Comentarios* D. Bernardino de Mendoza: hazaña que merece ser recordada eternamente en loor de los tercios de Flandes que luego sucumbieron en Rocroy. Dice así D. Bernardino de Mendoza: «Desembarcado Juan Osorio de Ulloa en la isla de Philippe»land con la gente que llevaba, que serian mil y quinientos sol»dados, de las tres naciones, caminó en gran diligencia hasta la »punta y cabo de la isla, donde despues de haber ordenado la »gente, se metió á vadear por mucho lodo y agua, llevando las »picas, espadas y arcabuces en las manos, y en alto, porque no »se mojasen, dándoles el agua al principio hasta las rodillas, y »despues á la cinta, y á los pechos; y esto era siguiendo todos »una misma senda, uno á uno, dos á dos, por ser fuerza que »caminasen unos tras otros.

»Llegaron así al canal mayor, donde estaba la armada rebelde, »que era treinta y ocho navíos gruesos con mucha artillería y gen»te, y doscientas barcas de remo con soldados que habian traido »para impedir el paso.

»Luego que vieron el ruido del chapatelear y azotar el agua »nuestra gente, dividieron los rebeldes la armada en dos partes, »poniéndose en frente la una de la otra á tiro de arcabuz, por »ser paso forzoso á nuestra gente el haberle de seguir por me»dio de los rebeldes, que dividieron asimismo en dos partes »las doscientas barcas de remo, acercándolas al mismo paso: el »cual dejaban abierto en forma de carrera, como era fuerza que »lo hiciesen, por no darles agua la menguante con el mucho »lodo y bajíos, y ser de noche para cruzar de la una á la otra »parte con las barcas: caminando nuestra gente en medio de las »hileras de su armada, con no poco cansancio por el mucho lodo »y aguas, sin poderse aprovechar de las armas para el combatir, »enderezando siempre con la mira al fuerte de Oostdunelant, »que era el fin del vado, y distancia (como he escrito) de legua »y media. La armada de los rebeldes disparó toda su artillería, »luego que descubrió á nuestros soldados en medio de ella, salu»dándolos con contínuas salvas y tempestad terrible de arcabuza-

»sos y cañonazos, diciéndoles:—¿Dónde vais, malaventurados, que »os hacen ser perros de agua, y tal locura como hacer trincheas »y cestones de vuestros cuerpos para resistir nuestra artillería?— »Palabras que los animaban más para acabar la faccion, á quien »guiaba Juan Osorio, apresurándose lo más que le era posible, »por no perder la menguante, que ya en este tiempo se habia »acabado. Y los rebeldes, teniendo más agua para sus barcas, »llegaban á herir á los nuestros con unos instrumentos de la ma»nera que los con que baten el trigo para sacar el grano de la »paja: los cuales son un palo grueso de dos varas de largo, y al »cabo dél se atan con unas correas de pellejo de anguilla otros dos »palos ó tres redondos, de largo de una vara, y grueso de tres dedos »geométricos en diámetro, que vienen á herir y dar gran golpe con »el estar colgados de las correas, y tomar aire cuando se menea el »palo de las dos varas, que se tiene en la mano, y se quiere dar »con él: juntamente llevaban otros palos con cadenas, y otros »garabatos con que asian á nuestros soldados, tirándolos á las »barcas.

»En este tiempo habia la vanguardia pasado la armada de los »rebeldes, á quien ayudaba la creciente para cargar en nuestros »soldados, que siempre se apresuraban, habiendo sido herido de »una pieza de artillería Isidro Pacheco, de que murió, animando »á la gente le dejasen, y pasasen adelante.

»D. Gabriel de Peralta, que recogia la gente de retaguardia »(como apunté), llegó á media noche al canal mayor, no habien»do podido hacer más diligencia por ir los soldados en hilera; y »aunque el agua crecia demasiadamente por la marea, y veia que »le seria dificilísimo el vadear, se resolvió de arriscar la vida, y »de sus soldados, antes que poner en disputa la honra: y así »caminó con el más apresurado paso que pudo, hasta mezclarse »con los gastadores que eran los últimos de la batalla, hallando »muchos de ellos ahogados por llegar el agua á las gargantas. »No obstante lo cual hacian lo que era en sí, él y los de la reta»guardia, para acabar de pasar aquel canal, si bien fuese á nado; »mas la corriente en mitad dél, por la mucha furia que ya tenia, »los echó á la misma parte donde habian dado principio al vado: »y allí se entretuvieron hasta venir el dia que el Comendador ma»yor los descubrió desde el dique, habiendo estado toda la noche »aguardando á ver el suceso.

»Al rebosar la creciente á D. Gabriel de Peralta en el canal »mayor, se hallaba ya Juan Osorio con la vanguardia y la batalla »tan adelante, que la armada de los rebeldes no podia hacer más »daño en la gente, habiéndose perdido pocos españoles, y algunos »alemanes y walones, no salvándose de los doscientos gastadores »sino solos diez: y aclarando el dia se vió Juan Osorio cerca del »dique, que era el fin del peligro del vado, y principio del que se

»esperaba, habiendo de venir á las manos con los enemigos que »los aguardaban en él, y no posible el volver atrás, que pudiera »obligar á nuestros soldados al combatir con resolucion y vender »sus vidas bien caras, cuando no la hubieran mostrado tan »grande, y valentía en el vencer los contrastes y peligros pa»sados.

»Juan Osorio de Ulloa, hecha oracion, apellidando á la glo»riosísima Vírgen María por nombre, y al Apostol Santiago, »como acostumbran los españoles, cerró con el dique, acompa»ñándole quince ó veinte españoles, por no poderle seguir los »demás, con el estar algo lejos, y tras ir desnudos con las espa»das y picas en las manos, puso tanto miedo su determinacion, »que diez banderas que los rebeldes tenian en el dique, de fran»ceses, ingleses y escoceses, todos soldados viejos que gobernaba »monsieur de Boisot, para defender la entrada de la isla, bien »atrincherados, la desampararon vergonzosamente....»

(14) No todas eran buenas cualidades en tales soldados. En una carta, por ejemplo, que escribió de Amberes á 15 de Mayo de 1574 cierto español al Secretario Zayas, despues del famoso saco de aquella plaza, se lee este párrafo, que da particular idea de los excesos con que acompañaba sus acciones heróicas aquella infantería española: «Pero todavía» dice el que escribe, «creo que lle»gan allá más cartas y más largas de lo que se querria, segun van »llenas de pesadumbres, y por que entre ellas haya alguna cosa de »que V. pueda reirse, no quiero dejar de decir que estando nues»tro amigo Arias Montano con grandísima congoja en estos desór»denes (*a*), dijo con lágrimas á Chapin Viteli (*b*): ¿qué quiere V. S. »que no me fatigue, pues entre otros daños han malparido por »estos alborotos más de trescientas mujeres en la villa de Anvers. »Y le respondió Chapin sin ninguna pesadumbre, que no impor»taba nada, que á trueque de ello quedarian más de seiscientas »preñadas. Y el buen Arias Montano se afligió de nuevo, viendo »decir donaires en este tiempo».

Prueba tambien de las licencias sobradas de los soldados de entónces, cuyas cualidades, buenas ó malas, conviene conocer para representarselos con exactitud, ofrecen estas palabras que escribe Branthome relatando el desfile y marcha de los cuatro tercios de infantería española que iban á Flandes con el Duque de Alva: «Plus y avoit quatre cens courtizanes á cheval, belles, »et braves, comme princesses et huict cens á pied, bien en poinct »aussi».

(*a*) Alude á los que cometia la tropa amotinada.
(*b*) El Marqués Chapin Vitelo ó Viteli era Maestre de campo general en el ejército que pasó de Italia á Flandes.

(15) *Suma de la conquista del reino de Nápoles.* Alcalá de Henares, 1570.

(16) Avisos de Pellicer.—*Semanario erudito.*

(17) Bigaro Avogaro, *Historia de la desunione del reino de Portogallo de la corona de Castiglia.* Amsterdam, 1647.

(18) *Historia delle guerre di Ferdinando II e Ferdinando III Imperatori e del Re Filippo IV di Spagna, contro Gostavo Adolfo Re di Suetia e Luigi XIII Re di Francia. Succese dall'anno* 1630 *fino all'anno* 1636. *Del Conte Galeazzo Gualdo Priorato. In Venetia, Presso i Bertini.* MDCXLVI.

(19) *Memorial histórico español.* Tom. XIII.

(20) *Idem.* Tom. XIV.

(21) *Idem.* Tom. XV, pág. 103.

(22) Torremuza, *Fasti di Sicilia.* Mesina, 1820.

(23) *Historia delle Guerre di Portogallo, succedute por l'occassione de la separazione di quel regno della Corona cattólica. Descritte e dedicate alla Sacra Reale Maestá di Pietro II, Re di Portogallo da Alessandro Brandano.* In Venezia, 1689.

(24) Sobre la prision de D. Duarte hay varios libros, y entre ellos dos castellanos que se titulan: *Perfidia de Alemania y de Castilla en la prision, entrega, acusacion y proceso del Sermo. Infante de Portugal D. Duarte*; Lisboa, año 1652; y *Exclamaciones políticas, jurídicas y morales al Sumo Pontífice, Reyes, Príncipes, Repúblicas amigas y confederadas con el Rey D. Juan IV de Portugal en la injusta prision y retencion del Sermo. Infante D. Duarte su hermano.* En Lisboa, año 1645.

(25) Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional.

(26) *Dell'Historia del Conte Galeazzo Gualdo Priorato. Parte terza. Nella quale si contengono tutte le cose universalmente occorse dell' anno* 1640 *fino l'anno* 1646. *In Venetia. Presso i Bertini MDCXLVIII.*

(27) *Deleite de la discrecion, etc.*, que divivido en ocho capítulos de todas clases de personas y sexos, publica en reconocimiento obsequioso de la curiosidad cortesana, que los recogió, el Excelentísimo Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco y Pimentel, duque de Frias, conde de Peñaranda, etc. Madrid 1743.

(28) *Memorial histórico español*, desde el tomo XIII al XIX inclusive.

(29) Posee copia de este otro manuscrito, y me la ha franqueado galantemente, mi buen amigo el ilustrado Sr. general Don Eduardo Fernandez San Roman.

A continuacion inserto literalmente las cartas dirigidas por el autor de este Ms al Rey Felipe y á su hermana Doña Ana de Austria, y que preceden á cada uno de los dos ejemplares que he tenido presentes:

I.

«A su Magd. Catholica el Rey Don Phelipe 4.° nuestro Señor. Sacra Magd.: Continuando á embiar á Vra. Magd. la relacion de los sucessos de sus felicíssimas armas en sus Estados Baxos; offresco agora á sus Reales pies, con toda humildad, la relaçion del año passado de 1643, en el qual el Señor Marques de Tordelaguna Capn. gnrl. de Vra. Magd. viendo que el Rey de Françia havia juntado todas sus fuerças para haçer aun este año un grande esfuerço contra la monarchia de Vra. Magd. y su mayor esfuerço en España y en el condado de Borgoña, el qual no podia soccorrer, ha hallado ser el seruicio de su Magd. attirar sobre si todas aquellas fuerças de Francia en parte donde podia resistirles: donde hallandose obligado á una batalla, y la fortuna de la guerra volviéndose por los enemigos, quedó procurando á restaurar el combate hasta el último transe en el campo de la batalla, prostituiendo su vida y su sangre por el seruicio de su Magd.

»Y poco despues haviendo los enemigos Holandeses con otro grande exercito desembarcado en Flandes, considerando que sobre todo importava defender aquella provincia, ha venido marchando desde la frontera de Francia á soccorrerla y se ha oppuesto á sus desinios de tal manera, que los dichos holandeses quedaron todo el verano infructuosamente junto al puesto donde se habian desembarcado, sin haver podido hacer nada.

»De ally haviendo la armada françesa entrado mas adentro en el pays de Luxemburque con desinio de sitiar aquella villa ó de yr á sitiar la de Treveris, ha buelto á la dicha frontera de Francia, y en las diversiones y estratagemas de guerra que ha hecho á la dicha armada, la ha obligado á retirarse de los dichos payses y de bolver á Francia, sin haver podido haçer ulteriores progressos.

»Y esperando que tambien esta mi pequeña obra y relacion será agradada á Vra. Magd., pues son las señales del zelo y affiçion que tantos años he muestrado á su serv.°, ruego á Dios que continue á proteger las armas de Vra. Magd., en sus payses patrimoniales de Flandes, y conserve Vra. Magd. con la salud y larga vida que la Cristiandad tiene menester, y quedo—De Vra. Magd. su humilde Vasallo.—Juan Antonio Vincart.»

II.

«A S. M. la Reina regente de Francia,

»Sacra Magd.: Considerando el zelo que tengo al servicio de vra Magd., yo non he podido dejar de embiar la relaçion de los sucessos de las armas del Rey Catholico mi Señor, como hermano de Vra Magd., en sus Estados Baxos. Ofrezco agora á sus Rea-

les pies con toda humildad la relacion del año passado de 1643, en el qual el señor Marques de Tordelaguna, Capn. grl de su Magd., viendo que el Rey de Francia avia juntado todas sus fuerzas para hacer aun este año un grande esfuerço contra la Monarchia de España, y su mayor esfuerço en Cataluña, y en el Condado de Borgoña, el cual no podia soccorrer, a hallado ser el servicio de su Magd. Catholica de attirar sobre si todas aquellas fuerças de Vra Magd. en parte donde podia resistirles, y pelear con ellos; donde hallandose obligado a una batalla, y la fortuna de la guerra, bolviendo por Vra Magd., quedó procurando a restaurar el combate hasta el ultimo transe, prostituiendo su vida y su sangre por el servicio de su Magd. Catholica.

»Y poco despues, haviendo los enemigos holandeses con otro grande exercito desembarcado en Flandes; y considerando que sobre todo importaba defender aquella provincia, ha venido marchando desde la frontera de Francia a soccorrerla, y se a opuesto a sus desinios de tal manera, que los dhos holandeses quedaron todo el verano infructuosamente, junto al puesto donde se habian desembarcado, sin haber podido hacer nada.

»De ally, haviendo la armada francesa entrado mas adentro en el pays de Luxemburque, con desinio de sitiar aquella villa, o de ir a sitiar la de Treveris; pero con las diversiones y estratagemas de guerra que a hecho a la dicha armada, la a obligado a retirarse de los dhos payses y de bolver á Francia, sin haver podido hacer ulteriores progresos.

»Y esperando que esta pequeña obra y relacion será agradada a Vra Magd., pues son las señales del zelo que tengo á su servicio, ruego a Dios que conserve Vra. Magd. con la salud y larga vida que la Cristiandad tiene menester, y quedo de Vra Magd. el menor de sus criados y vasallos.—G. Cardinael.—1644».

La primera impresion que deja esta última carta, es sin duda favorable al supuesto de que Vincart escribia á Ana de Austria para enterarla de la suerte de las armas de su hermano, por el interés que á ella les inspiraban, áun estando sentada en el trono de Francia y siendo sus propias armas las vencedoras. El tono de Vincart en esta carta, no es el de un traidor, ni el de quien escribe á una enemiga de España.

(30) Regian al tiempo en que se comprendió esta campaña, las *Ordenanzas militares* que mandó observar Felipe IV en 8 de Junio de 1632, corrijiendo ó confirmando las que en 6 de Abril de 1611 habia dado Felipe III; y en sus capítulos se halla cuanto se puede desear, acerca de la organizacion oficial que debian entónces tener los *tercios viejos*. Como ha solido suceder siempre, y más que en ninguna parte en la España de todos los tiempos, es de creer, sin embargo, que aquellas disposiciones legales no estarian estrictamente cumplidas en el ejército de D. Francisco de

Melo. Hay cosas como el número de los soldados en las compañías, y el de oficiales, que tenian que depender, cual dependen actualmente, de mil circunstancias diversas, unas imputables, y otras no, á los jefes militares ó ministros reales. Pienso, no obstante, que para formar idea exacta de la infantería española, en Rocroy, conviene tener á la vista el siguiente extracto de las *Ordenanzas militares* de 1632 con corta alteracion (1633), vigente entónces.

Disponian estas entre otras cosas: «Que se eligieran los Maestres de Campo de Capitanes de Infantería Española, que hubiesen servido por lo ménos, ocho años de Capitanes de Infantería, ó de cavallos; bastándoles á las personas ilustres, haber servido en la guerra, ocho años efectivos, y ser ó haber sido Capitanes de Infantería, ó Cavallos, para poder ocupar puesto de Maestre de Campo, si juntamente concurrian en ellos partes relevantes de valor, y capacidad. Que conviniendo señalar el número de Tercios que habia de haber en los Ejércitos, en el de los Estados de Flandes, hubiera tres de Infantería Española determinadamente, y que estos, se proveyesen cuando vacaren; pero sin formar otros de nuevo, por ningun caso, ni accidente, y que la gente que fuere llegando á aquellos Estados, se agregase á solos los dichos tres Tercios: Que en cada uno de los Tercios de Infantería Española, hubiera quince compañías de doscientos Infantes, y que los Capitanes Generales, por ningun caso, ni pretexto, las acrecentasen; y siempre que llegaren á cualquier parte de España, *ó á Flandes de Italia* nuevas *banderas* (ó compañías) para refuerzo de aquellos Tercios, ó las reformasen en aquellas quince, que habia de haber en cada uno de ellos, ó no proveyesen las que fueran vacando, hasta que quedasen en el número de quince; y el pié de cada una fuera, coseletes ó picas setenta, noventa arcabuzes y cuarenta mosquetes: Que, en ningun Tercio de quince *vanderas* huviese mas de dos Compañías de arcabuzeros y que si el Tercio llegare á tener veinte *banderas*, pudiese haber tres de arcabuzeros en él; siendo los Capitanes de ellos tales Soldados, y de tanta experiencia, y valor, que faltando Maestre de Campo, se pudiese elegir de ellos: Que aunque habia mucho tiempo, que estas compañías de arcabuzeros se practicaban en la nacion Española, y á su imitacion en la Italiana, atendiendo, á que las demas Naciones, no acostumbraban tenerlas; y á que se consideraba, que no eran menester, ántes embarazaban, por muchas razones, y que convenia reformar las que habia, haziendolas de picas, que así se ejecutase, y que no se formaran más de aquellas. Que por lo mucho que convenia el acierto de la eleccion de Sarjentos Mayores de los Tercios, se hiciese en los Capitanes más beneméritos de ellos; con la circustancia de que si esta calidad concurriere en el más antiguo, seria mayor satisfacion: Que en la eleccion de los Capitanes, que

se hiciese se tuviera mucha atencion, y consideracion, á que por ningun respecto, se proveyese á alguno en quien no concurrieran el haver sido seis años afectivos soldados, debajo de *bandera*, y tres Alferez, ó diez efectivos soldados, aunque con licencia se hubiera este plazo interrumpido, como el tiempo de la licencia, y ausencia, no se incluyese en él; y que si hubiera algun caballero de sangre ilustre, en quien concurriesen virtud, ánimo y prudencia, se pudiese admitir á la eleccion de Capitanes, con tanto, que hubiere servido en la guerra seis años efectivos, ó por lo ménos, cinco, sin que en manera alguna se dispensase en ménos el tiempo de servicio, porque desde luego debia excluirse, en los unos y en los otros, todo género de suplimiento, y mayor moderacion: fundándose la que se hacia con las personas ilustres, en que, con razon se debe presuponer en ellas mayor capacidad, y más anticipadas noticias, é indubitable valor: Que el que hubiere de ser elegido por Alférez, fuese persona que tuviera partes para ello, y que por lo ménos, en lo que tocaba á la gente ilustre, hubiera servido dos años contínuamente, debajo de *banderas*, y la demás cuatro efectivos continuados en guerra viva, ó seis efectivos: Que los que hubieren de ser elegidos por sargentos, tuvieran los mismos años de servicios que los Alféreces, lo cual habia de constar en la misma forma, circunstancias, y particularidades: Que el servir muchos soldados desarmados, ó con picas cortas, y ruines armas, habia introducido la pereza y mala disciplina, y la poca cuenta que los capitanes tenian con sus compañías; y para que esto se remediara, debian los capitanes procurar, que pues todos los que servian con picas en la nacion española tenian ventaja de coseletes, que estos soldados no se desarmasen, y que asimismo los Sargentos Mayores, sus Ayudantes y los Sargentos de sus compañías, en las hileras de los Escuadrones, antepusieran siempre á los que estuviesen mejor armados; y entre los bien armados, á los que tuvieren picas, de *veinte palmos arriba*, y que estando desarmados, ó con pica corta, aunque fuesen Oficiales reformados, Aventajados, y personas particulares, por ningun caso les diesen primera, y segunda hilera: ni en las demás del Escuadron, lugar tan bueno, como á los bien armados: Que los Capitanes Generales, y Maestres de Campo, tuvieran muy particular cuidado, en no consentir que soldado alguno, viviese sin *camarada*, dándoles ellos ejemplo, con tenerlos, de las personas, que para esto fueren á propósito: Que al soldado que no hubiere servido *diez y seis años efectivos*, no se le pudiera consultar Ventaja, á título de continuacion de servicios, y á los que hubieren servido este tiempo, se les pudiera consultar cuatro Escudos de Ventaja particular, y si hubieren servido contínuamente, seis: Que los Capitanes, y Oficiales no pudieran ocupar, ni ocupasen á los soldados de sus compañías, en servicios particulares suyos,

como se entendia, que algunos lo habian hecho, y hazian, so la pena que les pusiere el Capitan General: Que regular y generalmente, en todos casos, y ocasiones, el Cargo superior, ordenase, y gobernase al inferior, sin distincion, ni diferencia de Naciones, y en igualdad de cargos, se prefiriese el Español, por las muchas razones que habia para que esto se debiese hazer, y ejecutarse; y entre los Españoles, el mas antiguo, al mas moderno: Que en lo que tocaba á las Vanguardias, se observase, como cosa tan justa, y debida, el darlas á la Nacion Española, sin que en esto, se pudiera poner género de dificultad, porque en todas ocasiones, sin excepcion alguna, se les habia de dar la Vanguardia, sin que en esto se admitiera cosa en contrario: Que si hubiere tiempo, para disponer el Exército en batalla, el cuerno derecho tocase á los Españoles, y caso, que algun Escuadron se hubiere de adelantar á puesto mas cercano al Enemigo, le tocare tambien aquel lugar, con advertimiento que si el cuerno derecho, estuviese mas retirado, ó cubierto con *marrazos* (ó pantanos), ribera, ó puestos tales, y se juzgara que lo fuerte del combate, no podia decidirse por aquella parte, se les diese de los otros puestos, el de mas cuidado; pues la accion, que tenian era á la Vanguardia, y esta se debia considerar en la parte mas vecina á pelear con el Enemigo, y de mas cuidado, fuese á un lado, ó fuese á otro, adelante ó atrás; y asi, en las retiradas, cuando el Enemigo embistiese por las espaldas, la que por respecto de marcha fuera Retroguardia (ó Retaguardia), por esta consideracion vendria á ser Vanguardia, y tocaria á los Españoles retirarse los últimos: Que cuando se formase un batallon de diferentes Naciones, se les diese el costado derecho á los Españoles, sin que tuvieran que mudarse alternativamente del uno al otro costado, como las demás Naciones lo acostumbraban entre sí; pues el costado derecho habia de marchar siempre el primero, cuando el Escuadron se redujere á trozos, si no era en los casos referidos de quedar el Enemigo á las espaldas, porque en ellos, el cuerno izquierdo se retiraria primero: Que el pié de una Compañía de Infantería Española de Picas, *fuese el siguiente*:

Por sueldo de Capitan, y Paje, cuarenta y cuatro Escudos al mes..	44
Alferez, y Abanderado, diez y ocho Escudos............	18
Al Sargento, ocho Escudos..................................	8
Furiel, y Barbero...	6
Dos Atambores, y Pífano, diez y ocho Escudos...........	18
Capellan, doce Escudos......................................	12
Por las Ventajas de diez Cabos de Escuadra...............	30
Por la paga sencilla de docientas y treinta y nueve Plazas, á tres Escudos, setecientos diez y siete Escudos..	717

Por la ventaja de noventa coseletes, noventa Escudos...	90
Por la de sesenta Mosquetes, á tres Escudos, ciento y ochenta Escudos..	180
Por la de ochenta y nueve Arcabuzeros, ochenta y nueve Escudos..	89
Por los treinta Escudos de las Ventajas ordinarias, treinta Escudos..	30
Por las ventajas de cuatro Soldados particulares que hubieren servido doce años efectivos, aunque fuese interpoladamente, ú ocho contínuos, á seis Escudos cada uno, veinte y cuatro Escudos..............................	24
Por las de cuatro Soldados, á cuatro Escudos cada una, diez y seis Escudos..	16
Por las de dos Alfereces reformados (ó de reemplazo) á ocho Escudos..	16
Por las de dos Sargentos reformados (ó de reemplazo) á seis Escudos, doce Escudos..............................	12
Montando el sueldo *de un Mes* en la forma referida, mil trescientos y diez Escudos......	1310

Y finalmente, que conforme á este pié de lista se socorriese á esta gente, con dos tercios de paga cada mes; de manera que se pudiese dar un tercio cada quince dias; y á la que de nuevo saliere á campaña, de Tierra, ó Mar, se le diese una paga entera, reservándose el otro tercio por la paga de Hospital, pólvora, cuerda, vestidos de municion, y armas, cuando se hiciere el ajuste ó remate. *Escudo* era en 1611, segun el *Tesoro de la lengua castellana* de Cobarrubias, moneda de oro; la cual valia 12 reales de plata y 32 maravedises, en tiempo de Felipe III, y en aquel en que reformó Felipe IV, las *Ordenanzas*, pues este Monarca no modificó el valor de las monedas de oro: todo lo cual puede verse en la *Descripcion general de las monedas hispano-cristianas*, por Aloiss Heiss.—Madrid, 1865. Segun consta en los cuadros sinópticos del libro que con el título de *Memorias sobre reforma del sistema monetario*, se publicó de Real órden en 1862, el escudo de oro de 12 reales y 32 maravedises equivalia á 41,09 reales vellon, de donde resulta que, dándose tres escudos de oro á cada soldado al mes, equivaldria hoy en dia á 123, 29, su sueldo mensual; de los cuales quitando la tercera parte, como se acaba de ver, para hospital, pólvora, cuerda, vestidos y armas, quedaba un haber de 82,18 mensual por plaza sencilla. Á esto habia que agregar en la misma forma las ventajas de que hace mencion el estado anterior, y de que disfrutaban todos los piqueros, y otros muchos de los soldados. Considerando, pues, la relacion de la moneda entónces con la del dia, se hallará que era bastante mayor que ahora

el coste de la milicia de infantería á mediados del siglo décimo-séptimo.

(31) *Histoire de Louis de Bourbon, Prince de Condé*, Cologne, 1645.

(32) Respecto á figurar en los Tercios más soldados de los que efectivamente habia, véase lo que dice D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca en su obra intitulada *Despues de Dios la primera obligacioa, y Glosa de órdenes militares*. Nápoles 1681. «Un General haze juicio, para una empresa, segun el número de su gente, por las relaciones de las Muestras, y las que hazen los Sargentos Mayores de los Tercios, y si no son fieles, aventuran el crédito de los Generales, y del Rey, siendo ruina de su Patrimonio; y en ocasiones, de la mejor joya de su Monarquia, que esto ocasionó en Flandes la pérdida de la Plaça de Breda, conforme dixe, creyendo el General tener la gente suficiente, para su defensa, segun las relaciones, siendo muy al contrario; y por estas raçones, juzgo, que el Marqués Sierra Gobernador de las Armas de Cataluña, sabiendo las pocas asistencias de aquel Exercito (pues en diez y ocho meses, tuvo sólo dos quartos de paga) y que los Capitanes comian, con el precio del pan de algunas plaças que tenian, y toleravan los Superiores, pues no tenian otra forma para viuir, y hauiendo de disponer el Exercito para socorrer la ciudad de Girona, que estaba sitiada con mucho aprieto; quiso relacion de la gente efectiva, que tenia cada Capitan, que fuese de seruicio para la ocasion, previniendo que la diesen justa, para conocer las fuerças que tenia, en que poder fiarse: y prometió no valerse de esta, para quitarles plaça alguna. Hizose la relacion de la gente efectiva de seruicio, declarando las demas plaças inhabiles por enfermos. Cumplió la promesa; fué á la ocasion, y tuuo victoria, que de esta otra manera queda engañado vn General; y asi debe vn Sargento mayor, ser sobre esto verdadero Fiscal, y cumplirá con Dios, y con su primera obligacion. Y porque es materia curiosa, y que puede resultar en seruicio del Rey, os contaré lo que oí decir hizo el Duque de Osuna, siendo Virrey de Napoles, para remediar estas fraudes (que quando no huuiera sido cierta la execusion, la disposicion no dexó de serlo), y fue que hauiendose pasado vna muestra, y haziendole relacion de ella, le dixeron: Tantos son los Soldados efectivos, y tantos los *Santelmos* (nombre con que acostumbraban llamar este género de Soldados). Respondió el Duque: *¿cómo Santelmos*? (haziendo el desentendido). ¿Pues hay mas que vn Santelmo en Napoles? Dixeronle, que eran ciertos hombres que tenian plaça, y no eran de servicio. Dixo, les queria ver, y que al hazerle otra muestra le auisasen. Hallose en ella, y teniendo persona que le mostrase los *Santelmos*, que eran los moços de mejor talle, y vestidos, los fué mandando arrimar, á otra parte de la gente del Tercio, y acabada

la muestra, vió que pasaban de seiscientos, y juntandoles otros quatrocientos, formó vn Tercio de mil hombres, y sin dexarlos salir del Taraçenal, los mandó embarcar, y ennió á Flandes, donde hizieron servicios señalados, y fueron de mucho servicio, satisfaziendo el daño que en Nápoles hizieron á la Real Hacienda, comiendo lo que no servian; y siendo punto, que puede qualquier Principe que gouierna, executarlo, lo he puesto en este discurso, que aunque los Generales, lo pasen por alto, puede ser que algunos reparen de ponerse á Santelmos, temiendo les suceda otro tanto: que viendo los aprietos de la Monarquia, y la falta de gentè en los Exercitos, de Flandes, y Milan, puede la necesidad obligar á servirse de esta, que tan de antemano esta pagada, sin desmembrar el Tercio de los Soldados, que tan de continuo sirven, conforme se deve las plaças que tienen».

(33) *Histoire de Louis de Bourbon, etc.*

(34) La distancia desde Chateau Renaud, ó Chateau Regnault, como otros mapas franceses llaman á la poblacion que sitiaba el baron de Beck cuando fué llamado por Melo, hasta Rocroy, es de tres leguas y cuarto de Brabante, medida entónces de aquel país, ó sean diez y ocho kilómetros, 0,059^{ms}. Pero esta distancia considerada á vista de pájaro debia aumentar bastante con las ondulaciones del terreno y la direccion sinuosa de los caminos que, habiendo de atravesar entre Deville y Montarine grandes bosques, hay que suponer que no seguirian siempre líneas rectas. Aunque por estas circunstancias no se aumentase más que la tercera parte del camino, resultaria de 24 kilómetros 0,078^{ms}, ó cerca de cuatro y media de las modernas leguas españolas, la distancia que habia de recorrer el ejército del baron de Beck. Esclarezco la distancia para explicar más la tardanza de aquel cuerpo de ejército. La legua comun de Francia, que es á la que debian referirse los autores franceses, de quienes he tomado las distancias que cito en el relato de la batalla, tenia 3,898 metros.

(35) Pierre Lenet, *Memoires.*

(36) Dávila Orejon, de quien se trata ya en el texto, decia que el Maestre de campo general era el alma y espíritu del ejército; pero no he hallado tan bien definida en ninguna parte la diferencia que habia entre Capitan general ó General en jefe de un ejército y Maestre de campo general y las respectivas obligaciones de cada uno, como en el ya citado libro *de D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca*, teniente de Maestre de campo general, en su libro impreso en Nápoles en 1681 que se intitula: *Despues de Dios la primera obligacion y glosa de órdenes militares.* Aunque breves, dan idea exacta de lo que la disciplina del tiempo respectivamente exijia, de Melo y de Fontaine, en Rocroy, las palabras de este autor que son las siguientes: «es máxima asentada entre todos los autores militares, »*que el Rey puede hazer Capitan General á qualquiera*, para lo que

»basta vn *juicio, claro, y natural;* con el qual sepa distinguir la »variedad de los pareceres de vn Consejo, y quales van encaminados, »al mayor acierto del desempeño: que son prendas, que mas presto »se hallan en los Principes, y grandes Señores, á que se junta la au»toridad, y respeto de su sangre, para mas facilitar el desempeño; »pero no puede hazer vn Maestre de Campo General con esta fa»cilidad, que es preciso busque sugetos en quienes concurran las »partes, que pide el puesto, *y estas se adquieren con la experien»cia, y largo tiempo de asistencia en la guerra, donde los sucesos, y »accidentes le hacen Maestro de Campo General, no el Rey*».....

En otro lugar dice el mismo autor, «que el alma perfecta del ejército era el Maestre de Campo general, sobre quien cargaba todo el peso del Gobierno Político y Militar del Exército», por lo cual, «debia poseer las obligaciones de todos los Oficios Militares, *desde »la primer plaza del soldado sencillo, de á pié, y de á caballo, y de to»dos los Oficiales del Exercito*», con tal perfeccion, que se conociese, que sabia mas en el desempeño de su oficio, *que lo que saben todos los soldados del Exercito*: siendo muy importante, que los soldados tuviesen este conocimiento, y que el Maestro de Campo General, supiera «*en el concepto que le tenian*».

(37) *Joannis Labardaei Matrolarum ad Sequanam marchionis, regis ad helvetios et rhaetos extra ordinem legati. De rebus gallicis historiarum Libri decem ab anno* 1643 *ad annum* 1652, *Parisiis*, 1671.

(38) *Histoire de Louis de Bourbon*, libro I, pág. 37.

(39) Las pretensiones y disputas que habia por entónces en nuestros ejércitos, entre las naciones Española é Italiana, sobre puestos, dieron lugar á muchas disposiciones y decretos reales. En los principios cuando estaba cercana la conquista de los Estados de Italia pasó por indubitable el derecho de los españoles á ocupar todos los puestos de preferencia, consintiendo en ello de buena voluntad los mismos Generales italianos, que solian mandar nuestras armas, como Filiberto de Saboya ó Alejandro Farnesio, y no formando tampoco queja ninguna de ello sus compatriotas. Los españoles, por su parte, aunque celosísimos en conservar su primacía, hicieron por mucho tiempo distincion entre los napolitanos y lombardos, considerando á los primeros mas iguales á ellos que á los otros, sin duda por el mayor tiempo que llevaban de formar parte de la Monarquía. Confundidos luego en los Tercios italianos, napolitanos y lombardos la cuestion fué ya igual entre todos los italianos y los españoles, creciendo aquellos, como era natural, en pretensiones á medida que hacian mas falta sus servicios, que los prestaban mayores, y que, pasando el tiempo, se hacia su incorporacion á la Monarquía mas antigua. Felipe IV llegó á conceder á la nacion italiana que gozase del pié de españoles en la propia forma que lo tenian los borgoñones en Flandes; pero sin

duda por las quejas de los españoles tuvo que suspender aquella merced al cabo, concediendo, en cambio, á los italianos por puesto fijo en los ejércitos el *cuerno izquierdo y retaguardia fija, aunque el enemigo quedase á ella.* No bastando lo que sobre este último punto se resolvió en Real órden de 12 de Octubre de 1662 dirigida por el Rey Felipe IV á D. Juan de Austria su hijo, Gobernador y Capitan General de los Países Bajos de Flandes y Capitan General del Ejército de Portugal, hubo que expedir con idéntico objeto otras nuevas Reales órdenes en 25 de Marzo y 26 de Abril de 1663 modificando los términos un tanto duros y amenazadores con que habia sido dictada la anterior: lo cual no debió de poner tampoco término á estas diferencias lamentables, cuando todavía en 1.º de Noviembre de 1670 la Reina Gobernadora Doña Mariana tuvo que tomar una disposicion severa contra dos Maestres de campo italianos que servian en Cataluña, por las diferencias que tenian allí con los españoles. No es improbable, pues, ni mucho menos, lo que escribe Gualdo Pricrato acerca del mal espíritu en que por esta causa estaban los italianos en la batalla de Rocroy.

(40) *Política y Mecánica militar para Sargento mayor de tercio,* por el Maestre de campo D... Capitan general de la isla de Cuba, etc. Bruselas, 1684. Tal es el título de la obra de Dávila Orejon, repetidamente citada.

(41) *Señor soldado,* llama tambien La Sala y Abarca, en la *Introduccion dialógica*, *compitiendo armas y letras* de su obra tambien citada, al que disputaba acerca de esto con un licenciado. Lo propio se halla en otros diversos autores militares; y Cervantes dijo tambien por su parte, como es sabido, en un soneto famoso:

«Voacé tiene razon, señor soldado.»

(42) Voyage d' Espagne. Cologne 1666.
(43) Este libro se imprimió en Nápoles, 1681.
(44) Estracto de Consultas del Consejo de Estado. Ms. de letra de D. Eugenio Llaguna y Amirola, que posee el Sr. Gayangos.
(45) Opúsculos militares del Marqués de Buscayolo. Madrid, 1789.

En el de aquellos intitulado *Nueva milicia española* se espresa de esta manera:

«Otros hijos espúrios y monstruosos de España, que miden los animos ajenos por su flaqueza, reprueban la suposicion fundamental de mis proposiciones, con acusar de viles é impropios para armas tan esforzadas sus nacionales. Deducen sus argumentos de *estas últimas fugas y desórdenes* de nuestros ejercitos, juzgando imposible que pueda rechazar el ímpetu de sus enemigos, quien no ha podido sufrir su aspecto ó resistir á sus amagos..... ¿A donde está luego la pretendida corrupcion? ¿Acaso estos últimos

diez años han podido quitar las inmmemoriales, ingénitas y siempre continuadas leyes de la generosidad española? No, que no obra tan precipitosamente la naturaleza; y el carácter que imprime el vicio se puede borrar por contrarias costumbres. Son argumentos de la ferocidad y menosprecio de la muerte, que persevera en los ánimos españoles, las riñas y pendencias de las calles, pues ninguna nacion las ejerce con mayores brios, particularmente con espadas y rodelas, en que tiene natural y suma destreza. Por lo dicho es necesario referir las calamidades de la monarquía á otras causas que son obvias y conocidas».

Buscayolo sirvió con mucha reputacion en el ejército de Portugal á las órdenes del Marqués de Caracena y de otros de los generales de Felipe IV, con los puestos de Maestre de campo de infantería italiana, y de Teniente de Maestre de campo general.

Nada tiene de extraño que llegara á tal desconcepto el hombre de guerra español, y especialmente el infante, despues del desastre de Rocroy, porque lo mismo les ha sucedido á los naturales de otras grandes naciones en casos parecidos. ¿Quién no conoce y admira hoy en el mundo las hazañas de la valerosa infantería francesa? ¿Quién no reputó á los franceses desde la victoria insigne que alcanzaron en Rocroy, hasta los últimos años del reinado de Luis XIV por los primeros soldados del mundo? ¿Quién no los ha tenido por tales en muchas épocas posteriores? Pues léase lo que decia de ellos en 1629 y 1630, es decir, trece ó catorce años antes de la batalla de Rocroy el insigne Cardenal Bentivoglio en sus *Relazioni*, impresas por Erycio Puteano en Amberes, y luego en Colonia, al tratar de las diversas naciones que peleaban á la sazon por los holandeses en Flandes. «Frá i soldati stranieri sono comendati grandemente gli Inglesi per valore, e per disciplina, e poi gli Scozzesi; e dopo loro i Francesi; i quali *ancorché non sogliano valer molto a piedi*, nondimeno sotto la disciplina del Conte Mauritio sono riusciti *anch' essi* buoni soldati.» Que quiere decir que los franceses, bien que no solian valer mucho á pié, habian llegado á ser bajo la disciplina del Conde Mauricio, *áun ellos* buenos soldados: poniéndolos siempre por debajo de las otras naciones».

(46) Série 1.ª, volúme 3.º

II.

DEL SOCIALISMO EN 1848.

DEL SOCIALISMO EN 1848.

INTRODUCCION

ESCRITA PARA LA NUEVA IMPRESION DE LOS PROBLEMAS DEL SOCIALISMO,

de

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Al leer de nuevo las páginas elocuentes de este libro, despiértanse con viveza en la memoria las ideas y sentimientos que veinte años hace ocupaban los ánimos de todos: reyes ó súbditos, ricos ó pobres, filósofos ú hombres de mundo. Algo de ello aún alcanza este privilegio; pero es mucho más lo que ha ido desvaneciéndose con el tiempo, como el humo de aquellos volcanes por largo plazo callados, que á todos parecen extintos, guarden ó no oculta su misteriosa actividad todavía. Tal se mostraba, no ménos que desde el principio de la Historia á los hombres, la verde montaña que, en las vecindades de Nápoles, luego espantó de repente al primer siglo cristiano, con la catástrofe sin igual de Pompeya.

¡Ojalá que los PROBLEMAS DEL SOCIALISMO, tan temerosos há veinte años, y tan flacos en la apariencia al presente, no pudieran ya sorprender á las gentes venideras con una resurreccion parecida! ¡Y á Dios pluguiese asimismo que esotros problemas, con los del socialismo relacionados, y puestos á la par que ellos en estudio por D. Nicomedes Pastor Diaz, ó acertara al cabo á resolverlos la generacion actual, ó pudiera, cuando no, dejarlos por siempre, como insolubles ó inútiles aparte! Pero acerca de lo primero sólo con esperanzas contamos, y mal lo segundo se ajusta á la condicion pertinaz é insaciable del espíritu humano; que ménos se contenta con lo que buenamente comprende ó alcanza ahora, que en otro ningun período de la Historia.

Por eso el libro que se dá aquí á nueva luz, no solamente se leerá con fruto hoy en dia, sino á mi juicio en todo tiempo. Cuando el atractivo irresistible que mantiene á los indivíduos en sociedad, y aquel espontáneo ejercicio del libre albedrío, de que nace la recíproca independencia entre los indivíduos, dejaran de hallarse contrapuestos en ocasiones, así en la Filosofía como en la Historia: cuando las diferentes fuerzas morales y físicas que de por sí la sociedad crea, ó en sí propios desenvuelven los indivíduos, cesasen de ejercer influjo en el organismo administrativo y político, no facilitando aquellas la centralizacion, ni favoreciendo éstas la excentralizacion de los diversos poderes; no promoviendo especialmente las unas el interés general, que bien mirado es uno con la justicia, ni estimulando sobre todo

las otras el interés particular, que tantas veces y tantas con ella aparece discorde en la tierra: cuando el orígen, la forma, las garantías esenciales de la propiedad personal, no merecieran tratarse por la alta manera que conviene á cuanto es propio de aquella indispensable basa del órden social: cuando la organización del trabajo, ora esclavo, ora libre, bien singular, bien colectivo, y la participacion que, en cada uno de tales casos, él toma en la formacion del capital y en su conservacion sucesiva, primeros y necesarios hechos de la série de los que van señalando el progreso humano, no promoviera ya en las inteligencias pensadoras juicios y conceptos diversos: cuando acabáran de ser, en fin, la religion y la libertad, á un tiempo mismo, las más íntimas é inevitables aspiraciones del hombre, y los más eficaces móviles de su gradual mejoramiento, entónces y no más que entónces, llegarian á perder las lecciones de Pastor Diaz su utilidad por entero. Pero mientras todo esto no acontezca, que no acontecerá de seguro nunca, siempre merecerá esta obra que se la considere con aprecio: si ya no con el que se miran las fábricas acabadas, en las cuales no se echa de ménos remate alguno, con el que se contemplan al ménos, aquellas altas columnas ó robustos sillares, que, esparcidos alrededor de los colosales monumentos, que á las veces comienzan y no concluyen los siglos, mantienen viva la esperanza de que llegarán, por fin, á feliz término algun dia, ofreciendo en el ínterin, palpable muestra de la alteza de pensamiento y del esfuerzo de ánimo, de los antiguos varones que osa-

ron concebirlas, ó emprenderlas, bien que les negase el fruto de su penosa labor la fortuna.

A la verdad no es tan frecuente la esterilidad de los esfuerzos humanos, en otra alguna empresa, como suele serlo en ésta, de esclarecer cuestiones por el estilo de las que Pastor Diaz tomó por su cuenta. Porque ni el estudio de la naturaleza muda, ni el del animal, ó el hombre físico, ni siquiera el de las peligrosas profundidas del humano espíritu, es tan árduo en sí propio, ni tan propenso á extravíos, ni á tantas decepciones ocasionado, como el de los problemas que va presentando sucesivamente á la resolucion de los pueblos, en los diversos períodos de su vida comun, la sociedad civil ó política.

Y lo ménos de la dificultad está acaso en la complicacion de estos problemas mismos: ántes la ofrecen mayor las circunstancias en que hay que estudiarlos, ó resolverlos, con harta frecuencia. Que los pueblos tienen á la verdad dias tenebrosos: dias en que las tempestades reinan solas por mar y por tierra; en que parece que van á zozobrar las más grandes y récias naos, y arrancarse de cuajo los árboles seculares que han prestado fruto ó sombra á muchas generaciones de hombres; en que reducidos éstos á la miseria por las aguas desencadenadas, ó sin muro y techo que los defiendan del viento helado, bien ocultos, bien fugitivos, ya náufragos, ya solitarios, levantan la voz en balde, y piden, ruegan, sin que nadie los oiga, ni siquiera al pronto la esperanza, por más que ella sea la última luz que divisen los tristes en la tierra. Pocos son los que piensan, en tanto, que ha

de lucir de nuevo el sol, temprano ó tarde: pocos los que dejan de alimentar su espíritu en extremos tales, con los manjares desabridos que adereza el desaliento. De ellos fué, no obstante, Pastor Diaz al pronunciar las presentes lecciones; y para estimarlas en lo justo, menester es tenerlo en cuenta.

Paréceme ahora mismo estarle viendo llegar con la primera de ellas, cierta noche, á la cátedra del Ateneo de Madrid, si hoy tan muda, tan fértil en levantados discursos entónces. Cursaba yo á la sazon las aulas de jurisprudencia: era él ya un ex-ministro y un hombre político de nombre, experiencia y saber. De entónces acá han pasado bastantes años, y ha habido muchos sucesos, en los cuales tambien me ha tocado á mí la vez de tomar alguna parte. No es propio del régimen de gobierno, que ha tenido España en este no breve período de tiempo, el que los hombres políticos, bien que sean hijos de una misma escuela, y aunque profesen por lo general iguales principios, dejen de diferir á las veces unos de otros, formando distintas opiniones teóricas de las cosas prácticas. Cuantos andamos, á un tiempo, por los quebrados senderos de la vida pública, hemos de tropezar sin remedio los unos con los otros en ella, pareciendo alternativamente, ó amigos, ó adversarios. No puede decirse que esto último lo haya yo sido en verdad nunca de D. Nicomedes Pastor Diaz; pero harto cierto es que, en ocasiones, he juzgado los negocios públicos de un modo diferente que él, no siendo más que la rectitud de la intencion, idéntica en ambos. Con todo eso, y aunque mayores y más personales

hubieran llegado á ser, que fueron, nuestras diferencias, de una cosa estoy cierto: y es, de que no habria jamás sabido extraer de mi memoria ni de mi corazon, el respeto que infundió en mí Pastor Diaz la noche aquella en que ya he dicho que le ví llegar, sentarse en la cátedra del Ateneo, y en medio del más solemne silencio, comenzar á leer la primera de sus lecciones. Porque Pastor Diaz no las pronunció oralmente, á pesar de la singular facilidad de decir que poseia: no queriendo, sin duda, que pensamientos tan graves, llegasen en forma improvisada al auditorio.

Ya la enfermedad temprana, y la fatiga de una vida juntamente achacosa y activa, se reflejaban á las claras en su semblante. Y, sin embargo, no era su apostura la de un vencido: era la de un adalid confiado en su razon y en su buen aliento, que todavía se siente mayor que el enemigo, y espera triunfar de él en la batalla. La lectura no privaba del calor, de la oportuna entonacion, de ninguno, en fin, de los peculiares atractivos de las improvisaciones á su discurso. Sonora su voz, al par que conmovida, vivamente heria la imaginacion por sí sola, disponiéndola á ofrecer dulce acogida á las frases armoniosas, floridas, brillantes que caracterizaban su estilo. Pendía por tal manera el auditorio entero de sus lábios: único ejemplo de buen éxito que en discursos leidos haya yo presenciado, y de los pocos que, en forma semejante se hayan visto jamás.

Pero todavía la figura de aquel hombre enfermo y rico de vida, decaido y floreciente á un tiempo, era

más digna de respeto entónces que sin duda pensaban los curiosos escolares que le aplaudian, ó la multitud, tambien por lo general inexperta, que con afan lo escuchaba. Otras condiciones de edad, otro estado de ánimo, eran precisos para apreciar todo el mérito de aquel acto. De mí al ménos sé decir ya que, con el transcurso del tiempo y la experiencia tristemente adquirida, lo que más me lo hace estimar ahora, es que con él cumplieron un deber difícil en *Pastor Diaz* el hombre político, el orador, el publicista reputado. Y áun por esto imagino yo que más que por su propio valor, con no ser corto, las lecciones acerca de los *Problemas del Socialismo,* obtendrán señalada mencion en la Historia, que habrá de escribirse algun dia, de los trabajos intelectuales que se han ejecutado en España durante el presente siglo.

Que nada, á la verdad, hay tan raro, cuanto el reconocimiento de los propios deberes en los dias de confusion general: ni hay más difícil nada, que en tales ocasiones cumplirlos. Toda crísis social ó política, eso de singular tiene: que no la agrava más el desenfreno de algunos, que el retraimiento de muchos; ni tanto el poder de la agresion, como la flaqueza de la resistencia; ni ménos que la muchedumbre y disposicion acertada de las huestes asediantes, la soledad en que suelen, al fin, encontrarse los hombres de valor, que cierran ó disputan á última hora los portillos de las fortalezas atacadas. Obsérvase siempre lo propio en esto: sea que traiga el peligro el desencadenamiento del vulgo; sea que proceda de tiránicos ó anárquicos imperantes.

Pero Pastor Diaz, por su parte, rico en inteligencia y fé, si pobre de salud y fuerzas físicas, era, como él mismo dice, parecido á aquellos hombres de guerra que, lejos de esquivar los duros trances, «no »pueden oir el toque del clarin sin aprestarse al »combate, y sin que levanten su corazon á la emo»cion de la pelea». Pudiera, acaso, añade él propio, haber permanecido tranquilo, apático, indiferente, delante de los combates de la fuerza, de las pasiones encarnizadas, de los intereses hostiles y de los partidos contendientes; pero no «cuando veia empeña»das en el mundo moral, grandes luchas de princi»pios y profundas cuestiones de ideas»: que él era de los hombres que «se encuentran orgánicamente des»tinados para sentir, en lo íntimo de su corazon y de »su inteligencia, el sacudimiento de estas conmocio»nes del mundo, para aplicar su oido á los vientos »que cruzan, para aplicar su voz y su respiro á los »ruidos de la tempestad, aunque no sea más que pa»ra conjurarla».

Retrato el anterior de mano propia, no alcanza ménos parecido por eso. Y por lo que toca al sacudimiento que estimulaba á la sazon su espíritu, basta, para ponderarlo, decir que fué aquel que de 1847 á 1852 conmovió, en realidad, á los pueblos todos, y á casi todos los Gobiernos de Europa.

No me parece inútil recordar ante todo, y aunque sea bien sabido, que durante el primero de estos años, por sí solo ocupó la atencion, no ya de Italia únicamente, sino de todas las naciones cristianas, el advenimiento á la Silla de San Pedro del actual Pon-

tífice de la Iglesia. Al paso que la amnistía y las reformas llenaban de repente de júbilo á Italia, y al Austria de desconfianza, el ya viejo liberalismo europeo, pensando, por un momento, que iba á ponerse al cabo á su cabeza, el Vicario de Dios en la tierra, con lo cual cesaría para siempre, entre la Religion y él, la discordia, dió rienda suelta al entusiasmo en todas partes. Y ni la silenciosa agitacion de la Polonia impotente; ni los mal encubiertos agravios nacionales de su vecina la Hungría; ni las aspiraciones, más fantásticas entónces, que positivas, de los unitarios alemanes; ni el triunfo laborioso, pero decisivo, de la liga de Manchester sobre los privilegiados terratenientes ingleses; ni las seculares quejas, no interrumpidas en tiempo alguno, de Irlanda; ni los ecos, tampoco, del cañon que atronaba las montañas suizas, dirimiendo allí las desavenencias religiosas y políticas de radicales y conservadores; ni los síntomas siquiera de próxima mudanza, que por aquel tiempo ya ofrecian en Francia, ora los procesos escandalosos de ciertos altos funcionarios, ora las mal definidas, y no por eso ménos ardientes pretensiones de los adversarios de un largo é impopular Ministerio; de esta parte, las diversas antipatías dinásticas; de aquella, los indudables abusos electorales y parlamentarios; de otra, en fin, el hambre, con que afligieron tambien dos malas cosechas, á aquel pueblo, por tantas causas diversas movido á la exaltacion y al despecho, bastaron para nublar los risueños horizontes que el año de 1847 presentaba por todos lados al mayor número de las gentes en Europa.

Mas á aquellos dias, que este siglo no dejará nunca de llamar felices, sucedieron, al cabo, el 22, el 23, el 24 de Febrero de 1848. La dinastía de Orleans, levantada un dia por el pueblo francés, huyó, por el mismo pueblo vencida: ni tan defendida ni tan respetada, como la primogénita de Borbon lo fué en su caso. París amaneció otra vez capital de una República. Y las llamaradas de aquella hoguera inmensa, bien pronto comunicaron el fuego á las más de las naciones circunvecinas. Milan y Venecia, no más que un mes despues de la revolucion francesa, echan á las compañías tudescas, de sus calles la una, la otra de sus canales. Un príncipe de valor, bien que lo hubiese empleado en su juventud en la toma sin gloria de los flacos reparos del Trocadero, allá, cuando terminó infelizmente en Cádiz la segunda época constitucional de España, declara de súbito las pretensiones de *Libertador de Italia*, mal confesadas, si no bien encubiertas por su familia desde más de dos siglos ántes; y réciamente esgrime contra el Austria su espada, aunque á la postre sin fortuna. Y en tanto, al de Sicilia, de antemano insurrecto, se junta, para obligar á capitular á su Rey, el pueblo de Nápoles. Ni los Gobiernos militares de Berlin y de Viena aciertan á resistir á los populares levantamientos, y caen tambien, como heridos del rayo. Esto al tiempo que la raza slava discute sus propios derechos en Praga, y la alemana en Francfort, sin tener mucho en cuenta los intereses de sus Príncipes: al tiempo en que la Hungría toma, en fin, las armas, y levanta contra el áulico Imperio, cuya principal entraña era, ejércitos formidables.

La lucha, así de ideas y de razas, se suscita y mantiene á hierro y fuego, al Sur y al Norte, al Oriente y al Occidente, en un propio punto. Y por remate y cruel corona de todo, despues de luengos siglos de señorío, indisputado y sereno, en las dos orillas etrusca y latina, del Tíber, sábese que ha tenido que salir de allí, disfrazado y solo, el Romano Pontífice: aquel amado Varon, aquella autoridad misma que, con su sacro acento, habia despertado en el liberalismo europeo esperanzas tan plácidas, dejando ya á este detrás de sí por declarado enemigo, y áun por vencedor entónces. No de otra suerte huyó de allí mismo algun dia la autoridad secular del Imperio de Augusto y Constatino, cuando los muros malhadados de *Puerta Salara* dejaron penetrar hasta el Capitolio desierto, á las hordas de Alarico sangrientas.

Y todo cuanto digo, aunque tan espantable, y aunque tan hondamente hiriese los sentimientos de muchos millones de conciencias humanas, como que fué pronto seguido de restauraciones completas, ó desde su principio parecia ya con razon insubsistente, todavía preocupó ménos á los hombres de mundo y de Estado, que la aparicion en el órden positivo y real, de ciertas opiniones, con general indiferencia hasta entónces oidas, y que tomaron de repente en tal punto el carácter apremiante de *Problemas Sociales*. Nada hubo que tan profundo miedo infundiera al fin en aquel tiempo.

No sorprendieron ellos tanto, en verdad, como á otros, ni á Pastor Diaz, ni á ninguno de los publicistas y pensadores que habian seguido á sus solas el

el movimiento, no siempre regular y directo, aunque progresivo siempre, del espíritu humano durante los últimos años. Las primeras páginas del libro, que ahora se imprime, enseñan que, cuando las escribió, hartos años ya habia que al autor le era conocido el socialismo, en sus diferentes escuelas, y con todas sus imposibles pretensiones. No era á él por lo mismo ni á los de su especie, á quien habia de cogerles de improviso el que Luis Blanc, el autor de *L'organisation du Travail*, ya en 1839 dada á la estampa, evocara luego en el *Luxembourg* los manes siniestros de Spartaco, declarando que era la bandera de aquel la misma que la de los trabajadores del dia, (no ménos esclavos, en su concepto, con depender enteramente de los capitalistas, sus amos, que lo fuesen aquellos que amenazaron armados á Roma, despues de haber venido con cadenas al suelo itálico, desde sus bárbaras regiones), al propio tiempo que hacia sinónimos miseria y concurrencia, delito y miseria. No era él de los que debian maravillarse tampoco, porque el mismo J. P. Proudhon, que en 1840 se habia ya contestado á sí propio á esta pregunta: *¿qu'est-ce que c'est la propriété?*, diciendo: *la propriété c'est le vol;* y que habia osado aplicar á la propiedad individual aquella durísima máxima del primitivo derecho romano, *adversus hostem æterna auctoritas esto;* bien que refutase con su implacable espíritu de contradiccion las teorías socialistas más generales, por su cuenta formulara, en cambio, la aspiracion peligrosa del *crédito gratuito*, ó con vano afan proyectase la infeliz institucion del *Banco del pueblo*. Ni pudo más parecerle raro el que

Victor Considérant todavía mantuviese en el *Hotel de Ville* con un discurso famoso, aquel ensueño cándido de *Phalansterio,* que el honrado Cárlos Fourier tanto acarició en la fantasía, hasta su mal burlada muerte.

Y, verdaderamente, sin profundizar mucho en las obras de los autores citados, ni hacer alto en otras várias, y áun ménos importantes utopias, como la *Icaria* de Cabet ó el *Régimen racional* de Owen, bastábales á los que como Pastor Diaz habian seguido de cerca estas cosas, para comprender, desde luego, toda la gravedad de las discusiones, con urgencia empeñadas al calor de la revolucion de 1848, no más que el tener presente la tésis comun de todo aquel violento certámen, muchos años ántes expresada por Saint-Simon en el *Nouveau Christianisme* con las palabras que siguen: «El objeto de todas las instituciones so»ciales no debe ser otro que mejorar física y moral»mente la condicion de la clase más numerosa y más »pobre de los hombres».

Sólo una cosa pudo sorprender á todos, por igual, algun tanto. Desde Abril de 1825 en que eso último se dijo por un visionario reconocido, hasta el propio mes de 1848, en que tuvo que responder Lamartine á la sociedad de *Economía política,* no sin razon quejosa de que la revolucion hubiera suprimido en la enseñanza superior, como si fuera inútil, aquella ciencia, obedeciendo en ello al ódio insensato que los novadores la profesaban, no habia transcurrido, en verdad, muy corto plazo de tiempo; pero áun así y todo, era ya digno de nota el general imperio que habian llegado á adquirir en los ánimos, tales doc-

trinas. Que aquel mismo poeta insigne, que tan grandes instintos conservadores descubrió en el Gobierno, no vaciló en declarar ya entónces, desde el poder, que la nueva república estaba en el caso de dar á la *Economía política* otras funciones, haciendo de ella, tanto la ciencia de la fraternidad, como la de la riqueza, y obligándola á enseñar el modo de distribuir esta, con mayor equidad entre los hombres; no ya sólo á producirla, para que ella de por sí sola vaya distribuyéndose luego, entre los que más por su inteligencia, por su actividad, ó por sus sacrificios la merezcan.

No en verdad: no llegó á amenazar tanto á Roma Spartaco; ni tan de cerca la sediciosa predicacion de los Gracos; ni sociedad alguna acaso ha estado tan en riesgo de perderse como lo estuvo la francesa, al advenimiento del verdadero *Siglo de oro,* como Saint-Simon apellidó ya en su tiempo, á la social revolucion que presentía. Y hay que contar con que, en los de la francesa, estaban, á no dudarlo, en aquel punto mismo cifrados, por la fuerza de las circunstancias, los destinos de toda la sociedad europea.

A tal y tan general peligro, no era, pues, suficiente el que los políticos de aquella nacion, como Guizot y Thiers, ó sus economistas, como Blanqui y Bastiat, acudieran vigorosamente al encuentro de los *Problemas del Socialismo.* Necesitábase no ménos el que en todas las demás partes de Europa se ejecutase otro tanto, de consuno, bien que al pronto no se sintiesen por igual el riesgo ó los estragos. Y eso fué lo que intentó y llevó á cabo Pastor Diaz, tocante á Es-

paña; y tanto representan y significan las páginas de este libro.

No puede ser mi propósito analizarlo aquí con detenimiento. Por lo mismo quiero descubrir desde luego los cimientos en que todo él está interiormente fundado.

Era Pastor Diaz uno de los muchos pensadores, que modernamente han pretendido lo que el Pontífice mismo habia procurado en el tiempo á que me refiero, sin éxito; es á saber, la conciliacion y armonía entre las nociones, los deseos, ó las necesidades actuales, y la fé en lo sobrenatural, la creencia en lo revelado, la religion, en suma, de nuestros mayores. De aquí que el publicista español guarde siempre confiado las máximas consoladoras, recogidas por los evangelistas, para calmar con ellas los dolores inevitables del género humano, que tan fuera de medida describian, ó por tan desusada manera procuraban emplear en provecho de sus locas imaginaciones los novadores. Ni de otra suerte, por ventura, podian ofrecerse fáciles alivios á dolores, que son harto reales, por desgracia, aunque no se les exagere de intento, en el mundo.

Pero si yo no me engaño, es muy digno de cuenta, que lo sobrenatural, lo revelado, Dios, no eran, como para tantos otros, en caso semejante, para Pastor Diaz una mera hipótesis, propia para erigir sobre ella un razonable sistema: no una afirmacion arbitraria, de aquellas que exige primaria y necesariamente la lógica á los filósofos más incrédulos, ántes de que inicien, y para que puedan iniciar de algun modo el

proceso sintético ú analítico de sus inducciones ó deducciones. Pastor Diaz era de verdad cristiano; y áun por eso esgrimia con tan singular desembarazo las armas del cristianismo contra los socialistas. Adviértese á la legua, en sus frases, la elocuencia inequívoca del propio convencimiento. Abrase por donde quiera el libro, sobrados indicios se hallarán en él de estos asertos: pocos tendrán tan á la mano, y tan acabada la prueba.

No hay hombre, dice desde luego Pastor Diaz, que estudie la filosofía y la historia, y no tenga que anonadarse confundido, y postrarse deslumbrado delante del Evangelio. Para él, sólo el cristianismo realiza, «la divina alianza entre la idea »más dilatadamente social, (que aún por eso se lla»ma católica), y el reconocimiento más santo de »la dignidad humana». La Iglesia es á sus ojos «un »ideal de tan formidable grandeza y de tan sorpren»dente sublimidad, que ninguna inteligencia humana »hubiera podido concebir este pensamiento». La armonía de las voluntades individuales dentro del estado social no puede tampoco producirla en su opinion, sino «una idea, un principio superior á la »voluntad de cada uno»; y afirma por lo mismo que cuando Dios ha permitido que se ofrezca á los ojos humanos un ejemplar de esta sublime concordia, la han dado todos «un nombre más significativo que *so»cialismo*, más noble que pátria, más blando que de»recho, más consolador que obligacion, más sensato »que libertad, más venerando que autoridad y po»der». Lo que por fuerza hicieron, no ya sólo el

mundo sino el propio cielo, al decir de nuestro autor, fué llamar RELIGION «á este sentimiento, á esta doc»trina, á esta asociacion, y á esta sublime espe»ranza».

Natural era que, arrancando de tales fundamentos su raciocinio, no hallase el publicista español la armonía, que á la sazon se buscaba, «entre la propiedad »y el trabajo, entre el capital y la ganancia, entre la »produccion y el consumo, entre la acumulacion y la »reparticion, entre la riqueza y la miseria, entre las »clases opulentas y las necesitadas, entre las necesi»dades físicas y las aspiraciones ideales, entre la con»servacion y el progreso, entre el dolor de la huma»nidad y los placeres de la vida, entre la necesidad »del trabajo y la esperanza del reposo, entre la abne»gacion del deber y el desarrollo de la pasion, entre »las sugestiones de la utilidad y los sentimientos del »corazon»; ni en el interés de todos, ni en el interés de nadie; ni en la Moral del interés, ni en la Economía política, que no representaba sino el interés, á su juicio; ni en el Socialismo, que para él no podia ser tampoco otra cosa que el interés; ni en la Política, que él pensaba asimismo que no se componia sino de intereses.

Lo que fuè, eso será, dicen en alguna parte los libros santos, y repetíalo con entusiasmo Pastor Diaz; y como él comenzase por asentar que al cristianismo, y no más, se debe la emancipacion del trabajo, y el haberse cambiado con la condicion del obrero la forma de la produccion en los tiempos en que era vil el trabajo, y el trabajador esclavo, ahora tambien

pensaba que podria organizar al fin el cristianismo el trabajo mismo; que podria igualmente modificar las condiciones del repartimiento y del consumo; y que podria por último producir de la propia suerte una retribucion más abundosa, y una moralizacion más elevada para los trabajadores, sin perturbar la sociedad moderna.

Todo lo que llevo dicho, y cuanto pudiera decir acerca de la obra entera, se resume por tanto en estas palabras de Pastor Diaz con que formula al término del libro su única conclusion, que él cuenta al paso por su única ciencia: «Para el hombre,» escribe, «de »la civilizacion y del progreso, la cuestion de crear »riquezas y de comunicarlas, la cuestion de capital y »de trabajo, y de propiedad, y de comercio, no es »una cuestion de interés y de cálculo, es una cues»tion de obligacion, de moralidad; y es una cues»tion que, como la del matrimonio, no puede resol»verla la humanidad sino delante de Dios, y al pié »de los altares». Y basta ciertamente con esto para comprender el espíritu: que para conocer la letra, el razonamiento, la corteza resplandeciente que cubre ésta que puede llamarse médula del libro, preciso es habérsele oido leer con su arte mágica al autor, como yo se le he oido, ó leerlo ahora, con la detencion y el recogimiento que de suyo el asunto exige, y los talentos del escritor tambien por su parte reclaman.

Mas es claro que no llega Pastor Diaz á establecer su conclusion, ni á descubrir siquiera la tendencia de su obra, sin haber ántes discurrido largamente sobre Historia y Filosofía, y sin haber

analizado bien al paso no pocos de aquellos temerosos problemas cuya única solucion, como se ha visto, juzgaba él hallar en la doctrina cristiana. Es una introduccion que, cuando más, prepare á la comprension del libro, más que su crítica, lo que aquí me he propuesto. Por eso dejo aparte algunos juicios históricos; y tal cual apreciacion filosófica ó económica, con que no estoy conforme. No creo, sin embargo, que deba pasar en silencio una cosa singular, y que muestra hasta qué punto influyeron tambien en Pastor Diaz las ideas contemporanéas, como influyen las ideas predominantes, en cualquiera época, sobre los hombres que las conocen y explican, aunque sea lo que precisamente se propongan, contradecirlas ó refutarlas.

Era en 1849, cuando leyó sus brillantes lecciones Pastor Diaz (y no hay que asombrarse), tan enemigo ni más ni ménos de la *Economía política*, como los peligrosos novadores que á la sazon agitaban al mundo: era tan opuesto al principio *individualista*, como los más ardientes sectarios del socialismo á quien combatia; y era por último, un verdadero socialista él mismo, tomando en su sentido político y económico esta fatídica palabra: «Considerad sólo al indivíduo,» decia, y vá de muestra: «y por más que hagais sumas inconmensurables de calidades individuales, nunca llegareis á encontrar una ley, ni una »fuerza de asociacion: consideradle solo, y no le encontrareis ni derechos ni obligaciones; no vereis en »torno de él ni autoridad, ni religion, ni humanidad, »ni justicia, ni libertad siquiera». Y más léjos dedu-

cia de esto como verdad inconcusa, aunque sospechando que no era difícil que la tomasen muchos por paradoja que «lo que no hay en la naturaleza son in»divíduos;» asemejando en la sociedad al hombre con su pintoresco estilo, «á las moléculas en los cuerpos, »á los órganos en la existencia vital de los séres ani»mados, al globo en el sistema solar; á los sistemas, »en fin, de soles, de mundos, y de generaciones en las »inconmensurables profundidades de la omnipotencia »divina».

No hace falta más para demostrar que era en cierta forma socialista el autor como he dicho; pero á mayor abundamiento lo reconoció él propio al declarar, que con buen derecho aspiraria á tal dictado, si no estuviese consagrado éste por el uso en un sentido, que no estaba ya en su poder alterar, ni en su intencion tampoco.

Dudo yo si podria justamente dispensarme de dar mi opinion acerca de este punto; mas ya que me ponga á ello, brevemente he de hacerlo. Lo propio que Pastor Diaz se declaraba filosóficamente *socialista*, soy yo por mi parte *individualista*, en el sentido filosófico y económico de la palabra. Si la fuerza, el progreso y la grandeza de la comun asociacion humana, fueran el verdadero objeto de la vida terrenal de los hombres, no seria gran yerro escoger por ideal de semejante aspiracion en la Historia, al Imperio romano, con su estado de las personas, que ofrecia millares y millares de esclavos á una voluntad única, para que con ellos pudiera, sin contar con el auxilio de la mecánica moderna, montar unos sobre otros los sillares

y levantar unas encima de otras las columnas y pilastras del *Colosseo*, ó conducir, no empesciéndolo el mar ni la tierra, desde Egipto á Roma, á fin de coronar con ellos los mausoléos ó las *spinas* de los circos, los *monolithos* jigantescos que aún decoran las plazas de la Ciudad eterna: con su poderosa administracion que, no obstante el carácter municipal ó local, que realmente la distinguia, ha dejado al cabo en las orillas del Guadalquivir, del Danubio, y del Euphrates la tradicion de unas mismas institucionos; nombres de idénticas cosas, é iguales ruinas de caminos, de puentes, de puertos, de palacios y templos: con su irresistible superioridad militar, que mientras duró, fué imponiendo más rápidamente que éxito semejante se haya logrado luego en tiempo alguno, las ciencias y las artes clásicas, y las ideas de los pueblos ya cultos, á los bárbaros de casi todas las regiones: con la posibilidad de una centralizacion omnipotente en que ya pensó Mecenas; y que habria producido por de pronto la unidad de monedas, de medidas y pesas, favorecido el uso tan adelantado, áun sin eso, de una sola lengua general; y abierto fácil paso á la libertad absoluta del comercio, con otras ventajas económicas de no mucha menor importancia, tan cómodamente realizables entónces, dada la fusion de todos los pueblos civilizados en uno sólo, como es lento y difícil el alcanzarlas ahora, en el despedazado territorio que ocupan las naciones modernas. Pero sobre aquel ideal superior de asociacion humana está sin duda el ideal moderno, principalmente á causa de que, áun á costa de la fuerza social en ocasiones, cons-

tantemente enaltece y perfecciona á los indivíduos.

Vemos que Dios mismo, en los Evangelios, no aparece como ley ó fuerza social, inmaterial y abstracta; que bien pudiera adoptar cuanto cualquiera otra, esa forma para conducir el género humano al cumplimiento de sus destinos: lo que se hizo fué indivíduo, fué hombre. La sociedad, es cierto, viene á ser como otra atmósfera, fuera de la cual no podria habitar el hombre: en ella como que respira su inteligencia; con el contacto de ella se forman, se completan, se renuevan, se perfeccionan sus ideas: sin ella serian inútiles no pocas de las facultades humanas, y otras no llegarian á desarrollarse siquiera. Mas con todo eso, no está hecho el hombre, en mi opinion y en la de muchos, para la sociedad, sino la sociedad para el hombre; el hombre, y no la sociedad, es quien está formado á semejanza de Dios, segun el libro santo: en cada hombre hay no tánto sino más *libre albedrío* que en la sociedad entera, y cualquiera hombre solo es más responsable de sus propias acciones, y es moralmente más grande, por lo mismo, que todo el género humano cuando obra en asociacion y en conjunto.

La doctrina opuesta no es más al cabo que la de Hegel y sus discípulos que hacen del Estado, voz y brazo de la sociedad, un sér aparte y distinto de cualquiera otro, dotado de naturaleza y carácter propios y de derechos especiales, que á nadie debe ni puede nadie quitarle, por sí mismo subsistente, inmutable, absoluto: ella ha conducido á muchos, no tan íntimamamente religiosos como Pastor Diaz, al panteismo, y como por la mano lleva á la tiranía en lo político,

y en lo económico al socialismo. Por eso no puedo yo ménos de contradecirla algun tanto aquí ahora.

Si bien se mira, no obstante, lo que quiso combatir, y lo que en realidad combatió elocuentísimamente Pastor Diaz, no fué este ó el otro principio originario en particular, sino más bien las consecuencias impías que de todos ellos pueden igualmente sacarse. Fué defender á la Iglesia en su propia cátedra, y sobre las catacumbas mismas atacada; á la autoridad de los Tronos, en casi todas partes desconocida; al órden público, por donde quiera quebrantado; al estado social en inmenso peligro: todo lo santo, todo lo antiguo, todo lo necesario, todo lo inevitable, todo lo práctico, en fin, negado ó combatido á un tiempo por los novadores. Y si del socialismo, especialmente, bien que por ahora en la discusion vencido, quedarán todavía restos en alguna parte; ó tan desdichada fuese por ventura la España mística y guerrera del siglo XVI, servil y pobre en el XVII, decaida casi siempre desde entónces, sin que ni una mudanza de dinastía, ni dos guerras de sucesion encarnizadas, ni una contienda épica por su independencia, ni sesenta años, en fin, de revoluciones políticas, la hayan podido poner en camino de recobrar de verdad su grandeza, que aún deba contársela, hoy en dia, por la única nacion de Europa donde de vez en cuando todavía se predique el comunismo, ó se organice un socialismo impío y disolvente, en los campos, ningun otro remedio moral ofrecerán contra eso los libros, ni de tan segura eficacia, como aqu e

con que brinda á cada paso la lectura de estas poéticas lecciones.

Porque en ellas todo es hermoso ménos el mal, la impiedad, la violencia, el desasosiego, el deseo exclusivo de los bienes terrenales: aquí la sociedad, ya que aparezca con mayores funciones que las que por su propia naturaleza la corresponden, se presenta siempre á los ojos para reclamar el respeto, como protectora de la independencia; como administradora de la justicia; como guarda de todos los intereses morales; como custodia de la Religion, que es la sancion divina de la conciencia pública; aquí al capital se le enaltece diciendo que es la civilizacion misma, considerada en sus fenómenos exteriores ó permanentes, producto propio del hombre, como el Universo, de Dios, la más grande, por tanto, y la más inviolable de las creaciones humanas: aquí, en fin, aparece bien y cumplidamente demostrado que la libertad del trabajo es esencialmente toda la libertad del hombre; y que «lo que »se llama libertad individual y libertad de conciencia, »libertad civil, y libertad social no es otra cosa que »el trabajo libre».

Ni hay que buscar entre estas y otras doctrinas del autor contradicciones. Rara vez dejan de poderse señalar en los principios, cuando se examina de cerca cualquier doctrina de aplicacion social: ménos puede esperarse todavía, que se junten en indisoluble consorcio las ideas en estas obras literarias, que germinan, y brotan, y crecen al sofocante calor de las revoluciones generales. Y de esta manera considerada la de Pastor Diaz, hija de la fé, aún más

que de su levantada inteligencia, del sentimiento todavía más que del raciocinio; verdadera en sus afirmaciones, aunque fuese errado, á las veces, el procedimiento para llegar á ellas; consoladora, reparadora, entusiasta en medio de las universales tristezas de entónces, no ha de juzgarse al por menor: hay que estimarla, hay que aplaudirla, hay hasta que admirarla, como yo la admiro, en el todo.

Y eso que no he dicho todavía que la lengua castellana, grande amiga desde fines del siglo XV de las más oscuras cuestiones de la filosofía, pero que no por eso ha podido ofrecer más tarde muchos modelos en este género, que hayan de estudiarse con fruto, tambien debe no pocos beneficios al autor de los *Problemas del Socialismo.*

Han llamado primero mi atencion, como creo que merecen llamar la de cuantos lean el libro, las circunstancias en que se escribió y la ocasion en que se dieron al público sus páginas. En segundo lugar, me he ocupado en señalar la tendencia de la obra, el espíritu que la anima, y no creo tampoco desacertada tal preferencia. He señalado, en tercer lugar, una doctrina fundamental, con altos y nobles intentos enseñada por el autor, pero que, á mi juicio, convenia rectificar; y otras, en cambio, útiles y ciertas. Y al paso tambien he dicho ya lo suficiente acerca de las cualidades del estilo de Pastor Diaz, que son en estas las mismas que en otras de sus obras. Ahora, no quiero concluir este ya largo prólogo, sin decir asimismo alguna cosa del lenguaje filosófico por el autor empleado.

Formalmente he indicado ya, y lo repito, que este libro ha de estudiarse tambien con provecho, en mi concepto, por los amantes fieles del habla castellana. No es ciertamente que no puedan señalarse atrevidos ó extraños neologismos en su lenguaje; ó que sea siempre en sus frases castizo y correcto el régimen, clara ó exacta la estructura; bien proporcionada, en suma, en todos los casos al concepto la forma. Si esto puede con alguna severidad exigirse á los modernos escritores castellanos, que, despues de tantos otros doctos ó grandes, traten ahora de poesía ó de Historia, y escriban comedias de amor, ó novelas picarescas, no es igualmente equitativo reclamarlo de los pocos que se proponen explicar en nuestra lengua, las leyes ó los fenómenos del espíritu humano, que enseñan la Filosofía y las ciencias sociales. Tres siglos de enmudecimiento en tales materias, hacen hasta cierto punto á nuestra lengua desconocida ó extraña en ellas. Nuestros escritores místicos son por lo general más elocuentes ó persuasivos, dulces ó tiernos, que analíticos ó expositores de doctrinas: nuestros políticos, aunque dignos, como me propongo probar en otra ocasion, de más estima que se les ha mostrado hasta aquí, rara vez levantaron sus ánimos á la contemplacion de los primeros principios de las cosas que trataban: otro tanto acontece con los economistas y arbitristas del buen tiempo. Y escritas casi siempre en latin la Teología y la Filosofía, mal pudo ejercitar en estas ciencias el romance sus medios. Algo se hizo, no obstante, en este punto, y eso muy bueno: bastante á demostrar desde luego,

ámpliamente, cual se podria con tiempo y espacio, que era, tan capaz como la que más, la lengua castellana de expresar, con claridad y exactitud, los más hondos, ó los más abstractos conceptos.

No hay que engañarse con todo eso: las violencias que hace, en ocasiones, al uso del lenguaje castellano Pastor Diaz, como se las han hecho, cuantos han escrito de Filosofía en España en estos últimos tiempos, tarde ó temprano hubiera habido que hacérselas, á no dudarlo; tan pronto como se hubiese querido apropiar del todo, á las necesidades de la reflexion filosófica, el romance castellano. Todo estaba en el modo de hacer al uso del lenguaje tales violencias: que ellas podian ser inútiles como convenientes, pueriles, como graves, inteligentes y acertadas, como fruto del descuido, de la ignorancia, ó de la incompleta comprension de las ideas y de las palabras. De aquí que sólo debiesen intentarlo grandes escritores como Pastor Diaz; pero por eso mismo, el ensayo de lenguaje filosófico castellano, que él hizo, en esta y otras obras análogas, bien puede recomendarse con confianza. Tal vez no se haya hecho otro más feliz todavía.

Que si en algun punto necesitase nuestro autor de disculpa, fácilmente podria yo hallarla, registrando los libros de los pocos españoles que, en los siglos pasados, trataron semejantes materias. Hablando precisamente de *neologismos* filosóficos, Fr. Angel de Badajoz, que compuso una especie de prólogo para los *Triunfos del amor de Dios*, obra muy bien escrita por Fr. Juan de los Angeles, é impresa en Medina

del Campo en 1589, dirigió estas notables palabras al lector *purista* de su tiempo: «Dime, por cari»dad, ¿qué ciencia ó qué arte hay, ni áun qué oficio, »que no tenga sus términos naturales? ¿Y al amor de »Dios, ciencia de todas las ciencias, y arte divina, su»perior á todas las demás, les quieres quitar el privi»legio que gozan áun las mecánicas? ¿Y, á quien tan »admirablemente escribe de ella, no darle licencia »para que mida sus propios términos?» Es seguro que, desde 1589 acá, á haber habido frecuentes ocasiones de aplicar tal doctrina, con sólo ella se hubieran introducido en el romance, para formar el lenguaje filosófico, cuantas novedades hiciesen falta.

Lo que nunca debe, en tanto, olvidarse es, que, ya que para explicar ideas abstrusas, sea lícito introducir palabras nuevas, ni áun esto ha de hacerse sino con prudente parsimonia y economía; como enseña el más discreto de los legisladores literarios, en tales palabras:

. . . . *Si forte necesse est*
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget, dabiturque licentia sumpta pudenter.

Y cuando no siempre hubiere cumplido con este precepto Pastor Diaz, como cuando no haya acertado en todos los juicios, ó en algunas de las doctrinas de su libro, siempre ofrecerá éste al filósofo, ó al gramático que recorra sus hermosas páginas, ocasion de pensar por lo ménos.

Porque esta obra es, como aquellas plantas beneficiosas que, aunque no siempre den sazonado fruto,

ántes fertilizan, que empobrecen, el terreno en que brotan: como aquellas nubes que, si no traen siempre el riego que falta, purifican con sus brillantes descargas la atmósfera. Notable por sus grandes y frecuentes aciertos, hasta en los errores, cuando los tiene, algo aprovecha y enseña. Una buena intencion constante en el autor, un alma siempre sensible y elevada, un talento superior, no desmentido en una sola página, producen este resultado, sólo contradictorio ó paradógico en la apariencia: en realidad natural, y fácil de comprobar con leer el libro.

MADRID y Julio de 1867.

III.

DEL JURAMENTO POLÍTICO

DE LOS

ANTIGUOS REYES DE ARAGON.

BREVES CONSIDERACIONES

ACERCA DEL

JURAMENTO POLITICO DE LOS ANTIGUOS REYES DE ARAGON,

escritas con ocasion del libro que dió á luz con este título

DON JAVIER DE QUINTO.

I.

Largos años hace, que corre como cosa averiguada en España, esta fórmula que, al decir de muchos, usaban los aragoneses en el acto de jurar á sus reyes: *Nos que valemos tanto come vos, y que juntos podemos más que vos, elejimos Rey con estas y estas condiciones, é intra vos y nos un que manda más que vos.* Suelen las últimas palabras sustituirse á las veces con las siguientes: *con tal que vos nos deis nuestros fueros y libertad, y si no no.* Todos, de uno ú otro modo, hemos escuchado y áun repetido mil veces estas frases; y si todos no, muchos, hemos simpatizado con la audacia

que revelan, con el valor y la dignidad que en ellas se ostentan. Pues, con todo eso, semejante fórmula es una ficcion solamente: tales palabras son obra de un extranjero; ó si obra entera no, una de esas síntesis y generalizaciones, que suelen hacerse al presente en la historia; una frase compuesta para herir con ella más vivamente, que con la verdad laboriosa, y la incompleta teoría, que de sí dan por lo comun los hechos, los ánimos de la muchedumbre. Sin reflexion, sin crítica, se han admitido luego las palabras estas en España; y con ello se ha hecho cierta ofensa á la rigorosa severidad de la historia, que procura borrar para siempre, el libro cuyo título vá al frente de este artículo.

Claro es, que al hablar, por tal manera, nuestra opinion es conforme á la del Sr. Quinto, en lo que hay de esencialmente histórico en su obra. Tambien, aunque no tanto como él, ha recorrido el autor de este artículo crónicas y tratados antiguos, sin encontrar huella alguna de la fórmula del célebre juramento: tambien la cree forjada en el extranjero: tambien le parece probable, que fuera su autor el famoso jurisconsulto Hotman, en la *Franco Gallia,* impresa en 1573 por vez primera (1), de donde bien pudo venir á formar parte de los errores no escasos, con que salpicó Antonio Perez sus *Relaciones* famosas (2). Para probar esto el Sr. Quinto ha revuelto cuantos libros ó papeles suelen hallarse en la materia; ha traido á discusion los historiadores como los jurisconsultos; ha acumulado grandes argumentos negativos y no pocos afirmativos; ha analizado hasta las palabras de la

fórmula, que á su juicio ni siquiera han podido en Aragon decirse en la ocasion supuesta; ha examinado con detencion las leyes y las costumbres indubitables: nada, en fin, ha dejado de compulsar, y de poner á contribucion ó estudio. Por eso mismo al leer su obra llega á olvidar la mente su fecha: que tal caudal de erudicion no es frecuente, por cierto, en los libros españoles, posteriormente escritos á la guerra gloriosa y fatal de la *Independencia*. La imaginacion se siente halagada, con ver á la luz del dia nombres tan olvidados en nuestras imprentas, como los que el Sr. Quinto saca de nuevo á plaza: Briz (3), el buen abad de San Juan de la Peña, Fray Gauberto Fabricio de Vagad (4), reverendo monge de Santa Fé, el desgraciado príncipe de Viana, cuya crónica, impresa en Pamplona seis años ha, no conocemos á nadie que la haya leido (ni áun el Sr. Quinto á lo que parece) (5), durmiendo por consecuencia la edicion entera en casa de un editor burlado, que á la larga habrá de venderla por papel viejo; Morlanes, á quien el docto Briz llama su maestro y que defendió en pleito los derechos del reino contra las transgresiones de Felipe II; el osado padre Murillo, Portoles, Blancas (6), Zurita (7): cuantos códices se conservan del llamado fuero de Sobrarve; cuantos manuscritos de historiadores y jurisconsultos todavía guardan nuestras esquilmadas bibliotecas. Todos estos documentos, en suma, y otros más que dejamos olvidados, concurren con sus palabras á dar autoridad y fuerza á la opinion del Sr. Quinto; y áun acuden á cautivar, de antemano, el ánimo del leyente con la memoria que

le traen de aquellos tiempos, en que se solia estudiar ántes de escribir, y apurar los hechos ántes de juzgar de ellos. La obra del Sr. Quinto, por tanto, es digna de la reputacion de su autor, y de la Corporacion respetable que le cuenta y abriga en su seno.

Parécenos ser explícitos y no escatimar elogios á la obra del Sr. Quinto. Mas, por desgracia, hay una cierta pendiente en el espíritu humano, que rara vez permite al autor de ningun descubrimiento ó verdad apreciable, pararse en firme y contenerse á tiempo, limitándose á sacar sólo las consecuencias debidas del hecho ó principio asentado. Acaso las particulares circunstancias de su posicion, y las de la época tormentosa que atravesamos, hayan tambien contribuido poderosamente á extraviar en este caso, aún más de lo ordinario, al Sr. Quinto. Pero sea una ú otra la causa, el hecho parece evidente, y más que hacer por él cargos al autor de que se trata, es hoy nuesto intento dejar en su lugar ciertas verdades históricas, que pueden tener influencia en el modo de sentir, de los que se inclinan á fundar, en precedentes remotos, sus actuales opiniones políticas en España.

Que no hay que engañarse con la ligera esperanza de que el desenfreno irreflexivo de las poblaciones turbulentas, ni ménos las legítimas reclamaciones del espíritu moderno en las naciones del dia, puedan contenerse ó anularse en adelante, con negar lo pasado, escatimando los derechos ó los hechos en la historia. Preciso es que busquen en el tiempo presente sofismas ó argumentos las opiniones antiguas, si es

que quieren de veras dar algun fundamento á sus propósitos. Poco se alcanzará en otro caso con probarle á Proudhon, que el *socialismo* no ha tenido jamás aplicacion séria en el mundo: poco retrocederá, por otra parte, en su camino la flamante república de Roma, por que se haga tan fácilmente patente, como es posible, que cuenta el poder temporal de los Papas, no menos ya de veinte siglos de indisputada existencia. Las ideas radicales, ó buenas ó malas, viven por sí y no necesitan ni piden la sancion de la historia. Las que la necesitan son las *ideas medias*, es decir los sistemas derivados á un tiempo de la filosofía y de la historia, único dique sólido, no obstante, que puede oponer lo presente á las inundaciones por venir. A los hombres conservadores, pues, les toca, más de cerca que á nadie, el deber de rectificar las exageraciones, con que, á nuestro juicio, oscurece el Sr. Quinto las verdaderas enseñanzas que ofrece, en el punto que tratamos, la historia.

No es fácil, sin embargo, traer á este autor á campo cerrado, para probarle en él sus sinrazones. Tocando por una parte la verdad, y rindiéndose, por otra, á la pendiente de su preocupacion y de su lógica, el señor Quinto ha envuelto en velo tan tupido sus opiniones propias, que apenas puede ponerse aparte una sola, que le pertenezca por entero, y sea fácil combatir aisladamente. La oscuridad de su libro llega de esta suerte á ser tal, en ocasiones, que produce verdadera confusion; y el lector, por interés que halle en su estudio, tiene con frecuencia que cerrarlo para coordinar las ideas un tanto. A esto contribuye en mucha parte el

que, para probar enteramente (gloria que no le disputamos) que la fórmula del *Nos que valemos tanto como vos*, etc. es apócrifa, pone el autor en tela de juicio todo el derecho público de la corona de Aragon, combatiendo los más de los principios deducidos de él hasta el dia, con grande aparato de crítica; pero, sin afirmar nada concreto, sin llenar por sí el hueco de lo mucho que niega. Prefiere contentarse, de ordinario, con dejar entender maliciosas opiniones; que no aprovechan á la verdad, aunque puedan ayudar á las veces á desvanecer errores. Crítica *volteriana* en realidad, que no seria bien reproducir en nuestros tiempos, y ménos por escritores como el señor Quinto, que blasonan de saber y de conciencia.

¿Cuáles confines ciertos tuvo en Aragon la autoridad real, y qué derechos seguros guardaban allí los pueblos? ¿Cuáles fueron las atribuciones positivas de los Justicias, tan disputadas hasta el dia? ¿Qué carácter dominante ofreció verdaderamente el gobierno de Aragon en la Edad media? Todas estas cuestiones las emprende el Sr. Quinto con resolucion, pero sin resolver al cabo ninguna de ellas: en todas entra, y en pocas abre huellas á su paso: quizá en ninguna deja puesto mojon sólido, que pueda servir de lindero en lo futuro. Indicaciones hay sólo: indicaciones no más, aquí ó allí esparcidas por la obra, las cuales bien puede ser que el autor haya dejado de reducir premeditadamente á cuerpo de doctrina. Pero si alguien saca por eso mismo de su libro alguna consecuencia aventurada; si aquí, sin ir más lejos, se combate ahora alguna opinion que no acepte por buena y suya, quejarse debe de sí

propio el Sr. Quinto, ó de la indecision en que ha dejado las líneas de sus cuadros, y todos los asuntos que trata. Culpa suya será, asimismo, el que las notables supresiones que ha hecho en los textos que cita, hagan nacer en personas de igual malicia, que él muestra de ordinario, la sospecha de que haya sido ántes su objeto en ocasiones demostrar y sacar adelante su peculiar sentir, por medio de la historia, que no traer á la clara luz, que ella apetece, las genuinas opiniones de los aragoneses antiguos. ¿Los textos, no es verdad que deben citarse enteros, en cosas tan graves, ó dar razon bastante de las mermas y mutilaciones que se les hacen, en otro caso?

Precisamente lo último es lo que nos ha dado estímulo y valor para escribir de esta materia; más faltos de medios propios que de fuerzas todavía, con ser tan tasadas estas últimas. A la verdad, con el gran deseo que nos animaba y todo, y el interés de no leve monta, que nos movia á ello, habriamos guardado probablemente silencio en este dia, á no haber abierto el Sr. Quinto, con sus indecisiones unas veces, con sus omisiones otras, tan ancha puerta á la crítica honrada. Porque es fuerza confesar que no contamos con tiempo ó con espacio proporcionado aquí, para debatir convenientemente las grandes cuestiones con que brinda el libro que nos ocupa al presente, ni tenemos á mano los muchos documentos, que pudo recojer su autor en largos años de estudio sobre la materia; y hemos de poder solamente, por lo mismo, analizar los puntos más culminantes que él encierra, y traer no más á cuento los datos comunmente cono-

cidos, y de donde se deducen consecuencias más obvias. Será esto, pues, un análisis crítico, y no una nueva obra, cual merece el asunto.

No con otro intento vamos á asistir inmediatamente á la eleccion de Garci-Jimenez, siguiendo las pisadas de Fabricio de Vagad; vamos á buscar en la Crónica de Don Cárlos las tradiciones que en su tiempo quedaban de Iñigo Arista; vamos á inquirir las huellas del Fuero Juzgo en las ruinas sangrientas de los siglos medios, examinando al paso las opiniones de Zurita, Blancas, Martinez Briz, y algunos otros de los conocidos doctores de la corona aragonesa. Con estos solos auxilios, y los que hasta aquí ofrece el estudio de la historia política de aquella época, en lo general de los pueblos europeos, procuraremos fijar hasta donde sea posible la verdad, que el Sr. Quinto parece que buscaba, y que no halló siempre en mi concepto: bien que sea justo observar, que cien veces la tuvo delante de sus propios ojos sin verla.

II.

El primer historiador aragonés, que merece nombre de tal, y á cuya disposicion estuvieron ya todos los archivos y papeles del reino, fué el P. Gauberto Fabricio de Vagad. No tiene, en verdad, su crónica autoridad decisiva; ni queremos prestarla otra consideracion, que la que el mismo Sr. Quinto le conceda. Pero, puesto que él la cita, lícito ha de ser probar, que de su testimonio no se deduce, todo lo que supone en el libro que examinamos. ¿A qué discutir ahora sobre

la importancia absoluta de estos textos? Bástenos con saber que se las dá el Sr. Quinto, y que no es fácil obtenerlos más autorizados y seguros, sobre los remotos sucesos que dieron principio á la monarquía en Aragon. Hasta nos hemos de limitar á trascribir los trozos mismos á que se refiere el Sr. Quinto: que nuestro intento es sólo que no quede omitida en las citas palabra alguna, para ver si parecen así legítimas, las consecuencias por él sacadas y expuestas.

Hablando de la consulta, que se supone que hicieron los aragoneses á los santos varones recogidos en San Juan de la Peña, respecto de la eleccion de Rey, se expresa Vagad de la manera que sigue: «Los santos va»rones», dice, «que reconocian más llanamente la ne»cesidad y grandeza del fecho, pusiéronse más es»trechamente con Dios, y oido mucho de mañana su »misa, ayuntáronse los dos, y concordes con el ins»tinto divino que los guiaba, llamaron los principales, »y dijéronles que cerca de aquello que les habian en»cargado, su parecer era éste. Que debian todos con»certar primero entre sí de cómo y á quién habian »de escoger, y despues de ser todos concordes cerca »de la persona, que debian todos juntos decirle: que »pues ellos, siendo tan exentos y libres, querian tan de »su grado escogerle y levantarle por señor y renun»ciar, por le seguir, su misma libertad y querer, que »tambien él debia reconocer la honra tan grande que »en ello se le facía, y repartir con ellos el regimiento »del reino, porque de esa manera seria más justo, »más igual, mejor y más durable que otro alguno, »pues, más á grado de todos, el bien de todos, que es

»el bien del reino se procurase y rigiese, y él quedaria »más descansado y seguro; cá ni él podria tanto errar, »pues, á consejo de los tan suyos rigiese, ni ellos des»obedecer, á quien tanto de ellos fiase: y porque si »diferencias quizá nasciessen, como siempre suelen en »los hombres nacer, toviessen presto el remedio para »los poder luego atajar, que escogiesen todos un hom»bre que fuese tan de pro y varon de tanta virtud, »que, sospecha dél ni recelo se hoviesse, de salir de lo »debido, ni se apartar de la razon; y que este varon »poder no toviesse de torcer, por via alguna, de lo por »todos ordenado, mas que fuese como *fiel entre ellos »que ni dejase al Rey salir de lo asentado por el mismo »y por los suyos, ni á ellos consintiese desviarse de su »Rey*, mas todos fuesen tan unos cerca del bien de to»dos que siempre lo de todos fuese lo primero que »todos procurasen. Todos por ende concordes, fechas »muchas gracias á Dios nuestro Señor, por la tanta »merced que fecho les habia, se despidieron de los »santos varones, y sin la bendicion de ellos partir no »quisieron; y vueltos á la peña de Uriel (8) que está »poco ménos de chica legua de Jacca, pusieron por »obra lo concertado en Sant Johan, y..... fecho por »todos, como un acto de corte, de comun consenti»miento, solemne, libre, y gozoso, invocado pri»meramente el nombre de nuestro Señor y de la »bienaventurada madre suya, escogieron juntamente »y de un golpe mismo, al magnánimo varon D. Garcí »Ximenez, godo real, y de sangre de reyes godos ve»nido; y al oficial que llamaron despues Justicia de »Aragon, para ser, como *tercero*, entre los del reino y

»su Rey». Hasta aquí la relacion puntual del antiguo monje.

Pues lo que, en lugar de todo esto, dá, por de Vagad, en extracto, el Sr. Quinto, es lo siguiente: «Les acon-»sejaron los hermitaños», aludiendo á los aragoneses, escribe, «la eleccion del Rey, y que repartiese con »ellos el regimiento del reino, escogiendo de entre »ellos el juez medio. Se volvieron á la Peña de Uriel »y pusieron por obra lo concertado en San Johan: »*escogieron juntamente y de un golpe mismo* al mag-»nánimo varon *D. Garci-Gimenez*, etc». Por donde se vé que el autor del libro de que tratamos, pasa en blanco todas las doctrinas semejantes á las de los liberales del dia, que encierra la relacion del monje historiador: dándole despues crédito tan sólo, y copiándole íntegro, allí donde parece, que puedan tomarse sus palabras, como una prueba ó demostracion, de que hasta el derecho hereditario de los reyes, casi, casi existía ya en Aragon entónces.

Pone en esto, ante todo en ridículo el Sr. Quinto la arenga que, al decir de Vagad, dirigió el Rey á sus caballeros, vencidos los moros; y pasa tambien así por alto fácilmente, principios y máximas muy notables, que contiene, para dar exclusivo crédito en ella á lo que dice de la régia sangre, que corria por las venas de Garci-Gimenez. Hé aquí algunos trozos de la tal arenga, de los cuales cita no más el señor Quinto lo que se inserta en letra bastardilla. »¿Pensais», refiere en esta parte Vagad, que dijo el rey, »que poco me habeis obligado en facerme cabeza de »tan nobles caballeros? Aunque quisiesse disimular

»no puedo, ni consiente buen juicio ni razon, que oseis »más obligarme vosotros, que yo desee cumplir... Te»nemos primeramente el derecho más principal y me»jor de todos los derechos, que es el derecho de la elec»cion: que por la sola eleccion entra el Papa en la so»berana silla de Roma, y el emperador en el Imperio; »cuanto más si fuese tan concorde, tan pública y so»lemne, tan comun acordada, y tan justa como nues»tra eleccion, y fecho por gente tan noble, tan dis»creta, libre, y tan suya que puede por sí regirse y »mandarse, y tan á voluntad y grado suyo disponer »de sí misma. Fuí escogido como godo real, y como »quien, por recta sucesion y línea, desciende de los »mismos reyes godos que rigieron la España, y le »pertenece, por ende, el derecho del reinar, assí que »tal decian, *mas es ó parece ser continuacion de mi do»minio y derecho que entrar en posesion de nuevo Sen»norío*: no que el derecho de la eleccion no sea más »natural, más firme, más aprobado y mejor que todos »los otros, mas dígolo yo así por mostrar, que por »ninguna parte me falle el derecho del reino. Más por »amor y grado que por debida necesidad ni temor en »Rey me escogisteis: así me place y quiero más á vo»luntad y grado vuestro regir, que no al mio: escoged »entre vosotros las leyes, que más vos pluguieren, y »que más al bien público y á vuestro grado y querer »fueren conformes». Y al llegar ya á este punto estampa como suyas el monje estas palabras: «no se puede »bien escribir y dar á entender, de cuanto les agra»dó, y le tomaron á *señalada merced* su tan mesura»do, comedido, y noble decir». ¿Tiene, en verdad, algo

de raro esto de agradecer los súbditos en el antiguo Aragon, aunque fuesen más liberales que los de ahora, las buenas formas, que con ellas empleasen los reyes? ¿Contradice, lo que de su sangre real se supone dicho por el nuevo monarca, el singular y explícito reconocimiento, que, ántes y despues, hace aquí el nuevo príncipe, de la libertad y soberanía de los que le eligieron tal?

Pues el Sr. Quinto, que no acertó ya á ver en la arenga de Garci-Gimenez, aquello de quedar el rey *obligado*, que no podia ser por otra cosa, que por el favor que le hacian: que no dió ya crédito alguno á los pasajes en que el monje historiador, claramente se complace en considerar á los súbditos como poseedores y áun propietarios del poder, que en el Rey delegaban; no quiso perder, en cambio, para su tésis el argumento que, al parecr, le ofrecia lo del *agradecimiento* y *señalada merced*, con que, segun cuenta aquel mismo, dijeron que recibian la arenga del Rey los caballeros aragoneses. Vagad deja entender harto patentemente, no obstante, que no fueron las tales sino meras palabras de debida atencion, á las muy comedidas razones del Rey.

Tras semejantes citas, en nuestra opinion truncadas, diríase á primera vista que con deliberado propósito, apunta el Sr. Quinto, como legítimamente sacada de ellas, la singular consecuencia que sigue: «Fácil es de »conocer», dice, «lo ageno que pudo estar de supo»ner (Fr. Gauberto) que dominase en aquellas pri»meras elecciones, el espíritu democrático, que poste»riormente se les ha dado». La referida arenga es

del cronista, que no pudo, en verdad, tomarla taquigráficamente, sino que con ella se propuso interpretar á su modo los sentimieutos de los antiguos caballeros aragoneses, mas, puesto que el Sr. Quinto saca de su contenido ciertas consecuencias, nadie extrañará que nosotros, de iguales premisas, saquemos otra muy diferente. En nuestra opinion, parécenos que fielmente deducida de los trozos que ántes hemos copiado, Fr. Gauberto, profesaba acerca del principio de la monarquía aragonesa, doctrinas altamente liberales, cual diriamos en lenguaje moderno. Porque ya que este punto de las denominaciones tocamos, conviene advertir, de pasada, que yerra grandemente el Sr. Quinto, al confundir en su obra lo que significa la palabra *democracia,* con lo que entendemos todos por liberalismo al presente. Para apartarnos de esta confusion, hemos calificado ya ántes de *liberales* las doctrinas de Vagad, precisamente. Ello es cierto que ni este historiador, ni ningun escritor que sepamos, ha sostenido que la Constitucion de Aragon fuese *democrática,* ántes bien se sostiene por todos lo contrario, es á saber, que fué *liberal,* pero *aristocrática.* Cabalmente la tendencia democrática ha sabido desarrollarse en las monarquías absolutas con harta más facilidad que en las liberales: cabalmente las Constituciones más célebres han tomado por apoyo en sus principios, y por largos espacios de tiempo han conservado con esmero, en su organismo, el poder é influjo de las clases superiores. Las libertades de Aragon, como las libertades inglesas, han reconocido siglos y siglos por base cierta la aristocracia; y Vagad no quiso dar

á entender otra cosa realmente al tratar de los primeros reyes, y de sus independientes caballeros. Usar, pues, de la voz *democracia* en este caso, es un abuso lamentable de palabras, que trae consigo confusion suma, y aleja, inadvertidamente acaso, el esclarecimiento de la verdad que se apetece. Por no hacer sobrado largo este escrito no traemos más citas y comprobaciones del mismo Vagad, en apoyo de cuanto va dicho hasta ahora; pero, parécenos que sobran las pasadas, para dejar las opiniones de aquel primitivo historiador en su verdadero punto.

Y pasando adelante, tócanos ya demostrar que Zurita, sucesor de Vagad en el oficio de cronista, y el mayor de los historiadores españoles, sin duda alguna, pensaba á poco más ó ménos lo mismo que el monje, acerca de la antigua Constitucion aragonesa. Tampoco queremos dar á aquel autor otra fé que la que puede naturalmente concedérsele en tan remotas cosas. Pero hay que seguir en su exámen los propios pasos del Sr. Quinto, cuando ménos. «Ninguna cosa »se hacia,» dice en cierto lugar Zurita, «sin el pare- »cer y consejo de los ricos-homes, y sin que ellos la »confirmasen, y todo el gobierno de las cosas del »Estado, y de la guerra, y de la justicia fué de allí »adelante de los nobles y principales varones, que se »hallaron en la eleccion y en la defensa de la tierra: »á los cuales y á sus descendientes legítimos lla- »maron ricos-homes; á quien los reyes tenian tanto »respecto, que parecia ser sus iguales, con quien eran »obligados de repartir las rentas de los lugares prin- »cipales que se iban ganando, y ellos á servir con sus

»caballeros y vasallos, segun la cantidad que monta-
»ba lo que en cada ciudad ó villa se señalaba al rico-
»home, que llamaban honor: y no se puede negar, que
»los reyes que reinaron en España despues de la en-
»trada de los moros, fueron muy semejantes á lo que
»leemos, de los primeros que alcanzaron esta dignidad
»en la tierra, que eran como unos perpétuos caudi-
»llos, y generales de compañías de gente de guerra».
Transcribe por excepcion fielmente el trozo anterior el Sr. Quinto; mas no sin sacar de él esta rara consecuencia: «véase», escribe, «cuánto dista el compe-
»tente juicio de Zurita, de la idea de los que moder-
»namente han presentado, como modelo de gobiernos
»*democráticos*, el que alcanzaron los primeros pueblos
»aragoneses». ¡Cuánto deseo de combatir fantasmas! ¿Quién, volvemos á repetir, ha sostenido otra cosa nunca sino que la Constitucion aragonesa era limitada por la aristocracia, no por la democracia, alcanzando allí los grandes, todos juntos, mayor poder que la corona todavía? Lejos de eso es lo cierto, que, á la par con la corona, fué el elemento popular perdiendo allí consideracion á medida que los grandes consolidaban su poder: cosa, en realidad, contraria á lo que iba sucediendo por los demás Estados en aquella época. Lo que con la fórmula misma, atribuida á Hotman, se quiso demostrar, justamente, fué que era, más bien que *democrática aristocrática* la antigua Constitucion aragonesa: que hubo allí una aristocracia compartiendo eficazmente el gobierno con la corona, limitándoselo y áun disputándoselo con frecuencia. Y con probar sólo la falsedad de la fórmula del juramento, no ha de de-

mostrar que esto último fuese inexacto el Sr. Quinto.

Despues de Zurita trata nuestro autor de Gerónimo Blancas, loándolo mucho, pero sin transigir con él, en lo más mínimo, que pueda dañar á su preconcebida tésis. Entre otras cosas le dirige una embozada inculpacion de plagiario, que pocos se hubieran permitido levantar sobre tan frágil cimiento. Blancas, hablando del consejo, que se dice dado por el Papa y los lombardos á los aragoneses, sobre elegir Rey, copió la respuesta que atribuye á éstos la Crónica antigua del príncipe D. Cárlos. No era en los pasados tan de obligacion, como en nuestro siglo poco crédulo, el citar de dónde se recogian los hechos: Blancas no apuntó por lo mismo al márgen la cita; y el Sr. Quinto toma pretexto de aquí para hablar de esta manera verdaderamente incomprensible: «Sentimos», dice, «tener »que revelar, que, aunque Gerónimo de Blancas for»mula este consejo, *propria auctoritate*, y sin citar el »texto de donde lo tomaba, su trabajo se redujo en »este punto á verter literalmente al latin un párrafo »íntegro de la antigua crónica del príncipe D. Cár»los». ¿Podria explicarnos el Sr. Quinto en qué se funda semejante sentimiento? ¿Teme quizás arrancarle de un golpe reputacion tan merecida al ilustre Blancas, con el supuesto plágio? A hablar en puridad, el descubrimiento hecho por el Sr. Quinto en el texto de Blancas no vale gran cosa; y aquel grande historiador no perderá por eso un ápice siquiera de su fama entre las gentes. El Príncipe D. Cárlos presenta el tal consejo de los lombardos, como para hacer más explicable la formacion del fuero de Sobrarve,

ya várias veces citado; y su version no es más que un extracto de la de este documento legal, en la parte en que trata de la eleccion del Rey. Sólo se encuentran en el libro del Príncipe estas palabras, que no estén, al parecer, en ningun manuscrito del fuero: «*que el Rey no fuese de los mayores porque á los menores no los despreciase; ni de los menores porque los mayores no le tuviesen en poco*». Y en verdad que esta discreta sentencia pudo conservarse por tradicion, ó pudo hallarla el Príncipe en cualquiera otro documento de que carezcamos hoy, no pareciendo verosímil que, siendo quien era, de por sí la forjase. Que si él la hubiese forjado, cobraria más fuerza un grandísimo argumento, que puede formarse contra la tésis del Sr. Quinto, en la opinion conforme de todos los antiguos historiadores, áun aquel que fué Príncipe, respecto de que el poder real, no sólo habia estado siempre por extremo limitado en Aragon, sino que era justo y conveniente que así estuviese.

No seria posible en un trabajo de esta naturaleza seguir en todas sus citas y deducciones al Sr. Quinto. Séanos permitido, sin embargo, hacer notar todavía, que el juramento de Iñigo Arista, que aquel escritor parece poner tambien en duda, está referido no sólo por Vagad, sino por el príncipe D. Cárlos, con las siguientes palabras de su Crónica: «Esleyeron», dice, «al dicho D. Iñigo García por Rey de Navarra, al »cual fizieron jurar los fueros por ellos establecidos»; y, hablando de su hijo y sucesor D. García Iñiguez, añade «que fué levantado por Rey é juró los fueros». ¡Verdaderamente pasmosa conformidad esta de los es-

critores aragoneses, en todo lo que tiende á probar los principios liberales, predominantes desde la fundacion de aquel reino en su régimen y gobierno!

Ni deja ella de notarse, en verdad, hasta que tocan á su fin las libertades aragonesas en los últimos años del décimosexto siglo. Aquel *no se puede negar* de Zurita, en el trozo arriba citado, demuestra bastantemente que, en su tiempo, se admitia ya con trabajo, todo lo que á tales libertades fuese favorable: dando al paso prueba cierta de lo poco que valen, por consiguiente, las opiniones que manifestaron luego en estas materias, algunos de los célebres jurisconsultos que el Sr. Quinto cita. Verdad es, que no se sabe de pena alguna escrita para los Príncipes aragoneses que faltasen, ya que no al juramento concreto que se pretende, al juramento general que seguramente prestaban, de respetar las leyes del reino; mas no debe olvidarse, que el texto mismo del fuero de Sobrarve, al cual presta más fé y autoridad que merece el Sr. Quinto, contiene notabilísimas palabras á este propósito. «É por que ningun Rey non nos pueda ser »malo», se leen allí entre otras, «pues que Conse»jo (9), es á saber, pueblo lo levanta; primerament »que nos jure ánte de lo alzar sobre cruz é Sanctos »Evangelios, que nos tendrá derecho, é amejorará siem»pre nuestros fueros, é no los apeorará, é que desfará »las fuerzas, é que partirá el bien de cada tierra con »los hombre deilla, é non con estraños de otra tierra. »É si por ventura acontesciere que fuese Rey de otra »tierra, ó de estraño lugar, ó de estraiña lengoa, que no »traya consigo mas de cinco, ni en valía (10), ni en su

»servicio hombres estraiños de otra tierra. É que Rey »nenguno haya poder nunca de facer corte sin conse- »jo de sus ricos hombres, naturales del regno; ni con »otro Rey, ó Reyna, guerra ó paz, nin tregoa, non »fagua; ni otro granado fecho ó embargamiento del »regno, sin consejo de doce ricos hombres ó doce de »los mas ancianos sabios de la tierra». Y cuéntese, que nada por nuestra cuenta decimos acerca de la autoridad del fuero llamado de Sobrarve. Tomamos todos los documentos como el Sr. Quinto los toma: discutimos solamente sobre sus propios datos, y nos basta aqui con demostrar, que deben sacarse de ellos consecuencias contrarias (11).

III.

Bien que, de lo que va dicho, fácilmente se infiera nuestro propio juicio, acerca de los puntos históricos que tratamos, parécenos hora ya de concretarle un tanto. Damos por cierto, que el Sr. Quinto deja demostrado en su obra, que la fórmula del juramento político de los Reyes de Aragon, transcrita por Hotman y por Antonio Perez, es apócrifa: pensamos, que en la apreciacion del espíritu del tiempo durante el cual aquella fórmula de juramento se supone empleada, ha sido mucho ménos afortunado; si ya no es que deba atribuirse á maduro intento el haber expuesto incompletas las citas, de que queda hecho mérito, ó el haber sacado consecuencias tan descaminadas, á veces, de las premisas que ya se sabe.

Aunque negativo, es el argumento que da más fuer-

za á la primera parte de la teoría del Sr. Quinto, el siguiente. ¿Cómo es que ningun historiador español, ni cronista alguno de tiempos remotos, transcribe ó apunta tal fórmula de juramento? ¿Dónde están otros documentos y papeles, que la contengan, fuera del libro del extranjero Hotman, y de las parciales *Relaciones* de Antonio Perez? Pues otro tanto es, lo que por nuestro lado decimos, respecto de la parte de la teoría del Sr. Quinto, que consideramos errada. ¿Cómo es, en efecto, que no hay autor alguno aragonés que, hablando de los primeros tiempos, no pinte ó describa en gran limitacion á la autoridad régia, dándole á la representacion y poder de sus caballeros ó ricoshomes una importancia, no comun á las crónicas y relaciones de otros pueblos? ¿Hay, por ejemplo, escritor de Castilla, que pinte la remota eleccion de Pelayo, con los colores que empleó Vagad mismo, para describir el orígen y principios que se atribuyen á la Corona y á la Constitucion aragonesa en el monte Panno? (12) ¿De qué manera pudo formarse en los historiadores de Aragon, aquella opinion especialísima y constante de libertad, que luego puso en desacuerdo al pueblo zaragozano con el monarca más poderoso de la tierra, en tiempos en que estaba ya tan poco en uso todo género de limitaciones al poder real? No se alcanza otra respuesta satisfactoria á tal pregunta, sino la que contienen ciertas discretas palabras de Robertson, que el Sr. Quinto rechaza sin embargo. «No sé de historiador español», dijo aquel inglés imparcial y docto, «que traiga esta fórmula, pero al »ménos es preciso confesar que *está conforme con el*

»espíritu de aquella Constitucion, aunque su autentici-»dad sea dudosa» (13). Y poco importa, en verdad, para la filosofía y la ciencia política, que no se empleara la dicha fórmula, cuando existiese la cosa misma: que no se encuentren tales ó cuales palabras en los hechos, si se dá con la historia entera, que ellas resumen y representan. Para el objeto político de Hotman convenia condensar los hechos, y compendiar las doctrinas, en sólo una frase, y de aquí nació tal vez la célebre fórmula del *Nos que valemos tanto como vos*, etc.; por él probablemente redactada. Mas las fuentes de donde pudo bien derivar el jurisconsulto francés tales palabras, no faltan por cierto. Bástenos ahora con recordar las que siguen, sin contar ya con los textos citados.

El título I del Fuero Juzgo dice en su epígrafe, que va á tratar *de la eleccion de los príncipes, del insinnamiento, como devent julgar derecho, et de la pena de aquellos que julgant torto* (con injusticia). Y ya en la ley segunda nos encontramos con estas palabras importantes: «Doncas faciendo derecho el Rey »deve aver nomne de Rey, et faciendo torto pierde »nomne de Rey. Onde los antigos dicen tal proverbio: »Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres de-»recho non serás Rey». Y más abajo se expresa ya el Código visigodo de esta suerte: «Todo omne que deve »seer Rey, ante que resciba el regno, deve facer sagra-»mento, que garde esta lee en todas cosas, et que la »cumpla, et pois que lo prometier ante los obispos de »Dios, en nenguna manera non osme de quebran-»tar el juramento: mandamos que todo omne que

»daqui adelantre la quebrantar, ó que la non quiser »gardar, quier sea ordenado, quier lego, non sea »tan solamiente por siempre escomungado, por sancta »iglesa; mais mandamos *que pierda la dignitat* que a». En su ley 3.ª añade aquel Código, por último, que si algun Rey por orgullo ó demasiado poder faltase á las leyes fuese excomulgado, «porque osó mal facer, et »que el regno li sea tornado en pena».

No dejan lugar á fundadas dudas estas palabras, que el Sr. Quinto parece interpretar, no obstante, en sentido tambien favorable á la monarquía absoluta. i dice la ley, *onde los antiguos dicen tal proverbio:* «*Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás Rey,*» para definir solamente tal oficio, debe tenerse en cuenta, que tales palabras están puestas á continuacion del precepto anteriormente asentado, que es este: «*doncas faciendo derecho el Rey debe haber nomne de Rey, et faciendo torto pierde nomne de Rey*». Falta, pues, la razon por entero, para titubear sobre el sentido penal de estas palabras. Y en verdad que la historia se encarga de interpretarlas, no ménos clara que siniestramente: de diez y seis reyes, nueve asesinados por los grandes, de sobra muestran el respeto frágil que alcanzaba entre los godos la monarquía, segun observó ya el Sr. Sempere y Guarinos en su *Historia del derecho español* (14).

Y que las leyes y costumbres godas pasaron poco ó mucho á las nuevas monarquías cristianas, y se conservaron en ellas por más ó ménos tiempo, es cosa en el entretanto averiguada de todo punto: tantó que

el mismo Sr. Quinto ilustra la materia con eruditas demostraciones. La verdad es que la inclinacion de los tiempos, y la alianza estrecha que comenzó á haber entre los monarcas y el clero para dominar juntos sobre la aristocracia, lograron ya encerrar á esta en estrechos confines, hácia los últimos dias de la monarquía visigoda. Por eso mismo probablemente, una parte de aquella aristocracia desposeida, y vejada, abrió las puertas de la pátria á los enemigos sarracenos, pensando en mal hora recobrar con su ayuda el bien perdido. Tal es la primitiva y constante tradicion de las crónicas castellanas: tal la que consignan las más antiguas de las relaciones que escribieran los árabes de la conquista de España, modernamente leidas, y de nuevo puestas en claro (15). El poder real, bien que existiese de hecho como absoluto á las veces, no pudo, en los tiempos de la monarquía visigoda, establecer de derecho su principio exclusivo. Y la ruina de la pátria y la humillacion del verdadero culto, seguida de su abolicion lenta en la mayor parte de la Península, debia de acrecentar por fuerza en los ánimos de los cristianos restauradores, la desconfianza con que ya miraban al gobierno monárquico sus abuelos, áun ántes del desastre de Guadalete.

Los hombres de guerra, como los de Iglesia, hubieron de meditar largamente en las montañas pirenáicas, que les dieran abrigo, acerca de los vicios de que era capaz el poder monárquico entregado á sí mismo. La experiencia pudo á ellos enseñarles más en este punto, que á los posteriores filósofos ó legistas los libros políticos. Fácilmente da esto á entender la ló-

gica: pero mejor se comprende, cuanto más se piensa, no solamente el que esto pudo ser así, sino que no pudo ser de otra manera.

Y esto que por induccion acabamos de decir, lo confirma en Aragon todo cuanto se sabe de su historia. Castilla misma mostró en los siglos medios harta desconfianza del poder monárquico, aunque no tanta. Pero por lo que toca al gran reino pirenáico puédese demostrar tal aserto con evidencia. El Abad Briz Martinez, en su *Historia de San Juan de la Peña,* afirma que los primeros aragoneses mostraron cierta indiferencia, respecto del nombramiento de Rey, á causa, dice, «del temor y horror que habian »concebido, conforme á su naturaleza, á la opresion »que les podian causar los reyes: pues desta su buena »humildad nacia el temor y horror á la opresion y »castigo que les podia causar un príncipe, teniendo el »absoluto poder en su mano; y por eso andaban sus»pensos entre temor y deseo, sin acabar de resolverse »en este caso». Y más abajo continúa por tal manera al tratar de la institucion del Justicia. «Nuestros ara»goneses» escribe, «ajustaron bien entrambos respetos, »y moderaron todo rigor en la majestad de sus prínci»pes, señalando un juez medio que con su misma »autoridad del Rey, ó en su propio real nombre, ce»lando la dignidad régia, la ejercite en favor de los »súbditos, para librarles de la opresion y daño, que »pudieran recibir de la majestad de un príncipe, ó »mal aconsejado, ó mal afecto, ó no bien entendido »en lo que disponen las leyes que tiene juradas». ¿No se ve en estas palabras, inspiradas por los documen-

tos ó memorias antiguas, en gran parte monacales, y no por ningun sistema político preconcebido, la expresion clara del espíritu de que debian estar animados los restos de aquel pueblo, que el desatentado despotismo de los reyes habia entregado poco ántes al alfange agareno? Vacilaban en elegir Rey los magnates que en los montes erraban, y el pueblo que cabizbajo y mísero por allí los seguia, porque unos y otros echaban sobre la monarquía mucha responsabilidad en desgracias, que siete siglos de sangre y fatiga bastaron apenas á remediar por completo (16).

Ningun tiempo mejor para que mirasen con respeto las leyes del Código insigne, á que hubieran debido siempre sujetarse sus padres, aquellos tristes soldados de la cruz, que hospedó en sus precipicios el Pirineo, durante los siglos primeros de la secular reconquista (17). Cuando tanto del *Fuero Juzgo* estaba en observancia, como se sabe, no habian de dejarlo de estar las leyes que se referian al orígen, facultades, y limitaciones del poder real, en circunstancias semejantes. Sea lo que quiera, el Código de Sobrarve, lo que no ofrece duda es que él contiene en extracto muchas leyes visogodas del *Fuero Juzgo*. Preciso es, pues, explicar por éste el sentido genuino de aquella otra coleccion jurídica. Ni debe desconocerse, porque tal acontece en todos los tiempos, que en las doctrinas y opiniones corrientes de la muchedumbre, probablemente se mantendria ménos respeto monárquico aún, que el que manifiestan los documentos públicos. ¿Y á quién ha de parecerle inverosímil, bien considerado todo lo dicho, el que impusiesen los aragoneses

claros pactos, y juramentos difíciles, á los primeros reyes aceptados por ellos? «Pero no habia pena para el »monarca que unos ú otros conculcase,» responde, en suma, á todo esto el Sr. Quinto: por lo cual han de tenerse por ilusorios cuando ménos. Tal consecuencia es, sin duda alguna, por todo extremo forzada. El Fuero de Sobrarve, en que se apoya tanto el señor Quinto, decia ya que las leyes restrictivas eran hechas contra los Reyes *malos*; y claro es, que previsto el caso de la culpa, y dadas leyes para evitarla, tácitamente se reconocia el castigo, y áun se daba por realizable la pena. Cuál fuese ésta, no habia para qué de antemano decirla: dejar de ser Rey el que obraba contra justicia, era la que señalaba el *Fuero Juzgo*, y la que guardaba tácitamente la conciencia pública para que se ejecutase en su lugar y tiempo.

Ni están, por cierto, siempre las constituciones y libertades de los pueblos en las leyes escritas, ni en la responsabilidad de los monarcas: donde realmente hay que buscarlas es en las creencias comunes, en las doctrinas no disputadas, en los derechos reconocidos, y en la costumbre de usar de ellos de los indivíduos. ¿Y qué sentimiento ingénito de veneracion ó de respeto habian de experimentar, por otra parte, los primeros aragoneses, respecto de un rey salido de entre ellos, por ellos levantado sobre un pavés, y que carecia sobre todo, del poder propio y la fuerza material indispensables, para asentar su dominio por el rigor, ó anteponer su voluntad á la de todos sus feroces caudillos y compañeros? Ninguna. No ya sólo en Aragon, donde se conservaron, cual hemos indicado, más

poderosos que en otras los recuerdos de libertad y de independencia individual, sino en todas las naciones de aquella edad, solian ser con frecuencia los reyes ántes juguetes que amos de sus ricos-hombres: como que éstos resumian en sí mayor fuerza, y la fuerza era entónces, y no es seguro que haya dejado de serlo aún, la única dispensadora ó guardadora del derecho entre los hombres.

Del otro lado del Pirineo, dijo el historiador Mezeray (18), al tratar de los primeros tiempos de la monarquía en Francia, «que los grandes del reino creian, »que Hugo Capeto estaba obligado á tolerar todos los »insultos, porque ellos habian puesto la corona sobre »su cabeza; y que era tan grande la licencia, que con »motivo de haber escrito el rey á Audebert, vizcon»de de Perigeux, mandándole levantar el sitio que »habia puesto á Tours, y preguntándole al propio »tiempo quién le habia hecho vizconde, le respondió »aquel con soberbia: *ce n'est pas vous, mais ceux qui »vous ont fait Roi*». Y eso que no habia habido allí Guadalete, ni Don Rodrigo: ni se estaba en tan particular situacion, como en la vertiente española del Pirineo, al iniciarse la reconquista.

No existía entonces la clase media, y la plebe carecia absolutamente de influjo en todas partes, en el régimen político del Estado; pero, por de pronto, más quizá que en otra alguna region en España. Mezcla aquí, sin duda, la plebe de aquellos primeros naturales del país, ó semi-salvajes en la montaña ó casi romanos ya, pero siempre tratados como vasallos; de la hez de la irrupcion septentrional en sus vá-

rias razas, y de los moros bereberes ó árabes, que se iban poco á poco sojuzgando; sin instruccion alguna, ni noticia acaso de derechos ó leyes, y sin el estímulo que prestan para amar la libertad, la dignidad del corazon y la alteza del pensamiento: aquellos villanos feroces, ó pecheros humildes de Aragon y Castilla, podian ménos que los de ningun pueblo extraño, á la sazon, hacer peso alguno en la balanza de los hechos políticos, y de las revoluciones sociales. El monarca y los valientes, que por serlo, llegaban á ricos en el bárbaro comercio de las armas, único floreciente en tal tiempo, estaban así solos, frente por frente, y el triunfo de ordinario debia ser de los más fuertes (19). Todo esto parece evidente: no hay por qué llevar más adelante la demostracion y las pruebas. La mayor obra de habilidad ó valor que hicieron algunos de los primeros Monarcas aragoneses, fué dominar estas circunstancias, y sobreponerse transitoriamente, á los contrarios elementos con que tenia que luchar á cada paso su gobierno. Las excepciones confirman aquí, como suelen, la regla.

IV.

Debe darse por sentado, pues, que las tradiciones legales del pueblo aragonés; la misma perdicion de España, en la cual todos reputaron por causa primera al despotismo, que corrompió la monarquía; la naturaleza de aquellos reyes, sin precedentes de los que á la larga divinizan, ó sin poderes de los que por lo ménos aterran; el estado del mundo, que por donde

quiera nos muestra en aquellos siglos á los reyes, cual meros *mandatarios* de sus mayores súbditos, y á los pueblos, cual siervos ó indiferentes, sin ninguna participacion en el gobierno general, y comenzando á elaborar lentamente á sus solas las instituciones municipales; cuanto enseña, en fin, la historia, como cuanto sugiere la induccion filosófica, lejos de contrariar, apoya en un todo la tésis de que se fundase con pactos severos, bien ó mal formulados, la monarquía aragonesa. Nadie habria puesto en duda en la peña de Oroel, ni en la cueva de San Juan de la Peña, que allí los hombres ricos y esforzados «*valian* »*tanto como el Rey*, y juntos podian *más que el Rey*;» y que, si los tomaban por reyes «*con tales y tales con-* »*diciones, y si no, nó*, era». Bien pudo no reducirse esto á fórmula de juramento; y con probarlo, debia haber quedado satisfecho el amor propio literario del Sr. Quinto. Pero ¿por qué empeñarse en no confesar, que el espíritu de los primeros siglos de la reconquista, fué conforme á lo que la fórmula de Hotman resume y condensa? De fijar lo primero, nada se induce contrario á lo segundo; y, políticamente hablando, esto último es lo esencial, á no dudarlo.

El célebre napolitano Juan Bautista Vico expuso cierta ley de la sucesion de las formas políticas, en una de aquellas concepciones profundas de la *Scienza Nuova*, con la cual se puede excusar, aunque no legítimar de modo alguno, la transformacion infeliz que experimentaron las Constituciones de la Edad media, hácia la época del *Renacimiento* ó de la *Reforma*, y en especial la aragone-

sa. «Comenzaròn», dice aquel, refutando á Juan Bodin, político francés de mucha fama, «sin duda alguna por *uno,* los gobiernos, en las monarquías »familiares; de aquí pasaron á *pocos* en las aristocra»cias heróicas; de los *pocos* fué pasando el influjo á »los *muchos,* y áun á *todos* en las Repúblicas, ó Estados »populares, donde la totalidad de los ciudadanos ó el »mayor número, por lo ménos, entiende en la cosa »pública; y finalmente volvieron al *uno* en las monar»quías civiles». Fundado en lo cual, formula Vico esta sentencia: *«l'Umanitá si contiene tutta tra le Monarchie Famigliari e Civili».* No han dado razon, en realidad, los tiempos sucesivos á esta sentencia histórica del atrevido filósofo. La humanidad no parece que esté de humor de tomar, por última y acabada forma de gobierno, la monarquía absoluta. Pero en los tiempos en que escribió Vico la ley histórica estaba en cierto sentido bien formulada. Hasta entónces pudo decirse que habia progreso en lo que él lo hallaba. Desde el patriarcado *á la igualdad de todos mènos uno,* que era lo que entre nosotros, por ejemplo, representaba la monarquía absoluta, se progresó en el sentido de que, así como nacieron, desaparecieron los privilegios de clase; y al desaparecer ellos, no hay duda que, por cierto lado, se avecinó más la humanidad á sus futuros destinos.

Lo singular es que el Sr. Quinto prohije, y áun defienda, una doctrina al parecer idéntica hoy en dia. El caso supuesto de prosperar la fórmula que combate, ó el estado de cosas que ella de todos modos representa habria sido, segun dice, en alguna parte, «un con-

»trasentido, consignando una abierta reaccion contra »el *progreso providencial del mundo*, y hubiera realiza»do un verdadero absurdo, el del insulto, el del me»nosprecio, el de la postracion de la monarquía: los »modernos aragoneses hubieran llevado más allá que »sus predecesores la rudeza de sus costumbres». ¡Ah! Más de un político se escandalizará con razon de esta doctrina, que, como hemos visto, no pertenece solamente al autor de los *Discursos políticos sobre la legislacion aragonesa*, sino que cuenta por adalid á uno de los más grandes talentos, que haya ocupado cerebro de hombre hasta ahora. Por nuestra parte, sin aceptarla como ley racional ni perpétua, hemos convenido ya en la certeza histórica de alguna de sus manifestaciones. La monarquía es de seguro un progreso relativamente al exclusivo gobierno aristocrático; y no hay riesgo en afirmar, por tanto, que muestra más adelantada civilizacion el absolutismo democrático, que la pura oligarquía feudal. Por eso, precisamente, se observó en la monarquía aragonesa, como en todas, que al desaparecer ya del todo la primitiva rudeza gótica, templada y reforzada luego en las peñas pirenáicas, se hicieron más frecuentes y más justas tambien las relaciones entre el monarca, los ricos-hombres, el estado llano, y los mismos vasallos feudales; y la Constitucion antigua, espontánea é insensiblemente se modificó al cabo, primero que en su forma, en su espíritu íntimo. Los pueblos y los individuos obedecen todos á la voz de su tiempo: ¡dichosos los que saben oirla con discrecion, y no sacrifican de lo pasado, sino lo que es inevitable para abrir paso á los

intereses nuevos! El error ó el acierto en este punto, decidió en el siglo XVI de la suerte vária, y respectiva, de las naciones modernas. Pero, entretanto, ello es cierto, que ni las libertades en las naciones, ni el poder en los gobiernos, pueden ó deben ser históricamente juzgados por una ley única.

Tan claro y tan natural parece el imperio de los ricos y caballeros en tiempo de Garci-Gonzalez ó de Iñigo Arista, como era difícil tener semejante opinion, ó querer prácticamente aplicarla, en los dias de Cisneros ó de Felipe II. Habian ya cambiado en estos reinados las creencias y las condiciones: la clase media, ciñendo la toga ó la espada, comenzaba á hacerse temer de los grandes, desde los campamentos del Garellano y Barleta, ó desde los Consejos de Aragon y Castilla: los fueros municipales habian levantado diques por todas partes al desbordamiento de la aristocracia: la justicia señorial estaba por el mero hecho de su largo ejercicio desacreditada: el poder real era entónces el ménos odiado, por lo mismo que habia solido ser hasta allí el más débil: la natural tendencia á la igualdad, que tienen los hombres, buscaba satisfacciones por medio de la simplificacion del privilegio y de la concentracion de la autoridad: el principio mismo de la religion dominante era la unidad: todo, pues, se encaminaba á ella; todo inclinaba al absolutismo monárquico los ciegos instintos de la muchedumbre. Y esto lo ayudaban aún con el fruto de sus estudios legales los jurisconsultos en todas partes: que Portoles, ó Morlanes, estaban ya imbuidos de muy distintas ideas, sin duda de las que, á creer á Vagad, debia de

haber enseñado su pesada experiencia á los magnates rudísimos del *Monte Panno*. Áun poniendo, por eso, aparte el temor, que hubo tal vez de inspirarles, el rigor de aquellos temibles y recelosos gobernantes del siglo XVI, los ilustres escritores, ya historiógrafos, ya legistas, que en esta controversia se citan, no se sentian movidos de honda y peculiar conviccion á defender, que el poder real, que establecia la igualdad, fuese limitado por las anárquicas jurisdicciones señoriales; ó que entre el César, que se llamó Cárlos V, y los Césares bizantinos, hubiera sustancial diferencia de derecho y facultades. Aragon debió seguir, y siguió en política, los mismos pasos que Portugal, Francia y todas las monarquías europeas ménos una, Inglaterra, al alborear la edad moderna. Tuvieron, pues, que hacer ménos de lo que comunmente se piensa, en todo ello, las milicias que sacó de Castilla D. Alonso de Vargas.

Algo querríamos decir sobre la institucion del justicia; pero nuestra crítica se haria interminable, si hubiera de dejarse ir detrás de todos los puntos importantes, que toca en su obra el Sr. Quinto. Vagad y Briz Martinez lo llaman resueltamente *tercero* entre el Monarca y el pueblo: todos convienen en que se instituyó por garantizarle á éste sus libertades; y como para ello seria fuerza las más veces limitar la autoridad régia, no creemos difícil probar, que el Sr. Quinto ha dado ménos valor á esta institucion, del que realmente tuvo.

V.

Aquí debe terminar nuestra tarea. No hay para qué insistir en cosa que consignamos ya clarísimamente al principio. El libro del Sr. Quinto, que está escrito con buen estilo en lo general, demuestra, á no dudarlo, en su autor un talento claro y extenso, y una erudicion notable. Largos años consumidos en semejantes trabajos, le han suministrado conocimientos especialísimos, en la materia que trata. Segun él mismo revela, posee tambien tesoros bibliográficos, algunos de los cuales parecen de valor inapreciable. Nada de esto teníamos nosotros para lanzarnos á criticar su obra; y no lo hubiéramos hecho, por lo mismo, á no haber creido cumplir en ello un deber para con la historia, y para con nuestras ideas políticas. Partidarios hoy de la limitacion del poder real, no podemos consentir, que sin razon se niegue, el que ha sido ya limitado tambien, y muy eficazmente, en los tiempos pasados. Como entónces tocaba fijar y mantener tales límites á los próceres, toca hoy semejante mision á todo el mundo. Si en España el establecimiento de la igualdad entre todos los ciudadanos, pudo exigir, con alguna razon, por un plazo largo de tiempo, que quedaran olvidados tales límites, á fin de que no se prevaliese de ellos la aristocracia para mantener vivos sus privilegios, ya semejante razon no existe. Nadie piensa en restaurar privilegios feudales; y no hay por qué admitir á tal propósito, con sus esenciales, irremediables, y harto probados defectos, la monarquía absoluta.

Nacion hay en el mundo, bien conocida, que no ha necesitado sacrificar por entero la libertad política, en tiempo alguno, para ir alcanzando lenta, pero seguramente, la igualdad entre sus ciudadanos. Que la igualdad sea un progreso respecto del feudalismo nadie lo niega; pero ¿quién sabe, si no hubiera sido mejor, que este progreso parcial se aplazase algo en Aragon ó Castilla, con tal que nunca hubiera llegado aquí á faltar definitivamente la libertad política?

Porque lo cierto es, que cuando la Inglaterra por fin obtenga la igualdad social, que tanto se encarece en el continente, llegará á eso activa, rica, grande, y lo tendrá todo junto: gracias á la libertad, que ha evitado el extravío permanente del poder, y la degeneracion irremediable de los súbditos tiranizados. Nosotros hace ya tiempo, en cambio, que todos tenemos condiciones iguales, bien que muy tristes condiciones todos, sin duda alguna. Y es que á todos nos ha tratado por igual la monarquía absoluta, pero ¡con qué igualdad! Mal cumple á los que recojemos todavía sus ágrios frutos, celebrar esta obra de nivelacion, con el ardor con que hoy en dia la celebra, y encarece, el señor Quinto. Dicho sea sin pasion: ¿podria estar de algun otro modo peor España, que lo está con el sistema, que se aplicó á su gobierno desde el siglo XVI en adelante? (20).

ILUSTRACIONES Y NOTAS.

(1) *Franc-Hotmani Jurisc.—De antiquo Jure Regni Galliæ, præcipue quo ad auctoritatem comitiorum.*—Ginebra 1573. El señor Quinto analizó detenidamente este libro, escrito durante las guerras religiosas que ensangrentaron á Francia en el siglo XVI; y cuyo objeto, como el de tantos otros, fué limitar el poder de los monarcas, que por aquel tiempo, pretendian ya disponer arbitrariamente de la conciencia de sus súbditos, haciéndolos protestantes ó católicos, á su placer, por medio de edictos reales. Hotman buscó fundamentos en la historia para combatir el absolutismo monárquico, cuyos males tan de cerca tocaba; y llevó á cabo su objeto con más acierto, en general, que supuso el señor Quinto. No puede negarse, como ha dicho modernamente Mr. Paul Janet, compatriota de Hotman, en su *Histoire de la Philosophie Morale et Politique* (tomo 2.º) «que la interpretacion dada por él »á la Constitucion monárquica de la Francia procedia de ciertas »predilecciones políticas». No hay para qué ocultar, que su exposicion del derecho público de la Francia fué ya declarada *fabulosa* y *extraña* por el insigne Aug. Tierry en sus *Recits des temps mérovingiens* (tomo 1.º) Todo esto hace más y más probable que él inventase la fórmula concreta del juramento de los Reyes aragoneses. Pero es imposible desconocer, á la par, que la obra de Hotman, como dice Mr. de Baudrillart en el libro intitulado *J. Bodin et son temps*, «es eminentemente notable por sus miras, por el »vigor de los pensamientos, por el hábil encadenamiento, y la in»geniosa eleccion de las pruebas, por su ciencia misma, á pesar de »sus paradojas, que no han podido resistir el análisis de la erudi»cion moderna». Injusto seria, pues, considerar á Hotman no más que como un falsario, ó un escritor adocenado y vulgar.

(2) Las obras y relaciones de Antonio Perez, secretario de Estado que fué del Rey de España Don Phelippe II, de este nombre.—In Geneve, 1644.

(3) Historia de la fundacion y antigüedades de San Juan de la Peña y de los Reyes de Sobrarve, Aragon y Navarra, por el Abad D. Juan Briz Martinez.—Zaragoza, 1620.

(4) La sclarecida coronica de los muy altos y muy poderosos Príncipes y Reyes christianíssimos de los constantes y fidelíssimos reynos de Sobrarve, de Aragon, de Valencia y otros, por Fray Gauberto Mauricio de Vagad,—*monacus cisterciensis*.—Zaragoza, 1649.

(5) Crónica de los Reyes de Navarra, escrita por D. Cárlos, Príncipe de Viana.—Pamplona, 1843.

(6) *Aragonensium rerum commentarii*.—Cæsaraugustæ, anno 1588; y Las coronaciones de los serenísimos Reyes de Aragon.—Zaragoza, 1641: obras ambas de Gerónimo de Blancas.

(7) *Anales de la corona de Aragon*, compuestos por Gerónimo Zurita, cronista de dicho reino. Tomo 1.° Zaragoza, 1610.

(8) La peña de Uruel ú Oroel, llamada tambien sierra de Jaca por hallarse esta ciudad en la concavidad de la curvatura que forma, es un estribo de la cordillera pirenaica, separado de la sierra de Guara por la cuenca del rio Gállego.

(9) D. José Yanguas y Miranda, diligente y sábio editor de la *Crónica del Príncipe de Viana*, escribe, que los cuatro códices de ella, que conoce, ponen aquí *consejo;* pero que el *Fuero general*, de donde copió aquel ilustre autor, lo que dice es *conceillozo el pueblo*, esto es, el pueblo reunido en Consejo ó Córtes. Sin embargo de esto, y de que el Sr. Quinto da por cierto que los *Fueros de Sobrarve* fueron obra del Concilio y Córtes de Jaca de 1071, calificándolos de *preciosa coleccion legislativa*, extendiéndose largamente en demostrar su autenticidad, sobre todo la de la ley que citamos, y declarando que «en ellos sólo es necesario considerar »toda la organizacion pública de aquel interesante período de »nuestra historia», no hay nada más contrario á las veces que el texto de la referida compilacion legal, y los juicios del autor, de que hablamos, respecto del carácter de la Constitucion aragonesa. «Sólo á Hotman ha ocurrido afirmar,» dice, por ejemplo, «que »los aragoneses hiciesen sus Reyes en Juntas generales ó Cór»tes». Consejo, ó el pueblo *conceillozo*, es á saber, reunido en Córtes «lo levanta», contiene, tratando del Rey, el primer capítulo de los *Fueros de Sobrarve*. ¿No es verdad, pues, que en este punto parece más influido aún el señor Quinto que el francés Hotman, por ciertas predilecciones políticas?

(10) *Valia*; esto es, bailío con alusion al nombre de *bailes* que se solia dar á los que ejercian autoridad en los pueblos, ó administraban la justicia. Esta nota está tomada de la ya citada *Crónica de los Reyes de Navarra*, escrita por D. Cárlos Príncipe de Viana y corregida en vista de varios códices é ilustrada con notas por D. José Yanguas y Miranda.—Pamplona, 1843.—Pág. 39.

(11) Toda esta parte del Fuero de Sobrarve, que casi íntegra he copiado, está incluida en el capítulo 6.º de la *Crónica de los Reyes de Navarra* del Príncipe de Viana. La coleccion intitulada *Fueros de Sobrarve* es de orígen privado y su antigüedad no excede de fines del siglo XIII. Tal era la opinion de mi malogrado amigo y compañero, el Sr. D. Tomás Muñoz y Romero*, cuya pérdida lamentarán por mucho tiempo, cuantos profesen amor al estudio de la historia nacional. Véase acerca de esto su *Discurso leido ante la Real Academia de la Historia*, en su recepcion pública, el dia 5 de Febrero de 1860. Como mi objeto en este ligero trabajo no ha sido otro nunca sino demostrar, que el espíritu político desde el principio observado en el antiguo reino de Aragon, está bien condensado en la fórmula de juramento, que se supone inventada por Hotman, nada perjudica á mis argumentos el que la compilacion de los *Fueros de Sobrarve* se hiciera por autoridad privada, ni el que en ella se contengan textos legales pocos dignos de estimacion. Ni el compilador del siglo XIII, ni el Régio autor que en el siglo XV lo extractó y copió en alguna parte, dando á sus disposiciones políticas completo crédito, entendian la Constitucion aragonesa como el Sr. Quinto, sino como yo la entiendo; y esto bastó, y basta á mi propósito todavía.

(12) Llamábase en otro tiempo *Monte Panno* á la prolongacion de la peña de Oroel, ó sierra de Jaca, que hoy toma nombre del famoso monasterio de San Juan de la Peña; fundado despues que Abdelmelíc-ben-Cathan destruyó la primitiva fortaleza y lugar, levantado y poblado en tales parajes por los cristianos del interior de la Península, que en número de 300, segun Zurita y otros autores, llegaron allá huyendo de los moros.

(13) Robertson. Descripcion de los progresos de la sociedad en Europa desde las ruinas del imperio romano hasta principios del siglo XVI. Seccion 3.ª, Texto y nota 32 de su conocida *Historia de Cárlos V.*

(14) «De diez y seis reyes», dice Sempere, «que hubo desde »Ataulfo hasta Leovigildo, nueve murieron asesinados, dos en la »guerra, y sólos cinco de muerte natural. Cada regicidio puede »considerarse como una revolucion, que aunque cohonestadas »siempre con el especioso pretexto de oponerse á la tiranía y de»fender los derechos sociales, las más veces no dimanaban sino de »resentimientos y rivalidades grandes; ni tenian otro fin más que »el de vengarse ó elevarse algunas familias sobre las ruinas del »trono».—Historia del Derecho español, por D. Juan Sempere.—De órden del Gobierno. Madrid en la imprenta Nacional, año de 1822.—Tomo I, pág. 69.

(15) La desercion y complicidad con los moros del Conde D. Julian y la de los hijos de Witiza, y otros magnates unidos con

ellos, está hoy plenamente confirmada, por los más antiguos textos históricos de los conquistadores. Véase el tomo 1.º de la *Coleccion de obras arábigas de historia y geografía*, publicado por la Real Academia de la Historia.—Madrid, 1867.

(16) No es de la índole del presente trabajo entrar en el difícil exámen de las várias y oscuras cuestiones históricas á que da lugar el orígen de los reinos pirenáicos entre los doctos. Conviene advertir, no obstante, que adóptese en estas cuestiones la opinion que se quiera, siempre resulta que la libertad de los primeros aragoneses y las limitaciones allí impuestas, desde los más remotos tiempos, al poder real, fueron mayores que en ninguna otra parte de Europa. D. José Yanguas y Miranda en su preciosa *Historia compendiada* de Navarra (San Sebastian, 1832), dice que el gobierno de los habitantes de los Pirineos, al comenzar la guerra con los sarracenos, «era una república federativa, compuesta de valles ó comarcas, que se gobernaban independientemente segun sus costumbres respectivas»; y que «los grandes negocios del Estado, y las diferencias ó cuestiones de valle á valle, y de pueblo á pueblo, se determinaban por un Consejo de doce ancianos ó sábios de la tierra»: hasta que viendo que *sobre las cabalgadas batailllaban*, como reza el *Fuero de Navarra*, es decir, que no podian entenderse en el reparto de las ganancias de la guerra, ni gobernarse así en paz y justicia, «á imitacion de los godos, y de los francos, determinaron elegir un rey». ¿Pero qué especie de rey fué el nombrado de esta suerte? Mi ilustrado paisano y buen amigo D. Manuel Oliver y Hurtado, ha expuesto acerca de este particular una opinion, que sobre ser nueva y original, se apoya en noticias y conjeturas con suma discrecion formadas ó recogidas. En su *Discurso* de recepcion en la Real Academia de la Historia, leido en la sesion de 8 de Abril de 1866, se expresa de esta manera. «El título de rey», dice, «no significaba entónces un poder supremo y único, ni se limitaba muchas veces á una sola persona, sino que se extendia con frecuencia á várias, existentes al mismo tiempo, bien porque fuesen hermanos ó padres é hijos mayores, primos y áun parientes más lejanos, descendientes de otros que reinaron ántes, bien porque no sólo los vínculos de la sangre, sino el matrimonio con las hijas ó hermanas motivaba el ser asociados en el reino: de modo que el derecho á éste puede decirse era más bien familiar que personal....; la persona del rey tuvo siempre que acompañarse de sus deudos y allegados, de los obispos, condes y magnates, y *de todos en ocasiones se decia que reinaban, ó regian el territorio*. Especie de *sunarquía*, ántes bien que verdadera monarquía, no pretendamos encontrar en ella á los reyes, ceñida la corona, y arrastrando el manto de púrpura». Fundado en todas estas consideraciones el difunto don Tomás Muñoz y Romero, que no era ciertamente ligero, ni su-

perficial, ni crédulo, ni mucho ménos falsario, vino á convenir del todo con mi juicio, acerca de esta materia, once años despues de haber dado yo á luz el trabajo incorrecto, que hoy, mejorado en su forma, doy de nuevo al público. «Si se tiene en »cuenta», decia en su ya citado Discurso de recepcion, «que los in»divíduos de la poderosa aristocracia de aquellos reinos, no se »consideraban inferiores á los reyes, *nada tiene de extraño aquella »antigua fórmula, de todos sabida, que se atribuye á los aragoneses »en el juramento de sus reyes: si no se apoya en documentos, está en »las costumbres de los pueblos vascones*: los jefes de tribus en quie»nes residia el poder soberano al nombrar á uno de entre ellos »para que los mandase y dirigiese en sus expediciones militares, »*bien podian decirle, ¿Nos que somos tanto como vos, y juntos más »que vos, os hacemos nuestro caudillo*». Esto es ni más ni ménos lo que yo pretendí probarle al Sr. Quinto, allá por los mismos dias en que dió al público su libro.

(17) Cuando publiqué yo por vez primera estas observaciones críticas, no me hice cargo de la importancia que, en los orígenes de los Estados pirenáicos, tuvo el elemento vasco, vascongado, ó vascon, á no dudarlo. El Sr. Muñoz y Romero le daba tanta á este elemento, que en su *Discurso*, repetidas veces citado, afirma que en las montañas pirenáicas «no hubo restauracion goda», continuando allí, en su concepto, «el mismo gobierno que tuvieron »los vascones desde tiempos antiguos». A esta opinion agrega la suya mi concienzudo amigo el Sr. D. Manuel Oliver, en su *Discurso* de recepcion, que ya tambien he citado. Despues de reconocer que no dí al elemento vascongado la debida importancia en mi trabajo, porque, entre otras cosas, no cumplia á mi propósito detenerme á hacer investigaciones en esta oscura cuestion de los orígenes de los Estados pirenáicos, permítaseme decir aquí ahora brevemente, que no creo que mis doctos compañeros hayan concedido por su parte al elemento gótico, toda la influencia que tuvo tambien, sin duda, en la restauracion navarra y aragonesa. Que los vascos de esta parte del Pirineo fueron completamente subyugados al fin por los visigodos, lo reconoce el historiador Yanguas y Miranda, que muestra bastante aficion á ensalzar en todo, aquella antigua rama de la poblacion española. Subyugados, segun este autor, por Suintila, que les obligó á edificar á su costa una fortaleza, para que sirviese de plaza de armas á los godos en su territorio, se lanzaron fácilmente despues en rebeliones contra sus dominadores: é invitados por muchos de los mismos godos, descontentos de Chindasvinto y Recesvinto, tomaron las armas contra éstos; pero fueron de nuevo sometidos por el último. Desde el tiempo de Wamba, que tuvo que reprimir otra insurreccion de las tribus pirenáicas, hasta el reinado infeliz de D. Rodrigo, vivieron ya sumisos los vascones, por confesion de Yanguas, aunque con-

servando en la montaña sus propias costumbres ó leyes. Cuentan, en verdad, los historiadores árabes, Ajbar Machmúa, y Almakkari, como puede verse en el tomo I de la *Coleccion de obras arábigas*, que publica la Real Academia de la Historia, dado á luz con importantes traducciones y anotaciones por D. Emilio Lafuente Alcántara, (desdichadamente arrebatado, en estos mismos dias, por la muerte, á las letras pátrias), que cuando Rodrigo supo el desembarco de los muslimes, «estaba en tierras de Pamplona, en »guerra con los vascones, por *graves rebeliones* que habian esta»llado en aquel país». Mas estas rebeliones, cuyo orígen se ignora, podrian ser incitadas cual otras anteriores por los godos mismos, mal avenidos, como se sabe, desde los principios con el rey Rodrigo. De todos modos, cuanto estas rebeliones prueban es, que el carácter de los habitantes, y la naturaleza del país, hacia más apropósito á los vascones, que á otros pueblos de la Península, para rebelarse contra los monarcas visigodos; pero no que formasen nacion aparte al tiempo de la conquista sarracénica. Verificada ésta, nada da á entender, que los vascones se sustrajeran á la suerte comun de los españoles. Ajbar Machmúa, refiere textualmente que Ókba, décimosétimo de los gobernadores árabes de España, segun el malogrado Lafuente Alcántara, «conquistó todo el país hasta llegar á Narbona, y se hizo »dueño de Galicia, Alava y Pamplona, sin que quedase en Galicia »alquería alguna por conquistar, si se exceptúa la sierra, en la »cual se habia refugiado con 300 hombres, un rey llamado Belay »(Pelayo), que fueron disminuyendo hasta quedar reducidos á »30 hombres, que no tenian diez mujeres segun se cuenta». Las primitivas relaciones recogidas por Ajbar Machmúa, que no dejaron atrás el hecho de Pelayo, aunque tan insignificante al principio, no parece que pudieran omitir la independencia de los vascones, que ya por entónces habria aparecido como más grave con mucho; y léjos de eso, lo que hallamos afirmado es, que quedaron tambien Alava y Pamplona avasalladas: es decir, la parte vasca ó vascona de España, que en general se conocia por el nombre de esta última ciudad únicamente. Sucedió esto, segun el cómputo de Lafuente Alcántara, del 734 al 738 año de Cristo, y hasta el 755, en tiempo del gobernador Yosuf, no aparecen en rebelion contra los musulmanes, los vascos de Aragon ó de la *frontera más alta*, como solian llamar á aquel país los árabes. Las asperezas de la montaña y el duro carácter de los que la poblaban, facilitó naturalmente esta rebelion, cuanto otras anteriores, dando lugar á que prosperase, como la de las Asturias, (comprendidas en el nombre general de Galicia por los árabes,) que la habia precedido; y que ya por aquella época se presentaba triunfante y terrible para los infieles. Pero ¿es verosímil que las tribus pirenáicas, que habian tomado parte en las guerras civiles

de los godos, coligados con uno de los partidos contendientes, que profesaban indudablemente la misma religion que los habitantes del resto de España, que habian vivido ya juntos con ellos en nacion, que con ellos tenian tantos intereses y sentimientos comunes entónces, rehusasen la compañía de la gente gótica que acudiese á fortificar la rebelion de la montaña, huyendo el yugo de los bárbaros bereberes que á todos los afligia? ¿Lo es que al divisar una base de resistencia en el Pirineo, no concurriesen allí á centenares primero, y luego, sin duda, á millaradas los vencidos godos, con sus sacerdotes, sus imágenes, sus letras y leyes? ¿Lo es que reunidos por un lazo tan fuerte, como la religion en todas partes, pero más entre pueblos sencillos, y acosados por enemigos de contraria creencia, tardasen en formar un nuevo cuerpo de nacion, cuantos peleaban por la cruz, en las cuencas del Aragon y del Gállego? ¿Lo es, por último, el que formado ya cuerpo de nacion ó gente, dejaran de predominar en ella los más sábios de los congregados, los más industriosos, los más hábiles, los que procediesen en suma de las ciudades subyugadas, y de la tierra llana, donde habia florecido tanto la cultura gótica? Nada de esto me parece verosímil, á pesar de lo que el nunca bastantemente llorado Muñoz Romero afirmó en su *Discurso*. Lo que parece probable es, por el contrario, que los godos é hispano-romanos esparcidos por las vecindades del Pirineo navarro ó aragonés, incitasen, como sus antepasados, á los vascones montañeses para que se levantasen contra los musulmanes; que muchos de ellos se acogiesen tambien á la montaña, en cuanto en ella hubiera núcleo de resistencia; que el clero fugitivo, al propio tiempo que mantenia la union de aquella gente de orígen diverso, influyera siempre en todo, y muy particularmente en conservar en la nueva nacion los principios de la legislacion del Fuero Juzgo, que él habia contribuido tanto á formar en los toledanos Concilios; que aunque los más de los que comenzasen la restauracion armada, como simples peones ó soldados, fueran vascones, por capitanes y caudillos no tardaran en tomar á los más cultos y hábiles, los cuales tenian que ser los que procediesen de la nacion goda, ó los francos que de la otra vertiente del Pirineo atraeria acá tambien el amor á la fé cristiana, ó el deseo de enriquecerse en la guerra; que de esta suerte, en fin, tuviera allí principio, poco más ó ménos que en Asturias, una verdadera restauracion de lo pasado. Inadvertidamente reconoció esto Yanguas al decir que, «á imitacion de los godos y de los francos, determinaron elegir un rey» los navarros. Zurita dice tambien, por su parte, (Lib. 1.º de los Anales) «que aquellos primeros ricos-hombres y caballeros que se hallaron en hacer la eleccion de Rey», reserváronse facultad «de poder elegir Rey, siempre que para la conservacion de la libertad les pareciese convenir, *como se hacia en el tiempo de los godos*». Y

el mismo Sr. Quinto acumula citas, y hace reflexiones difíciles de desvanecer con las cuales prueba, en mi concepto, la grande influencia que tuvieron en el primitivo Aragon las leyes visigodas. Quizá no halló esta influencia límite, sino en las costumbres peculiares de los montañeses vascones, que prepondcrarian de seguro siempre sobre el derecho escrito. Pero en la materia de que ahora trato precisamente, el espíritu de los vascones no diferia del de los visigodos; y unos y otros debieron tener por muy natural, reducir á estrechos términos la autoridad de aquellos reyes, que sólo para caudillos eligieran.

(18) Mézeray (François Eude de).—*Histoire de France.*

(19) Véase lo que ya decia á propósito de la eleccion de Rey, la ley 2.ª, título I del Fuero Juzgo, en la cual fácilmente pudieron inspirarse, las ideas y los hechos de los magnates y prelados de la reconquista, desde los primeros tiempos: «Por ende establecemos, que daquí adelantre los reys deven seer esleidos enna cibdat de Roma, ó en aquel logar hu morió el otro rey, et deve ser esleido con concello de los obispos, ó de los ricos omnes de la corte, ó del poblo, et non deve ser esleido de fora de la cibdat, nen de consello de pocos, *nen de villanos de poblo...*»

(20) Aunque publicado este trabajo en Abril de 1849, fué corregido y reformado despues, para figurar en la *Coleccion de estos Estudios* cuando llegara á formarse. El espíritu general, las consecuencias, las citas mismas que en él se encierran, son, sin embargo, las que desde el principio tuvo. Entónces asistia el autor á las aulas de jurisprudencia, y comenzaba su carrera política.

ÍNDICE.

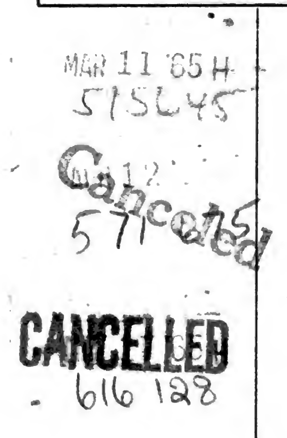
FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
72	36	Congiura dei ministri spagnoli.........	....
98	9	árdua..............	árduo.
99	20	colidasen...........	consolidasen.
103	16	al Africa...........	ab Africa.
103	21	com tantis.........	cum tantis.
104	20	alli scribunt........	alii scribunt.
104	28	ben-Abdallah-ibu....	ben-Abdallah-ibn.
109	27	D. Manuel Oliver....	D. José Oliver.
269	16	por allá............	para allá.
305	21	coaligado...........	coligado
311	30	alcance............	alcancen.
315	29	allí preso...........	allí presos.
321	3	coaligado...........	coligado.
344	1.ª	degollado todos,.....	degollados todos.
344	7	primeros *tercios*,.....	primeros tercios (11).
455	14	Constatino.........	Constantino.

ADVERTENCIA.

Lo avanzado de la estacion ha impedido al autor preparar para la imprenta otros ESTUDIOS, y se suspende, por consiguiente, la publicacion de ellos hasta más adelante.


MAR 11 '65 H
515645
Cancelled
571
CANCELLED
616 128